

Ana Josefina Cuevas Hernández

La formación de parejas. Emociones, cercanía de atributos y brechas de edad



Universidad de Guadalajara

intimidad & emociones

La formación de parejas

Emociones, cercanía de atributos y brechas de edad

Ana Josefina Cuevas Hernández

La formación de parejas

Emociones, cercanía de atributos y brechas de edad

Universidad de Guadalajara
2022

Esta publicación fue sometida a un proceso de dictaminación doble ciego por pares académicos. Este libro deriva del proyecto titulado “Intimidad y relaciones de pareja en la región Centro-Occidente del México contemporáneo: desafíos socioculturales”, apoyado por el conacyt en la convocatoria Ciencia Básica 2016-01 con número: 245227/BC284023, Fondo Sectorial de Investigación para la Educación.

Esta publicación fue sometida a un proceso de dictaminación doble ciego por pares académicos.

177.65
CUE

Cuevas Hernández, Ana Josefina

La formación de parejas. Emociones, cercanía de atributos y brechas de edad / Ana Josefina Cuevas Hernández
Primera edición, 2022

Guadalajara, Jalisco, México: Universidad de Guadalajara, Centro Universitario de Ciencias Sociales y Humanidades, Unidad de Apoyo Editorial, 2022

e-ISBN: 978-607-571-828-6

- 1.- Cortejo amoroso
- 2.- Noviazgo (Costumbres sociales)
- 3.- Relaciones hombre - mujer
- 4.- Cortejo amoroso - Aspectos psicológicos
- 5.- Relaciones de pareja - Aspectos psicológicos
- 6.- Citas (Costumbres sociales)
- 7.- Atracción sexual
- 8.- Noviazgo virtual
- 9.- Selección de pareja - Recursos en redes de computación

I.- Universidad de Guadalajara, Centro Universitario de Ciencias Sociales y Humanidades

Primera edición, 2022

D.R. © 2022, Universidad de Guadalajara

Centro Universitario de Ciencias Sociales y Humanidades

Unidad de Apoyo Editorial

José Parres Arias 150

San José del Bajío

45132, Zapopan, Jalisco, México

Consulte nuestro catálogo en: www.cucsh.udg.mx

ebook-ISBN: 978-607-571-828-6



Editado y hecho en México

Edited and Made in Mexico



Este trabajo está autorizado bajo la licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND) lo que significa que el texto puede ser compartido y redistribuido, siempre que el crédito sea otorgado al autor, pero no puede ser mezclado, transformado, construir sobre él ni utilizado con propósitos comerciales. Para más detalles consúltese <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/>

Índice

Introducción.....	9
Capítulo 1. La formación de parejas.....	25
El género	25
Las emociones, el vocabulario emocional y las prácticas culturales	33
Los capitales, la clase social y las redes sociales	37
Capítulo 2. Las emociones en el cortejo y en el noviazgo.....	41
Las emociones	43
El vocabulario emocional desde la visión del género y el número de unión	44
El vocabulario emocional desde la generación	66
Capítulo 3. La formación de parejas desde el cortejo y el noviazgo.....	79
El vocabulario emocional del cortejo y del noviazgo.....	81
El vocabulario emocional y las prácticas culturales del cortejo.....	89
El vocabulario emocional y las prácticas culturales del noviazgo	98

Capítulo 4. El papel de la homogamia en la formación de parejas	115
La cercanía socioeconómica y el emparejamiento	119
La cercanía educativa y el emparejamiento.....	127
La cercanía laboral y el emparejamiento	137
La cercanía geográfica y el emparejamiento.....	144
Capítulo 5. Las diferencias de edad en la pareja	151
La diferencia de edad al momento del emparejamiento.....	156
Las diferencias de edad desde la perspectiva género	159
Las diferencias de edad por número de unión	174
Las primeras uniones entre hombres añosos y mujeres jóvenes	204
Las diferencias de edad por generación.....	206
Conclusiones	221
Bibliografía.....	237

Introducción

Este libro analiza la formación de parejas en la fase del cortejo y el noviazgo en tres generaciones de mujeres y hombres adultos heterosexuales de distintos niveles socioeconómicos, niveles de escolaridad y estados civiles. La investigación surgió de un interés más amplio por conocer las trayectorias conyugales tanto de hombres como de mujeres a lo largo de su ciclo vital y, con ello, comprender cómo y por qué, desde la visión de ambos, se forman distintos tipos de familias. El análisis privilegió una interpretación cultural y de género para conocer, desde la intimidad y subjetividad de las y los entrevistados, cómo y por qué se emparejaron para ahondar, desde un enfoque cualitativo, en este campo de conocimiento abordado de manera predominante desde enfoques cuantitativos.

Se estudió la formación de parejas en una micro región del occidente de México. La discusión abona al conocimiento sociológico de la conyugalidad desde esta región cultural. El análisis se realizó desde una diversidad de posturas teóricas que van del género a las emociones, los motivos del lenguaje, el discurso y sus prácticas, los capitales y las redes sociales. Estos enfoques dialogan de manera crítica con la literatura mexicana y latinoamericana provenientes de las ciencias sociales y humanas, especializadas en el tema abordado. El libro contribuye al conocimiento de la formación de parejas en segundas, terceras y cuartas uniones, al comportamiento de las parejas durante el cortejo, a las rela-

ciones de pareja en las que la mujer es mayor que el hombre, a la comprensión de la persistencia de uniones entre hombres añosos y mujeres jóvenes y a los cambios en la valoración subjetiva de las diferencias de edad.

Mi interés por el estudio de la formación de parejas dio inicio, varios años atrás, al investigar las transformaciones de la familia tras la muerte o ruptura con la pareja y al percatarme que muchas de esas familias eran producto de segundas, terceras o posteriores uniones y configuraban distintos tipos de familias. La oportunidad de estudiar las dinámicas conyugales de las distintas uniones y tipos de familias se dio años más tarde cuando un grupo de colegas coincidimos en la relevancia de estudiar la intimidad de parejas heterosexuales ante la falta de conocimiento socioantropológico sobre ellas. Dichas colegas son Rocío Enríquez del Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente (ITESO) y Zeyda Rodríguez Morales y Tania Radríguez Salazar de la Universidad de Guadalajara (UdeG). Por parte de la Universidad de Colima (UdeC), institución que me alberga, participé como coordinadora del equipo de becarios y de asistentes de investigación.

En el año del 2016 iniciamos la investigación *Intimidad y relaciones de pareja en la región centro-occidente del México contemporáneo: desafíos socio-culturales*, financiada por el Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología en la convocatoria de CB2016 en la modalidad de grupo de investigación. Nuestro objetivo fue generar conocimiento básico e interdisciplinario sobre cinco ámbitos de la intimidad de parejas heterosexuales en la Zona Metropolitana de Colima (ZMC) y el Área Metropolitana de Guadalajara (AMG), áreas en las que laboramos y vivimos. Estos ámbitos fueron las trayectorias conyugales, los roles de género en la pareja, el cuidado mutuo, la sexualidad y el uso de tecnologías digitales en la pareja.

El proyecto se compuso de tres fases. En la primera se generó un estado del arte sobre la intimidad y cada uno de los cinco ejes con especial énfasis en la producción científica realizada en México y América Latina. Los resultados se publicaron en 2019 (Cuevas, 2019a). La segunda

fase de la investigación abarcó la realización de entrevistas semiestructuradas que incluyeran los cinco ejes y, en la tercera fase, se levantó una encuesta representativa sobre esa misma población y ejes de estudio.

Los resultados de la fase cualitativa fueron de enorme riqueza y amplitud. Esto me llevó a delimitar la discusión en la fase de formación de parejas, de manera específica en el cortejo y del noviazgo, para explicar por qué y cómo se forman nuevas familias. Esta decisión se debió en parte a la enorme riqueza y complejidad de los datos; en posteriores publicaciones daré cuenta de las dinámicas y significados de la vida conyugal tras el emparejamiento.

El libro se compone de cinco capítulos y las conclusiones. El primero de ellos comprende una propuesta teórica que busca establecer los límites y alcances de la discusión sobre la formación de parejas y la región sociocultural de estudio. En el segundo capítulo se analizan las emociones que las parejas experimentaron durante la fase del cortejo y del noviazgo desde las categorías analíticas del género, el número de unión y la generación. En el tercer capítulo se examina el proceso de formación de parejas desde el vocabulario emocional, el vocabulario de motivos y las prácticas culturales que lo acompañaron. En el cuarto capítulo se aborda la relevancia y el papel de la clase social, la escolaridad, la ocupación y el lugar de encuentro al momento del emparejamiento. En el quinto, las diferencias de edad en la pareja desde la mirada del género, el número de unión y la generación. En las conclusiones se retoman los principales hallazgos para contrastarse con los de estudios de otras sociedades. Con esto se busca reflexionar sobre que, si bien la investigación no encontró diferencias significativas en la región seleccionada, éstas prácticas difieren de las de otras culturas. La selección de estos aspectos de la formación de parejas se explica por la complejidad y riqueza de los datos pero también por la posibilidad de profundizar en ellos.

La formación de parejas

La literatura mexicana y latinoamericana sobre la conyugalidad y, por ende, de la formación de parejas, ha centrado su atención en las continuidades y cambios en la cohabitación (Quilodrán, 1974, 1982, 1988, 1989; Cabella, 1998; Torrado, 2001; Rodríguez y García 2004; Rodríguez, 2005; Pérez Amador, 2008, 2016; Pérez Amador y Esteve, 2012; Covre-Sussai, 2014; Covre-Sussai et al., 2015; Mazzeo et al., 2015; Martínez, 2018), la formación y la disolución de parejas (Jelin, 1991; Ojeda, 1991; Salles y Tuirán, 1998; Ariza y de Oliveira, 1999; Esteinou, 1999; Quilodrán, 2000 y 2011; García y Rojas, 2002a, 2002b; Rojas y García, 2004; Solís, 2009 y 2010; Botero Giraldo, 2012; Sosa-Márquez, 2014; Küffer y Colantonio, 2018), la conyugalidad a distancia y la parentalidad (Valdés et al., 2005; Wainerman, 2007; Cadenas, 2015; Cienfuegos, 2011, 2014, 2017; de León et al., 2016) y el estatus marital (De Vos, 1999).

Otro grupo de trabajos mucho más reducido se ha centrado en las trayectorias conyugales (Fernández, 2010, 2018), la formación de parejas en la vejez (Lacub, 2009), los nexos entre la conyugalidad y el amor (Oltramari, 2009), las diferencias de género y la desigualdad en el emparejamiento (Parrado y Zenteno, 2002; García, 2004; Quintín, 2008; Rojas 2002 ; Rodríguez, 2016a, 2016b).¹ El trabajo de Quilodrán (1993) y Quilodrán y Sosa (2004) sobre la formación de parejas es el más cercano a los intereses y aspectos abordados en este libro. Su investigación abona al conocimiento de esta fase de la vida conyugal, tema que ha despertado poco interés en la academia en general.

La mayor parte de los trabajos referidos se han realizado desde la demografía y sociodemografía y sus aportes sirvieron para delimitar el foco de análisis de este libro: la elección de una pareja y la formalización de la relación desde los aspectos subjetivos y las prácticas culturales concretas del cortejo y del noviazgo. Esta etapa del ciclo de vida de la mayor parte de las personas es compleja, cambiante y su duración y es-

1 Ver Cuevas (2019b) para una discusión más detallada del campo de estudios de la conyugalidad en México y América Latina.

tabilidad está sujeta a la satisfacción personal de distintos aspectos que van de lo emocional a lo sexual, material, económico y psicológico, entre los aspectos más importantes.

La formación de una pareja, en concreto la fase del cortejo y del noviazgo, implica el ingreso de las parejas al mercado matrimonial, lo que requiere el despliegue de habilidades específicas para cortejar y posibilitar el noviazgo. A estas prácticas las acompaña en todo momento la valoración de ambas partes de la clase social, edad, ocupación y educación, que es lo que finalmente determinará si además del emparejamiento se da el enamoramiento. Estas valoraciones están cruzadas de principio a fin por relaciones de poder y mandatos de género que la pareja sigue con cierto grado de flexibilidad de acuerdo con su experiencia conyugal, estado civil, edad y clase social.

Es justo este conjunto de prácticas y valoraciones, desplegado por hombres y mujeres al elegir pareja, el que forma a este libro. El análisis de lo que sucede después de que la pareja se establece, la duración de la relación, los cambios en la relación, las expectativas de la vida en pareja y los motivos por los cuales permanecieron juntos o terminó la relación serán abordados en posteriores publicaciones.

Encontrar pareja implica desarrollar el interés por una persona de manera más o menos implícita o explícita. A las prácticas culturales que hombres y mujeres ponen en juego para conseguir pareja se les llama aquí cortejo. Estas son acciones cargadas de sentido erótico y afectivo que buscan el emparejamiento con la persona a la que se dirigen. Estas prácticas adquieren significado para las y los receptores de este interés a partir del contexto en el que toman lugar y que son producto de la regulación personal y social.

De manera concreta, se analizan prácticas culturales ampliamente validadas mediante las cuales las personas expresan su interés afectivo y erótico por otra persona: conversaciones casuales, invitaciones a salir o bailar, comunicaciones con la persona cortejada a través de medios tradicionales o digitales, llamadas por teléfono, visitas y el intercambio de regalos, atenciones y demostraciones de afecto, entre otras. Éstas se

analizaron para ver su presencia, continuidad y transformaciones desde las diferencias de género, número de unión y generación para conocer sus significados y cambios culturales.

Las continuidades y los cambios en la formación de parejas —o emparejamiento— dan inicio con el cortejo y el noviazgo. Cortina (2007) afirmó que “para estudiar la formación de la pareja los investigadores parten del supuesto que existe un conjunto de individuos que están disponibles para formar pareja y/o dispuestos a encontrarla” (p. 28). Ese mercado de parejas está regido por normas y prácticas configuradas de manera sociohistórica en comunidades y sociedades. Dichas normas y prácticas pueden variar de acuerdo con la clase social, la religión, la etnia y la región, así como del momento histórico del que se hable. Si bien, la elección de pareja de la cual dará cuenta este libro es bastante homogénea y toma lugar en una misma región cultural de la vida contemporánea en México, los trabajos de Mindek (2018), Estrada (2012, 2015), Mena y Rojas (2010) y Oliveira (1995) ofrecerán la visión de la gran diversidad de estos procesos en el escenario mexicano.

Por cortejo se entiende la interacción entre dos personas que buscan entablar un contacto mediante distintas estrategias y recursos con la finalidad de iniciar una relación sexoafectiva. El sistema del cortejo puede implicar múltiples formas de relación e intercambio y generalmente involucra a una persona soltera que invita a otra, en esa misma condición, a realizar alguna actividad juntos. Estas actividades pueden ser de muchos tipos e involucrar diferentes tipos de recursos además de demandar tiempo. El cortejo persigue la finalidad de alcanzar algún grado de intimidad con la intención de conocerse y crear un vínculo afectivo. Como dará cuenta el presente libro, el cortejo forma parte central del emparejamiento y éste, en nuestra investigación, condujo casi siempre al matrimonio y en algunos casos a la cohabitación. Esto contrasta con lo encontrado por autores como Illouz (2009, 2012, 2020), Beck y Beck-Gernsheim (1995), Bauman (2005) y Gabb y Fink (2018) en otras sociedades occidentales contemporáneas en donde estas prácticas parecen haber desaparecido y hay formas muy variadas de vida en pareja y familiar.

El noviazgo, por su parte, y de acuerdo con Zelizer (2009), “incluye todas las relaciones que tienen alguna posibilidad de llevar a una cohabitación pública y duradera, una amplia gama de relaciones que va desde el flirteo hasta las puertas del matrimonio” (p. 130). Es decir, es el paso que sigue al cortejo. Una vez que el noviazgo concluye en un matrimonio o unión libre, da inicio la vida conyugal o conyugalidad que se define como los arreglos, implícitos o explícitos, que las parejas acuerdan al momento de establecerse indistintamente de si comparten o no la misma casa, de la duración de su relación y del tipo de vínculo por medio del cual se unieron. La conyugalidad se compone de tres elementos (Cuevas, 2019b) que son “la voluntad de formar una pareja o iniciar una relación, la convivencia como pareja con o sin techo común y el tipo de vínculo por medio del cual se unen” (p. 98).

Esta definición de conyugalidad es amplia y flexible y permite abarcar la formación de parejas indistintamente del motivo por el que se formaron, de su duración, de si tienen o no un techo en común y del tipo de vínculo que las une. Todos estos elementos se encuentran presentes en las trayectorias y dinámicas conyugales de la población entrevistada. Esto no implica que la distinción y análisis de dichos elementos sean irrelevantes. Mi argumento más bien busca mostrar que la trayectoria conyugal es más un proceso que un estado ajeno al cambio. La trayectoria conyugal es impactada por factores estructurales y culturales. Estudiarla implica, entonces, reconocer sus arreglos, complejidad, dinamismo, reajustes y en consecuencia, sus cambios a lo largo de la vida en común.

Al momento de transitar al matrimonio o unión libre, las parejas inician una trayectoria conyugal que aquí es entendida como la historia sexoafectiva y doméstica que marca la historia de la pareja. La trayectoria conyugal implica la construcción de acuerdos sobre aspectos de su intimidad sexual, afectiva y económica necesarias para el desarrollo de la relación. El concepto, para fines de esta discusión, se compone de cuatro elementos: la presencia de una o más parejas a lo largo de su ciclo vital con quienes se vivió y/o tuvo una relación sexoafectiva, la

presencia de un vínculo legal, simbólico o consensuado por medio del cual se formalizó la relación, la convivencia como pareja bajo el mismo techo o en techos separados —cohabitación sin residencia— así como el reconocimiento social de la relación en los círculos familiares y sociales inmediatos y la presencia de hijos de relaciones previas y/o de hijos comunes. Esta definición prioriza los motivos de la formación de la pareja y el nivel de intimidad alcanzado durante la relación, lo que difiere del sentido que le dan los estudios demográficos y sociodemográficos al centrarse en los patrones reproductivos, el tipo de unión y las disoluciones conyugales.

En cuanto a la definición de cónyuges, se utiliza de forma amplia para referir tanto a las parejas casadas como unidas. El término tampoco distingue la formalidad del vínculo, sino que centra su atención en la formación y convivencia sexual, erótica y afectiva de las parejas indistintamente del estado civil y formalidad del vínculo conyugal que establecieron.

Las personas que buscan pareja entran al mercado matrimonial, mismo que está segmentado por raza, etnia, edad, religión y origen socioeconómico (Kalmijn, 1994, 1998, 2010; Bozon, 1990; Cabré, 1993; Cabré et al., 2007; Casterline et al., 1986; Esteve y McCaa, 2007; Cosse, 2008; Cortina, 2007; Fenández, 2010; Bozon et al., 2012). La mayor parte de la literatura utiliza la teoría del mercado matrimonial (Quilodrán, 1993; Cabré, 1997; Bourdieu, 2004a; Cortina, 2007) para referirse a la búsqueda de una pareja. Ingresar a éste implica poner en juego los capitales y habilidades que las y los sujetos tienen a la mano para lograr un emparejamiento exitoso, proceso que está mediado por el sistema sexo genérico y los mandatos de género.

Cabré (1997) definió el mercado matrimonial como un lugar de encuentro para las personas que están dispuestas a unirse, muchas de ellas incluso por la vía legal. Lo concibió también como un escenario en donde la estructura social opera con toda su fuerza, al igual que también lo postuló Bourdieu (2004a) y como nuestra investigación encontró. La búsqueda de pareja implica estar dispuesto a cortejar con el propósito

de entablar una relación de noviazgo y, posteriormente, unirse en matrimonio o unión libre.

En dicho mercado, las personas compiten unas contra otras por emparejarse y los recursos que tengan son clave para esto. Los sociólogos tienden a fijarse en los atributos socioeconómicos y culturales y una vez unidos estos recursos se convierten en bienes, bienestar, estatus social, aceptación social y afecto. Esto muestra que es un espacio complejo y con jerarquías determinadas por atributos tales como la escolaridad, la ocupación, el origen social, el estado civil y la edad de las personas que circulan en él.

La mayor parte del mercado está compuesto por jóvenes solteros/as que buscan emparejarse, pero también por hombres y mujeres adultos solteros que debido a la viudez, separación, divorcio o interés por emparejarse una segunda o posterior ocasión, ingresan a éste. En dicho sentido, el libro hace aportes novedosos en torno a las segundas y posteriores uniones. No obstante, en el mercado también circulan personas con pareja que también desean emparejarse. Los primeros conforman el mercado primario y los segundos el secundario. Cada uno de ellos tiene comportamientos distintos en el mercado, como veremos a lo largo del libro.

Bozon (1990) afirmó que en el mercado matrimonial “elegir pareja no tiene un rol idéntico entre sectores sociales ni entre mujeres ni entre hombres. Los criterios de selección y de percepción de cónyuge son muy diversos entre los individuos” (p. 566). Esta diferencia de recursos entre los cónyuges implica que hay un intercambio que podría reproducir las diferencias y desigualdades entre ambos e incidir en la movilidad social de unos y otros a lo largo de su trayectoria conyugal. Este intercambio está marcado por las relaciones de género, los roles que cada uno desempeña, así como por los recursos que aportan al momento de la unión y que definen sus relaciones de poder.

En esta investigación el mercado matrimonial es referido como el mercado de las parejas (Van Bavel, 2021), ya que esto abarca tanto parejas casadas como en cohabitación. Asimismo, el uso de la formación de

pareja o el emparejamiento en lugar del de la nupcialidad y el de pareja o cónyuges por el vocablo de esposo/a, al ser términos más flexibles que remiten tanto a la presencia de un vínculo formal en la relación como a relaciones establecidas mediante acuerdos informales. A lo largo del libro, cuando sea necesario, se especificará el tipo de relación abordada cuando esto convenga al análisis.

El concepto de mercado matrimonial contiene una carga simbólica y moral con estrechos vínculos con el matrimonio legal y religioso que difiere del estatus y de la naturaleza de la cohabitación. Los primeros estudios sobre la formación de parejas la nombraron nupcialidad (Quilodrán, 1974, 1980, 1989; Catasus, 1992, 2013; Cabré, 1993; Cabré et al., 2007) y aún hoy en día es bastante común que al hablar de ambos arreglos se nombren como nupcialidad. No obstante, a partir de la década de los noventa del siglo pasado, el término nupcialidad de manera lenta cedió paso al concepto de unión conyugal o conyugalidad y, de manera más reciente, al de formación de parejas o parejas conyugales (Quilodrán, 2000; Castro, 2001; Brugeilles y Samuel, 2005; Castro et al, 2008; Solís, 2009, 2010; Cosse, 2008; Ariza y de Oliveira, 2005; Ariza y D'Aubeterre, 2009; Fernández, 2010; Van Bavel, 2021; entre otros).

Estos cambios en el lenguaje reflejan cambios en la frecuencia y significado del matrimonio en las últimas décadas del siglo XX y primeras décadas del siglo XXI, así como el resurgimiento de la cohabitación como arreglo conyugal en el México contemporáneo. Esto es visible en las dinámicas conyugales de la población entrevistada en la ZMC y AMG. Una situación similar se da con el término esposos, que de manera gradual ha sido reemplazado o convive con el de cónyuges y parejas.

Otra razón para elegir el concepto de mercado de parejas y no el de mercado amoroso fue el hecho de que la investigación no tuvo un interés teórico en el amor y esta emoción no fue transversal a la formación de parejas de la mayor parte de la población entrevistada. Como se podrá ver a lo largo del libro, los hombres y mujeres entrevistados utilizaron un amplio vocabulario emocional para describir el proceso del cortejo y del noviazgo en los que el amor, el enamoramiento y la

pasión surgieron de manera espontánea al hablar del emparejamiento. En este sentido, el análisis de la formación de parejas muestra cómo este proceso fue tanto una decisión racional como trastocada por el amor.

Otro aspecto que es pertinente precisar en el proceso de formación de parejas, por su centralidad en la presente discusión, es la valoración de la edad de la pareja, la que de acuerdo con Bozon (1990) es tanto biológica como social. Este punto tiene una estrecha relación con la elección de la pareja desde una visión más racional. Este autor consideró que la edad social de una persona —él la propuso a partir del hombre y yo amplió la discusión tanto a hombres como a mujeres en tanto que el proceso cruza a ambos— está determinada por su estatus y su autonomía social. La edad social depende de la juventud social (de baja disponibilidad) y la madurez social (altamente demandada).

Bozon afirmó que la dicotomía juventud/madurez es un juego en el que participan tanto las y los jóvenes —y en ocasiones también sus padres, como se verá— y que esto funciona diferente entre los sexos. En torno a las mujeres, Bozon (1990) expresó que “[...] valoran la brecha de edad social, al menos al momento de formarse la pareja. Particularmente buscadas por ciertas mujeres son los valores ligados a la madurez social como la experiencia del hombre, sus conocimientos, su apoyo” (p. 583). Estos argumentos serán revisados en los relatos de las y los entrevistados para ver los significados de la brecha de edad por género, número de unión y generación.

El marco de la investigación

La fase de trabajo de campo de la investigación de la cual se deriva este libro fue realizada por el equipo interdisciplinario de investigación antes referido entre septiembre de 2019 y mayo de 2020. En este proceso fue muy importante la participaron de becarios posdoctorales, de maestría y de licenciatura, además de asistentes de investigación del ITESO, UdeG y UdeC, tanto en la realización de entrevistas como en la

transcripción.² El objetivo de la investigación fue generar conocimiento amplio y sustantivo sobre la intimidad de parejas heterosexuales desde su vida conyugal, los roles de pareja, el cuidado mutuo, la vida sexual y el uso de la tecnología en la vida en pareja para conocer cómo estos ámbitos de la vida se desarrollan a lo largo de su ciclo vital.

Se realizaron 81 entrevistas semiestructuradas con 35 hombres y 46 mujeres heterosexuales entre 32 y 96 años de tres generaciones. La generación de adultos mayores (AMA) comprendió mujeres y hombres mayores de 65 años, la de adultos medios (AME) personas entre 50 y 63 años y la de adultos jóvenes (AJ) entre 32 y 48 años. Todos ellos habitaron la ZMG y el AMC enclavadas en la región del occidente mexicano. En la generación de los AMA se realizaron 26 entrevistas de las cuales 18 fueron con mujeres y 8 con hombres, en la generación de los AME se realizaron 28 entrevistas de las cuales 13 fueron con mujeres y 15 con hombres, y en la generación de los AJ se realizaron 27 entrevistas de las cuales 15 fueron con mujeres y 12 con hombres. Los criterios de selección de las y los entrevistados fueron que las mujeres y los hombres se ubicaran en los tres grupos específicos de edad, que pertenecieran a un nivel socioeconómico bajo, medio o medio alto y que hubieran vivido en pareja por lo menos siete años para poder generar información sólida sobre los cinco ejes de estudio.

Las edades de las tres generaciones de estudio reflejan las formas de cortejar y noviar propias de la región de estudio de esos grupos de edad y del momento histórico en el que crecieron. Esto conviene destacarlo

2 Por parte del ITESO participaron las becarias Kim Elizabeth Romero Sikorski y Dana Esmeralda Valle Galindo y la asistente de investigación Daniela Silva Peyro; por parte de la UdeG participaron los becarios Iván Salvador Lupercio Madero y Fanny Cervantes González y los asistentes Rodrigo Alonso Pacas Iñiguez y Carlos Alejandro Gutiérrez Aguilar; y por parte de la UdeC participaron la becaria posdoctoral Ana Gabriel Castillo Sánchez y de licenciatura Cristina Arévalo Vázquez Lara y los asistentes Jesús Arnoldo Chávez Aguirre, Camila Sofía Ceballos Díaz y Jorge Alberto Acosta Nava.

ya que un estudio de esta misma naturaleza y región, con hombres y mujeres más jóvenes, remitiría a un escenario sociocultural distinto.

La entrevista se compuso de una sección de información sociodemográfica y una sección específica para cada uno de los cinco ejes de análisis. En la sección de trayectorias conyugales se preguntó sobre el número de parejas conyugales, sus edades, niveles de escolaridad, la duración de la relación, si vivieron o no en la misma casa, los motivos de la unión, los cambios de la relación a lo largo del tiempo, las expectativas de la vida en pareja, el uso de las redes sociales digitales en su vida en pareja y si se habían experimentado situaciones de violencia en su relación. El propósito del eje de trayectorias conyugales fue conocer cómo y por qué se formaron las parejas en distintas etapas del ciclo vital, por qué hay rupturas y cómo se desarrollan las trayectorias en medio de un escenario de profundas transformaciones estructurales y socioculturales, en particular, a partir de la última parte del siglo XX.

Para cada una de las personas entrevistadas se registraron un máximo de tres relaciones de pareja. Esto arrojó un total de 54 casos en los que las y los entrevistados tuvieron una sola pareja, 20 en los que se tuvieron dos, 6 en los que tuvieron tres y uno que tuvo cuatro. En este último, la información sobre la cuarta pareja surgió al narrar eventos específicos de su vida conyugal.

La intención de generar conocimiento básico sobre dos ciudades de tamaño y dinámicas tan contrastantes obedece al hecho de que forman parte de una misma región histórica y sociocultural. Partimos del trabajo de Giménez (1996), quien afirmó que la región sociocultural es un espacio en donde se superponen eventos locales, nacionales y supranacionales articulados tanto por el territorio como por la cultura. El territorio es el lugar de refugio y de subsistencia de donde se obtienen los recursos para vivir marcados por límites geopolíticos y administrativos y cruzado por eventos naturales e históricos que dan vida a una identidad y a una historia. La cultura se entiende, desde la propuesta de este autor, como las pautas de significados que conforman conjuntos de signos, símbolos, representaciones, modelos, actitudes, valores, etc.

inherentes a la vida social que transcurre en ese espacio. Esto equivale a decir que este territorio que provee de recursos y al que tenemos apego, está cruzado por actividades económicas, creencias, religiones y conocimientos de todo tipo.

En ese espacio se inscribe la cultura objetiva —léase la historia—, las muchas instituciones y prácticas sociales espacialmente localizadas —fiestas, rituales, tradicionales, costumbres, ciclos de vida, etcétera, que la ordenan y regulan— y también los procesos subjetivos que nos hacen sentir parte de ese territorio.

A partir de lo anterior se vuelve evidente que las dos zonas de estudios —ZMC y AMG— comparten estas tres dimensiones de la cultura que han sido cruzadas por todos estos procesos de manera histórica. La pertenencia socio-territorial contemporánea de los habitantes de esta región se articula y combina de diversas formas en un mismo individuo con una variedad de formas de identidad no territoriales al compartir referentes espaciales, sociales, económicos, políticos y culturales.

Es importante hacer una investigación sobre la intimidad en esta región sociocultural debido a las transformaciones y retos que ha sufrido la vida en pareja. Colima y Guadalajara, dos ciudades distintas pero muy cercanas en muchos sentidos, ofrecieron un marco rico, retador y complejo para adentrarnos a la producción de conocimiento sobre la manera en que la modernidad tardía ha marcado la subjetividad y las muchas formas de relacionarse de las parejas: esta identidad e historia compartida por las y los entrevistados está presente en sus narrativas cuyas biografías mostraron más elementos comunes que diferenciadores.

Este libro se compone de cinco capítulos. En el capítulo uno se definen los referentes teóricos desde donde se abordó la formación de parejas que fueron el género, la formación de parejas, las emociones, el vocabulario emocional, los motivos del lenguaje, el discurso y sus motivos, los capitales, la clase social y las redes sociales. Al interior de cada uno de esos referentes hay conceptos estrechamente interrelacionados que permiten dar cuenta de los resultados y hallazgos de la investigación. Estos serán mencionados a lo largo del libro.

El segundo capítulo aborda las emociones en el cortejo y en el noviazgo. Este material representa un hallazgo muy rico que muestra una gran consistencia en el vocabulario emocional empleado por la población entrevistada en esta fase de la vida en pareja. El capítulo señala las emociones encontradas y analiza el vocabulario emocional desde la visión del género, el número de unión y la generación.

El tercer capítulo analiza la formación de parejas desde el cortejo y el noviazgo. Se discute el proceso de búsqueda de una pareja desde el vocabulario del cortejo y el noviazgo, las prácticas del cortejo y los motivos del noviazgo. Esto permite ver que hay un vocabulario muy preciso que distingue cada paso del cortejo al noviazgo y que también refleja la formalidad de la relación.

El capítulo cuarto aborda la formación de parejas desde la homogamia o cercanía social, educativa, laboral y geográfica para analizar la relevancia de los atributos de origen y adquiridos en el emparejamiento. Los relatos dan cuenta de la dificultad de las y los sujetos para cruzar las fronteras de la clase social y la fuerte tendencia a uniones entre personas con capitales socioeconómicos y culturales próximos.

El quinto y último capítulo aborda el emparejamiento desde la heterogamia etaria o brechas de edad. El análisis se divide en cinco secciones, a saber, las diferencias de edad al momento del emparejamiento, el análisis de las diferencias de edad desde la perspectiva de género, el número de unión, las uniones entre personas añosas y las diferencias de edades por generación. Los relatos muestran las profundas desigualdades de género en las relaciones de pareja de hombres y mujeres con atributos semejantes, mismas que se profundizan aún más cuando éstos son más distantes o hay heterogamia.

A lo largo del libro se refiere la literatura especializada sobre la conyugalidad e intimidad relativa a México y América Latina. Las lagunas de conocimiento detectadas en esa búsqueda son las que motivaron un libro como éste, en donde se privilegió un enfoque cualitativo y sociológico de las razones por las que hombres y mujeres de la región de estudio se emparejaron.

Capítulo 1. La formación de parejas

Este capítulo plantea los referentes teóricos desde donde se analiza la formación de parejas y consta de tres apartados. El primero de ellos aborda las experiencias de formación de pareja que serán analizadas desde el concepto de género. El segundo define qué son las emociones y explora el vocabulario emocional, el lenguaje de los motivos y las prácticas culturales desarrolladas en torno al cortejo y el noviazgo. Y el tercero discute qué es el capital, qué tipos de capitales se analizan y el papel de las redes sociales en la formación de parejas. Cada uno de los enfoques teóricos se apoya de distintos conceptos que ayudan a acercarse a los datos y a profundizar el análisis.

El género

La perspectiva de género en la formación de parejas fue clave para comprender cómo la intención de formar una familia define roles y prácticas culturales diferenciadas para hombres y mujeres determinadas por valoraciones culturales. Se define qué es el género a partir del trabajo de Scott (2002), de Barbieri (1986) y Rubin (1986). De acuerdo con Scott (2002), el género surge para hacer visible la desigualdad del poder entre hombres y mujeres y cómo las actividades que ambos realizan adquieren significaciones diferenciadas. La autora centra su abordaje desde las diferencias de poder en las actividades masculinas y femeninas. La diferencia de poder en esta investigación es visible desde el cortejo: hay

quien corteja y hay quien espera ser cortejada. Esta dinámica se reproduce de manera automática debido a que está anclada en los valores, prácticas e identidad de hombres y mujeres desde etapas tempranas de la vida. Pero dichas normas también se rompen, como podrá verse, y generan el cambio social. Sin embargo, como se encontró en esta investigación, estas relaciones también están cruzadas por relaciones de poder desiguales.

Uno de los principales aportes del género como concepto y categoría analítica es su rechazo tajante al desconocimiento de lo femenino y la masculino como ámbitos de la vida separados y sin conexión. Desde sus inicios, el concepto abogó por la generación de conocimiento y la comprensión amplia e interconectada del comportamiento masculino y femenino. Asimismo, enfatizó la importancia de situar el conocimiento y dar cuenta de estas relaciones como resultado de la historia y la cultura y no de la biología. Esta perspectiva fue de gran riqueza para el análisis de la vida social e introdujo la dimensión del poder y la desigualdad en la discusión para dar cuenta de cómo las mujeres ocupaban, sin importar el ámbito, posiciones subordinadas y de menor poder que los hombres.

Situar estas reflexiones en el análisis de la elección de pareja permitió ver que el cortejo y el noviazgo se establecen a partir de relaciones de poder desiguales ancladas en mandatos y roles de género contruidos a lo largo del tiempo y con cargas diferenciadas para cada sexo. De igual manera, al emplear una visión intergeneracional, se pudo ver la persistencia de este desequilibrio de poder visible tanto en el vocabulario como en las prácticas culturales que acompañaron estas fases de la vida en pareja.

de Barbieri (1993), Scott (2002) y Rubin (1986) sostuvieron que el género busca entender no sólo cómo se producen los sentidos diferenciados que hombres y mujeres le dan a las actividades que realizan sino también dar cuenta de por qué es así. El conocimiento empírico sobre estos aspectos, en particular de la posición laboral de las mujeres frente a los hombres, de sus condiciones de vida y del trabajo que realizan,

deja claro que la opresión no tiene un origen exclusivamente económico, como se pensó en un primer momento.

A raíz de estos avances, Rubin y de Barbieri propusieron el enfoque teórico-metodológico del sistema sexo-género para explicar cómo se articula el poder a través de las relaciones sociales entre los hombres y las mujeres a través del tiempo. Esto dio como resultado una propuesta que se aleja de una visión economicista y ahistórica que permite entender cómo opera y cómo cobra vida la dominación masculina en distintos espacios y tiempos. Los resultados de trabajos de distintas disciplinas que consideran este enfoque coinciden en señalar que la subordinación de las mujeres es una condición universal.

de Barbieri (1993) consideró que el análisis de las formas en que el sistema sexo-género opera explica cómo se dan los procesos de subordinación. Ella lo entiende como conjuntos de

prácticas, símbolos, representaciones, normas y valores sociales que las sociedades elaboran a partir de la diferencia sexual anatómico-fisiológica y que dan sentido a la satisfacción de los impulsos sexuales, a la reproducción de las especies humanas y en general al relacionamiento entre las personas.
(p. 150)

Las ideas de estas autoras en torno al sistema sexo-género como un dispositivo articulador de las relaciones de poder intergenéricas ayudan a explicar las diferencias en los significados que hombres y mujeres le dan a salir con alguien, a las diferencias de edad en la pareja y a las emociones que experimentan ambos en la relación, por nombrar algunos ejemplos. Si se sigue el orden de estos ejemplos, lo deseable es que el hombre imponga su superioridad en la relación mediante la elección de una mujer que le agrade, que sea menor que él y que lo ame y cuide. Sin importar qué tanto estas expectativas responden a la realidad, el sistema espera que estas condiciones se mantengan en la vida en pareja como mecanismo articulador de sus relaciones sociales.

Estas definiciones y ejemplos de cómo opera el sistema en las etapas iniciales de la vida en pareja permiten ver que el género es un sistema de relaciones de poder construido con base en el sexo y el género y que ambos estructuran la vida de las y los sujetos en todos los espacios en los que interactúan. Estos espacios, para los fines de esta discusión, son aquellos en donde se encuentran las parejas, en donde cortejan y en donde transcurre el noviazgo.

Desde los primeros acercamientos de las parejas en la fase del cortejo están presentes relaciones de poder articuladas por la lógica del sistema sexo-género. Lo que permite ver, por ejemplo, que aun cuando ambos posean un origen social, escolaridad y edades similares o idénticas, la mujer ocupa una posición inferior al hombre y tiene menos poder.

Estas formas de relación desigual del poder están estructuradas conforme a roles y mandatos de género que ordenan y dan sentido a esas relaciones. Los roles son, de acuerdo con Lamas (2002):

El conjunto de normas y prescripciones que dicta la sociedad y la cultura sobre el comportamiento femenino y masculino. Aunque hay variaciones de acuerdo con la cultura, a la clase social, al grupo étnico y hasta el nivel generacional de las personas, se puede sostener una división básica que corresponde a la división sexual del trabajo más primitiva: las mujeres tienen a los hijos y por lo tanto los cuidan: *ergo*, lo femenino es lo maternal, lo doméstico contrapuesto con lo masculino como lo público. (p. 188)

Esta distinción entre lo femenino y lo masculino es lo que sustenta a la identidad de género y sobre la que se estructura la distribución de los roles o papeles sexuales. De esta manera, la perspectiva de género, el rol de género y la identidad de género guardan una estrecha relación. Los roles permiten a hombres y mujeres establecer de manera negociada o impuesta una relación de poder. Esas relaciones pueden ser profundamente desiguales y llevar al conflicto o establecerse de manera más negociada y, por tanto, ser más fluidas y flexibles.

La desigualdad en las relaciones de poder en la pareja es visible en la discriminación y la opresión que los hombres ejercen sobre las mujeres en función de las diferencias de género, clase, educación, edad, etc. De acuerdo con Clacso (2019), la desigualdad de género es:

la raíz estructural de las relaciones desiguales de poder y los problemas de invisibilidad y desvalorización de las mujeres en toda la historia de sociedades y culturas genéricamente constituidas, en el capitalismo patriarcal, rapaz y depredador sustentado en la injusta división sexual del trabajo y en la opresión de género que contiene la desigualdad de poder justificada con las diferencias sexuales y, en específico, con la capacidad reproductiva. (p. 24)

La desigualdad de género invisibiliza y desvaloriza a las mujeres en las sociedades genéricamente construidas y fincadas en una división sexual del trabajo que parte de la diferenciación de sexos y les otorga diferentes y desiguales poderes justificados a partir de las diferencias sexuales y la capacidad reproductiva. Nacer mujer es ya una desigualdad pues el papel exigido es el de criar, cuidar y educar, tarea de la que no se liberará hasta su muerte y le será demandada en todos los espacios en los que interactúe. En esa lógica, como podemos ver, los derechos y los privilegios de hombres y mujeres son distintos y desiguales. Estas valoraciones están incorporadas en ambos desde el cortejo, se despliegan con más fuerza en el noviazgo y articulan la vida en pareja una vez que se unen.

La desigualdad de género y social guarda una estrecha relación con los mandatos de género, que son órdenes que deben ser llevados a cabo, es decir, normas sociales no habladas pero adquiridas y reproducidas por hombres y mujeres. Los mandatos son una manera de hacer las cosas que es propia para cada sexo porque la cultura está implícita en ellos y en los grupos sociales que la reproducen. Esta cultura, como hemos visto, considera que ser mujer es ya una marca de menor valor social, por tanto, los mandatos femeninos heredan esa cualidad y esto determina las relaciones de poder entre ambos sexos. Así, la pertenencia a un

grupo social específico se da en función de esa posición que se guarda con respecto a los hombres en donde, además de la desigualdad, hay mandatos de género que cumplir.

Ramírez (2020) consideró que los mandatos de género son una prescripción con la que se está de acuerdo ya que otorga privilegios; no obstante, también implica obligaciones y demanda actuar en situaciones en las que no se está de acuerdo. Los privilegios son el reconocimiento social y estatus que se recibe al cumplir las normas. En el caso de los hombres y mujeres de nuestra investigación, los mandatos de género se relacionan con la capacidad para emparejarse: saber cortejar, formalizar un noviazgo y, eventualmente, concretar esa relación en un matrimonio o unión libre. En el caso de las mujeres, los mandatos propios de su género determinan una posición pasiva y a la espera de las decisiones masculinas: ser buscada, declinar o aceptar las atenciones y regalos de los cortejantes, esperar a que ellos formalicen el noviazgo y, también, tener paciencia y habilidad para formalizar la unión. Como podemos ver, los mandatos se fincan en la desigualdad de género y en el sistema sexo genérico.

En cuanto al mandato como obligación, Ramírez (2020) postuló que puede ser una carga o un lastre para quienes no se identifican con él o reniegan de las obligaciones que impone. Estos sujetos cuestionan el privilegio que impone la prescripción porque les exige más de lo que están dispuestos a dar o porque no poseen los recursos para cumplirla: no saber cortejar, no tener la habilidad para encontrar una pareja, no reponerse de un rechazo y/o quedar soltero/a. El mandato exige y asume que se tienen las habilidades y recursos necesarios para cumplir con estas prescripciones y emparejarse exitosamente, pero eso no es siempre así, como da cuenta la presente investigación. En las relaciones de género son los hombres quienes detentan la autoridad sobre las mujeres. El mandato se ha instalado en los estudios de género como parte del dispositivo de la dominación masculina.

Por otro lado, si las y los sujetos cumplen el mandato, y este les beneficia, defienden ese privilegio como un derecho. Por el contrario, cuan-

do se está en desacuerdo, se reniega de él y se busca la forma de romper la regla. Este desacuerdo es lo que genera mandatos más laxos y posibilita el cambio cultural. Los principales cambios detectados se relacionan con la resistencia a casarse, a cortejar a los hombres ante la falta de iniciativa o claridad de su interés en la relación, a establecer relaciones de pareja menos tradicionales en segundas y posteriores uniones y, en el caso de las mujeres, a establecer una relación de pareja con un hombre menor que ellas. Las prácticas más novedosas se localizan sobre todo en las generaciones más jóvenes, de manera concreta en la postura de hombres y mujeres frente a sus parejas.

Estos cambios en los roles y mandatos de género son vistos de manera positiva por ambas partes y denotan una apertura que, aunque limitada, permite afirmar que hay un cambio en proceso que está en la transición de un modelo más tradicional a uno más flexible en donde las mujeres tienen más participación. Son relaciones de pareja en las que los roles de género son más flexibles y se cuestiona el porqué de las normas.

No es que la práctica en sí se haya modificado por completo, sino que cambió su prevalencia o adhesión a ella. Esta situación significa un cambio porque cada vez más parejas eligen estos arreglos y prácticas en el cortejo y en el noviazgo, lo que ofrece una estructura social particular y diferente con relación a las normas dominantes.

Entre las motivaciones para el cambio está la evasión de la soltería, la formación de un vínculo con la persona en la que se está interesada, la experimentación de formas más abiertas de entablar una relación y el rechazo de las normas del matrimonio como única vía de formación de una familia. Estos cambios no necesariamente implican una mayor igualdad de género, pero sin lugar a duda muestran que las parejas están dispuestas a entablar una relación en un escenario y condiciones distintas a las que impone la norma social.

Koselleck (2001) planteó, en torno al cambio histórico y sociocultural, tres niveles de experiencia que lo posibilitan. Su propuesta es muy útil para entender la lógica de la reproducción de la cultura en torno al emparejamiento. Este autor consideró que la experiencia individual —que

es en donde se rompe la regla — es la base de los cambios de significados del quehacer humano. El primer tipo de experiencia abarca a individuos o a un grupo reducido de personas cuyas experiencias se repiten y generan un conocimiento. En este nivel se puede identificar con claridad las experiencias y expectativas de las y los entrevistados que buscan entablar relaciones de género más flexibles con sus parejas. Es una práctica en transición que es visible en las tres generaciones de estudio, en particular entre los adultos medios y adultos jóvenes que abren el camino a otros sujetos para formar una relación de pareja en condiciones distintas a las tradicionales.

El segundo tipo de experiencia, de acuerdo con Koselleck (2001), abarca aquellas situaciones en las que se acumula este conocimiento en el tiempo y se confirma o se asienta corrigiéndose a sí misma. En este nivel hay ya una afección a las personas y se empieza a ser visible en el comportamiento de una generación. Al respecto, Koselleck (2001) afirmó que estas experiencias:

[...] duran y cambian con las unidades generacionales que nacen y mueren. Las experiencias almacenadas se quiebran o se acrecientan además por los acontecimientos políticos padecidos o realizados. Esa impronta común se mantiene hasta que muere la generación temporalmente escalonada. (p. 51).

Este segundo nivel de cambio es visible en la presente investigación. Los adultos medios y jóvenes tienen ya una experiencia y conocimiento acumulado sobre otras posibles vías de entablar una relación de pareja que sientan un antecedente para otros sujetos.

Estos dos primeros niveles de cambio son los identificados en la investigación y se dará cuenta de ellos en los distintos capítulos. El tercer tipo de experiencia del cambio es la que no puede ser percibida y sólo es posible ver cuando se estudian largos periodos de tiempo, es decir, los cambios de larga duración. Koselleck (2001) afirmó que este tipo de experiencia no es posible aprehenderla mediante la tradición oral, abarca más de una generación y escapa a la experiencia inmediata. Este cambio

va mucho más allá de una persona y una generación. Un ejemplo de la visibilización del efecto acumulado del cambio en la larga duración es el trabajo de Coontz (2006) sobre el matrimonio. A partir de una minuciosa y amplia revisión de casos de diferentes culturas y periodos históricos pudo dar cuenta de cómo se transformó el sentido y función del matrimonio. En todos ellos, la base del cambio inicial fue el sujeto.

Las emociones, el vocabulario emocional y las prácticas culturales

En el proceso de emparejamiento surgen emociones profundas e intensas que motivan a las y los sujetos a la acción social de emparejarse. Las emociones son, de acuerdo con Turner y Stets (2009), aquello que se siente, los estados de ánimo que expresan situaciones concretas y las sensaciones que se experimentan —en el cuerpo, no solo en la parte cognitiva— ante determinadas situaciones que son significadas y elaboradas a partir de un vocabulario construido socialmente. Estas son analizadas desde un enfoque constructivista, lo que equivale a decir que son producto, al igual que el lenguaje, de lentos procesos sociales de construcción y sentido. Las emociones, por tanto, como los discursos y las prácticas y los motivos del cortejo y noviazgo, portan y expresan significados que deben ser estudiados en el contexto en el que surgen. Al igual que esas dos dimensiones analizadas, las emociones están sujetas a normas sociales que se aprenden desde etapas tempranas de la vida y que enseñan qué emociones están ligadas a qué comportamientos, así como los lugares y la intensidad con la que se deben expresar o reprimir, regulación mediada socialmente que Hochschild (1990) llamó trabajo emocional.

El análisis de las emociones es complejo ya que éstas no siempre se expresan de manera explícita en el lenguaje. Autores como Harré (1986) y Gordon (1990) propusieron como punto de partida la identificación del vocabulario o etiquetas emocionales —también llamado repertorio por Ramírez (2020) — para aproximarnos a su análisis lingüístico y elucidar su capacidad de acción e interacción social, así como sus aspectos

morales, como señalaron Gordon (1990) y Perinbanayagam (1989). Este vocabulario es aprendido en distintos contextos y de manera continua a lo largo de la vida de las y los sujetos, lo que les permite saber cómo y cuándo sentirlos, reprimirlos y/o expresarlos, es decir, que a cada situación social situada corresponde tanto un lenguaje como una práctica concreta.

El vocabulario emocional (Gordon, 1990) es la expresión asociada al sentir cuando se narra una experiencia emocional específica. En este caso se identifican las etiquetas o el vocabulario asociado a la fase del cortejo y noviazgo que surgió de manera espontánea en las narrativas al recordar, desde el presente, las experiencias de emparejamiento del pasado. Esto permitió identificar emociones específicas y constelaciones o grupos de emociones (Enríquez, 2009) con gran cercanía semántica. Este enfoque implica que las emociones son sentires situados y provocados por mandatos mucho más amplios de las decisiones e intereses individuales que hablan de las motivaciones que tienen las y los sujetos al formar parejas y familias.

Todo lo anterior habla de la manera en que el lenguaje y las prácticas que lo acompañan son aprendidas y moldeadas por la cultura. Esto implica reconocer que las emociones, al igual que el lenguaje, son un proceso social moldeado por la cultura, la cual le atribuye significados a las emociones independientemente del contexto en el que surjan. En este punto, la discusión sobre la naturaleza sociocultural de las emociones coincide con el enfoque de Bruner (1990) de los actos de habla como actos sociales y el vocabulario de los motivos de Wright Mills (1940) como productos del conocimiento social situado. Asimismo, y al igual que Wright Mills, el enfoque socio constructivista de las emociones reconoce que éstas son estados sociales más que individuales y subjetivos, por tanto, son constructos históricamente situados y significados.

Esta aproximación tiene estrecha relación con el posicionamiento que se guarda sobre la narrativa y el lenguaje de los motivos del cortejo y del noviazgo como discursos sociales. Las emociones, al igual que los actos de habla y los motivos del lenguaje, conducen a la acción humana

(en este caso a buscar pareja) y están reguladas tanto en su expresividad e intensidad por reglas sociales (Hochschild, 1990). De esta manera, el análisis de las emociones sentidas durante el emparejamiento arroja luz no solo sobre las narrativas o acciones concretas que los sujetos despliegan para emparejarse sino sobre las reglas o normas sociales que producen etiquetas para emociones específicas en los procesos de interacción social. Gordon (1990) y Perinbanayagam (1989) coincidieron en la capacidad de interacción de las emociones. Así pues, el análisis del vocabulario emocional que acompaña a las prácticas del cortejo y noviazgo arroja una rica luz a la manera en que los sujetos dejan ver reglas más amplias de la reproducción social de las parejas y las familias.

El vocabulario de los motivos, de acuerdo con Wright Mills (1940), son comportamientos lingüísticos que revelan aspectos clave sobre la vida social; es decir, a través de su análisis se puede entender por qué los seres humanos hacen algo. Los motivos son considerados por el autor como un acto social y no una expresión o estado individual. Wright Mills también enfatizó en que el análisis del vocabulario debe considerar su capacidad de alertar sobre las acciones futuras que las y los sujetos realizarán y la importancia de considerar el contexto en el que surgieron las narrativas. Lo anterior equivale a decir que los motivos que llevan a la acción a cualquier ser humano —ya sea motivo de una auto reflexión o cuestionamiento explícito sobre el por qué se hace algo— son una vía para conocer las motivaciones de las acciones humanas. El autor consideró entonces que el vocabulario es una construcción sociocultural y en esto coincide con Bruner (1990) y Gordon (1990), quienes argumentaron que a cada acción situada corresponde un vocabulario específico que es producto del aprendizaje social de la cultura y del lenguaje.

Bruner (1990) sostuvo que el repertorio lingüístico sólo puede ser aprendido dentro de la cultura. De esta manera, al estudiar el vocabulario usado por las y los entrevistados durante el cortejo y noviazgo se puede ver que hay discursos que corresponden en mayor o menor medida con las prácticas que las acompañan y que todo esto es motivado por las emociones que experimentan. Todo lo anterior va más allá de

los sujetos y revela la fuerza de las normas sociales que regulan tanto el lenguaje como el comportamiento y las emociones de las tres generaciones en la región de estudio. Este vocabulario de motivos es el corpus empírico que se analiza para estudiar la elección de pareja.

En cuanto al discurso y sus prácticas, éste es considerado una narrativa social y no individual en tanto que revela un vocabulario y formas de representación socialmente construidas. Bruner (1990), al igual que otros autores de distintas disciplinas, sostuvo que las narrativas individuales son discursos sociales a través de los cuales el ser humano reproduce la cultura. El autor citó la reflexión de Clyde Kluckhohn, colega suyo, para ejemplificar este ejercicio dual individuo/cultura “los seres humanos no terminan en su propia piel; son expresión de la cultura” (Kluckhohn, como se citó en Bruner, 1990, p. 28). Esto equivale a decir que las narrativas estudiadas no expresan puntos de vista individuales sino la cultura del grupo.

Lo anterior implica que el discurso y la acción son una misma unidad de análisis, como lo propuso Bruner (1990), y no entidades separadas. De esta manera, en esta discusión se considera a las narrativas como discursos sociales que llevan a acciones situadas históricamente que son el sustento del intercambio de afectos y atenciones al momento del emparejamiento. Asimismo, se considera que el discurso de las y los entrevistados en esta fase de la vida en pareja se acompañó de prácticas culturales específicas —bastante homogéneas, como se verá a continuación— que revelan la pertinencia de tratarlas como una misma unidad analítica.

Bruner (1990) le dio un espacio importante en su discusión de los actos de habla al lenguaje como resultado de la interacción social motivada por el deseo y las emociones ya que consideró que “nuestros deseos y las acciones que realizamos en su nombre están mediados por medios simbólicos” (p. 36). Esto equivale a decir que no hay discurso sin motivación. El autor, en el desarrollo de su teoría, destacó el papel de los compromisos que los sujetos hacen al elaborar narrativas ya que éstos expresan la voluntad de hacer lo que se expresó. Reconoció también los

conflictos que ellos enfrentan al llevarlos a cabo en medio de los cambios que la vida moderna les impone.

Para entender tanto los significados como las acciones que permanecen y cambian, se debe situar las narrativas desde el sentido que las y los entrevistados les dan. Asimismo, entender que el lenguaje va siempre acompañado de acciones (cortejar y noviar) y de deseos concretos, en este caso, de formar una pareja. Sin embargo, Bruner también alertó que, si bien las narrativas tienen motivaciones, éstas son el reflejo de una experiencia subjetiva compartida lingüísticamente en tanto que se aprendió dentro un grupo social. De esta manera, el análisis de las narrativas sociales debe considerar la manera en que los sentidos se convierten en prácticas. Esto permitirá ver que ni las narrativas ni sus acciones son creaciones personales improvisadas o estados emocionales aislados sino deseos y compromisos estructurados por normas y funciones sociales más amplias: emparejarse y formar una familia.

Los capitales, la clase social y las redes sociales

Como se ha visto, la formación de parejas es un proceso mediado por los recursos de origen —como la clase social y la edad— y los adquiridos —como la escolaridad, la ocupación y el estado civil, entre otros. La propuesta de Bourdieu (2004a y 2004b) de entender estos atributos como capitales y el mercado matrimonial, como él lo llamó, como un espacio social conformado por grupos sociales en disputa por los recursos y el poder es la que se utilizó en el presente análisis de estos recursos. Este autor consideró que el espacio social, en las sociedades más desarrolladas, se constituye de manera sustantiva a través del capital cultural —la escolaridad— y el económico —bienes y dinero— de los agentes y grupos, “de lo que resulta que los agentes tienen, tantas cosas más en común cuanto más próximos están en ambas dimensiones y tantas menos cuanto más alejados” (p. 18).

Las diferentes posiciones de las y los agentes en el campo social corresponden a un sistema diferenciado de valoraciones de sus capitales, es decir, de los bienes que poseen y de las prácticas que es posible rea-

lizar con esos atributos. Una clase social es una clasificación teórica que solo existe sobre el papel, que se construye sobre el reconocimiento de ciertas propiedades/atributos y las prácticas de las y los sujetos en ese espacio social imaginado. Estos grupos sociales concretos no existen, son clasificaciones mentales construidas y están en tensión en tanto que luchan por reconocimiento, por poder y por mantener y acrecentar sus capitales.

En el mercado de las parejas, las y los sujetos con capitales similares tenderán a encontrarse y en la medida en que ese capital se aleje menor será la probabilidad de emparejarse. Al respecto de la lógica de las clases sociales al interior del espacio social, Bourdieu (2007) reflexionó que

[...] las distancias que son predictivas de encuentros, afinidades, simpatías o incluso deseos: en concreto esto significa que las personas que se sitúan en la parte alta del espacio tienen pocas posibilidades de casarse con personas que se han situado en la parte de debajo en primer lugar porque tienen pocas posibilidades de encontrarse físicamente (salvo en lo que se llama los sitios de mala nota, es decir a costa de una transgresión de los límites sociales que vienen a multiplicar las distancias espaciales); después, porque si se encuentran de paso, ocasionalmente y como por accidente, no se “entenderán”, no se comprenderán de verdad y no se gustarán mutuamente. A la inversa, la proximidad en el espacio social predispone al acercamiento: las personas inscritas en un sector restringido del espacio estarán a la vez más próximas (por sus propiedades y por sus disposiciones, *sus gustos* y *sus aficiones*) y más inclinadas al acercamiento; también resultará más fácil acercarlas, movilizarlas. (pp. 22-23)

A la proximidad de atributos se le conoce como cercanía u homogeneidad, aspecto que será analizado a detalle desde lo socioeconómico, educativo, laboral y geográfico. Las redes sociales son, de acuerdo con Sluzki (1996) “el nicho interpersonal de la persona, y contribuye[n] substancialmente a su propio reconocimiento como individuo y a su imagen del sí” (p. 42). Estas redes pueden estar compuestas por la fami-

lia, las amistades, las relaciones laborales o escolares y las comunitarias (organizaciones, iglesias, clubes, etc.) y proveen de distintos tipos de recursos a quienes forman parte de ellas a lo largo de su vida. Los recursos a los que tienen acceso las y los sujetos dependerán de su clase social y de qué tan fuertes o débiles sean sus redes. En la presente investigación, los recursos movidos por las redes de la población entrevistada jugaron un papel clave en el emparejamiento, como se verá más adelante.

Capítulo 2. Las emociones en el cortejo y en el noviazgo

Este capítulo analiza el vocabulario emocional, la cultura emocional y las constelaciones de emociones que acompañaron al cortejo y el noviazgo. Se realiza una aproximación a ellas desde las diferencias de género, el número de unión y la generación. En ocasiones se enfatiza el origen social y el nivel de escolaridad de la población entrevistada al tener estrecha relación con la forma de elaborarlas y sentirlas.

La investigación sobre la formación de parejas y eventuales familias arroja una rica luz a la comprensión de las normas y valores que las sociedades crean y los individuos reproducen —o confrontan— al momento de emparejarse. La investigación sobre esta fase de la trayectoria vital ha sido campo de estudios fértil para la demografía y la socio demografía desde mediados del siglo XX desde los censos y cuentas nacionales tanto en México como en la región latinoamericana; en éstos se privilegia el abordaje desde las mujeres. La antropología, la sociología, el derecho, la historia, la medicina y la psicología, por su parte, también han estudiado el emparejamiento —y a menudo las rupturas— desde sus procesos simbólicos y el cambio sociocultural. Ambos enfoques tienden a centrarse en grupos etarios y sociales concretos (Cuevas, 2019b). Son pocos los estudios que utilizan enfoques mixtos, que abarcan la visión de varias generaciones, que incluyen la visión de hombres y mujeres y que incluyen distintas ciudades, como se propuso en esta investigación.

El vocabulario del cortejo y noviazgo identificado muestra que el emparejamiento es una acción deliberada que involucra estados placenteros y profundos expresados en metáforas como flechazos, hacer clic, plup, sentir química, sentir que algo sube, sentir bonito, estar enamorada/o, encantar, increíble, muy padre, ser algo intenso, etc. Esos discursos se acompañaron de expresiones faciales, movimientos corporales y tonos de voz anclados tanto a la memoria como al cuerpo.

Scribano (2012) y Scribano y Cena (2017) postularon que la relación emociones-cuerpo es el mejor testimonio de la inscripción social en lo individual y que el cuerpo carga, produce y reproduce este vocabulario. Esta reflexión ayuda a situar la postura epistémica desde la que se analizan las emociones surgidas en el cortejo y noviazgo: como discursos individuales moldeados por la cultura y las reglas del sentir propias de la población estudiada en esa región cultural y momento histórico. Estas prácticas, a su vez, denotan relaciones de género machistas y desiguales ampliamente reproducidas por la población de estudio.

El análisis lingüístico de las emociones es central para entender su significado y el contexto en el que surgen. No obstante, también hay que recuperar los tartamudeos, la velocidad y el tono de la voz, el nerviosismo expresado por las manos, las expresiones faciales y el lenguaje corporal en general. Todo ello da cuenta de dos procesos. En primer lugar, que las emociones pueden ser evocadas con gran viveza a la distancia y en segundo, que esta experiencia cruza el cuerpo.

Las etiquetas emocionales (Gordon, 1990) identificadas en los relatos de las tres generaciones de hombres y mujeres heterosexuales entrevistados surgieron de manera espontánea al preguntarles sobre el cortejo y el noviazgo. Esta precisión es importante ya que la investigación no tuvo un interés específico en estudiarlas. No obstante, se abordaron al ver su centralidad en el emparejamiento. Esto explica también por qué no se preguntó por emociones específicas como el amor, tan centrales en el imaginario y discurso social occidental contemporáneo al hablar de la vida en pareja (Illouz, 2009, 2012, 2020; Giddens, 1998; Beck y Beck-Gernsheim, 1995). Esto sugiere que el amor es una más de las emociones

que alientan el emparejamiento y que puede no estar presente al momento de formarse la pareja, como Cuevas (2014b, 2013a, 2013b) también encontró.

Otra precisión epistémica importante en la comprensión del vocabulario emocional del cortejo y el noviazgo es que son comprendidas y estudiadas como constelaciones, siguiendo la propuesta de Enríquez (2009). Las constelaciones son conjuntos de emociones articuladas en torno a una emoción central que permiten expresar lo que se siente y delimitar su sentido.

Las emociones conducen a la acción social, como Gordon (1990) y Perinbanayagam (1989) señalaron. Para los fines de esta discusión, esa motivación lleva al emparejamiento que al igual que cualquier otra emoción está regulada por reglas sociales, como Hochschild (1990) apuntó. El vocabulario emocional identificado en el cortejo y en el noviazgo sugiere que hay una cultura emocional (Gordon, 1990) ampliamente compartida por la población entrevistada.

Las emociones

Las emociones son, de acuerdo con Turner y Stets (2009), aquello que se siente. Este sentir abarca estados de ánimo que expresan situaciones concretas y las sensaciones que se experimentan —tanto en el cuerpo como en la parte racional y cognitiva— ante determinadas situaciones que llevan a la acción social y son significadas y elaboradas a partir de un vocabulario construido socialmente. Esta comprensión de las emociones como sentires y estados emocionales cognitivamente identificables y socialmente construidos coincide con el posicionamiento epistémico del socio constructivismo. Para éste, las emociones son producto tanto del lenguaje como de procesos sociales que se construyen de manera colectiva y le dan sentido a lo que se nombra y a lo que se hace en consecuencia. Las emociones, como los discursos y prácticas y motivos del cortejo y noviazgo, portan y expresan significados que deben ser estudiados en el contexto en el que surgen.

Al igual que esas dos dimensiones analizadas, las emociones están sujetas a normas sociales que se aprenden desde etapas tempranas de la vida en distintos espacios que nos enseñan qué emociones están ligadas a qué comportamientos, así como los lugares y la intensidad con la que se deben expresar o reprimir, regulación mediada socialmente. Hochschild (1990) llamó a esta regulación trabajo emocional.

El análisis de las emociones es complejo ya que éstas no siempre se expresan de manera explícita en el lenguaje. Autores como Harré (1986) y Gordon (1990) propusieron como punto de partida la identificación del vocabulario o etiquetas emocionales —también llamado repertorio por Ramírez (2020)— para la aproximación a su análisis lingüístico y elucidar su capacidad de acción e interacción social, así como sus aspectos morales, como señalaron Gordon (1990) y Perinbanayagam (1989). Este vocabulario es aprendido en distintos contextos y de manera continua a lo largo de la vida de las y los sujetos, lo que les permite saber cómo y cuándo tenerlos, reprimirlos y/o expresarlos, es decir, que a cada situación social situada corresponde tanto un lenguaje como una práctica concreta.

El análisis del vocabulario emocional identificado en las narrativas de los y las entrevistadas se expresó por medio de sentires específicos, narraciones y metáforas. Los resultados se presentan en dos secciones. La primera agrupa a las etiquetas vistas desde el género y el número de unión, las cuales mostraron mucha similitud, y la segunda el vocabulario visto desde las diferencias generacionales.

El vocabulario emocional desde la visión del género y el número de unión

Las etiquetas identificadas en los relatos de la población entrevistada al preguntarles cómo conocieron a su pareja reflejan valencias positivas, de acuerdo con la clasificación del sentir de Elster (2001). Los resultados globales vistos desde el género y el número de unión son muy semejantes, razón por la cual se discuten en un mismo apartado. De manera general, permiten sostener que el vocabulario emocional refleja una cul-

tura emocional ampliamente compartida. La nube de palabras inferior muestra las expresiones utilizadas con dos o más frecuencias en esta fase de la vida en pareja.

Nube 1. Vocabulario emocional por sexo y número de unión



Fuente: elaboración propia a partir de los datos de la investigación.

Las emociones, los relatos y las metáforas más recurrentes usadas por hombres y mujeres en primeras, segundas, terceras y cuartas uniones muestran que el vocabulario más recurrente fue, por orden de frecuencia: *enganchar*, *clic*, *enamorar*, *encantar*, *pasión*, *atender*, *flechar*, *química* y *padre*. Por su parte, *entusiasmar*, *muy bonito* y *protegida* se repitieron dos veces mientras que *aferrarse*, *algo me subía*, *clavas*, *convencida*, *entendida*, *impresionar*, *increíble*, *intenso*, *lindísimo* y *rico* tuvieron una sola frecuencia cada una.

Las emociones con una sola mención no fueron analizadas como bloques semánticos debido a su dispersión y la poca probabilidad de sugerir comportamientos sociales más amplios. Ramírez (2020) sostuvo que una posible interpretación de este tipo de vocabulario emocional es su representatividad como formas de entender el mundo y de socializar emociones en contextos familiares. Su reflexión es pertinente para

discusión que aquí se presenta pues permite pensar en este vocabulario del cortejo y del noviazgo que está en ciernes entre la población entrevistada.

Un primer análisis en torno al vocabulario emocional permite ver la gran cercanía de significados que le dieron ambos sexos sin importar el número de relación en el que se encontraban. El lenguaje empleado evaluó las cualidades y los atributos de las parejas y la intensidad de las emociones experimentadas. Esto habla de una gran homogeneidad en la regla del sentir (Hochschild, 1990) y la cultura emocional (Gordon, 1990) del cortejo y del noviazgo que cruza ambas categorías analíticas. La principal diferencia se encontró en las prácticas que acompañaron al vocabulario, lo que se ligó de manera estrecha con los roles e identidad de género de las y los entrevistados, como se discutirá más adelante.

La Tabla 1 inferior muestra las frecuencias de las etiquetas emocionales encontradas en las entrevistas en la fase del cortejo y del noviazgo por sexo y por número de unión. Se agruparon por lemas dada su cercanía semántica.

Tabla 1. Vocabulario emocional por sexo y número de unión

Vocabulario	Hombres	Mujeres	Unión 1	Unión 2	Unión 3	Unión 4
Aferrarse		1	1			
Algo me subía		1	1			
Atender/Atendida	1	3	3	1		
Clavarse		1	1			
Clic	2	4	5	1		
Convencida		1	1			
Enamorar/se/ado/a	2	4	1	4	1	
Encantar/encantado/a	1	4	1	4		
Enganchar/se/ados	1	6	3	3	1	
Entendida		1		1		
Entusiasmar/o/ada		2		2		
Flech/o/azo		4	3	1		
Impresiona/r/ado	1		1			
Increíble		1	1			
Intenso	1		1			
Lindísimo		1	1			

Muy bonito		2	1	1		
Padr/e/isimo		3	1	2		
Pasión	1	5	3	2	1	
Protegida		2	2			
Química	2	2	2		2	
Rico		1		1		

Fuente: elaboración propia a partir de los datos de la investigación.

Se registraron 22 etiquetas, emociones, metáforas y relatos emocionales entre la población entrevistada. Esta diversidad refleja la complejidad del lenguaje del emparejamiento en donde es importante no perder de vista, como se señaló antes, que no se preguntó por emociones específicas, sino que estas surgieron de manera espontánea en los relatos al hablar del cortejo y del noviazgo. La tabla permite valorar dos hallazgos importantes sobre el vocabulario. El primero de ellos es que los hombres usaron un menor número de etiquetas que las mujeres y el segundo es que el vocabulario se redujo en la medida en que se transitó de una primera a una posterior unión.

La menor presencia de etiquetas entre los hombres no se debe a un analfabetismo emocional o incapacidad para expresar su sentir. Se considera, en sintonía con las ideas de Ramírez (2014, 2020), que los hombres pueden elaborar con mucho detalle relatos sobre sus emociones si se tiene la habilidad para preguntar por ellas, lo cual dependerá, entre otros factores, de si somos hombres o mujeres, de las diferencias de clase y de edad entre quien pregunta y quien responde, y, sobre todo, del tema abordado. Todos estos elementos han sido reflexionados con gran detalle por una amplia literatura de las ciencias sociales y humanas en investigaciones sobre diferentes procesos humanos —ver Thompson (1978) y Yow (2005) para algunos ejemplos.

Otro aspecto que conviene destacar en torno a la diferencia cuantitativa de etiquetas emocionales usadas entre hombres y mujeres al cortejar y noviar es que 36 de las 81 entrevistas correspondieron a los primeros

y las restantes a las segundas.³ Esto explica en cierta medida las diferencias de género en el lenguaje empleado. Esta observación es importante ya que al observar los significados del vocabulario emocional que ambos sexos le dieron, se observa homogeneidad no solo por sexo sino también por número de unión, como se mostrará más adelante.

En cuanto al hallazgo sobre la disminución del vocabulario emocional en la medida que se pasó de la primera a las subsecuentes uniones es conveniente precisar que 54 entrevistas corresponden a personas con una sola pareja, 19 tuvieron dos, 7 tuvieron tres y una tuvo 4 parejas.

Asimismo, destaca, como contexto para entender este marco descriptivo, que en las primeras uniones se usaron 19 de las 22 etiquetas identificadas que fueron, por orden de frecuencia, *enganchar*, *clic*, *encantar*, *enamorar*, *pasión*, *atender*, *flechar*, *química*, *padre*, *muy bonito*, *proteger*, *aferrar*, *algo me subía*, *clavar*, *convencer*, *impresión*, *increíble*, *intenso* y *lindísimo*. En las segundas uniones se utilizaron 12 de 22 etiquetas que fueron, también en orden de frecuencia, *enganchar*, *clic*, *encantar*, *enamorar*, *pasión*, *atender*, *flechazo*, *padre*, *entusiasmo*, *muy bonito*, *entendida* y *rico*. La etiqueta *química* es la excepción ya que solo fue usada en las primeras y en las terceras uniones. En las terceras uniones se usaron 4 de 22 etiquetas, que en orden de frecuencia fueron *enganchar*, *enamorar*, *pasión* y *química*. Y en las cuartas uniones no se identificaron emociones, metáforas o relatos emocionales lo cual, de nueva cuenta, se relaciona más con la

3 El trabajo de campo de la fase cualitativa de la investigación inició a finales de 2019 y fue interrumpido de manera intempestiva en marzo de 2020 por la pandemia causada por COVID-19. El objetivo inicial de esta fase era realizar el mismo número de entrevistas con mujeres y hombres de las tres generaciones. Sin embargo, la dificultad para continuar con el trabajo de campo llevó al equipo de investigación a priorizar la realización de entrevistas con la población entrevistada de la que se tenía menos información: los adultos mayores y los hombres. Con esto se logró representatividad cualitativa tanto por grupo etario como por sexo. La mayor participación de las mujeres en nuestra investigación es consistente con lo reportado por otras disciplinas tanto en investigaciones cualitativas como cuantitativas de todas las áreas del conocimiento.

espontaneidad con la que las y los entrevistados usaron el vocabulario emocional que a la ausencia de emociones en este número de unión.

Este primer acercamiento al vocabulario emocional desde las diferencias de género y por número de unión dejan ver que las emociones *enganchar*, *encantar* y *enamorar* fueron las más recurrentes desde las diferencias por sexo y número de unión.

La etiqueta *enganchar*, que fue la más recurrente entre hombres y mujeres y en primeras, segundas y terceras uniones, se vinculó a dos procesos. El primero de ellos fue la disposición de entablar una relación debido a la impresión que le causó a las y los entrevistados la compatibilidad de personalidades, la similitud de gustos y las afinidades de personalidad aun cuando en algunos casos hubo diferencias de clase, de edad o de escolaridad. Estas diferencias fueron dejadas de lado ante la imposibilidad de zafarse del *enganchamiento*. El segundo proceso vinculado al *enganche* fue la parte afectiva. El contacto con la persona desarrolló un vínculo emocional a partir de la convivencia que dificulta el alejamiento entre ambos.

En el caso de Tenzin, el *enganche* con su primera y única esposa se dio por la afinidad de personalidades a pesar de las diferencias sociales entre ambos:

Esto nada más para contrastar lo que era la idea de con mi esposa, que ella, pues obviamente hizo su, su carrera, pues en escuelas privadas. Tenía la idea de, de, este. Bueno, más bien, tenía su círculo de amistad, pues en otro, en otro segmento y como nos conocimos casualmente, pero donde *nos enganchamos fue, pues precisamente no en la parte económica, sino, pues en la parte más bien de, de las personalidades, de, de, este, pues del reflejo de lo que podría ser*. Más bien una pote, potenciar la combinación de esas dos cosas. Y mucho también de las creencias que yo pude haber tenido de que, pues había que ver para arriba y no tanto para abajo. Entonces si me lanzo, yo alcanzo esto fácil. Va a ser un [inaudible], va a ser algo que me jale para que, para tener también un crecimiento en la parte económica. (Tenzin, 61a, NMA)

El relato de este entrevistado muestra que desde el mismo emparejamiento él asumió el papel de proveedor y que la diferencia de clases sociales, más que ser un impedimento, lo motivó para ascender socialmente.

Para Jimena el *enganche* con su tercera pareja se dio por la afinidad de personalidades y la admiración que le despertó su inteligencia luego de su inicial desinterés en él. En el relato vemos cómo el número de unión no marcó un significado distinto a la etiqueta *enganche*:

Y yo lo veía que estaba ahí, tranquilo, parado en el último de los patios. Total que el pobre, con una paciencia... eso, hasta la fecha. Tiene una paciencia sorprendente. No, se pone a leer su librito, su periódico, lo que sea. Yo dije: Bueno, ¿por qué no se va? Hasta que ya, este... salgo, y salí porque ya me dio vergüenza, también, que estuviera esperando tanto. *Y entonces llego y... Y bueno, y empieza a platicar Carlos, y... No sé, fue el enganche, también, en el momento, no, porque dije: Qué hombre tan interesante, ¿no? Y tan simpático, también, y con todo este lado, este... igual, medio inteligente y, este... y suelto y todo, que me encanta de los argentinos.* (Jimena, 65a, NM)

En el anterior relato se deja ver cómo operaron los mandatos de género en la formación de parejas. Fue su cortejante quien tomó la iniciativa al buscarla, al esperar a que ella decidiera si estaba interesada en él y en determinar si la relación avanzaba. Por su parte ella asumió el papel pasivo y una vez evaluadas las cualidades intelectuales, sociales y morales de su pareja, aceptó iniciar la relación. Esto indica, como se adelantó en una sección anterior, que es en el plano de las prácticas que acompañan a las etiquetas en donde se marcan las diferencias más no en el significado de las emociones.

Para Yolanda el *enganche* con su segunda pareja, un hombre 14 años mayor que ella, se dio gracias a la convivencia:

En todo este tiempo de divorciada nada más he tenido una pareja, una relación que nunca iba a llegar a ser una relación como estrictamente formal

o era muy difícil que llegara a serlo, porque *éramos personas a final de cuentas muy diferentes, pero si nos enganchamos un tiempo, un año. Estuvo bien, pero fue una relación de personas grandes pues, o sea el de 60 años y yo de menos, entre 50 y 60. No es fácil encajar en todo, pero fue interesante, no lo dejo de ver como algo que, qué bueno que me pasó.* Fue interesante, porque no había tenido ninguna pareja después de divorciada, entonces fue así como que no sabía cuándo se iba a dar, pero cuando se diera me interesaba saber cómo se iba a dar. (Yolanda, 58a, NM)

En la experiencia de Yolanda se puede ver una relación más equitativa en las decisiones tomadas por ambos, reflejada en la expresión “una relación de personas grandes”. Asimismo, se puede ver que hubo de parte de ambos una clara conciencia de que la relación estaba fincada en el compañerismo y, por parte de ella, en la satisfacción de lograr una segunda relación tras un divorcio, lo que le permitió experimentar una sexualidad más libre.

El segundo significado de la etiqueta *engancharse* aludió al afecto y los vínculos construidos durante la relación que hicieron muy difícil la separación, como demuestra el relato de Mica:

Más que nada *éramos amigos* y a él se le hacía feo, como que no tuviéramos, así, casarnos, pareja... Pero yo, en la vida, se me ocurrió eso. Yo como que empecé divirtiéndome. *Y, luego, ya me enganché, que yo no salía con nadie. Ahí, nomás estaba él. Él iba y venía, iba y venía a mi vida cuando él quería, pero yo no tenía a nadie, ni se me ocurría nadie.* [...] Un poquito después, ¿no? Ya él y yo no teníamos nada que ver, pero ahí seguía. *O sea, muy enganchado con nosotras.* Como que no se hacía al ánimo de que no iba a ser parte de esa familia. (Mica, 60a, NB)

La pareja de Mica consideró que tener actividad sexual sin estar casados era incorrecto, apreciación que ella no compartió porque no tenía interés en el matrimonio. Ante su negativa a formalizar la relación, ésta se desgastó hasta llegar a su fin.

En el caso de la etiqueta *clic*, la más recurrente entre hombres y mujeres en primeras uniones, aludió a lo repentino del inicio de la relación provocado por un entendimiento inmediato. Esta etiqueta guarda una relación cercana con la emoción *enganchar* al vincularse con la penetración de personalidades y comunicación profunda en la pareja. El relato de Pablo muestra que *clic* se asoció al entendimiento emocional e intelectual que tuvo con su novia:

Entonces, surgió ahí, que: “Ah, tú eres prima de Susi, ok. Y, ¿qué haces?”, “estudio psicología”. “¿Dónde?”, “En la Universidad privada”. “¡Yo también!”. Y bueno, ahí surgió, nos hicimos muy buenos amigos, hicimos clic y, bueno, esto se juntó con que ya mi otra relación iba en picada. (Pablo, 37a, NMA)

En el de Óscar, *clic* significó el entendimiento, conocimiento, apoyo y vínculo forjado con su pareja, lo que favoreció el inicio de la relación. Esto muestra gran consistencia en el significado de la etiqueta en las primeras, segundas y terceras uniones:

[...] siempre me ha gustado, siempre me ha gustado hacer ejercicio y salir a correr y yo diario, diario pasaba por ah, siempre pasaba por ah, la veía y se me hacía guapísima esa chica hasta que un día coincidimos en una de las reuniones de que hacen en la casa de la iglesia y por, por Obregón, ¿cómo se llama? Y ah, ¿qué onda y trabajas?. Así que no sé, que fue como un retiro, ¿no? Algo así y de repente este, nos empezamos [a] hablar un poco más. Y al final de este retiro uno tiene que decir unas palabras y me acuerdo que la chica, o sea, era tan fuerte lo que sentía yo creo que con esa experiencia, que hasta le dio taquicardia, ¿no? Entonces, entonces yo pues estaba a un lado de ella, entonces le ayudé en todo, “mira, acuéstate”. Entonces, como que hicimos ah, un clic ¿más profundo? (Pablo, 36a, NB)

En el relato de Óscar queda claro cómo tanto él como su pareja actuaron conforme a los roles asignados a cada uno: él inició la conversación, mostró su interés en ella y le ofreció ayuda mientras ella aceptó estas

iniciativas. Esto demuestra la gran desigualdad de condiciones en las que se forman las parejas. A los hombres se les exige tomar la iniciativa, saber cómo hacerlo y a las mujeres se les exige esperar a ser buscadas, quieran o no hacerlo. No obstante, esto no significa que las normas no se rompan o haya aberraciones a la regla, como Bruner (1990) destacó. Este tipo de rupturas toman lugar en el plano individual y posibilitan el cambio cultural, como señaló Koselleck (2001). De esto se dará cuenta más adelante.

Para Lucía el significado de *clic* fue similar al que dieron Pablo y Óscar: respeto y entendimiento:

Ya nadie me va a aceptar, yo decía, ¿edá? Y no, sí, nos casamos, me dijo él primero que si nos juntábamos un tiempo y yo le dije: “no, yo no porque dices, nos casamos, nos juntamos un tiempo, este, tú vas a querer tener una vida marital conmigo y vas a decir, ¿sabes qué? No la hacemos, adiós. ¿Y quién pierde? Yo pierdo, entonces le dije: “No. Te casas conmigo, nos casamos bien o no nos casamos”. Y ya, duramos un tiempo, como un año y, dos años casi y, este, pues para pensar las cosas bien [...] Pues... Sí [risas] [...] A él no [risas]. Pues sabe, como que el clic. (Lucía, 46a, NB)

Lucía deja ver con claridad la importancia del matrimonio y la virginidad en su vida lo cual la previno de tener relaciones sexuales premaritales con su esposo. Esta valoración tiene especial peso entre las mujeres de clases bajas y baja escolaridad de acuerdo con de Oliveira (1995). Entre las mujeres de mayor edad y de clases medias y medias altas con alta escolaridad de nuestro estudio no se encontró una valoración negativa de la sexualidad premarital. No obstante, la mayor parte de las adultas mayores iniciaron su actividad sexual hasta el matrimonio. Los estudios de Nehring (2011), Esteinou (2008) y Rojas (2002), así como estudios demográficos y sociodemográficos, coinciden en torno a la presencia de una vida sexual antes del matrimonio entre las mujeres de clases medias y medias altas con alta escolaridad.

En el caso de Aurora *clic* significó, evaluado a la distancia y a la luz de varios años de matrimonio, la pérdida del romanticismo en su relación. A pesar de ello, es interesante ver también cómo esta condición fue suplida por el entendimiento de ambos en su matrimonio:

Sí, él es muy lindo [pensativa]. Sí, él es muy lindo, muy... siempre me procura, siempre está, como dice, hechos son amores y no buenas razones, ¿no? O sea, no te tengo que estar diciendo te amo si no [que] lo demuestra. *Pero creo que sí nos hace falta como romanticismo, esa parte, romanticismo de apapacharnos más, sí nos hace falta; y yo creo que, y se lo he dicho "hay que ver qué está, ¿no? pasando". Porque yo lo quiero mucho y él me quiere mucho, pero sí cómo podemos otra vez hacer ese ah [suspiro placentero], ¿sabes?, ese clic, a lo mejor de, y por ejemplo, yo lo veo y me dice Darío [mi hijo], "¿y por qué te ríes?", "No sé, siempre que veo a tu papá me río" [contesta Aurora]. Y él también se ríe conmigo. Cuando vamos o venimos, siempre nos reímos, así como novios, ¿no? Que creo que hace falta, ¿sí?, un poco retomar un poco la relación. (Aurora, 43a, NM)*

La etiqueta *enamorar* se asoció a una comunicación profunda con la pareja y la valoración positiva de atributos como la inteligencia, los valores y las aspiraciones personales, asociaciones transversales a la clase social y el nivel de escolaridad. También destaca la mención al desarrollo de un vínculo sólido que cimbra el cuerpo. Esta emoción fue de las más recurrentes entre hombres y mujeres en segundas uniones. Esto resulta por demás interesante y sugiere que las posibilidades de experimentar el amor fueron mucho más amplias que en las primeras uniones, en donde esto sólo se mencionó una vez.

Benito, de nivel socioeconómico bajo, relató cómo en su primer matrimonio su inexperiencia en el amor lo llevó a *enamorarse*, estado que él considera se logró por el trato que ella le dio y por ser mayor la experiencia de su pareja en el amor. Su relato también permite ver que ni su condición de género, origen social o escolaridad son impedimentos para

hablar de sus emociones. Con esto se debate la postura del supuesto analfabetismo emocional masculino:

Nosotros nos enamoramos bien, bien enamorados. No sé si fue por mi falta de inexperiencia y la mucha experiencia de ella, que haga de cuenta, *como dicen por allí, me enamoró. Me enamoró su buen trato, su buen modo, su experiencia, para mí me deslumbró y yo no tenía novias, no había tenido novias. Entonces, bueno, yo me enamoré de ella y ella se enamoró bastante.* (Benito, 58a, NB)

El relato de Jimena sobre el *enamoramiento* fue de entrega total en su primer matrimonio; aspecto que coincide con el sentido que le dio Benito a esta etiqueta:

Al principio era así, el enamoramiento absoluto, ¡Ay, yo quiero todo con él!, ¿no? Pero, a esas alturas, ya había decidido, años antes, cuando nació Gabino, el segundo de mis hijos, desde entonces, este... me hice la salpingo. Yo ya no podía tener... Es decir, podía fantasear en que: “¡ay, qué lindo hubiera sido...”, porque estaba súper enamorada, ¿no? (Jimena, 65a, NM).

Para esta entrevistada la llegada de los hijos tras casarse fue inevitable tanto porque era lo esperado para esta generación luego del matrimonio como porque estaba enamorada de su marido. Este enamoramiento y el deseo de estar con su esposo la alentaron a operarse para evitar tener más hijos y poder disfrutar de su vida sexual. Esta decisión refleja un comportamiento muy extendido entre las mujeres en México desde los ochenta del siglo pasado en adelante, de acuerdo con el Centro Legal para Derechos Reproductivos y Políticas Públicas (1997). La salpingo-clasia es el método anticonceptivo más usado por las mujeres en edad fértil desde entonces y su uso ha crecido de acuerdo con la Organización de las Naciones Unidas (ONU) (2020), que reportó que, en nuestro país en el 2020, el 37.1% de las mujeres entre 15 y 49 años se realizaron este procedimiento por tan solo un 2.3% de los hombres. Este método defi-

nitivo ha crecido entre las mujeres en todo el mundo de acuerdo con los datos de la ONU.

Mica se *enamoró* por primera vez en su vida en su tercera relación de pareja. Este hecho refleja que el *enamoramiento* no es una condición inherente a las primeras uniones y que para algunas personas la posibilidad de estarlo se da en la adultez. Ella significó esta emoción como una experiencia profunda que le produjo plenitud y felicidad, lo que coincide con el significado que le dieron Benito y Jimena a esta etiqueta:

¿Como cuánto tiempo duré con él? Pues mucho. Y él se convirtió en figura... Él, ya casado, con nietos... Viudo. Nos encontramos por un amigo común; él, hablando de que se acababa de morir su esposa; yo, mi mamá. Y empezamos a ir al cine, a invitarlo a comer a mi casa, y yo me enamoré muchísimo, ¿eh? Él, no. Él, no tanto. Yo, más. [...] Era muy padre... Tenía la parte ésa, de... Muy varonil, de que te cuida, pagaba todo cuando salíamos. Yo no estoy acostumbrada, y mi hija tampoco a depender, económicamente de nadie, y menos de salir y que me paguen, ¿no? [...] No me agradó, pero no podía de otra forma. Era así y, luego, cuando yo no aceptaba, él llegaba así, con despesa. Él se sentía el señor de la casa. [...] Sí, proveedor. Y me cuidaba de todo, así que era muy cómodo tener a alguien que le hablas a la hora que sea y era handy man: "Oye, choqué, el carro se descompuso". Bueno, ¡me alivianó la vida como no tienes idea! Porque: "¿Puedes pasar por la hija?, ¿Puedes llevarla a fiestas infantiles?". Él llevando a mi hija y era un encanto, encanto, encanto. Pero me desenamoró eso, la rutina [...] (Mica, 60a, NB).

En el relato de Mica se puede ver cómo su relación de pareja se estableció, sin acuerdo entre ellos, a partir de roles tradicionales: él como proveedor y ella como ama de casa. Ella rechazó ese papel debido a que su pareja esperaba ser atendido a cambio del intercambio de estos recursos. Esto la llevó a terminar la relación por el desgaste que le generó esta rutina. Goffman (1977) ha estudiado el papel de los regalos en la construcción de la dependencia de las mujeres frente a los hombres, relación de poder que en este caso se revirtió hasta que terminó la relación.

En el caso de Romina el *enamoramiento* se ligó a una experiencia fuerte, satisfactoria y placentera evocada con gran intensidad a la distancia. Esto le produjo brillo en los ojos y un tono de complicidad al relatarlo:

Finalmente pasaron, pues han de haber pasado como unos dos años, por ahí, y que nos volvimos a ver y, este, yo ya había terminado con aquel otro novio, pues más, sí, o tres años, porque nos casamos de, yo tenía 25, entonces pasaron un poquito más de tiempo y duramos diez meses de novios, o sea que todo fue muy rápido. Y nos volvimos a ver y ya nos gustamos muchísimo, fue un amor lindísimo, lindísimo. (Romina, 52a, NMA)

Mauricio ligó su *enamoramiento* a una sensación de libertad y entendimiento mutuo durante el noviazgo sobre los proyectos de vida conjuntos y un apoyo total de su parte a las aspiraciones educativas de su pareja. Situación que contrasta con la mayor parte de los casos en los que las mujeres continuaron su educación estando ya unidas, como veremos en otro capítulo:

Estábamos enamorados y era nuestro proyecto de vida ciertamente fue mucho tiempo de noviazgo, pero fue algo que ni me exigía ni tampoco yo le pedía, fue algo que se dio muy bonito porque ella estaba terminando su carrera; de hecho, terminó su carrera y después que terminó su carrera ella tenía su proyecto de vida, de su sueño de salir a hacer y maestría. Y yo dije: “pues no hay ningún problema”. Y ya cuando se decidió irse me dijo: “son dos años y en dos años nos casamos”. (Mauricio, 55a, NMA)

Los relatos de Romina y Mauricio reflejan relaciones de pareja más equitativas. En el primer caso la expresión “nos gustamos muchísimo” muestra el reconocimiento propio y de la pareja de la atracción física y sexual que sintieron. En el segundo caso, la expresión “ella tenía su proyecto de vida” implicó el reconocimiento y apoyo de parte del entrevistado a su futura esposa para estudiar un posgrado. Si bien, en ambas

relaciones es evidente una mayor equidad desde el noviazgo, en ambos casos fueron amas de casa y coprovedoras.

En el caso de la emoción *encantar*, los datos sugieren que esta etiqueta fue usada por hombres y mujeres con la intención de mostrar la predisposición a iniciar una relación alentados por las atenciones, regalos y muestras de afecto recibidas, pero también por la fuerte atracción física o sexual que despertó en ellos un beso inesperado o la admiración por la personalidad y cualidades intelectuales de la pareja. Asimismo, y al igual que con la etiqueta *enamorar*, fue usada en mucho mayor medida por mujeres en segundas uniones.

Óscar recordó con viveza el efecto que tuvieron las llamadas matutinas de su novia. Su relato también permite ver una gran facilidad para identificar y nombrar lo que sintió, lo que ayuda a reconsiderar la inhabilidad masculina para hablar de las emociones

[...] todo se fue desarrollando muy orgánico, ¿sabes? Aunque ahí te va un detalle que para mí también fue muy importante. O sea, siempre nos estuvimos comunicando, por lo regular *casi siempre en las mañanas ella me marcaba porque yo de repente me desvelo trabajando, y a mí me encantaba que ella me llamaba en la mañana despertarme, ¿sabes? Eso así de ella, a mí [me encantaba], era [...].* (Óscar, 36a, NB)

En la introducción de este capítulo se mencionó que en las prácticas asociadas al vocabulario emocional fue en donde se hicieron más visibles las diferencias de género, como se ha mostrado hasta ahora. En el relato de Óscar, se puede ver que él también fue objeto de atenciones y detalles por parte de su novia que lo hicieron sentir encantado. No obstante, son ellos quienes tienden —y se les exige— a iniciar el cortejo, lo que no deja de lado que ellas correspondan esas atenciones o incluso tomen la iniciativa del primer contacto cuando están interesadas en ellos.

Los detalles y los regalos en el noviazgo también fueron clave en el segundo matrimonio de Mirna. Tanto éstos como las atenciones la predispusieron a entablar una relación sentimental con su cortejante. En

este caso, el relato mismo es la emoción. Kleres (2010) y Wood (1986) plantearon que este tipo de situaciones revelan con nitidez la etiqueta emocional de la que se habla.

"Y ya después llega, y me dice "listo, ya está todo acomodado. Téngame confianza, abre la puerta, con cuidado camine por aquí, por aquí, por acá, por acá, ahora sí, me quita la venda, y hizo [sic] un caminito de veladoras hasta llegar a la banca de en medio de ahí. Puso un corazón con puras este, pétalos de rosa, un ramotote de rosas y efectivamente, había una botella de vino, había quesos, pan, y me dijo [...] y además conectó una grabadora y puso a su gente a grabar en aquel tiempo era muy di... muy raro, que se podía grabar un cd con todas las canciones de Napoleón, "ahora sí, si me permite bailar al ritmo de Napoleón, podemos hacerlo", y yo [simula un grito de emoción], ¡casi me muero!, ¿no?, detalles de esos que ¡jamás los había yo vivido, nunca!. (Mirna, 61a, NMA)

Cheal (1987) afirmó, en torno a la importancia social de los regalos, que son vías de expresión a través de las cuales las y los individuos externalizan el valor que la persona tiene para ellos. El ritual de regalar es un signo del involucramiento y conexión con otros que deja ver su interés por afianzar el vínculo. Goffman (1977) ha reflexionado sobre el papel del género en este intercambio de regalos y ha mostrado que los sistemas de cortesía del que son objeto las mujeres las coloca como objetos valiosos, decorativos y frágiles que deben ser cuidados a través de estas prácticas y al aceptarlos ellas crean dependencia, como también vimos en el caso de Mica.

La etiqueta *encantar* también sugiere que hay atracción física, demostraciones físicas de afecto físico y el gusto por la personalidad de la pareja, como lo demuestra el relato de Lourdes:

[...] yo desde que lo conocía, a mí me encantaba, ¿sí? Entonces cuando lo conozco, que empezó a ir a platicar a mi casa, resulta que yo empiezo a andar con él y este, a mí me encantaba ¡no sé! O sea, a mí me gustaba él que me llevara de la mano o que me decía, ¿vamos al centro? Y nos vamos a las nieves o vamos al cine

y así. *A mí me encantaba y me gustaba mucho andar con él [...] a mí me encantaba no sé, o sea, yo lo veía a él muy alegre. Ay, no sé, no sé; pero sí me encantaba andar mucho con él.* (Lourdes, 53a, NB)

En otras ocasiones el *encantamiento* se derivó de actos sensuales y eróticos inesperados que alentaron un rápido emparejamiento sin necesidad de formalizar la relación, como fue el caso de Mica, de quien ya se habló antes. Ella conoció a su primera pareja en un curso introductorio durante el primer semestre de la carrera en la universidad. Tanto el encuentro como el noviazgo, que duró cinco años, iniciaron de manera inesperada:

Él tenía novia y, ¿quién sabe? Por lo que tú quieras, nos besamos ahí, el salón solo. Porque espérate, te voy a contar la anécdota. *El vaso térmico tenía mi color de labial. Él dijo “¡ay, mira qué bonito, ha de saber a ti!”. Y lo probé y me dio un beso, ¡y yo encantada de la vida! Y nos seguimos, ahí, de ahí, le seguimos [...] Ah, pues estudiamos juntos el propedéutico. Ahí empezamos. Desde el primer día de clases, nos besuqueamos sin decirnos ni “¿cómo te llamas?”* (Mica, 60a, NB)

La *pasión* se relaciona de manera estrecha con el enamoramiento en lo relativo a la fortaleza e intensidad de las emociones que produce. Por otro lado, también se asocia al atractivo y a la compenetración de personalidades. El análisis muestra que al nombrarla se usó de manera explícita esta etiqueta, pero también se elaboraron relatos que permiten identificar con certeza que se trató de esa emoción.

El relato de Óscar, de quien se habló antes, deja ver que el emparejamiento y la decisión de vivir juntos fue alentado por la pasión que ambos sintieron, como él relató:

[...] *Y empezamos a cotorrear o como haya sido y de repente fue una bola de nieve empezamos hablando yo ya me he quedado en su casa, ella se queda en mi casa, hasta que llegó el momento que le dije: “¿Sabes qué onda?” [...], o sea, fue muy intenso, fue muy intensa, porque nos gustábamos mucho, eh, física y mentalmente, ¡nos gustábamos muchísimo! Hasta que le dije: “¿Sabes qué onda? ¿Pues para qué*

estamos rentando dos lugares? Estás pagando un chingo de renta y yo estoy pagando un chingo de renta, hay que rentar algo juntos”, y dije: “no, me va a decir espérate o algo así”, y “¡a huevo!” (Óscar, 36a, NB)

La vida sexual premarital no fue un inconveniente para Óscar o para su pareja, lo que contrasta con la postura de algunas mujeres entrevistadas de clase baja y poca escolaridad. Asimismo, se puede ver que fue él quien hizo la propuesta de vivir juntos y formalizar la relación y no ella, aunque posiblemente lo deseaba. En el discurso social común es recurrente encontrar expresiones que denostan a mujeres que hacen propuestas de noviazgo o de matrimonio a los hombres. En el imaginario social también se reproduce esta valoración que tiende a dar mayor valor y estabilidad a la relación cuando el hombre la formaliza. No obstante, como también se encontró en la presente investigación, estos papeles se invierten en algunas ocasiones y producen relaciones duraderas.⁴

Romina, de quien se habló páginas atrás, también enfatizó la gran atracción física que sintió por su ahora esposo, misma que despertó un amor rápido y apasionado: *“nos gustamos muchísimo, fue un amor lindísimo, lindísimo. ¡Fue rapidísimo!”* y la compenetración intelectual que ambos sintieron al conocerse al usar la etiqueta *pasión*:

Finalmente pasaron, pues han de haber pasado como unos dos años, por ahí, y que nos volvimos a ver y, este, yo ya había terminado con aquel otro novio, pues más, sí, o tres años, porque nos casamos de, yo tenía 25, entonces pasaron un poquito más de tiempo y *duramos diez meses de novios, o sea que todo fue muy rápido. Y nos volvimos a ver y ya nos gustamos muchísimo, fue un amor lindísimo, lindísimo. ¡Fue rapidísimo!* (Romina, 52a, NMA)

4 Ver Cuevas, A. (2023). Age-homogamy and age-heterogamy in three generations of heterosexual women and men in Mexico, en A. Cuevas y S. Blair (Eds.), *Conjugal Trajectories: Relationship Beginnings, Change*, (pp. 59-80). Emerald Publishing.

Lorena, de 72 años y nivel socioeconómico medio, definió pasión de manera similar a la de Óscar y Romina. Ella usó el adjetivo *fulminante* para describir la intensidad de la pasión que sintió en el noviazgo: "Y de hecho fue un noviazgo muy rápido porque duramos menos de un año y nos casamos, *fue un romance así fulminante, terriblemente apasionado*".

Para Mica, la *pasión* que sintió con su segunda pareja y el padre de su única hija se vinculó con *intensidad*. Ella, contraria a la connotación que le dieron los anteriores entrevistados a esta etiqueta, la definió a partir de los aspectos negativos:

Y, con el papá de mi hija, feo. Una relación fea, con mucha pasión. De esas tóxicas, que se llaman ahora. Muy destructiva, menor que yo, muchos años. Era mi estudiante. Ahorita, estaría en la cárcel, yo, si dijera esto, ¿verdad? [Risas]. (Mica, 60a, NB)

En el caso de la etiqueta *flechazo* se aludió al acto inesperado de ser alcanzado por el amor. Esta emoción fue nombrada solo por mujeres y la mayor parte de ellas en primeras uniones. Lilia, Mónica y Citlalli usaron esta etiqueta para hablar del intempestivo y profundo efecto que tuvo en ellas conocer a sus novios y futuros esposos. En sus relatos destaca el papel central que tuvo el atractivo físico al experimentar esa emoción, lo que más tarde se combinó con el gusto por la personalidad de sus parejas.

Lilia habló de la inmediatez del momento en que conoció a su esposo, hecho en el que jugaron un papel clave su hermana y cuñado, quienes ya estaban casados:

Nos conocimos aquí, en Guadalajara. En una de mis venidas a Guadalajara, Lía, mi hermana, era amiga de Licha, la hermana de José [mi cuñado]. Entonces pensaron "*Hombre, tenemos hermano y hermana en buena edad de que se conozcan*". Nos conocimos ¡y flechazo absoluto! (Lilia, 80a, NMA)

En el caso de Mónica, el *flechazo* se dio al verlo de lejos. Este sentimiento se reafirmó meses después cuando se conocieron en la universidad:

Lo recuerdo, la imagen, que pasaba él y pues flechazo a primera vista de parte mía. No sé si de él, ¿verdad? Porque nunca le he preguntado. [...] Después, pues claro, en la facultad de filosofía lo volví a ver o lo reubiqué y todo. Y pues ahí lo conocí. Él estaba más, él era, estaba tres años o dos años antes que yo [...] También sucede algo que, recuerdo que lo conozco ahí, pero ya antes lo había visto. O sea, este, no en la facultad, ahí [en la calle]. Él estaba ahí, en la facultad y yo también. (Mónica, 69a, NMA)

El relato de Mónica da cuenta de una situación típica en el emparejamiento en la mayor parte de las sociedades: la espera de la mujer por la muestra de interés, aun cuando a ellas les gustan desde antes. Tomar la iniciativa puede conllevar una crítica moral y social fuerte que las califique de tener cascos ligeros, ser coquetas, mujeres fáciles o, en el mejor de los casos, aventadas. Esto muestra la gran desigualdad de género que obliga a las mujeres a desempeñar un papel pasivo en el emparejamiento.

Para Citlali, al igual que para Lilia y Mónica, el *flechazo* remitió a la rapidez del enamoramiento y de la decisión de casarse:

En la empresa en donde trabajábamos, este, ahí nos conocimos, ahí se dio el flechazo. Él estaba, él es primo, era, bueno, ya se murió el dueño de esa empresa, Don Raúl es primo hermano [de mi novio], Don Raúl y andaba diario con él. Y este, me lo presentaron, y pues ya se dio el flechazo. Y ahí, este, empezamos a salir, y ya, al año y medio de que empezamos a salir me propuso matrimonio y nos casamos. (Citlali, 52a, NM))

En el caso de Eunice, la emoción es el relato mismo y en el se puede ver, al igual que en los casos anteriores, la intensidad del primer encuentro entre ambos que provocó el flechazo. Este noviazgo fue posible

por la intervención de un tío y la autorización de su padre de la relación, lo que revela los controles parentales y el machismo en el emparejamiento en algunas relaciones:

Fíjate que [...] ¡Ah!, es un rompecabezas, pero me gusta también recordar. Mi papá tenía un hermano que vivía en un ranchito que le dicen X, se llama X, también de Michoacán; y llegó mi tío con su esposa y le dijo mi tía a mi papá: "Compadre, fíjate que vi a [...] —a mi esposo le decían Toño—, "vi a Toño en Morelia y me tomé la confianza de invitarlo. ¿Tú no te enojas?", "No". *Iba a ver baile pues y hay baile, y lo llevó y ahí fue donde se conoció ese par de tórtolos.* (Eunice, 82a, NB)

La etiqueta *química* fue usada en igual medida por hombres y mujeres para referirse al entendimiento sexual y atractivo físico que despertó el noviazgo en la pareja. No obstante, al igual que con la etiqueta *pasión*, también sirvió para subrayar la ausencia de estos elementos en la relación. Este vocabulario surgió en las primeras y terceras uniones sin variaciones en su significado por género o número de unión.

Juan, de 33 años y clase media, usó la etiqueta *química* para hablar del deterioro de su primer matrimonio "*pues no, simplemente ya no hubo la química que teníamos antes*". Joel enfatizó el entendimiento sexual con su pareja además de usarlo para distinguir entre atracción sexual y amor, el cual asoció a la fidelidad: "*Había mucha química realmente; desgraciadamente la misma, este, falta de amor [...] [el] acto de infidelidad se dio antes del mismo casamiento, entonces me afectó*".

La negativa a terminar la relación por parte de Joel se debió al embarazo de su novia, lo que refleja el papel que éste asumió en la relación: el de un hombre comprometido con la pareja y su hija. El relato también deja ver la presencia de una vida sexual activa y el debilitamiento del significado de la virginidad en poblaciones con alta escolaridad y urbanas.

En el caso de Fernanda, la falta de *química* sexual y física con su primer marido la condujeron al divorcio. Ella no sostuvo relaciones sexuales premaritales, hecho que considera clave en su ruptura ya que no

pudo valorar la importancia que ésta iba a ocupar en su vida matrimonial e intimidad:

Él era un muchacho que tenía mucho rechazo físico hacia mi persona, no había química. Entonces eso no [...] por eso digo, si no están resueltas las tres áreas, no se deben de casar las gentes porque yo puedo decir que eres muy buena, pero si tus olores, tus sabores no me son agradables, de alguna manera te voy a rechazar. Entonces hubo mucho rechazo en esa área y, por lo tanto, esa fue la causa de la separación. (Fernanda, 75a, NM)

Fernanda duró 25 años casada y tuvo tres hijas. Durante esos años su esposo tuvo relaciones sexuales con otras mujeres, situación que ella toleró porque era la norma en esta generación. Esto muestra la enorme desigualdad de poder entre ambos, situación que se terminó cuando se divorciaron a iniciativa de ella, lo que refleja ideales modernos en torno al matrimonio y la sexualidad.

La etiqueta *padre* fue usada solo por mujeres en primeras y segundas uniones para referirse de manera positiva a las condiciones favorables del noviazgo en las que el componente sexual fue muy importante. Mica la usó para referirse a sus dos primeras uniones. En el siguiente relato recordó su primera relación:

Pues, después, lo vi, como a los dos años [de que terminamos], ya con hijos, yo todavía no tenía hija, y acordándonos de todo, padre, padre. Pero siempre me decía "A ver, ¿por qué no? ¿Por qué no quisiste [casarte]?", y él estaba muy contento. Se divorció y, ahora, está casado con una bien chavita, pero esa sí es de mis mejores relaciones. ¡Muy padre! (Mica, 60a, NB)

El caso de Mica es atípico en muchos sentidos. Ella no solo no deseó casarse, sino que tampoco anheló vivir con sus parejas y que ellos desempeñaran el papel de proveedores. Esto queda demostrado también en la dinámica conyugal de su segunda relación de pareja en la que el significado que le dio a *padre* fue similar al de su primera unión. Este

adjetivo le ayudó a enfatizar la relevancia de la vida sexual en su vida y el ser emocionalmente independiente:

Pues sí. Semanal [risas]. De fines de semana [el sexo]. Entonces, era padre, padre, padre. Rico, rico. Por mucho, te digo, si se trata de sexo, era mejor que el otro. Y éste era bien a gusto [...] Sin mayor [compromiso]. Y te decía que, como nunca tengo ese rollo de engancharme tanto, con ése, el otro que me dio un beso en el salón y yo, ¡bien a gusto! Igual con el estudiante, como que no me da un conflicto moral. Quién sabe que sea, que, luego, luego... Pero ya, las relaciones [estables], ya no le entro. (Mica, 60a, NB)

Los relatos emocionales, metáforas y etiquetas individuales identificadas durante el cortejo y el noviazgo muestran que sus significados son de dominio amplio, están bien definidos y también asociados a experiencias moldeadas por la cultura y los mandatos de género. Este vocabulario usado por la población entrevistada muestra los significados que la sociedad le ha conferido al lenguaje (Bruner, 1990). Las y los entrevistados sabían qué sentían, cómo nombrarlo y le otorgaron significados muy homogéneos. Esto implica que tanto el vocabulario como las prácticas que lo acompañan se refuerzan mutuamente, es decir que las emociones conducen a la acción social como Gordon (1990) y Perinbanayagam (1989) discutieron.

El vocabulario emocional desde la generación

Los resultados del análisis de vocabulario emocional por generaciones muestran diferencias importantes tanto en la diversidad como en el número de frecuencias de cada etiqueta. El principal hallazgo es que solo tres etiquetas fueron transversales a las tres generaciones de estudio: *engancharse*, *pasión* y *química*. Asimismo, sólo una generación —la de adultos jóvenes— usó la etiqueta *clic*. En la generación de adultos mayores se realizaron un total de 26 entrevistas —18 con mujeres y 8 con hombres—, en la generación de adultos medios se realizaron 28 entrevistas —13 con mujeres y 15 con hombres— y en la generación de adultos

jóvenes se realizaron 27 entrevistas —15 con mujeres y 12 con hombres. La nube de palabras inferior da cuenta de las etiquetas usadas por las tres generaciones.

Nube 2. Vocabulario emocional por generación



Fuente: elaboración propia a partir de los datos de la investigación.

El vocabulario usado por la población heterosexual entrevistada y correspondiente a la generación de adultos mayores fue, en orden de mayor a menor número de frecuencias, *flechazo*, *entusiasmar*, *pasión* y *química* y con una sola mención *enamorar* y *enganchar*. En la generación de adultos medios se usó una mayor diversidad de etiquetas y se encontraron el mayor número de menciones en las tres generaciones; el vocabulario empleado, de acuerdo con su frecuencia, fue *enamorar*, *enganchar*, *encantar*, *atender*, *padre*, *pasión* y *muy bonito* y con una sola mención *convencer*, *entender*, *flechazo*, *increíble*, *lindísimo*, *química* y *rico*. Los adultos jóvenes fueron el segundo grupo con el vocabulario más amplio y con mayor número de frecuencias y las etiquetas usadas fueron, de acuerdo con su frecuencia, *clic* en primer lugar con seis menciones, seguida por *protegida* con dos y *aferrar*, *algo me subía*, *clavarse*, *encantar*, *enganchar*, *impresión*, *intenso*, *pasión* y *química* con una sola mención cada

una. La Tabla 2 refleja el vocabulario usado por las tres generaciones de estudio.

Tabla 2. Vocabulario emocional por generación

Etiqueta	Adulto mayor	Adulto medio	Adulto joven
Aferrarse			1
Algo me subía			1
Atender/Atendida		4	
Clavarse			1
Clic			6
Convencida		1	
Emociones en el noviazgo			
Enamorar/ser/ado/a	1	5	
Encantar/encantado/a		4	1
Enganchar/se/ados	1	5	1
Entendida		1	
Entusiasm/ar/o/ada	2		
Flech/ó/azo	3	1	
Impresiona/r/ado			1
Increíble		1	
Intenso			1
Lindísimo		1	
Muy bonito		2	
Padr/e/ísimo		3	
Pasión	2	3	1

Protegida			2
Química	2	1	1
Rico		1	

Fuente: elaboración propia a partir de los datos de la investigación.

El vocabulario emocional visto desde la generación permitió hacer dos hallazgos. El primero es que *enganchar*, *pasión* y *química* fueron emociones transversales a las tres generaciones y el segundo que *clic* fue usado solo por la generación de adultos jóvenes. Como se dijo antes, el vocabulario con una sola mención no fue analizado debido a la poca posibilidad que tiene de reflejar una cultura emocional compartida, razón por lo cual se trabajaron las etiquetas con dos o más frecuencias.

En la sección anterior de este capítulo se señaló en distintos momentos que había otras emociones de menor peso en torno al vocabulario emocional del cortejo y del noviazgo que ayudaban a darle sentido. En esta sección se ahondará en su análisis para mostrar el papel que tienen en la significación de la emoción que las articula. Esto me permitirá ver la centralidad de estas constelaciones emocionales, como Enríquez (2009) las llamó, en la vida social.

La etiqueta *enganchar* fue usada por las tres generaciones de estudio y se relacionó de manera estrecha con la creación de un vínculo afectivo, intencional o no, derivado de la impresión que causó en ellos la personalidad de la pareja, pero también de la convivencia. Los casos de Jimena, Yolanda, Mica y Ana, mujeres con distintos niveles de escolaridad y origen social y de las tres generaciones, dan cuenta de ello. Para Jimena, adulta mayor, el *enganche* con su tercera pareja se dio tras descubrir, en su primera conversación, que era un hombre tranquilo, paciente, simpático, inteligente, interesante y suelto. Esto lo descubrió tras hacerlo esperar de manera intencional para que desistiera de buscarla y al ver que no funcionó, se sintió avergonzada de hacerlo. Tras conocerlo su postura cambió por completo al ver los atributos que tenía y quedó *encantada* con él:

Y yo lo veía que estaba ahí, **tranquilo**, parado en el último de los patios. Total que el pobre, con una **paciencia**... eso, hasta la fecha. Tiene una paciencia sorprendente. No, se pone a leer su librito, su periódico, lo que sea. Yo dije: "Bueno, ¿por qué no se va?". Hasta que ya, este... salgo, y salí porque ya me dio **vergüenza**, también, que estuviera esperando tanto. Y entonces llego y... Y bueno, y empieza a platicar Carlos, y... No sé, fue el **enganche**, también, en el momento, no, porque dije: **¡Qué hombre tan interesante!**, ¿no? Y tan **simpático**, también, y con todo este lado, este... igual, **medio inteligente** y, este... y **suelto** y todo, que me encanta de los argentinos. (Jimena, 65a, NM)

Para Yolanda *enganchar* significó el surgimiento de un vínculo afectivo inesperado en su segunda unión. Ambos establecieron una relación de compañerismo que despertó en ella sentimientos de introspección sobre el vínculo formado por la diferencia de edades y personalidades:

En todo este tiempo de divorciada nada más he tenido una pareja, una relación que nunca iba a llegar a ser una relación como estrictamente formal o era muy difícil que llegara a serlo, porque *éramos personas a final de cuentas muy diferentes, pero si nos enganchamos un tiempo, un año*. Estuvo bien, pero fue una relación de personas grandes pues, o sea el de 60 años y yo de menos, entre 50 y 60. No es fácil encajar en todo, pero fue interesante, no lo dejo de ver como algo que, qué bueno que me pasó. (Yolanda, 58a, NM)

En el caso de Mica, otra adulta media de quien se han analizado varios de sus relatos a lo largo de este capítulo, se dio un caso similar. El *enganche* surgió de la convivencia aun cuando la relación inició como una diversión y ante la falta de otra persona que le interesara más:

[...] Yo como que empecé **divirtiéndome**. Y, luego, ya me **enganché**, que yo no salía con nadie. Ahí, nomás estaba él. Él iba y venía, iba y venía a mi vida cuando él quería, pero yo no tenía a nadie, ni se me ocurría nadie...(Mica, 60a, NB).

Para Ana *enganche* también significó la creación de un vínculo afectivo con su pareja, derivado de la protección económica y emocional que encontró tanto para ella como para su hermana. En su relato se puede ver toda una constelación de emociones asociadas a la protección que le brindaron los abuelos maternos, a la violencia doméstica que sufrió su madre y al abandono del padre biológico. Todo esto desarrolló en ella un fuerte sentido de protección hacia su hermana menor y en la percepción de su pareja como un protector. Estos elementos definieron el sentido de *enganche* para ella:

Bueno a él lo conocí en casa de una amiga, ella estaba en la escuela y ahí lo conocí. Ehhh, y pues de ahí empezó [la relación], pues *no fuimos mucho tiempo novios, aproximadamente un año. Para esto yo me engancho* y me gusta platicarlo porque quiero que salga, yo siempre desde que tenía como 10, 11 años tuve en la mente que *yo me tenía que casar antes de que mis abuelos murieran, disculpa si se me quiebra la voz* [sollozos]... pero yo siempre tuve eso en mente. Mi hermana Liz, que es la que amo, siempre estuvo conmigo, nos criamos juntos con la abuela materna. *Mi mamá, yo veía que vivía una violencia intrafamiliar horrible con el señor que se casó y yo siempre dije: “yo jamás quiero irme a vivir con ella”*. Mi papá pues *no me hacía caso para nada, con él descartado*. Este y pues de ahí empezó yo a *clavarme o aferrarme* a que me tenía que casar. Este es para esto pues él fue, tuve un novio, ¿qué sería? Quinto año de primaria equis, y ya después lo conocí a él y dije: “bueno, con él”. Y *me enganché, ahí me quedé*. (Ana, 48a, NB)

Para la generación de adultos medios, *enganchar* implicó una afinidad de proyectos de vida que facilitaron el emparejamiento, pero también la negativa a *engancharse* emocionalmente con la pareja.

El caso de Tenzin ilustra el primer escenario en el que se puede ver la posibilidad de ascender socialmente mediante el emparejamiento. Esto favoreció un *enganchamiento* basado en la afinidad de personalidades:

[...] ella, pues obviamente hizo su, su carrera, pues en escuelas privadas. Tenía la idea de, de, este. Bueno, más bien, tenía su círculo de amistad, pues en otro, en otro segmento y como nos conocimos casualmente, *pero donde nos enganchamos fue, pues precisamente no en la parte económica, sino, pues en la parte más bien de, de las personalidades, de, de, este, pues del reflejo de lo que podría ser.* (Tenzin, 61a, NMA)

En el segundo escenario —la evasión del *enganchamiento*— se ubica el caso de Mica, de quien se han analizado otros fragmentos en la sección anterior. Ella evitó de manera deliberada crear un vínculo emocional con su segunda pareja al limitar la relación al plano sexual. La constelación de emociones que describen esta negativa se compone de *padre, rico, a gusto* y de la ausencia de conflicto moral por limitar la relación a este plano:

*Pues sí. Semanal [risas]. De fines de semana. Entonces, era padre, **padre, padre. Rico, rico.** Por mucho, te digo, si se trata de sexo, era mejor que el otro. Y éste era bien a gusto [...] Sin mayor... Y te decía que, como nunca tengo ese rollo de **enganche** tanto. Con ése, el otro que me dio un beso en el salón y yo, ¡bien a gusto!... Igual, con el estudiante, como que **no me da un conflicto moral.** ¡Quién sabe que sea, que, luego, luego...! Pero ya, [a] las relaciones, ya no le entro.* (Mica, 60a, NB).

En el caso de la emoción *pasión*, otra de las etiquetas transversales a las tres generaciones, el análisis reveló una gran consistencia en el significado que le imprimieron las generaciones: una gran atracción física, la rapidez con que se desarrolla el noviazgo y la intensidad de las emociones.

Mica, de 60 años y de nivel medio bajo, experimentó de manera inmediata la *pasión* en su primera relación de pareja: “Desde el primer día de clases, nos besuqueamos sin decirnos ni ‘¿Cómo te llamas?’”. Y éstas mismas cualidades se encontraron en la definición de pasión de Romina, quien también tuvo un breve y apasionado noviazgo antes de casarse. En este caso, a diferencia de los anteriores, no se nombró la etiqueta *pasión*, sino

que el relato da cuenta de los elementos centrales de esta emoción: la gran atracción física, la rapidez con que se desarrolló la relación y la intensidad de este sentir en el cuerpo: *"duramos diez meses de novios, o sea que todo fue muy rápido [...] Y nos volvimos a ver [luego de algunos años] y ya nos gustamos muchísimo"*.

En el caso de Óscar, están presentes estos mismos elementos en el significado de la pasión que en las dos generaciones anteriores: rapidez, intensidad y afinidad:

¡Fue muy rápido muy, muy rápido todo lo que se desarrolla con ella! Y este, de repente, al siguiente día le dije: ¿qué onda, vamos a echarnos un café o qué pedo?", "no, pues es que trabajo de ocho de la mañana a seis de la tarde y ya vengo y estoy bien cansada", "te caigo a las siete y te voy a llevar [a] un café". Y ya empezamos a cotorrear, o como haya sido, y de repente fue una bola de nieve, empezamos hablando, yo ya me he quedado en su casa, ella se queda en mi casa, hasta que llegó el momento que le dije: ¿sabes qué onda...". O sea, fue *muy intenso, fue muy intensa* [la relación] porque *nos gustábamos mucho, eh, física y mentalmente nos gustábamos muchísimo*. (Óscar, 36a, NB)

En el caso de la etiqueta *química* —transversal a las tres generaciones— hay un estrecho vínculo con el atractivo sexual —o la falta de él— que sintió la pareja durante el noviazgo. En todo caso la etiqueta se vincula a la sexualidad. La principal diferencia entre la generación de adultos mayores como es el caso de Fernanda, de 75 años y de las dos restantes generaciones, es la falta de química que descubrió que había con su marido una vez casados. En su relato es evidente cómo en las parejas más jóvenes esto es distinto, lo cual es visible en las expresiones "a mi edad", "en esa época" y "ya ahorita...":

Decidimos casarnos, como te vuelvo a repetir, con mucha parte fantasiosa. Luego, porque yo vi que era el bueno de la película. Siempre, en esa época, decían: "ay mira, es un muchacho bueno", por lo cual es un error, porque no

te casas... Ya ahorita, bueno, *a mi edad te puedo decir que tiene mucho que ver la química y el atractivo físico*, luego ya viene... esa es número uno porque los animales que se huelen y no se gustan, se van. Y los seres humanos somos lo mismo, no podemos negar nuestra parte física. *Y luego ya viene como piensas y todo*, pero toda la preparación matrimonial todavía está muy verde [...] Te lo voy a decir tal cual, *él era un muchacho que tenía mucho rechazo físico hacia mi persona, no había química*. (Fernanda, 75a, NM)

Contrario al caso de Fernanda, Joel —adulto medio— y Juan —adulto joven—, experimentaron una sexualidad abierta desde el noviazgo, lo cual es visible en sus relatos. En el caso concreto de Joel, *química* implicó una gran atracción sexual por su pareja. Al igual que en otros casos ya analizados, la etiqueta se usó para marcar la ausencia de esos elementos en la emoción, que aquí fueron la falta de amor y la infidelidad:

Yo creo que hubo buen, había mucha química realmente, desgraciadamente la misma, este, falta de amor hacía que pues se desviara por otros caminos ¿no? Eh, el acto de infidelidad se dio antes del mismo casamiento, entonces, me afectó, pero yo ya no podía o no quería, este, zafarme, porque ya había, ya venía una hija en camino. (Joel, 57a, NM)

Para Armida, la falta de atractivo sexual y físico con su segunda pareja la llevó a terminar la relación a pesar de encontrar en él grandes cualidades. La posibilidad de una vida estable no fue suficiente para alentarla a formalizar la relación debido a que consideró que tener *química* con la pareja era vital. Esto la llevó a terminar la relación y a volver con su exmarido, con quien tenía una buena vida sexual pero muchos problemas:

Créeme que regrese con él [mi exmarido] ¿sabes por qué? Porque no podía con el remordimiento. Terminé al otro señor [...] lo terminé obviamente antes de querer decidir volver con él, porque me la pensé [para volver con él] ¿eh? No podía estar. Y le dije al señor, no le dije que tenía que regresar con este hombre ¿verdad? Pero se

veía el señor, una buena oportunidad para mí, pero pues también como que no hubo tanta química. (Armida, 40a, NB)

La etiqueta *clic* solo fue usada por las y los entrevistados de la generación de adultos jóvenes, lo que sugiere que es un vocabulario surgido en los últimos 50 años para expresar la inmediatez con la que se da un enamoramiento. Este cambio en el vocabulario refleja un cambio cultural en proceso tanto en la naturaleza de la relación como en la velocidad del cortejo y del noviazgo.

Esta voz onomatopéyica imita el sonido que hace un botón interruptor al presionarlo y con ello, de manera inmediata, prender o apagar algo. Al observar los relatos se puede ver que las y los entrevistados usaron esta etiqueta para referirse a dos escenarios. El primero de ellos es la inmediatez con la que se entendieron con la pareja, lo que en la mayor parte de los casos fue seguido del enamoramiento. En segundo escenario también se vinculó a un entendimiento profundo de las decisiones y necesidades que condujeron a la formalización de la relación mediante el matrimonio o la cohabitación.

En el primer escenario se ubican los casos de Alejandra, Lucía, Pablo y Aurora, quienes pertenecieron a distintas clases sociales y tuvieron diferentes niveles de escolaridad. Para Alejandra, de 43 años, *clic* remitió al entendimiento inmediato que tuvo con su novio tras conocerse y a la velocidad con la que se enamoraron. Las emociones consteladas dan idea de la naturaleza de esta etiqueta y su gran cercanía con la pasión:

Claro que nos fuimos a un viaje de la carrera, y mi marido, ahora, en ese entonces, era amigo de un muy buen amigo mío, de la prepa. Entonces, en ese viaje, pues yo estaba con mi amigo de la prepa, y estaba, ahí, Juan, y, este...y fue un *clic* así, increíble, de: *Ya*. Regresamos del viaje siendo los mejores amigos, enamoradísimos...Es que de verdad fue *increíble* el *clic* que hubo desde el [principio]. (Alejandra, 43a, NM)

También fue el caso para Pablo, de 37 años, quien al igual que Alejandra y los otros entrevistados consideró que el entendimiento fue favorecido por la cercanía de sus atributos sociales y culturales, además de la grata impresión que causó en ellos la personalidad de su pareja:

*Entonces, surgió ahí, que: “ah, ¿tú eres prima de Susi? Ok. ¿Y qué haces?”, “Estudio psicología”. “¿Dónde?” “En la Universidad privada”. “¡Yo también!” Y, bueno, ahí surgió. Nos hicimos muy buenos amigos, hicimos clicy, bueno, esto se juntó con que **ya mi otra relación iba en picada** [...] Pero no formalizamos pronto. Fue hasta como al año y medio de habernos conocido, que se formalizó una relación, por decirse. (Óscar, 36a, NB)*

Para Lucía y Aurora el *clic* también aludió a un entendimiento profundo con su pareja, aunque menos apresurado. En el relato de Lucía en concreto, se puede ver una alta valoración del cuerpo y la sexualidad de la mujer, así como valores tradicionales no encontrados entre las y los entrevistados con mayores índices de escolaridad y de clases sociales medias y medias altas, como también se encontró en la sección anterior. Asimismo, se pueden ver la cercanía del *clic* con protección y preocupación, ésta última asociada a la virginidad y de carácter moral:

*Pues [risas] [...] A él no [risas]. ¡Pues sabe, como que el clic! [...] Me sentía como, como, con él me sentía, y me siento, todavía, **protegida**. [...] [Yo pensaba que] ya nadie me va a aceptar, yo decía, ¿edá? Y no, sí nos casamos. Me dijo él primero que si nos juntábamos un tiempo y yo le dije: “no”. Yo no, porque dices “nos casamos, nos juntamos un tiempo, este, tú vas a querer tener una vida marital conmigo y vas a decir, ¿sabes qué? no la hacemos, adiós. ¿Y quién pierde? Yo pierdo, entonces le dije: no. Te casas conmigo, nos casamos bien o no nos casamos”. Y ya duramos un tiempo, como un año y, dos años casi y, este, pues para pensar las cosas bien. (Lucía, 46a, NB)*

Para Aurora, *clic* remitió al romanticismo del noviazgo y a los primeros años de matrimonio, detalles ausentes en su relación al momento

de la entrevista. Su relato también deja ver que la relación de pareja ha madurado y es sólida en otros aspectos, lo que es visible en la comunicación y confianza que sugiere la entrevista:

[...] creo que sí nos hace falta como romanticismo, esa parte, **romanticismo** de **apapacharnos** más, sí nos hace falta como **romanticismo**, esa parte, **romanticismo** de **apapacharnos** más, sí nos hace falta [...] yo lo quiero mucho y él me quiere mucho, pero sí cómo podemos otra vez hacer ese ah [suspiro placentero], ¿sabes?, ese **clic**.
(Aurora, 43a, NM)

Capítulo 3. La formación de parejas desde el cortejo y el noviazgo

El objetivo de este capítulo es analizar las narrativas de la población entrevistada en torno al vocabulario de los motivos del emparejamiento y las prácticas culturales o acciones situadas que lo acompañan. Es pertinente precisar cómo y por qué se utilizaron estos enfoques dado que la base del análisis son transcripciones de entrevistas semiestructuradas.

El vocabulario de los motivos (Wright, 1940) y las acciones situadas son comportamientos sociolingüísticos que nos indican las funciones sociales que el vocabulario cumple y ambos reflejan, como ya se mencionó, sentidos y lógicas sociales más que significados y estados individuales. Son construcciones socioculturales (Bruner, 1990; Gordon, 1990) que van a acompañadas de acciones concretas que apoyan dichos discursos. El análisis mostrará que detrás del vocabulario hay acciones que refuerzan ese lenguaje para que éste se estructure a partir de pautas y normas sociales ampliamente compartidas en torno a cómo se debe cortejar y noviar.

Varios de los hallazgos hechos en la fase cualitativa de la investigación son explorados en una encuesta sobre la intimidad en relaciones de parejas heterosexuales de las que se publicarán resultados los próximos meses.⁵ En este sentido, no se pretende hacer una generalización

5 La encuesta se titula *Intimidad y relaciones de pareja en Colima y Guadalajara* y corresponde a la tercera fase de la investigación. En ella se exploraron los hallazgos hechos en

a partir de los casos y comportamientos identificados sino mostrar el peso y valor de las continuidades y los cambios en los significados y los rituales de la búsqueda de pareja cuando en el horizonte de las y los entrevistados está el matrimonio o cohabitar tanto por primera vez como en segundas o posteriores uniones.

Para abordar lo anterior, la discusión se divide en cuatro apartados: las formas en que nombraron y distinguieron el cortejo del noviazgo, el proceso del cortejo, los lugares del encuentro y el vocabulario de motivos por los que iniciaron el noviazgo. En cada una de las fases se analizan las acciones situadas que acompañaron al vocabulario. Se realiza un análisis comparativo intergeneracional que considera, cuando los datos lo sugieran, el género, el nivel socioeconómico, estado civil y/o la escolaridad. Asimismo, en algunas secciones el análisis se realiza a partir de casos atípicos que contravinieron la norma social —la aberración cultural como lo llamó Bruner (1990)— y se sugiere que hay cambios socioculturales más amplios en ciernes en la lógica y dinámicas de la formación de parejas en las dos áreas de estudio.

Los resultados muestran que el principal motivo del cortejo y noviazgo, tanto para los hombres como las mujeres de las tres generaciones, fue el atractivo físico de la pareja. Esto fue seguido por la afinidad de personalidades, la buena comunicación con la pareja, la valoración moral de los atributos y la capacidad para cumplir con los mandatos y roles de género, lo que se combinó y produjo, en algunos casos, enamoramientos.

El vocabulario de motivos más recurrente fue *salir con alguien y hacerse novios*, lo que en la práctica se acompañó por demostraciones íntimas y públicas de afecto, de cuidado y de interés por la persona cortejada. De igual manera, este vocabulario fue variado y no mostró, en términos generales, diferencias importantes por género y generación.

la fase de entrevistas sobre cada uno de los cinco ejes de estudio: la conyugalidad, los roles de pareja, el cuidado mutuo, la sexualidad y el uso de tecnologías digitales en la vida de pareja. La encuesta se realizó en las mismas áreas de estudio de las entrevistas.

El vocabulario emocional del cortejo y del noviazgo

La búsqueda de una potencial pareja da inicio, la mayor parte de las veces, en una fase de la adolescencia temprana y está marcada por motivaciones subjetivas no siempre explícitas, así como por la edad, la escolaridad, el lugar del encuentro, los mandatos de género y la clase social de origen. En términos generales se puede decir que, al considerar todos estos elementos en el análisis, la región sociocultural de estudio no muestra diferencias importantes en el emparejamiento, pero el origen social, la escolaridad y el tamaño de la población sí juegan un papel clave en este proceso.

Tener pareja es una tarea que va mucho más allá de una necesidad individual ya que representa, tanto para hombres como para mujeres, la posibilidad de formar una familia y tener hijos. El mercado de las parejas es el lugar de encuentro para las personas que están dispuestas a unirse a otras —en ocasiones incluso por la vía legal— además de ser un escenario en donde la estructura social opera con toda su fuerza, como Bourdieu (2004a) postuló.

La búsqueda de pareja implica estar dispuesto a establecer una relación y es justo en este punto del emparejamiento que se desarrolla en esta discusión. ¿Cómo llamaron las y los entrevistados a este proceso de búsqueda de pareja? ¿Cuáles son las prácticas culturales que acompañan a este vocabulario? ¿Hay continuidades intergeneracionales y de género en el vocabulario de los motivos del cortejo y del noviazgo? ¿Qué relación hay entre el vocabulario de los motivos de las distintas fases del emparejamiento y los cambios en la formación de parejas?

El análisis muestra que hombres y mujeres usaron el vocabulario emocional en función de su identidad de género y los mandatos propios de esa adscripción. Asimismo, se puede ver que este vocabulario fue aprendido en las etapas iniciales de la vida y se reforzó a lo largo de otras etapas del ciclo vital mediante la socialización y aprendizaje directo o indirecto tanto del lenguaje como de las prácticas del emparejamiento. Expresiones como “¡ay, qué lindo!” denotaron ternura en las mujeres, así como el reconocimiento de los regalos y atenciones que

los hombres les prodigaron. Asimismo, expresiones como “mi chica”, “conquistar”, “visitar”, “invitar a salir”, etc. formaron parte del vocabulario masculino. Este vocabulario no fue usado por las mujeres y refleja la introyección de la identidad, los mandatos de género, los rituales del cortejo y el emparejamiento que cada sexo reproduce.

El vocabulario usado por las y los entrevistados para referirse al cortejo y el noviazgo refleja una gran especificidad y está cargado de significados, normas y valores sociales. Se encontró, asimismo, una gran continuidad en su uso y significados entre géneros y generaciones —al igual que en el vocabulario emocional del capítulo anterior— y que éste distingue tanto la fase como la formalidad de la relación. Asimismo, el vocabulario emocional en torno al cortejo y emparejamiento muestra que, si bien ciertas expresiones no fueron usadas por todas las generaciones y niveles sociales, hay continuidades en su uso y significados, que el vocabulario distingue las distintas fases del emparejamiento y que hay cambios culturales en proceso en las dos zonas de estudio.

Como se mencionó antes, Koselleck (1993, 2001) discutió de manera elocuente cómo la experiencia y la expectativa individual se entrelazan para dar paso al cambio histórico. Sus reflexiones son útiles para pensar cómo esa experiencia subjetiva está presente en cada generación y se acumula al llenarse del mundo de la vida, como él lo expresó, para dar paso a experiencias y comportamientos generacionales que permiten pensar cómo se forman las parejas en el mundo contemporáneo. Todo esto muestra que son expresiones y formas de representación del emparejamiento construidas de manera social a partir de pautas culturales específicas de esos grupos. La siguiente Tabla 3 muestra el vocabulario emocional usado con más frecuencia por las y los entrevistados durante el cortejo y el noviazgo, se distingue el género y la generación. Los resultados son analizados en la sección inmediata.

Tabla 3. Vocabulario emocional por sexo y generación

Vocabulario emocional	Hombres			Mujeres		
	AMA	AME	AJ	AMA	AME	AJ
Conocer a alguien más				1		
Conquistar		1			1	
Cortejar		1	2		2	
Mi chica			1			
Romance			1			
Salir con alguien	2		3		2	2
Ser compañeras/os				1		
Ser más que amigos		1			1	
Ser, tener, andar o hacerse novios	3	7	3	6	5	11
Tener/ empezar una relación		2	2		1	1

Fuente: elaboración propia a partir de los datos de la investigación.

Los relatos muestran que la mayor parte de las y los entrevistados usaron el vocabulario *ser, tener, andar o hacerse novios* para expresar que tenían pareja. Hubo una gran continuidad y homogeneidad en su uso por generación y género. Por novia o novio se entiende a la persona que mantiene una relación erótica, sexual y/o afectiva con otra y este intercambio le da sentido y construye el vínculo entre ambas partes.

Lucía, de 46 años, de clase baja, casada y con educación primaria relató que empezaron “a convivir, a conocernos otra vez [carraspeo] y ahí empezó la relación de, de mi matrimonio. *Nos hicimos novios*”. Octavio de 62 años y de clase baja, dijo que nunca le “*gustó tener una sola novia, yo siempre tenía una aquí, otra allá y otra más allá y así*”, con la finalidad de poder elegir a la que más le gustaba. Mientras que Raquel, de 80 años y de clase media alta, relató cómo inició su relación: “Primero de que te ves, te encuentras, lo saludas, te saludan, te ves en los bailes, pero *sin llegar a ser noviazgo propiamente, el noviazgo fue cuando yo cumplí 17 años*”.

Otro uso extendido de *salir con alguien* se vinculó a dos dinámicas y comportamientos distintos. El primero de ellos fue la actividad sexual premarital en parejas que usaron *salir con alguien* como sinónimo de noviazgo. Esta expresión enfatizó la transición del trato galante y atento entre las partes también conocido como cortejo —generalmente iniciativa del hombre— que precede a la formalización del noviazgo. La transición de *salir con alguien* a *ser novios* se dio cuando expresaron que ya *andaban con alguien*, como lo sugieren los relatos de hombres y mujeres de las tres generaciones, en particular de la de adultos medios y adultos jóvenes.

Lena, de 38 años y clase media, relató que “*de ahí, ya, empezamos a salir, y ya, después como de un mes y piquito, anduvimos*”. Y Daniel, de 45 años, de clase media, recordó que “un tiempo yo le di clase, un semestre y luego después ya no. *Terminó la carrera y empezamos a salir y como al año empezamos a andar ya juntos y desde entonces hasta ahorita*”.

El segundo sentido de *salir con alguien* agrupó a las y los entrevistados que cohabitaron y concibieron sus relaciones como noviazgo. El relato de Gilberto, en unión libre con su tercera pareja, ilustra este punto:

Pues a ella la conocí un día en una charreada, iba entrando ahí ella y todos a las que les dice hermanas, pero son sobrinas de ella, ahí iban a la charreada y ahí me las presentó un amigo y ahí nos conocimos. Sabía que trabajaba en un banco y ahí la empecé, a convivir otra vez con ella y ya después *empezamos a salir y hasta la fecha, ya no soltó... duramos como año y medio de novios, saliendo... salió embarazada y se vino a vivir conmigo y ya no se regresó.* (Gilberto, 67a, NMA)

Y también fue el caso de Rosa, divorciada y en unión libre con su exmarido, quien relató que:

Comenzamos a salir, y nos llevó un rato volver a retomar la relación. Hasta que mi hija me dijo “oye, ¡no se hagan pendejos!” [risas]... Entonces volvimos a vivir

juntos, pero ahora la relación es muy diferente de la primera relación (Rosa, 52a, NMA)"

Estos cambios en el vocabulario reflejan más que motivos y formas individuales de nombrar las fases del noviazgo: son dinámicas afectadas por cambios estructurales y culturales de mayor envergadura que afectan el emparejamiento. A partir de los años sesenta del siglo XX, se echaron a andar en México campañas de institucionalización del matrimonio civil (Quilodrán, 1989) que "ordenaron" la creciente cantidad de parejas cohabitantes. La cohabitación iba en crecimiento y preocupó al Estado mexicano aun cuando este arreglo conyugal en México es de larga data (Pebley y Goldman, 1986; Quilodrán, 1980; Castro Martín, 2002; García y Rojas, 2002; Pérez Amador y Esteve, 2012). La intención de formalizar las uniones reflejó el interés del Estado por proteger a "la familia" en medio de rápidos y profundos cambios sociales y estructurales.

Dos de ellos fueron el cuestionamiento feminista de los controles morales y sexuales sobre el cuerpo y la sexualidad femenina, así como las muy exitosas campañas de métodos anticonceptivos promovidas por los medios de comunicación masivos e instituciones de salud pública.⁶ Estos fenómenos incidieron en las formas de significar el noviazgo, sus fases y el papel de la sexualidad en las parejas, particularmente entre las mujeres.

La tercera expresión más recurrente en el vocabulario emocional del emparejamiento fue *tener o empezar una relación*. A diferencia de las dos anteriores, las y los adultos mayores no la usaron. Destaca también que los hombres y las mujeres que sí lo hicieron tuvieron altos niveles de escolaridad y pertenecieron a niveles socioeconómicos altos (Pablo, Gamaliel y Rosa) y medios (Joel). *Tener una relación* se vinculó de manera

6 Riquer (1996) afirmó que "en 1960 el acceso de México al financiamiento internacional para proyectos de desarrollo fue condicionado a cambio de la implementación de políticas de extensas campañas de planificación familiar, lo que explica su enorme éxito y cobertura en nuestro país" (p. 196).

estrecha con *salir con alguien* y enfatizó el paso del galanteo al noviazgo formal, como lo relató Pablo, de 37 años y de clase media alta, quien recordó que: *“fue hasta como al año y medio de habernos conocido, que se formalizó una relación, por decirse”*.

Tener una relación también fue usado como sinónimo del noviazgo, como lo expresaron Joel, de 57 años y nivel medio, para quien *“fue la primer, el primer encuentro, después en el aniversario del club ahí es donde ya tuvimos una relación, ya inició una relación”*; y Gamaliel, de 52 años y clase media alta, quien relató que en su segundo matrimonio *“empezamos a tener una relación, la verdad es que un noviazgo padrísimo”*.

La cuarta expresión más recurrente entre las y los entrevistados de la generación de adultos medios y jóvenes y entrevistadas/os de niveles medios y con altos índices de escolaridad fue *cortejar*. El cortejo es la fase en la que las personas se conocen con la finalidad de crear vínculos que les permitan satisfacer sus necesidades sexuales, eróticas y afectivas. En esta fase del emparejamiento se evaluaron tanto los afectos hacia las personas como la compatibilidad de intereses de manera muy celosa. Esto se hace siempre que hay un emparejamiento, pero son particularmente importantes cuando el matrimonio o la cohabitación están en el horizonte como lo permite ver la literatura sobre el emparejamiento: Bozon y Henar (1989), Bozon (1990), Bozon et al. (2012), Solís et al. (2007) y Solís (2007, 2009).

El término cortejo fue usado por las y los entrevistados de forma muy homogénea para distinguirlo del noviazgo y se acompañó de la expresión *andar con alguien* como relató Ariel, de 41 años y de clase media: *“no recuerdo yo cuánto tiempo estuve como cortejándola para andar, pero, empezamos a andar un quince de octubre, eso sí me acuerdo”*. Asimismo, se usó para hablar de la relación como un *noviazgo formal*, como relató Mirna, de 61 años y clase media alta, cuando recordó el cortejo entre ella y su segundo marido *“duramos de junio hasta marzo duró cortejándome, y todas [balucea], ya sabrás ¿no?... Entonces fue muy padre, desde el cortejo, el después a decir sí”*.

El vocabulario *conquistar* surgió en la generación de adultos medios de nivel bajo y medio. Esta se ligó al cortejo masculino y a la competencia que los hombres enfrentaron entre sí mismos al momento de entrar al mercado de las parejas y tratar de convencer a las mujeres de la conveniencia de sus cualidades. Cosse (2010) encontró evidencia similar en su investigación sobre los cambios en la formación de familias en Argentina en torno al uso del vocabulario emocional empleado para marcar el nivel de formalidad de la relación. El relato de Benito da cuenta de cómo cortejó a su segunda esposa:

Llegamos a casa de sus amigas y no estaba nadie, se habían ido al jardín, nos fuimos al jardín a buscarlas y ya las hayamos con su novio a cada una, entonces, *él creía que podía conquistar a alguna de ellas y pues resulta que ya tenían novio*. (Benito, 58a, NB)

Y también la disposición de los hombres a comportarse de manera extraordinaria durante el cortejo con la finalidad de *conquistar* a la pareja y con ello aumentar las posibilidades de emparejarse, como lo expresó Marina:

Sí, pues nos hicimos novios, el primer beso y ya, al día siguiente, llegó muy... como a las 4:00 de la tarde. Nos fuimos al centro... Es lo que yo digo, *a él no le gusta donde haya mucha gente, no le gusta ir a fiestas, no le gusta bailar y, antes, bailaba, íbamos a fiestas [...] Sí, pero era nada más, yo pienso, por conquistar, yo digo, ¿verdad?* (Marina, 52a, NM)

Otro vocabulario de motivos muy recurrente fue *compañeros*, mencionado por Mónica, de 69 años y de clase media, cuya narrativa estuvo marcada por valores y anhelos de un amor democrático y altamente individualizado, en el sentido discutido por Giddens (1998), en donde la pareja fue vista como un igual: "*De compañeros duramos qué, como dos años de novios o tres años de novios, ¿verdad? Antes de casarnos, ¿verdad?*". Este anhelo de una mayor igualdad es característico de las pa-

rejas de más alta escolaridad y de niveles socioeconómicos medios y medios altos, tanto de hombres como mujeres, pero en particular en estas últimas, como se verá en capítulos posteriores.

La expresión *conocer a alguien y más que amigos* surgió entre mujeres de nivel bajo y baja escolaridad quienes significaron su relación sentimental como amistad, como lo relató Teresa, de 78 años y de clase baja: “es que yo trabajé de mesera y *allí conocí a una persona y ya hicimos amistad, yo seguí trabajando, pero me ayudaba esa persona y allí fue cuando tuve a esta chamaca*”. Y también Minerva al recordar cómo conoció a su primera pareja:

Tenía como 16 años cuando lo conocí pero así nada más este de vista porque yo iba a veces a la casa de sus hermanas y pero nada más así lo conocí, ¿cómo te diré? Sin amistad; así nomás de pasada lo conocí y ya, tiempo después fue cuando ya empezamos a platicar como amigos y ya al último ya quedamos más que amigos. (Minerva, 58a, NB)

Se identificaron dos expresiones más que hicieron referencia a la relación que se tuvo con la pareja: *mi chica* y *romance*. En el primer caso se trató Jonás, de 41 años y de clase media alta, quien elaboró una narrativa con fuertes trazos de individualismo y valores modernos en torno a la sexualidad femenina y propia, así como la importancia de la soltería y su educación formal al momento de conocer a su primera esposa: “yo estaba estudiando alemán, y teníamos fiestas con alemanes, pero hasta ahí. A mí se me hacía como: “*no, prefiero estar con mi chica.*” O sea, se me hacía muy chido estar con ella; o la trataba de incluir en todas mis cosas”.

El vocabulario *romance* fue empleado por Fátima, una mujer de 65 años y de clase media, para recordar cómo conoció a su primer esposo “lo conocía ya antes, lo conocía en el trabajo, en la presidencia y al año comenzó un romance de tres años”.

Como pudimos ver, el vocabulario utilizado por las y los entrevistados indica que *ser, andar, tener* o *hacerse novios* tuvo una gran continuidad en las tres generaciones y que ambos géneros compartieron valores

muy homogéneos del nivel de formalidad de la relación implícitos en esas expresiones. En la medida en que los términos *salir con alguien*, *empezar* o *tener una relación* surgieron y se hicieron menos frecuentes en las narrativas de las y los entrevistados, se identificaron comportamientos menos tradicionales en torno a la sexualidad y los pasos que *cortejo* y *noviazgo* siguieron en las dos generaciones más jóvenes, entre quienes fue usado como sinónimo de *noviazgo*. Asimismo, sin importar el término empleado, la diferencia entre *noviazgo* y *salir con alguien* refleja la formalidad de la relación y no solo la ruta del emparejamiento.

El vocabulario emocional y las prácticas culturales del cortejo

En esta sección se analizan las formas del cortejo entre las personas entrevistadas. El cortejo ha sido tema de estudio de varias disciplinas. Un enfoque recurrente se encuentra en las teorías sociológicas del mercado y el intercambio matrimonial (Beck-Gernsheim, 1995; Bozon y Heran, 1989; Bourdieu, 2004; Cabré, 1997; Cabré et al., 2007; Cortina, 2007; Villalpando, 2012). Desde la sociología, los trabajos seminales de Giddens (1998) y Beck y Beck-Gernsheim (1995) forman parte de la literatura clave para la comprensión de las relaciones de pareja occidentales contemporáneas y sus transformaciones. No obstante, estos trabajos han dejado de lado el análisis de las prácticas culturales que hombres y mujeres llevan a cabo para formar vínculos y emparejarse. El trabajo de Bozon y Heran (1989) y Bozon (1990) en Francia da cuenta clara de cómo se forman las parejas y los lugares de encuentro en la sociedad francesa de mediados del siglo XX. Sus investigaciones permiten comparar sus hallazgos con los hechos en la presente investigación por lo que se utilizarán en distintos momentos no solo en este capítulo sino a lo largo del libro.

En América Latina hay pocos trabajos cualitativos en torno al cortejo y la formación de parejas que concluyeron en matrimonios o uniones libres. Entre ellos se encuentran las investigaciones de Cosse (2008, 2010) y Lehner (2011), quienes desde la historia y la sociología se aproximaron al noviazgo en Argentina en la segunda mitad del siglo XX. Si bien, el

contexto sociocultural es distinto, sus hallazgos tienen una gran similitud con lo encontrado en esta investigación. Con base en sus resultados y en los de Bozon, así como en literatura cercana a la formación de parejas, se analizarán las prácticas culturales de los hombres y las mujeres entrevistados mediante las cuales expresaron su interés sexual y afectivo en la persona cortejada con la finalidad de emparejarse.

Las *prácticas culturales* más recurrentes fueron *conversaciones casuales, invitaciones a salir y a bailar, comunicaciones por medio de correspondencia o medios digitales para conocerse y mantener el contacto, conseguir el conseguir de número de teléfono de la persona cortejada, visitar a la persona cortejada en su casa y en los lugares de trabajo e intercambiar regalos, atenciones y demostraciones de afecto*. Estas prácticas se analizaron para ver su presencia, continuidad y transformaciones desde el enfoque de género y generación con el propósito de identificar las similitudes y continuidades. Los resultados indican que hay muchas continuidades intergeneracionales y las diferencias más pronunciadas se encontraron por nivel socioeconómico y escolaridad, como se discutirá a continuación. La Tabla 4 inferior refleja el vocabulario de motivos usado con mayor frecuencia por las y los entrevistados en sus prácticas de cortejo por género y generación.

Invitar a bailar es una práctica transversal a las tres generaciones y tuvo como propósito conocer a la persona dado que no se tenía ninguna relación con ella. La principal diferencia intergeneracional se encontró por nivel socioeconómico. Invitar a bailar a la persona cortejada, entre las clases medias altas (Raquel e Isadora) y medias (Luisa y Marina), se dio en fiestas familiares, escolares y en fiestas de círculos sociales cercanos que tuvieron lugar en las casas de los padres de las y los entrevistados, de sus familiares y de sus amigos, pero también en los clubes deportivos y los gimnasios a los que asistieron.

Tabla 4. Vocabulario emocional del cortejo por sexo y generación

Práctica	Hombres			Mujeres		
	AMA	AME	AJ	AMA	AME	AJ
Invitar a bailar		1	1	2	2	3
Invitar a salir		3	1	1	2	1
Platicar		2		1	3	3
Enviar mensaje de correo electrónico			2		2	
Conseguir número de teléfono					2	
Mandar mensaje por red social						
Visitar				2	1	
Prodigar atenciones					4	
Regalos					1	

Fuente: elaboración propia a partir de los datos de la investigación.

Entre las clases bajas las opciones fueron principalmente fiestas familiares y eventos de acceso libre como bailes de la colonia, como lo relató Félix, de 74 y clase baja, quien habló sobre cómo conoció a su primera esposa: *“había una que hacía pues bailes... y a ella la conocí, nos conocimos en un baile”*. Otra práctica común para encontrar pareja en este nivel socioeconómico fue asistir a las festividades religiosas de la colonia o pueblo, como fue el caso de Saidi, de 38 años, quien relató que conoció a su esposo *“en la danza. O sea, ya empezamos a tratarnos más en la danza”*. Hallazgos similares sobre la importancia del barrio, los clubes, las parroquias, los bailes y las festividades populares fueron encontrados por Lenher (2011) y Cosse (2008, 2010) en Buenos Aires durante la década de los sesenta y setenta, al igual que por Bozon (1990) en Francia, ambos estudios situados en el siglo XX.

Invitar a salir fue la segunda práctica de cortejo más recurrentes entre las y los entrevistados y se distinguieron tres elementos en esta dinámica. El primero de ellos es que la mayor parte de las y los cortejantes ya

conocían a la persona que invitaron a salir. Mónica se reencontró con su futuro esposo en la universidad:

Entonces conozco a Horacio ahí [en la facultad], pero, este, qué te diré. También sucede algo que, recuerdo que lo conozco ahí, pero ya antes lo había visto. O sea, este, no en la facultad, ahí. Él estaba ahí, en la facultad y yo también, pero, *más que nada, cuando me buscó, pues, era, íbamos a un café caminando por el, el Jardín del Carmen [...]* Lo recuerdo, la imagen, que pasaba él y pues flechazo a primera vista de parte mía. (Mónica, 69a, NMA)

Para Gamaliel las redes sociales digitales y físicas fueron clave para contactar a su segunda esposa:

A ella la conocí, la conocía de vista, desde hace mucho tiempo. Más o menos ubicaba quién era, estaba casada y yo estaba casado, cada quien por su lado. Y un día entrando a mi Facebook vi el perfil de un amigo y vi que ella aparecía en unas fotos. Ella es prima de mi cuñada, de la esposa de mi hermano, prima segunda o prima tercera. Entonces yo le pregunté a mi cuñada por ella, y me dijo que tenía, hacía 3 años que se había divorciado, lo cual me llamó mucho la atención y empezamos a contactarnos por Facebook y de ahí ya de estar hablando en Facebook después empezamos a hablar a través de WhatsApp y así es como empezó la relación con ella. (Gamaliel, 52a, NMA)

Servando también conoció desde la infancia a la que sería su esposa. Para cortejarla la invitó a salir y bailar además de platicar con ella. Su caso refleja la diversidad de acciones que se ponen en juego para demostrar el interés en la persona cortejada, lo que es característico de esta fase de la relación:

De toda la vida, desde chiquitos, más bien ya cuando nos vimos, eh, pues fue como complementar ya todo lo que habíamos vivido pues de chiquillos pues ¿no?, que éramos. Tendríamos unos cuatro cinco años yo creo, que ya nos conocíamos. Se fue a Estados Unidos ella, cuando regresó pues ya estaba, ya estaba mayor y nos volvi-

mos a encontrar. Pues duramos, ocho, nueve meses duró, el noviazgo... [Esos años] era simplemente amistad y todo eso ¿no? (Servando, 54a, NB)

Pedro conoció a su futura esposa en el trabajo y en un momento en el que ambos tenían pareja. El noviazgo inició años después cuando retomaron el contacto por medio del correo electrónico, entre otras estrategias de acercamiento. Destaca en este caso que fue la mujer quien inició el primer contacto:

Este, a ella la conocí en un trabajo. De hecho, la conocí cuando yo tenía mi novia, Xóchitl. Comenzamos siendo buenos amigos. Ella estaba en otro departamento. Nos subíamos en el mismo camión y nos llegamos a sentar juntos alguna vez y ahí fue cuando empezamos a dialogar, platicar. [...] Este, posterior a eso, pues pasó mucho el tiempo, después ella se salió de trabajar de, de donde estábamos trabajando. Yo ya me había dejado de la otra muchacha, este. De hecho, yo conocí al novio de ella, de Daniela. Lo conocí, nos daba ride, nos llevaba a la casa. Este, alguna vez [titubeo] ella me empezaba, nos, chateábamos, nos enviábamos correo electrónico, curiosamente. Ahí sí era correo electrónico. Hola, ¿cómo estás? Este, y, pues en una de esas, yo creo que un correo electrónico: ¿cuándo nos vemos? Porque compartíamos otra amistad con otro compañero, entonces nos juntábamos los tres y era la risa, las bromas, la carcajada. Era muy padre. (Pedro, 36a, NB).

El cortejo avanza cuando la *invitación a salir* es aceptada y la otra persona se abre a formar un probable vínculo amoroso con el cortejante. Mirna, de 61 años y clase media alta, recordó que su futuro esposo la vio en una reunión de trabajo y le dijo: “hace tiempo que no nos vemos [...] *este, como que hace tiempo que no nos vemos*”, dijo, ‘*como que vamos platicando, ¿tienes [mi] tarjeta?*’, sí [contestó ella], ‘*¿me la puedes dar?*’, sí”. También fue el caso de Pedro, a quien acabamos de citar:

Alrededor de unos tres años, yo creo, cuatro, este, estuve soltero, solo. Salía con amistades, con prospectos tal vez, pero. Y entre esos prospectos, *una vez la invité a salir también, este, y pues ya comenzamos a salir.* (Pedro, 36a, NB)

El tercer elemento del *invitar a salir* fue el estado civil de los cortejantes. La mayoría fueron solteros, pero en varios casos, como muestran los relatos anteriores, al conocerse tenían pareja e iniciaron la relación tiempo después cuando se reencontraron y estaban solteros. La excepción fue Servando, de 54 años y de clase baja, quien dijo que "tenía mi pareja, mi novia pues [...] *la invité a salir al cine y de ahí pum, se dio todo lo demás*". La expresión onomatopéyica *pum* resume el rápido desarrollo de la relación y enamoramiento que siguió al cortejo. Este hecho refleja que los controles parentales de la generación de adultos mayores en la fase del cortejo y del noviazgo fueron mucho más cerrados que los de la generación de adultos medios y adultos jóvenes quienes no enfrentaron limitaciones para hablar o ver a la pareja:

Platicar fue el tercer vocabulario de motivos del cortejo más recurrente y tiene el fin de conocerse más. Lo usaron más las y los adultos medios (Benito, Servando, Lourdes, Marina, Minerva) y jóvenes (Lena y Lucía). Magdalena fue la única entrevistada de la tercera generación que lo empleó, aunque de manera indirecta y forzada por la manera en que su futuro marido se acercó. En este caso destaca el rechazo inicial del cortejo de parte de ella debido a la marcada diferencia de edades, así como estrategias de cortejo poco comunes.⁷

Yo voltéé así, y vi a un señor que me estaba viendo, así muy fijo, pero ¡mmm! me molesté porque me veía muy raro [risas], y entonces ¿qué hice? Me metí a la papelería, iba a entrar a la iglesia, pero estaba cerrado, me pasé a la papelería y ahí, este,

7 La entrevistada se resistió a indicar la edad de su pareja, se estima que él fue mayor que ella cuando menos 35 años. Este cálculo se da a partir de la edad de la entrevistada al momento de conocerse y la duración de su matrimonio.

me estuve hasta que ya no lo vi, pero cuál fue la sorpresa, que salgo y me alcanza, y me dice “quién la ve, tan chiquita y tan correlona”. (Magdalena, 76a, NMA)

Platicar sirvió para conocerse, como lo relató Servando, de 54 años y de clase baja, quien “durante varias semanas llegaba a jugar y platicar y ya este, preguntándole que, si tenía pareja o novio, dijo que no”. En el caso de Lena las pláticas se dieron en la universidad:

Nos saludábamos y cotorreábamos, platicábamos, así. Hasta que ya sentí que, de veras, él pasaba por el salón. Dije ‘a ver, no está ni Sarahí (la exnovia) aquí. O sea, porque ellos ya habían cortado...no entiendo qué hace por aquí... entonces seguimos platicando, nos encontrábamos. (Lena, 38a, NM)

Las prácticas de cortejo de las generaciones de adultos medios y adultos jóvenes de esta investigación sugieren que los controles paternos fueron débiles o inexistentes al conocerse en el trabajo, en la escuela o en fiestas de amigos. Cosse (2008, 2010) y Lenher (2011) encontraron evidencia similar entre mujeres argentinas de edades similares en la segunda mitad del siglo XX. Los resultados de Bozon (1990) en Francia para este mismo periodo son similares.

Enviar mensajes por medio del correo electrónico, conseguir el número de teléfono o mandar mensajes por medio de redes sociales fueron prácticas de cortejo menos comunes y se encontraron más entre la generación media (Marina, Romina y Mirna) y joven (Óscar y Pedro). En todos los casos, los mensajes y llamadas se hicieron a personas que ya se conocía de antemano, como fue el caso de Mirna, de quien ya se habló párrafos arriba. Ella recordó que su asistente y compañera de trabajo le habló por teléfono para decirle que, su ahora segundo marido, le había mandado un correo “y le dije ‘pus revísalo’, ‘¿estás segura?’, ‘pues sí, si tú los abres, si tú los ves’, ‘¿te digo el remitente?, me dice el remitente y yo ‘¡si lo abres, te mato!’”. También fue el caso de Marina:

Mi prima me habla, me dice “¿Qué crees? Que a la encargada del gimnasio, no recuerdo su nombre, le pidió que si le podía dar tu teléfono y me habló ella para pedirme que si estaba autorizada a que se lo diera” y le dije: “¿Qué le dijiste?”, “No, pues le dije que no”, y le dije “¡ay, sangrona!” [Risas]. Y ya, me dijo “No, no te creas. Le dije que sí. (Marina, 52a, NM)

En otras ocasiones, el cortejo en *redes sociales digitales* fue exitoso porque se tuvieron familiares y amigos en común que facilitaron verificar la identidad de la persona y sus cualidades, como sucedió con Romina:

Un día recibí una invitación en Facebook de amistad y pues veo la foto, ¡está bien guapo! Entonces simplemente le escribí un mensaje: “oye, dime de dónde nos conocemos”, ¿no? Sabiendo que no nos conocíamos. Bueno, yo no lo conocía, y ya me dice “no, no, no, no nos conocemos” y además conocía creo que a mis hermanas o, bueno, así 30 gentes de amigos en común. Entonces le digo “tenemos un montón de amigos en común. Dime de dónde nos hemos visto porque, yo pues como que, ¿por qué quieres ser mi amigo?”. El caso es que a partir de ese momento empezamos una, a chatear de una manera intensísima. (Romina, 52a, NMA)

Otra práctica de cortejo recurrente, aunque menos frecuente, fue *visitar* a las personas cortejadas en sus casas, práctica que, al igual que *platicar*, implicó un vínculo previo y la aceptación de las primeras expresiones de interés, como fueron los casos de Marina y Lourdes.

Dos prácticas menos comunes de cortejo muy efectivas son prodigar *atenciones* y dar *regalos*. La persistencia de este tipo de estrategias se mostró muy efectiva para persuadir a la persona cortejada de aceptar el noviazgo. En estas prácticas también podemos ver cómo operaron en el cortejo los mandatos y roles de género. Ambas condiciones reflejan el desarrollo de una dinámica tradicional. Gamaliel recordó cómo cortejó a su segunda esposa, a quien buscó por varias semanas antes de que ella aceptara el noviazgo: “*empecé a procurarla, a buscarla la, así como que me cayó el 20 de que era alguien que valía la pena*”. También fue el caso de Marina, quien

recordó que antes de formalizar el noviazgo su cortejante le “regaló un ramo de flores y un osito. Y ya, mis hermanas ‘¡Ay, qué tierno!’, y ‘¡Ay, qué lindo!’”. En el caso Sofía, las atenciones y regalos desencadenaron el enamoramiento:

¡Era lindísimo! ... Y en donde iba a dejar mis cosas, tenía flores. Llegaba a mi coche, tenía un detallito: que un monito, que una... Y siempre una cartita, siempre una cartita... Y, bueno, ¡y era una persecución, era una persecución! [risas]. O sea, siempre me apartaba lugar a su lado y siempre me estaba comentando todo lo que estaba pasando en clase, me estaba pasando mensajes y... ¡Hasta que nos hicimos novios!... Si yo te enseñara... Por ahí tengo, guardadas, cartas [habla lento].... ¡Si yo te enseñara todos los recaditos que me dejaba y todos los detalles que tenía conmigo, decías “pues no hay otra más que hacerle caso a este cabrón!”... Con decirte que ¡a mi mamá también la enamoró de todo lo que me hacía, decía! “No, no, ¡es que este muchachito es que es [suspiro] lindísimo!” . (Sofía, 61a, NM).

Cheal (1987) encontró evidencia similar en torno al papel de los regalos en las relaciones de pareja y su capacidad de expresar el valor que tiene la persona que los recibe para quien los da. Goffman (1977) afirmó, en este mismo sentido, que este “sistema de cortesía” está marcado por atributos de género, como se vio en los relatos anteriores. Los hombres, al hacer regalos a las mujeres transmiten la idea de que son valiosas para ellos. No obstante, como el autor señaló, este intercambio las coloca en una desventaja ya que son tratadas como ornamentos y consideradas frágiles, lo cual las vuelve dependientes en la relación.

El vocabulario emocional y las prácticas culturales del noviazgo

Desde la psicología, García y Romero (2012) encontraron que el atractivo físico fue clave al momento de elegir compañera/o. Esto coincide con los casos analizados tanto en el capítulo anterior como en la sección inicial de este apartado. Desde la demografía y sociodemografía de la formación de parejas, Bozon y Heran (1989), Bozon (1990) y Bozon et al. (2012) analizaron el peso de la escolaridad, el origen social, la ocupación, la edad y el lugar del encuentro en el emparejamiento. Los datos de esta investigación sugieren que dichos atributos son clave en este proceso. No obstante, aun cuando el nivel socioeconómico, la ocupación y la edad son similares, si una de las partes no siente la suficiente atracción física por la pareja —como en el caso de Armida— o no la siente en lo absoluto —como en el matrimonio de Fernanda—, la relación no avanza o se termina.

En la cultura popular contemporánea —canciones, películas, literatura, etc.— es común encontrar que el amor romántico heterosexual es considerado el fundamento de la formación de las parejas, que las mujeres están más interesadas en las cualidades y virtudes morales de los hombres y que ellos están obsesionados con la belleza física femenina.⁸ Estos discursos alimentan en mayor o menor medida los imaginarios de unos y de otros al momento del emparejamiento aun cuando el amor no sea el fundamento inicial de la relación, como muestran los datos sobre el emparejamiento de nuestra investigación y de los estudios demográficos y sociodemográficos (ver Cuevas, 2019b). La ausencia del amor como elemento fundante de la relación entre la población entrevistada

8 Estas ideas se reproducen de manera recurrente en distintos tipos de productos culturales contemporáneos. En el cine dos ejemplos recientes son las películas *Mujer Bonita* (1990) y *Una proposición Indecente* (1993) así como los cuentos clásicos de *La Cenicienta* y *Blanca Nieves*, todas ellas de alcance global. Estos productos enfatizan la importancia de la belleza femenina para los hombres y la relevancia de la valentía, el compromiso, la rectitud y la moral, entre otros valores, para las mujeres.

se puede atribuir a que no se preguntó de manera específica por el papel en la elección de pareja, como ya se señaló antes.

El interés por conocer por qué se unieron y los motivos de la ruptura surge de hallazgos hechos en investigaciones pasadas (Cuevas, 2014a, 2014b, 2017a, 2017b). Con la intención de saber por qué se formaron las parejas, se les preguntó cómo se conocieron y las respuestas fueron clasificadas en ocho tipos de acuerdo con la frecuencia de respuestas: la *afinidad de personalidades*, de *gustos*, la *compatibilidad* y la *buena comunicación*, el *atractivo físico*, las *cualidades morales* y los *aspectos subjetivos*, el *noviazgo como reflejo de las normas sociales*, el *enamoramiento*, la *insistencia del cortejante*, los *regalos* y las *atenciones recibidas* y la *conveniencia de la relación*. Dentro de cada una de ellas se discuten aspectos concretos que sustentan empíricamente cada una de estas categorías analíticas.

La Tabla 5 inferior muestra los principales motivos del inicio del noviazgo por género. Uno de los principales hallazgos es el enorme peso que tiene el aspecto físico para las mujeres, contrario a lo que expresan las ideas y discursos comunes, así como la importancia de la intimidad en la pareja desde etapas tempranas de la vida conyugal. Un hallazgo no menos importante es el estrecho vínculo entre los distintos motivos del noviazgo, en particular la afinidad de personalidades, de gustos y compatibilidad con los valores y cualidades de la pareja. Estos son elementos centrales de la intimidad en la pareja contemporánea, como señalaron Zelizer (2009), Giddens (1998) y Beck y Beck-Gernsheim (1995), entre otros. Todo esto, en su conjunto, favorece la buena comunicación y en algunos casos al enamoramiento.

Tabla 5. Vocabulario emocional del noviazgo por sexo y generación

Atributo	Hombres			Mujeres		
	AMA	AME	AJ	AMA	AME	AJ
Afinidad de personalidades, gustos y compatibilidad	1	2	7	3	4	7
Atracción física	1	4	6	4	7	3
Enamoramiento		1		1	4	2
Insistencia	1		1	3		2
Mandatos de género	1	3	3			5
Protección, respaldo y confianza						2
Recomendación					1	
Valores y cualidades morales		2	3	1	1	6

Fuente: elaboración propia a partir de los datos de la investigación.

Los relatos de la mayor parte de hombres y mujeres de las tres generaciones indican que la principal motivación para iniciar el noviazgo fue la *afinidad de personalidades*⁹, de gustos y la compatibilidad, todo lo cual favoreció una *buen comunicación* en la pareja. Las respuestas más abundantes fueron encontradas en la generación de adultos jóvenes (Jonás, Óscar, Viviana, Alejandra, Marcela y María) la que, contraria a la generación intermedia y de adultos mayores, consideró que dicha afinidad aceleró el noviazgo y creó vínculos fuertes entre ellos.

Para Óscar, de 36 años y de nivel socioeconómico bajo, todo “fue muy rápido muy, muy rápido todo lo que se desarrolla con ella...o sea fue muy intenso, fue muy intensa, porque nos gustábamos mucho, eh, física y mentalmente”. Para Viviana, de 45 años y clase media alta, la relación

9 La cercanía de atributos en el espacio social facilita el encuentro. Los sociodemógrafos dividen los atributos en dos tipos: los de origen y los adquiridos. Los primeros vienen de nacimiento y son el sexo y el origen social, entre otros. Los adquiridos son la escolaridad, la religión, los idiomas, etc. En el capítulo cuatro se analizarán estas afinidades u homogeneidad.

avanzó muy rápido porque le “gustó su forma de ser”. Para Alejandra, de 43 años y también de clase media alta, una de las fortalezas del cortejo fue el entendimiento entre ellos que la hizo que era: “como si nos hubiéramos conocido toda la vida... *una atracción muy, muy intensa*, y no era físico 100%, ¿sabes? Era esta parte de ver, *platicar que no venía lleno de prejuicios como yo*”. Algo similar pasó con Jonás, de 41 años y de clase media alta, quien cuando conoció a su primera esposa platicó: “*un montón, sí...todo el rato, así, hablando. “Oye, y de esto, ¿qué opinas?” y bla, bla, bla. Entonces, fue muy padre, porque se dio toda la oportunidad para conocerla muy bien. Desde la intimidad*”. Y para Marcela, de 34 años y también de clase media, la afinidad se dio “*en muchas de las actividades y gustos, [en la] manera de pensar*”.

En la generación de adultos medios (Mauricio, Octavio, Citlali y Mica) la *afinidad de personalidades, gustos y compatibilidad* también se consideró un detonador de la buena comunicación. No obstante, a diferencia de la generación de adultos jóvenes, sus relatos hablan noviazgos más convencionales y la presencia de mandatos de género y normas sociales más rígidas. Mica, de 60 años y clase baja, encontró que esta afinidad de gustos favoreció la admiración por su pareja, a quien consideró: “*Súper inteligente. Padre. Le encantaban mil cosas que a mí me gustaban. Ideas políticas completamente diferentes. Él, muy conservador, muy panista, con unas ideas que, a veces, nos peleábamos, pero ¿no?, era bonito*”.

Para Citlali la diferencia de personalidades fue lo que volvió atractiva la relación:

Cuando ya anduvimos, cuando anduvimos de novios la principal diferencia es que yo soy, *yo platico mucho, ¡ya te darás cuenta, ay, [risas], soy muy sociable y él es lo contrario a mí! Entonces no sé si fueron polos opuestos y nos atrajimos y nos enamoramos.* (Citlali, 52a, NM)

Los dos casos anteriores muestran la manera en que el nivel socioeconómico y la escolaridad se conjugaron con elementos clave de la intimidad en la segunda generación y favorecieron la formación de estas

parejas. Esto supone una elección más racional en la que los gustos propios y de la pareja evalúan de manera más o menos consciente las semejanzas y diferencias de estas cualidades. Es decir, el emparejamiento no necesariamente está guiado por el amor o enamoramiento, como se verá a lo largo de esta sección y en los próximos capítulos, aunque puede estar presente y ser el motivo de la unión.

En la generación de adultos mayores (Fabián y Fernanda) el emparejamiento aludió al peso de la afinidad y forma de ser de las parejas como rasgos centrales de la elección. Para Fabián, de 65 años y de clase baja, fue que: *“congeniamos, seguimos tratando”* y para Fernanda, de 75 años y de clase media, fue porque *“nos hicimos mucha pareja porque le gustaba mucho el trabajo social y a mí también, eso fue lo que nos unió”*. Este escenario de emparejamiento entre los adultos mayores y ambos sexos muestra continuación con lo encontrado en la generación de adultos jóvenes y de adultos medios cuyos motivos del noviazgo enfatizaron el peso de valoraciones subjetivas sobre la personalidad y cualidades de las parejas en las que el amor no es mencionado.

El segundo motivo de cortejo entre las tres generaciones fue la *atracción física*. Este motivo tiene un vínculo estrecho con la cercanía socioeconómica y cultural de ambos miembros de la pareja. De igual manera, se encontró que para algunas de las mujeres de la generación de adultas mayores la forma de vestir de sus parejas acentuó la belleza física y la masculinidad. Así mismo, se identificó que el origen rural y la baja escolaridad se relacionaron con una alta valoración de partes específicas del cuerpo que fueron particularmente atractivas. Entre las y los entrevistados de clase media y media alta con alta escolaridad, la belleza física en general ocupó un papel importante en su valoración además de la inteligencia, la cultura o la personalidad.

Benito recordó que conoció a su segunda esposa en un jardín de un pueblo al que asistió cuando pensó en casarse. Su relato permite ver que él fue quien inició el cortejo, que no conocía a la mujer cortejada y que la eligió porque tenía atributos físicos que le eran muy atractivos en las mujeres:

[Le dije] *“me resultaste interesante, me gusta tu perfil, delgada, quería saber si podemos volvernos a ver”*. Este, ya, primeramente, nos preguntamos cómo nos llamábamos. *“¿Cómo te llamas?”*, ya me dijo *“Elvira, ¿y tú?”*, le dije que Benito. *“Me gustaría, la verdad sí me gustaste mucho”*. (Benito, 58a, NB)

Mauricio también buscó novia en el jardín de un pueblo. Su elección de pareja y búsqueda de atributos físicos específicos en la mujer siguió la lógica de los hombres de menor posición económica y escolaridad que él. Para entender esta aparente contradicción es necesario analizar la clase social de origen de sus padres y su reciente ascenso social. Sus padres eran de clase baja y de origen rural y lo involucraron desde una temprana edad en el mantenimiento de la familia. Esta cultura del esfuerzo y disciplina dio frutos en el éxito del negocio que abrió pocos años antes de la realización de la entrevista y que facilitó su ascenso social. Esto explica que su elección de pareja estuviera guiada por hábitos y valores propios de la clase y escolaridad de otro grupo social:

Me bajé [del coche], me paré en el jardín y de esas veces que te pones en el momento y en el punto adecuado y en cuanto me puse ahí *volteo y veo, así como me gustan: güeritas, de pelo así larguito y caderoncita; y dije ¡ah cabrón, está guapita!* (Mauricio, 55a, NMA)

El relato de Julián, de 73 años y de clase media, es muy interesante ya que muestra que los hombres también consideran que su aspecto físico es importante para las mujeres *“uno sí se buscaba su novia, que le gustaba, yo pienso que también la mujer”*.

Para los hombres de origen urbano y escolaridad alta, la belleza física femenina también fue muy importante al momento de emparejarse. No obstante, a diferencia del grupo de entrevistados anteriores, se aludió a ella en términos más abstractos y se enfatizó de manera explícita el peso de la personalidad y los valores de la pareja. El caso de Gamaliel cuenta de esto:

Me llamó mucho la atención ella, se me hacía una persona muy interesante, me atraía físicamente. La empecé a tratar y encontré muchísimas cualidades en ella y poco tiempo después de empezar a procurarla o a pretenderla, así como que me cayó el 20 de que era alguien que valía la pena. (Gamaliel, 52a, NMA)

En el caso de Rogelio, la atracción física fue el motivo inicial del contacto a lo que se sumó el respeto que sintió por sus conocimientos laborales:

Yo frecuentaba mucho esa tienda obviamente porque estaba ella y la verdad tiene muchos conocimientos de lo que yo necesitaba, cuestiones electrónicas. Entonces este pues sí, parte que me facilitaba el trabajo y pues me agradaba, pues ahí estaba ella. (Rogelio, 36a, NB)

Lo mismo pasó con Óscar quien dio el primer paso al intuir que ella estaba interesada en él y quedar sorprendido de que así fuera por considerarla una mujer exitosa y fuera de su alcance:

A mí siempre me gustó esa chica o sea su físico, pero nunca habíamos hablado; entonces empezamos hablar del instrumento y entonces pues es esto, esto y esto. “¿Qué te interesa aprender?” “No, pues que esto”. “Puedes empezar con esas canciones y ya”. Entonces hablamos del instrumento, después me dice: “oye, ¿y qué más haces, a qué te dedicas?”. Y ahí ya sentí que tenía interés en mí, ¿sabes? Algo diferente a lo que estaba, y ya le empecé a contar. Dije “pues así”, ¿sabes? Y no, me empezó a contar su vida y yo estaba con la pinche baba, ¿sabes? ¡Me impresionó todo lo que hace y todo lo que ha logrado! (Óscar, 36a, NB).

También fue el caso de Augusto, con 32 años y de clase media alta, quien habló de la belleza física de su pareja en términos generales: “Yo desde que la conocí me gustó, entonces en la secundaria yo dije “no, pues voy a, quiero andar con ella, me gusta” y así. Pero fue hasta prepa que me animé y se animó y así empezó”.

Los relatos y valoración de los atributos físicos y cualidades masculinas entre las mujeres de todos los niveles socioeconómicos y grados de escolaridad son muy cercanos a las apreciaciones de los hombres de origen urbano y alta escolaridad. Éstas enfatizan la gran atracción física que sintieron por ellos, además de los rasgos de la personalidad y cualidades que le gustaron.

Isadora, de clase media alta y con una licenciatura, recordó la primera impresión que tuvo de su esposo *“sí, sí estaba guapo, es de mi tipo... él se paró a un lado y me dijo que si quería bailar, así, muy amable, muy caballero”*. Para Lilia, también de clase media alta y con una carrera técnica, fue un caso similar pues: *“desde que nos conocimos, nos encantamos”*. En el caso de María José, de la misma clase social que Lilia, pero con una maestría, el dejarse de ver unos años hizo que en el reencuentro ella lo encontrara: *“guapo, se puso guapo, o sea me gustó, y él dice que sintió lo mismo”*. Para Lourdes, de clase baja y con educación secundaria, la atracción física fue inmediata: *“entonces uno de los chambelanes lo llevó, es su hermano, y ahí fue donde lo conocí. Entonces yo desde que lo conocía, a mí me encantaba, ¿sí?”*. Otro caso más que deja claro el peso del atractivo físico para las mujeres es el de Mónica, quien recordó que:

*Lo vi pasar, o sea, muy, una personalidad muy bonita. Era, yo creo que era di-
ciembre, a lo mejor. Porque traía un saco marinero, largo, así. ¡Se veía bastante
bien! Y esa es la imagen que tengo. (Mónica, 69a, NMA)*

En otros dos casos, ambos de mujeres urbanas, las *redes sociales digitales* fueron clave para tomar la decisión de continuar el cortejo, como lo relató Romina, de nivel socioeconómico medio alto y con una licenciatura: *“un día recibí una invitación en Facebook de amistad y pues veo la foto, está bien guapo”*. Por su parte, María, de 32 años y de nivel medio, también con un grado universitario, dijo que *“es como, pues una tentación porque, pues son personas que suben sus fotografías, o su manera de pensar, y ah, tú estás viendo como coincidencias, no sé, es, para mí es una tentación”*.

Los relatos anteriores permiten sostener que también para las mujeres el atractivo físico y la valoración de otros atributos de la pareja son centrales al momento de aceptar el noviazgo. Este hallazgo es muy rico ya que los medios de comunicación y los discursos sociales comunes vinculan a los hombres más que a las mujeres con la búsqueda de la belleza física al momento de emparejarse. "Asimismo, los relatos permiten ver que el amor y el enamoramiento son el resultado de la positiva valoración de aspectos como el aspecto físico, la personalidad, la inteligencia, la simpatía o la personalidad más que un sentimiento que surge en abstracto y sin fundamento." Esta es otra de las razones por las que se considera que es más pertinente hablar del mercado de las parejas que del mercado amoroso ya que empíricamente no se sostiene con lo encontrado en esta investigación.

El tercer motivo del noviazgo en las tres generaciones de hombres y mujeres entrevistados fueron los *valores y cualidades morales* de la pareja. Los relatos sugieren que al igual que en las constelaciones emocionales, para los hombres y las mujeres son muy importantes aspectos como la simpatía, la personalidad y los valores. Esta valoración está guiada por los mandatos propios de cada género y la expectativa de que la potencial pareja los cumpla. En el caso de los hombres, fungir como proveedores y protectores, y en el caso de las mujeres, asumir el papel de amas de casa y cuidadoras de la pareja e hijos además del de coprovedoras, como muestra la evidencia de la investigación.

Laura, de 74 años, recordó las cualidades de su primera pareja y relató que: *"era alegre, tenía buen carácter y pues, no se medía, ¿qué ocupa tu mamá?"*. Para Viviana, de 45 años, también fue el potencial que vio en él como proveedor, además de su personalidad y valores:

Se me hizo una persona muy trabajadora, principalmente era muy [corrige], en el trabajo era muy comprometido, era muy responsable, eso me agradó bastante. Y, en segundo lugar, tenía muy buen sentido del humor y era un chico muy noble, eso me atrajo. (Viviana, 45a, NMA))

La *admiración por la pareja* por su inteligencia, gustos y capacidades fue importante para algunos miembros de la generación de adultos medios (Romina y Mirna) y de la más joven (Óscar). Esta valoración incluye en muchos casos a terceras partes, como las familias de origen de ambos miembros de la pareja, quienes dan el visto bueno de la relación y esto les permite un emparejamiento más fluido. Cosse (2008) y Lenher (2011) encontraron evidencia similar en su estudio en Argentina. El relato de Romina, de la generación de adultos medios, da una clara idea de esto: “siempre ha sido muy importante admirar a la pareja que, que tengo en frente y Ernesto resultó ser admirado primero por mi familia”. La admiración en este caso vino de la capacidad de su pareja para avanzar profesionalmente desde joven, admiración que alcanzó a Romina cuando se reencontró con él años después e iniciaron su noviazgo.

En el caso de Mirna, de 61 años y de esa misma generación, la admiración por su primer esposo se dio porque “*él era muy culto, cosas así ¿no? Me llamaba mucho la atención. Y creo que al prin... y estaba guapetón*”. Y para Óscar, de la generación de adultos jóvenes, la admiración se dio por los atributos físicos y cultura. A esto contribuyó que él tenía tanto una posición económica como un empleo de menor rango que los de ella:

¿Cómo te diré? No encuentro la palabra, o sea, muy, como una muñequita ¿sabes? O sea, está chaparrita la chica, tan inocente, ¡que supiera tanto!, ¿sabes? Que su cerebro y aparte la chica le encanta leer, ¿sabes? Tiene mucho, tiene mucho ¡y yo estaba impresionado! (Óscar, 36a, NB)”

El *enamoramiento* fue el cuarto vocabulario de motivos con más frecuencia de respuesta entre las y los entrevistados. El análisis de sus relatos amorosos muestra que el género fue importante en este proceso. Entre las mujeres, el vocabulario está caracterizado por metáforas (*flechazos*), onomatopeyas (*clic* y *pum*) y adjetivos calificativos (*padrísimo*) de valencia positiva. Entre los hombres solo se identificó un relato (Mauricio) que habló de *romance*.

Mónica recordó: *“la imagen, que pasaba él y pues flechazo a primera vista de parte mía”*. Citlali, por su parte, relató que *“me lo presentaron, y pues ya se dio el flechazo, y ahí, este, empezamos a salir”*. En otras ocasiones la atracción y enamoramiento fueron expresados por medio de onomatopeyas, como en el caso de Alejandra: *“fue un clic así, increíble, de “ya”*. *Regresamos del viaje siendo los mejores amigos, enamoradísimos”*.

En otros, el vocabulario del enamoramiento involucró expresiones explícitas y neutrales de la generación de adultos medios, como las usadas por Mirna con su primer esposo: *“jovencitos los dos, pues creo que sí me atraía, sí había un enamoramiento”*. Y en el caso de Citlali, también de la generación de adultos medios, para quien la afinidad entre ambos facilitó el enamoramiento, considera que éste se dio por arriba de la intimidad lograda entre ambos: *“pues teníamos, este, afinidades, eh, y sobre todo porque nos queríamos, por nuestras afinidades, pero, mmm, sobre todo porque nos enamoramos el uno del otro”*. En ambos casos el emparejamiento se dio motivado por el amor.

El relato de Mauricio, de quien ya se habló antes, permite hacer dos reflexiones. En primer lugar, el impacto que tuvo en él la personalidad de su novia, valoración que lo llevó a decir que tras pocos e intensos encuentros, entre ellos surgió un *romance*. En segundo lugar, su caso deja ver con claridad cómo se ejecutaron los mandatos de género del emparejamiento y su determinación de encontrar pareja, como lo muestra el siguiente relato:

La conocí pues más ¿edá? Porque *es bien cabrona y así me gusta* [ríe] y ya fue cuando la conocí. Y ya pues nos quedamos de ver, y pues al siguiente domingo que nos quedamos de ver, cayó un tormentón marca diablo que ella no pudo ser [ir], yo sí fui, ella no fue. Y ya después *me tocó ir a buscarla a su escuela que estudiaba en ese tiempo dos carreras...en la tarde...ya fui a la escuela. Y sí, ahí la vi y ahí empezó el romance, ¿no?* (Mauricio, 55a, NMA)

El quinto vocabulario de motivos del noviazgo más recurrente fue lo que aquí se denominó *la reproducción de las normas y los mandatos sociales*.

Estos motivos reflejan tanto valores modernos relacionados con la búsqueda de intimidad como roles de género y expectativas de la relación más tradicionales. Estos noviazgos hablan de la fuerza del sistema sexo-género (Rubin, 1986), visible en los relatos de las y los entrevistados al momento de emparejarse sin distinción de su clase social, escolaridad o edad.

Este fue el caso de Tobías, quien eligió una pareja que tuviera cualidades que le permitieran cumplir de manera más holgada con su papel de proveedor. Él siempre deseó que su pareja trabajara fuera de casa debido al conflicto ideológico que le produjo casarse con una ama de casa y la dificultad de imaginarse como el único proveedor:

Tenía expectativas en que los dos trabajamos, por varios motivos. El primero es que creo que *uno progresa más cuando los dos están laborando... En segundo porque yo no soy ese tipo de hombre que puede tolerar mucho a una mujer que está en la casa todo el día, me desespera un poco eso*. Entonces, sí esperaba que trabajáramos, que los dos lográramos producir dinero o algo que no generara algo, eh, en ese aspecto... (Tobías, 38a, NM)

Rubin (1986) afirmó, en torno a los mandatos, que en el mundo contemporáneo no hay condiciones estructurales para que hombres y mujeres se comporten de acuerdo con la norma social, pero que éstos siguen reproduciéndose por la función misma que cumple el mandato en la reproducción del orden social. Por su parte, Giddens (1998) afirmó que las mujeres han pagado un costo más alto que los hombres en la modernidad tardía al esperar de sus parejas igualdad y democracia, condición difícil de alcanzar en relaciones como la de Tobías, marcadas de origen por el machismo y la doble jornada de las mujeres.

La *insistencia* fue el sexto motivo del noviazgo con más frecuencia de respuesta entre las y los entrevistados. Al igual que con otras formas de elección de pareja, esta práctica se encontró entre todas las generaciones, tanto entre hombres como en mujeres y estuvo marcada por la reproducción de mandatos de género muy claros. Asimismo, los relatos

muestran que, una vez aceptado el noviazgo —que en algunos casos duró años—, se desarrollaron dos situaciones. La primera dio paso al enamoramiento y la segunda a relaciones de pareja que valoraron la compañía y/o apoyo que la pareja proveyó. En este tipo de relaciones, los relatos reflejaron emociones específicas.

El rechazo inicial del cortejo se debió a varios factores entre los que se encuentran que las mujeres no conocieron a los pretendientes, a que estuvieron enamoradas de otras personas o a que el cortejante era mucho mayor que ellas. A menudo fue una combinación de esos factores, como en el caso de Magdalena. ¿Cuándo y cómo se concretaron los noviazgos? Cuando las mujeres accedieron a convivir con los cortejantes debido a su insistencia y se desarrolló entre ellos un vínculo favorecido por la ruptura del noviazgo anterior, como fue el caso de Aurora, de 43 años. Ella rechazó a su cortejante por encontrarlo poco atractivo, al igual que Sofía, pero su postura cambió cuando se dio cuenta que eran muy afines, elementos que la hicieron enamorarse de él:

Y él me invitaba a salir, “oye, vamos [decía Miguel], ¿no?”, “fíjate que no puedo porque mis papás van a venir por mí... [contestaba Aurora]”. ¡Pretextos en realidad! Y entonces, ya después, le dije “bueno, está bien, vamos a salir”. Y me cayó muy bien, muy bien me cayó, ¡como que nos conocíamos desde hace mucho! Eso pasó y entonces eso me gustó. Y no fue un enamoramiento así de rápido, fue como muy paulatino, que nos empezamos a conocer... ya éramos novios, pero no, yo no sentía como esa atracción de siempre, ¿no? de los novios así rápidos, sino fue como muy paulatino... (Aurora, 43a, NM)

El resto de los noviazgos corresponden a relatos caracterizados por la ausencia de vínculos amorosos iniciales y a decisiones más pragmáticas. Esta es otra de las razones por las que el concepto mercado de parejas es más rico y potente para analizar el emparejamiento ya que los datos muestran la presencia de decisiones más racionales que inconscientes, el caso de Magdalena es otro buen ejemplo de esta situación. Ella rechazó a su cortejante varios meses por ser mucho mayor que ella, además

de no conocerlo. Esto cambió el día que él bloqueó con su auto el paso al camión en el que ella viajaba al salir de su trabajo para obligarla a que platicara con él:

Seguía yendo a comprar, seguía yendo a comprar Alka Seltzer ¿verdad? Y yo recuerdo que le platicaba a mi mamá, y ella me decía “no le creas, no te creas de nadie, ese señor nomás anda viendo a ver qué, a ver, ¡¿quién se cree?!”. Y este, y pues seguía insistiendo. [...] Un día se nos detuvo ahí en el carro y yo iba a tomar el camión y con el claxon me hablaba y me hablaba y me decían mis compañeras que salían de, no de la farmacia sino de una tienda que estaba al lado, que eran, era... no recuerdo; y entonces yo decía “no conozco a ese señor”, ¡para nada! Y me subí, me subí al camión a esperarlo con todas las muchachas que salían de ahí de al lado. Y un día se paró ahí en frente y también me decía que fuera y yo tampoco fui, y así ¿verdad? Hasta que un día se paró, andaba con sus [copas], y se paró ahí, y el camión quería pasar y ya no se quitaba y entonces pues ya, ya me subí y ya comenzamos como amigos, así. Y pues, ya había ahí, pues se vino todo lo demás, duramos como cinco, como cuatro años de novios. (Magdalena, 76a, NMA)

La violencia del cortejo de Magdalena no es propia de la generación de adultos mayores sino una forma particular de mostrarse dominante al buscar pareja; insistencia que también puede ser encontrada en contextos actuales entre hombres de todas las edades dada la sólida y extensa base sobre la que se articulan las prácticas del cortejo y el noviazgo en la cultura mexicana y la amplia aceptación de esta cultura entre las mujeres. En otros casos, el rechazo se debió a que no había ningún tipo de vínculo con el cortejante, como lo relató Fabiola:

En la secundaria cuando, pues entramos en el mismo salón, emm, me acuerdo que tenía como un mes cuando habíamos entrado cuando se me declaró y me dijo “oye, ¿quieres ser mi novia?”. ¡Pues yo ni lo conocía, ni sabía que iba en el salón [risas]! Pues no, le dije no; o sea, “¡ni sé quién eres, ni te conozco, ni nada, no!”. Y pues ya, hasta tercero de secundaria me volvió a decir; pero prácticamente

lo conocí en la secundaria [...] *Sí, ya casi para terminar tercero de secundaria fue cuando nos hicimos novios...* (Fabiola, 37a, NM)

Laura rechazó a su cortejante debido a la diferencia de edad y clase social entre ambos, a que él era divorciado y al interés que ella tenía de casarse con su entonces novio. No obstante, la ruptura con éste y la insistencia de su futuro esposo favorecieron un noviazgo relatado como una lucha y el retorno al orden una vez que el noviazgo se concretó. En la narrativa también destaca la aceptación de la relación debido a la pobreza y la desilusión amorosa de la entrevistada:

Como seis años me anduvo cortejando, seis años se quería... pues fue largo el periodo. Yo me defendía, yo no quería andar con él, yo quería casarme con mi novio, pero bueno no me tocó y tuve esa ruptura cruel para mí. Y él seguía y pues bueno... ¡Yo lo veía como un señor mayor, yo pues una chica, imagínate, 19 años de diferencia! Pues como dicen, me tentó el diablo y dije: "bueno, si me pides matrimonio, sí me caso", y le dije: "todo bien, en orden". (Laura, 74a, NB)

En tres casos las y los entrevistados conocieron a sus futuras parejas en medio de noviazgos lo que dio pie a que entre ambas partes se desarrollara una amistad. Los relatos también muestran que el vínculo establecido fue de amistad y que no valoraron ni su aspecto físico ni sus cualidades. Estas relaciones prosperaron al reencontrarse en la soltería. Sus relatos enfatizan que el conocerse y ser afines favoreció el emparejamiento. Si bien son pocos casos para aventurar una interpretación mayor, el hecho de que los relatos se distribuyan entre todas las generaciones, niveles socioeconómicos y niveles de escolaridad, sugiere que este tipo de noviazgos fueron transversales a esas condiciones. En todos ellos hay fuertes trazos de valores y representaciones de una intimidad de pareja centrada en la afinidad de personalidades y el entendimiento mutuo como base del enamoramiento.

Ariel, de 41 años y nivel socioeconómico, relató que su actual pareja: *"iba conmigo y mi pareja, yo iba con ella o nosotros íbamos con ella, etcétera,*

¿no? Eh, termino yo y luego ella [mi futura novia] sigue teniendo relación y luego termina ella, entonces platicamos y somos muy afines en ciertos gustos". También fue el caso de Pedro, de 36 años y nivel bajo, quien recordó que: *"en ese tiempo nos empezamos a juntar porque había dejado [a] su novio. Yo todavía tenía [novia], pero yo nunca la veía así como, como algo pues... en ese tiempo se dejó y empezamos a salir al cine, que [a] alguna..."*. Otro caso más es el de Romina, de 53 años y nivel medio alto, quien: *"ya había terminado con aquel otro novio... y duramos diez meses de novios, o sea que todo fue muy rápido"*.

El séptimo motivo para iniciar un noviazgo fue sentirse *protegida, respaldada y con confianza* en la relación y correspondió a una mujer. En este único relato es visible una división tradicional de roles además de fuertes motivaciones psicológicas, originadas por una dura infancia marcada por la falta de oportunidades, la violencia y la pobreza, como da cuenta el caso Lucía:

Con él me sentía, y me siento, todavía, protegida [...] Respaldada. Será porque a lo mejor con, mi vida fue, que, gracias a Dios, le voy a decir una cosa, no me hizo falta papá... Nosotros crecimos con carencias, y como le digo, pobreza, pero no dejarnos morir de hambre ni de frío. Entonces, este, un poquito limitadas de cosas que deseábamos y como que me hizo falta la fuerza de un hombre, aunque estuviera, pues me gana por dos años, pero me sentía protegida con él. Sentí confianza. (Lucía, 46a, NB)

La *recomendación* fue el octavo y último motivo del noviazgo. Este refleja la celosa valoración que los familiares y redes sociales cercanas hacen de los atributos de ambas partes al momento del cortejo. Bourdieu (2004b) discutió en su investigación sobre el mercado matrimonial en Francia en los siglos XIX y XX, la manera en que las redes sociales más cercanas a las y los cortejantes incidieron en el noviazgo y cómo este reprodujo las diferencias de género, las brechas de edad y la clase social de esos grupos. Este refleja la celosa valoración que los familiares y redes sociales cercanas hacen de los atributos de ambas partes al

momento del cortejo. Y al aprobar o rechazar uniones que en otros momentos no habrían sido posibles. Esto muestra, como se verá, que el emparejamiento es un acto social en el que intervienen normas y valores que van más allá de las motivaciones personales ya que se extienden al contexto familiar y social inmediato.

El caso de Mirna deja claro el peso de las intervenciones de terceros en el emparejamiento con su segundo marido, un hombre divorciado a quien inicialmente rechazó por tener una imagen negativa de él como jefe y pensar que era un hombre casado:

Las amigas sabían [que me pretendía] y un día se reúnen y entre todas me pusieron como pinta y camoteada y me dicen “pero ¿cómo se te ocurre que tú estás tratando mal a don Antonio?” ¿No? “Es que ahorita es el hombre soltero codiciado...”, “¿Cómo que soltero?”, “está divorciado [dicen sus amigas], tiene cinco años de divorcio, y le fue de la patada, así es que es el codiciado, todo mundo... ¡y tú, tratándolo mal!”. Entre ellas estaba, que en paz descansa, Irma R., y me dice “pus es que tú no lo conoces, no eres de Colima, es una familia así y así y así”. “No, es que yo sí lo conozco [dice ella], porque fue mi jefe, y es un viejito loco, hijo del no sé qué [balbucea], así y así”. “Como jefe, como hombre no lo conoces, dale chance de que él te conozca”. (Mirna, 61a, NMA)

Lo anterior muestra el peso y papel que tienen los círculos sociales y familiares más inmediatos en la aceptación del cortejo. Asimismo, habla de la positiva revaloración de los atributos del cortejante cuando se considera que la relación no infringe las normas morales y sociales del grupo al que se pertenece.

Capítulo 4. El papel de la homogamia en la formación de parejas

Este capítulo tiene el objetivo de analizar la cercanía socioeconómica, educativa, laboral y geográfica de la pareja para entender cómo estos atributos favorecen el emparejamiento. Los resultados muestran que la cercanía de atributos tales como el origen social, la escolaridad, el lugar de trabajo, la ciudad y el barrio son clave en la formación de parejas, pero también que hay cambios culturales en proceso asociados a la escolaridad y los lugares en donde se conocen.

La investigación sobre la cercanía u homogamia ha sido un tema de interés para la demografía y socio demografía, aunque ésta aún es escasa, como lo afirmó Solís (2010) y sugiere la literatura a la mano (Rodríguez, 2012, 2016; López et al, 2008, entre otros). Menos frecuentes aún son los estudios cualitativos sobre el tema, en particular los sociológicos, interesados en conocer las razones y motivaciones subjetivas que analizan el valor social de los atributos de la potencial pareja al momento de cortejarla y formalizar el noviazgo. Bozon (1990) planteó que las parejas intercambian estos atributos en la vida conyugal a lo que llama intercambio matrimonial. Se usará este concepto para ver cómo los recursos de cada miembro determinan su emparejamiento.

La literatura sugiere el peso que tiene el origen socioeconómico en la formación de la pareja (Oliveira, 1995), el sentido de la conyugalidad desde la cultura, la intimidad y la familia (Esteinou, 2010, 2017; Salles y de la Paz, 2000) y las razones de la unión en las mujeres (Cuevas, 2013a).

En este sentido, el presente capítulo busca analizar, desde la subjetividad, la manera en que la similitud de atributos socioeconómicos, culturales, ocupacionales y geográficos entran en juego y posibilitan tanto los encuentros como la formación de nuevas parejas. Para lograrlo, el análisis se divide en cuatro secciones que son la cercanía socioeconómica, la educativa, la laboral y la geográfica.

El análisis de las entrevistas en las cuatro secciones analíticas se realizó a partir del género y la generación para dar cuenta de las semejanzas en el proceso de emparejamiento a partir de las relaciones de poder entre hombres y mujeres, así como de la continuidad y las transformaciones de los mecanismos de unión por grupo etario. En algunos apartados también se agregaron las categorías analíticas del nivel socioeconómico y/o la escolaridad, al igual que en los capítulos anteriores, debido a su relevancia en el proceso de emparejamiento. Los resultados muestran que no hay diferencias socioculturales en la región de estudio pero sí por el tamaño de la población en la que creció la población entrevistada al momento del cortejo y también cuando se observa su nivel de escolaridad

Las parejas no se conocen por accidente. Los estudios demográficos y sociodemográficos dan cuenta clara de esto (Solís, 2009, 2010; Mier, 2009; Esteve y McCaa, 2007; Mazzeo et al., 2015). Estas investigaciones también abordan, desde la homogamia, la reproducción de la desigualdad social y de género en las relaciones de pareja en la región de América Latina.

Bozon et al. (2012) afirmaron que la aparente casualidad de los encuentros no es tal ya que los espacios en donde las parejas se conocen se debe a procesos estructurales que favorecen que las personas de clases sociales afines y de niveles socioeconómicos cercanos frecuenten los mismos espacios. Bourdieu (2004b) señaló, con relación a esta aparente coincidencia, que los agentes más próximos en el espacio social son aquellos quienes tienen más cosas en común. Esto hace casi imposible que personas con distintos niveles sociales, económicos y educativos se encuentren aun cuando circulen en el mismo espacio social.

Saber que la gente comparte atributos de origen como la clase social y la posición económica no equivale a demostrar los mecanismos por los cuales se unen. La intención, en este sentido, es mostrar las razones subjetivas que intervinieron en su decisión de emparejarse al momento de conocerse. Me interesa analizar el margen de acción individual que hombres y mujeres tuvieron dentro de sus grupos sociales para elegirse en medio del peso que la clase y los procesos estructurales imponen y cómo a pesar de de la cercanía de atributos de origen, la desigualdad de género persiste en las parejas. Los trabajos más cercanos y útiles a esta discusión son los realizados por Mier (2009) en México y Bozon y Heran (1989) y Bozon et al. (2012) en Francia. Las investigaciones de Solís et al. (2007), Solís (2009), Esteve y McCaa (2007), Cabré et al. (2007), Cabré (1993) y Cortina (2007) aportan también un marco comparativo importante para este análisis.

Las preferencias de pareja son un campo con poca investigación socio antropológica. La mayor parte de los estudios sobre el tema son sociodemográficos y desde la fundamentación estadística han contribuido a entender cómo los atributos de origen tales como la clase social y el nivel socioeconómico, así como los adquiridos, como la escolaridad y la ocupación, son clave al momento del emparejamiento. No obstante, se conoce muy poco sobre cómo el atractivo físico y la afinidad de personalidades intervienen en la elección y favorecen el enamoramiento y amor. Algunos de estos aspectos fueron discutidos ya en los capítulos anteriores y consideran las teorías de la intimidad como marco explicativo. En este capítulo se ampliará dicha discusión para conocer cómo la cercanía u homogamia facilita los encuentros y cómo esto, más que ser una casualidad, es resultado de un complejo proceso social que define quién se empareja con quién.

La variedad de lugares en los que las parejas se conocen está definida por la homogamia socioeconómica, educativa y geográfica. Los datos de nuestra investigación señalaron que el tamaño del lugar en donde se creció fue clave para que coincidieran en el mismo espacio social. Por ejemplo, se encontró que las y los entrevistados de origen

campesino, rural y también de origen urbano con baja escolaridad y nivel socioeconómico conocieron a sus parejas en pueblos, rancherías y colonias populares a donde asistieron a bailes, a la plaza del pueblo a buscar pareja o en fiestas patronales y familiares. Este tipo de eventos familiares, privados y cerrados favorecieron una intensa socialización con las redes familiares y sociales cercanas cuyo origen socioeconómico fue muy similar, como veremos más adelante. La edad promedio de la primera unión de las y los entrevistados de nivel socioeconómico y niveles de escolaridad bajos fue de 19, 55 años.

Bozon y Heran (1989) hicieron hallazgos similares en Francia entre las generaciones que se conocieron entre 1960 y 2000, con un declive considerable en estos lugares del encuentro en la medida que surgieron otras formas de socialización alentadas por la asistencia a la universidad, nuevos espacios de ocio como discotecas y fiestas privadas o la inserción de las mujeres en la fuerza de trabajo remunerado. Esto difiere con lo encontrado entre las y los entrevistados de nuestra investigación que crecieron en pueblos y tuvieron baja escolaridad. Sus dinámicas continuaron apegadas a su origen social y niveles de escolaridad.

Las y los entrevistados de zonas urbanas, con alta escolaridad, de clases medias y medias altas de la presente investigación, conocieron a sus parejas en una mayor diversidad de lugares tales como gimnasios, restaurantes, cafés, clubes deportivos y actividades académicas y culturales de las escuelas a las que asistieron. Esta población usó con más frecuencia las redes sociales digitales, en particular la generación más joven. La edad promedio en el primer matrimonio o unión de este grupo fue de 23,7 años y del nivel medio alto de 24,58 años, lo que hace una diferencia promedio de cinco años con respecto al nivel bajo.

¿Dónde se conocieron las futuras parejas? La pregunta invita a reflexionar de manera cuidadosa sobre la relevancia de estos espacios, el tamaño de la población y la escolaridad de ambos miembros de la pareja. Esteve y McCaa (2007) consideraron que “la posición social y el lugar de residencia siguen ejerciendo su influencia y limitando, por tanto, la oferta de candidatos potenciales con los que formar una pareja” (p. 59).

En este análisis se consideró también la escolaridad al definir no solo los espacios del encuentro sino también las posibilidades de unión de personas con un nivel cultural afín.

La cercanía socioeconómica y el emparejamiento

La cercanía social y económica de la población entrevistada sugiere dos comportamientos marcados por la escolaridad y el tamaño de la población en la que vivieron al momento de conocerse. El primero agrupó a hombres de la primera y segunda generación (Fabián, Octavio, Benito y Mauricio) quienes conocieron a sus parejas en las rancherías, poblados y colonias populares de las ciudades en las que vivieron. Todos ellos, con la excepción de Mauricio, de quien se analizó su caso a detalle en el capítulo anterior, tuvieron baja escolaridad y conocieron a sus parejas en bailes populares, fiestas patronales y jardines públicos de los ranchos y pueblos que habitaron. Estos espacios fueron abiertos y en ellos circularon hombres y mujeres interesados en encontrar una pareja.

En los relatos de los hombres que conforman este grupo es evidente que el mercado de las parejas estuvo claramente delimitado, que las prácticas de cortejo estuvieron regidas por mandatos de género tradicionales y que el cortejo y el noviazgo siguieron normas más convencionales que entre las y los entrevistados urbanos. Bozon et al. (2012) y Bozon y Heran (1989) encontraron evidencia similar en Francia y Mier (2009), en México.

El segundo comportamiento agrupó a hombres y mujeres de las tres generaciones que habitaron en contextos urbanos, que tuvieron niveles de escolaridad altos y que conocieron a sus parejas en una mayor diversidad de espacios en los que las redes familiares y sociales fueron clave para el emparejamiento. Asimismo, destaca que los encuentros se dieron en bailes, charreadas, eventos familiares, fiestas, gimnasios y por medio de redes sociales digitales. Contrario al comportamiento de las y los entrevistados del grupo anterior, los cortejos y noviazgos fueron menos tradicionales al desarrollarse lejos de la mirada de los padres y en actividades laborales y educativas. La Tabla 6 inferior indica los

eventos, lugares y personas por medio de las cuales se conocieron las parejas de ambos grupos. En ella se vuelve evidente la mayor diversidad de espacios para cortejar y noviar entre las y los entrevistados de zonas urbanas.

Tabla 6. Lugares del encuentro por tipo de población

Tipo de población	Evento o lugar del encuentro
Rural	Baile Evento familiar Familiar Fiesta Fiesta del pueblo Jardín del pueblo
Urbana	Amigo/a en común Baile Charreada Evento familiar Familiar Fiesta Gimnasio Red social digital

Fuente: elaboración propia a partir de los datos de la investigación.

La asistencia a *jardines de los pueblos* los domingos y días festivos, los *bailes* de las colonias y los pueblos, las *fiestas patronales* y *conocerse por medio de amigos y familiares* cercanos fueron los principales eventos y medios del emparejamiento de hombres y mujeres con bajos niveles de escolaridad de la generación de adultos mayores e intermedios. Su movilidad espacial fue mucho más limitada que la de la población urbana entrevistada, lo que se explica por el origen socioeconómico de este grupo de entrevistados. Sus relatos y trayectorias vitales se distinguen

por la reproducción de claros mandatos de género y formas de cortejo y noviazgo controlados y vigilados por sus padres y madres. El relato de Fabián muestra que además de esto, el lugar en el que creció fue clave al momento de emparejarse:

En los ranchos se acostumbra que los sábados hay baile y pues a veces juntan para el bien de la comunidad y hacían así bailes para ganar fondos y hacer mejoras en la escuela o en los templos. (Fabián, 65a, NB)

Para Octavio, de 62 años y con educación primaria, esta práctica fue una costumbre entre los hombres solteros en busca de pareja *“a veces las ve uno por allí por el jardín, bueno, acostumbra uno ir por allí al jardín y por allí este, pues, como le diré, pues allí la conocí yo”*. Para Benito, con educación secundaria, ir al jardín a buscar pareja requirió habilidades para emparejarse y asertividad para lograr el interés de la mujer pretendida, como deja ver su relato al emparejarse con su segunda esposa:

Yo andaba, los domingos había un jardín o una, un parque, [iba] a ciertos lugares y un día me subí al camión pasajero de Coquimatlán que iba a Colima e iba un amigo maestro y le pregunté: “¿a dónde vas?” “Voy a Tecomán con unas amigas”, entonces, bueno: “¿y tú?”, le dije: “yo no tengo a donde ir, voy a un jardín, San Francisco [Colima], o algún jardín...” Y [llegamos a Tecomán y] vi tres, se las señalé, le dije cuáles para que él viera y no se nos olvidara. Y ya, venían 4 mujeres, 5 mujeres y venía una en medio, que era la que me gustó, y le dije [a mi amigo]: “mira, a esa que viene allí me le voy a acercar”. Ya marqué las tres, me le acerqué a la primera, pero iban caminando y yo me acerqué por la espalda de ellos y le platiqué cerca al oído de ella y le dije: “me gustaría mucho platicar con usted, ¿se podría?”, me dijo: “sí, ¿por qué no?”. (Benito, 58a, NB)

Mauricio, de origen urbano, es la excepción en este grupo. En su relato se puede ver que su decisión de buscar pareja en el jardín del pueblo en el que vivió estuvo marcada por un claro mandato de género que lo alentó a tomar la iniciativa. Asimismo, se puede ver que consideró que

sus habilidades para cortejar eran amplias, además de que conocía bien la lógica y ubicación del mercado de las solteras. A pesar de todo ello, se puede ver que este proceso le produjo ansiedad por el temor de ser rechazado o de que la mujer pretendida ya tuviera pareja:

Entonces en mi pueblo se daba la costumbre de dar la vuelta, los hombres para un lugar y las mujeres para el otro, entonces la vi pero en ese momento no me aventé, entonces dije: “no, pues igual trae novio o está esperando”. Entonces si en la segunda vuelta no trae, ¡pues de ahí soy! ¡Y yo era bien aventado! Y en la segunda vuelta ya no la vi y dije: “no, ¡ya valió madre, ya llegó el novio”. Pero dije: “no quiero quedarme con la duda, voy a ver si por ahí la veo”. Y ya di la vuelta y ¿no?, hay lugar alrededor del kiosco donde se ponen los novios y ahí por el portal y ya fui ahí y no la vi; y fui al portal y tampoco, y ya la anduve buscando y de repente la voy viendo parada en el portal. Y ahí fue cuando llamé a ser, que yo desde que la vi dije: “¡esta es la que quiero!”. (Mauricio, 55a, NMA)

La intervención de terceras partes en la presentación de personas solteras es una estrategia muy efectiva de emparejamiento, aunque menos frecuente. El relato de Eunice da un ejemplo claro de la alta efectividad de este tipo de prácticas. Por medio de una tía política conoció a su futuro esposo, previa aprobación de su padre, lo que fue clave para que el encuentro fuera exitoso y el cortejo iniciara:

[...] Llegó mi tío con su esposa y le dijo mi tía a mi papá: “compadre fíjate que vi a...” a mi esposo le decían Toño, “vi a Toño en Morelia y me tomé la confianza de invitarlo. ¿Tú no te enojas?”, “No”. (Eunice, 82a, NB)

Bozon y Heran (1989) encontraron en su estudio sobre los lugares del encuentro de parejas francesas que las fiestas y reuniones familiares organizadas por los padres fueron muy efectivas en el emparejamiento. Los encuentros fueron más recurrentes entre las clases altas y en menor medida entre las bajas. Si bien sólo se encontró un caso en el universo

estudiado, no es difícil imaginar el papel clave de este tipo de eventos altamente concurridos por las y los solteros, como veremos más adelante.

El segundo grupo de respuestas está compuesto por miembros de las tres generaciones de los tres niveles socioeconómicos, todos con escolaridad media y alta, quienes conocieron a sus parejas en una mayor diversidad de espacios (cafés, gimnasios, lugares de trabajo, etc.), eventos (fiestas familiares, fiestas de amigos, charreadas, etc.) y por medio de las redes sociales digitales. Las prácticas de cortejo de este grupo fueron más modernas y los mercados matrimoniales más dispersos. En todos ellos, se puede observar el mismo comportamiento que en el grupo anterior: la tendencia a uniones entre personas de niveles socioeconómicos semejantes, es decir, un sistema social muy cerrado con posiciones sociales muy cercanas que impide la movilidad entre los distintos grupos.

Los amigos en común o redes sociales supraindividuales, como las llamó Sluzki (1996), fueron el medio más recurrente para los estratos altos y bajos en particular. Estas redes se caracterizan por tener miembros que no se conocen entre sí, que forman parte del mismo círculo y espacio social tales como un club deportivo, una asociación religiosa, una escuela o una misma colonia, entre los más comunes. El relato de Tenzin deja ver que consideró que el encuentro con su futura pareja fue resultado de esta cercanía de atributos:

Nos conocimos [titubeo] casualmente [titubeo]. Nos presentó un amigo en común en un café que está, ahora ya no existe. Que fue un café que era de unos amigos, Rocío y Saúl. Y [titubeo] allí fue donde este amigo nos presentó y desde entonces, pues empezamos a conocernos mejor y salir y, pero nos conocimos casualmente. (Tenzin, 61a, NMA)

También fue el caso de Pablo, de 36 y clase baja, quien conoció a su pareja “por terceros en una reunión para un show, para un concierto que íbamos a dar de diferentes grupos, y ella iba acompañando a su prima que cantaba”. De igual manera, fue el caso de Alejandra, de 43 años y clase media, quien lo conoció en un viaje escolar porque “era amigo de un muy buen

amigo mío, de la prepa. Entonces, en ese viaje, pues yo estaba con mi amigo de la prepa, y estaba, ahí, Juan...”.

En el caso de las y los entrevistados de nivel socioeconómico bajo, la principal diferencia con la clase social anterior fue un menor capital cultural: la mayor parte tuvieron educación primaria y secundaria y, como se dijo antes, fueron en promedio casi cinco años menores al momento de su primera unión en comparación con la población entrevistada de los niveles medio y alto. de Oliveira (1995) hizo hallazgos similares en torno a la edad en la que se unieron las mujeres de niveles socioeconómicos bajos y con baja escolaridad. La evidencia que se ha encontrado en estudios anteriores (Cuevas, 2010, 2013a, 2014a, 2014b) coincide con la suya en el sentido del efecto de la pobreza en la salida temprana del hogar. Por su parte, Solís (2009) y Quilodrán (2000), entre otros, discutieron que la edad al momento de la primera unión en México es muy baja comparada con el resto de la región de América Latina y Europa Occidental. La frecuencia con que las tres generaciones de estudio de los niveles socioeconómicos altos y bajos se conocen por medio de amigos comunes refleja el papel clave que tienen estas redes sociales en los encuentros de las futuras parejas, situación que también se encontró en el nivel socioeconómico medio, aunque con menos frecuencia.

El segundo tipo de encuentro más recurrente entre las parejas fue por medio de familiares, lo cual se encontró en los niveles socioeconómicos medios altos y bajos. Esto puede ser visto en el relato de Lilia, quien conoció a su marido por medio de su cuñado, el esposo de su hermana. Ella considera una casualidad el matrimonio de su hermana y no parece reparar en el hecho de que su propio noviazgo y matrimonio contaban ya con la aprobación de ambas familias al estar ya emparentadas:

Mi hermana se fue a trabajar a un hotel, llega a Chichén Itzá, a los dos o tres días, llega Fidel. ¡Eso es a lo que se le llama coincidir! Entonces, se conocen, se enamoran; a los seis meses, se casan, se viene Fidel a... Se vienen a vivir acá, a Guadalajara... En una de mis venidas a Guadalajara, Lía, mi hermana, era amiga de Licha, la hermana de José. Entonces, pensaron “Hombre, tenemos hermano y

hermana en buena edad de que se conozcan". Nos conocimos ¡y flechazo absoluto!
(Lilia, 80a, NMA)

Y también fue el caso de Romina cuya familia aceptó a Ernesto, un hombre divorciado y diez años mayor que ella, quien también había cortejado a una tía materna casi de la misma edad que ella años atrás:

Y luego cuando yo tenía 19 y él 29, nos volvimos a ver en la Expo. Él era organizador de la primera Expo y entonces ahí nos volvimos a ver y me dijeron "ese es Ernesto" y yo: "ah, pues Ernesto, yo lo conozco perfectamente." [risas]. (Romina, 52a, NMA)

Se encontró un papel similar de las redes familiares de los círculos inmediatos de las mujeres de clase baja, como ilustra el caso de Laura, de 74 años quien lo conoció: *"por medio de una comadre que era pariente también del esposo de mi mamá, pues era una relación así de familia"*. El caso de Patricia también da cuenta de la gran relevancia de la familia de origen al conocer a la pareja:

Pues lo conocí ahí por mi hermano, nos conocimos por medio de él y pues entre broma y broma nos quedamos de ver "que vamos al cine". Y, este, ya empezamos salir, a tratarnos y ya empezamos la relación. (Patricia, 48a, NB)

Y también fue el caso de Minerva, quien conoció a su pareja por medio de sus cuñadas. Sluzki (1996) señaló que "las relaciones íntimas familiares y de amistad suelen cubrir simultáneamente un número importante de funciones" (p. 53), en este caso dicha función fue presentarle a su futuro marido. Fueron ellas quienes abrieron las puertas a este encuentro al no ser él parte de su red social:

[...] por familiares, sus hermanas y yo estábamos juntas en la escuela y éramos pues muy amigas y por ese medio lo conocí a él [...]. Aja, nosotras éramos compañeras de escuela, sus hermanas y yo éramos compañeras de escuela. (Minerva, 58a, NB)

Si bien entre los hombres los encuentros mediados por familiares fueron menos frecuentes, esto es circunstancial más que un comportamiento propio de género. Andrés, de 55 años, conoció a su esposa: *“a través de un hermano, que ese hermano también está casado también con una hermana de mi esposa, somos con cuñados y él fue el que, por medio de él la conocí”*.

Los datos muestran que en las familias en donde hubo dobles alianzas se cuestionó poco el cortejo y noviazgo de la segunda relación al conocer con precisión los atributos socioeconómicos de ambas partes.

Las uniones entre personas con atributos similares reflejan la aceptación del origen social y cultural de ambas familias de acuerdo con Solís et al. (2007) y Bourdieu (2007). Esto permite sostener que al interior de los grupos sociales se crean redes que actúan de acuerdo con las normas pautadas a partir de la cercanía, lo que permite la formación de vínculos e intercambios, así como de la creación de nuevas redes a partir de esas uniones. Sluzki (1996) señaló, con respecto al funcionamiento de las redes, que los vínculos que sustentan los intercambios son posibles porque las personas que forman parte de ella están vivas y actúan de manera recíproca, es decir, el vínculo que las une es fuerte porque es recíproco. Estas redes funcionan a partir de las expectativas —el intercambio de favores y/o bienes, como señaló Adler-Lomnitz (1994)— y presiones sociales. El hecho de que las y los entrevistados hayan nombrado parte de su red a las personas que posibilitaron el encuentro refleja la fortaleza y estabilidad de dichos vínculos.

Como se pudo observar en los relatos y las motivaciones de la elección de pareja ya analizados, la población entrevistada prefirió unirse a personas de un origen socioeconómico similar. Esto refleja un rígido sistema de formación de parejas y familias dentro de los mismos grupos sociales, lo que tampoco vuelve imposible la unión entre personas con atributos diferentes, como se verá en el siguiente capítulo.

Los relatos también muestran que los círculos familiares y sociales más inmediatos son sistemas cerrados que previenen la heterogamia o uniones entre personas con distintos capitales, como Bozon y Heran (1989) también encontraron. Esto equivale a decir que el origen social y

económico determina la entrada al mercado de las parejas y favorece las uniones con personas del mismo grupo. Solís (2010) hizo hallazgos similares en su estudio sobre formación de parejas en la ciudad de México.

La modernidad, la diversificación del mercado laboral y el mayor acceso a la educación no se han traducido en una mayor flexibilidad al momento del emparejamiento, como previeron Parson (1966) y Giddens (1995). La evidencia de esta investigación y de estudios sociodemográficos hechos en México sugieren lo contrario.

La cercanía educativa y el emparejamiento

Se vio ya que personas con características socioeconómicas similares se unen más que individuos que no los comparten y que la manera en que este margen de acción se da dentro de las estructuras se define por las reglas de cada nivel socioeconómico. Las valoraciones subjetivas de los atributos de la pareja pesan en la regulación del comportamiento social dentro de un escenario mayor. Cuando se observa la formación de parejas a través de la escolaridad o capital cultural —que es un saber incorporado, hecho cuerpo, y jurídicamente garantizado de acuerdo con la definición de Bourdieu (1994)— se puede ver que, contraria a la cercanía socioeconómica que vuelve casi imposible las uniones de personas con diferente origen, hombres y mujeres con índices similares de escolaridad se unen cada vez más. Esteve y McCaa (2007) encontraron evidencia similar en su investigación sobre homogamia educativa en México y Brasil.

Es importante señalar que la cercanía de los niveles de escolaridad de ambos miembros de la pareja se distingue de la cercanía socioeconómica por ser atributo adquirido con el tiempo y un mérito individual y no parte del origen social y económico que otorga el nacimiento. Los estudios de Esteve y McCaa, (2007) y Solís et al. (2007), Mier (2009) y Solís (2010) sugirieron que la escolaridad de una persona es clave en el emparejamiento. Bozon y Heran (1989) y Bozon (1990) encontraron evidencia similar en Francia.

En países en desarrollo, la tendencia es a una mayor cercanía educativa, aunque es conveniente decir que no todas las personas tendrán la posibilidad de unirse con otras de igual escolaridad dado que este mercado es aún reducido. Esto explica que aun cuando los índices son similares, las uniones entre hombres con mayor escolaridad o hipergamia masculina, son todavía más frecuentes que aquellas en las que la mujer tiene más escolaridad o hipergamia femenina. No obstante, también es importante destacar que este último tipo de unión es cada vez más frecuente.

El creciente ingreso de las mujeres a los sistemas educativos es cada vez más común después del matrimonio o cohabitación, como muestran los datos de esta investigación. Esto fue particularmente cierto en el nivel socioeconómico medio, en menor medida en el medio alto y casi nunca en el nivel socioeconómico bajo. La continuación de la educación femenina en ocasiones puede darse con el apoyo de la pareja e impactar positivamente a la familia. Por el contrario, también puede generar tensiones y rupturas conyugales debido a la oposición de la pareja. Esto contrasta con el comportamiento de las mujeres frente a la continuación de la educación de sus parejas una vez unidos.

Oppenheimer (1988, como se citó en Esteve y McCaa, 2007) sostuvo que la expansión educativa, el mayor nivel de instrucción en las mujeres y el desarrollo económico benefician la entrada tardía al mercado de las parejas y vuelven a las mujeres más selectivas al momento de unirse al buscar hombres con mayor escolaridad. Esto se traduciría en una mayor cercanía u homogamia educativa: los de mayor escolaridad se unirían con otros de igual condición y el resto de los grupos tendrían un comportamiento similar. ¿Es visible este comportamiento entre las y los entrevistados de la presente investigación?

Para mostrarlo se analiza la escolaridad de las y los entrevistados y sus parejas al momento de la unión y al momento de la entrevista. Se dejaron fuera del análisis seis casos en donde no fue posible identificar la escolaridad de la pareja en alguno de los dos puntos. Esto permitió arrojar luz a dos eventos. El primero es que el capital cultural de poco

menos de la cuarta parte de las y los entrevistados creció después de unidos y, el segundo, que fueron las personas de niveles socioeconómicos medios quienes continuaron con mayor frecuencia su educación y obtuvieron los grados más altos de estudios después de unirse.

Al momento de realizar las entrevistas, la mitad de la población entrevistada de los tres niveles socioeconómicos estuvo unida a parejas con el mismo nivel de escolaridad, una cuarta parte fueron hombres con mayor escolaridad que las mujeres, una quinta parte mujeres con mayor escolaridad que los hombres y en el resto de los casos no se pudo identificar la escolaridad de la pareja. Es pertinente aclarar que los niveles de instrucción de hombres y mujeres se consideraron similares cuando completaron el nivel de formación aun cuando no obtuvieron el grado (tres). Al observar el comportamiento por nivel socioeconómico se tiene una variación importante en el capital cultural de cada uno de ellos, como lo muestra la Tabla 7 inferior.

Tabla 7. Capital cultural por nivel educativo y socioeconómico

Capital cultural / Nivel socio económico	Bajo	Medio	Medio alto
Primaria	5 mujeres 4 hombres	-	1 mujer 1 hombre
Secundaria	5 mujeres 2 hombres	1 hombre	-
Preparatoria	2 hombres	1 mujer	-
Carrera técnica	1 hombre	1 hombre	3 mujeres
Licenciatura	1 mujer 4 hombres	8 mujeres 2 hombres	8 mujeres 7 hombres
Maestría	-	-	3 mujeres 2 hombres
Doctorado	-	3 mujeres 5 hombres	1 mujer 1 hombre

Fuente: elaborado a partir de los datos de la investigación.

En el nivel socioeconómico medio alto se concentran 26 entrevistados entre los que estuvieron Ramiro y Magdalena, ambos con educación primaria, quienes fueron la excepción de este grupo al tener solo educación básica. Ambos ascendieron socialmente gracias a los altos ingresos que por años les generó un exitoso negocio. El resto de las y los entrevistados de este nivel también tuvieron parejas con niveles de escolaridad semejantes al momento de su unión con la excepción de Rosa, María José, Olivia y Tenzin, quienes tuvieron una mayor escolaridad que sus parejas, y Lilia, cuya pareja tuvo más escolaridad que ella.

En el nivel socioeconómico medio, compuesto por 26 entrevistados, a diferencia del nivel medio alto, hubo una mayor presencia de niveles educativos medios, como muestra la tabla anterior. En este nivel también se encontró una gran cercanía de capital cultural entre las y los entrevistados con la excepción de Julián, Jimena, Sofía, Lorena y Misael, quienes tuvieron un índice de escolaridad más alto que sus parejas y Lena, quien se unió a un hombre con mayor escolaridad que ella.

En el nivel socioeconómico bajo, compuesto por 29 entrevistados, a diferencia del nivel medio alto y medio, hubo una mayor diversidad de niveles de escolaridad, ninguno estudió un posgrado y los hombres tuvieron un mayor capital cultural que las mujeres. En este grupo destaca que una mujer, Andrea, no completó la educación primaria. Armida, Benito, Teresa y Lourdes tuvieron mayor escolaridad que sus parejas y Paula, Laura y Óscar se unieron a personas con mayor escolaridad.

Este panorama general de uniones a partir del análisis de los niveles de escolaridad deja claro el peso del capital cultural en la formación de parejas. Asimismo, sugiere que las preferencias de elección de la futura pareja están al margen de las opiniones y controles familiares, lo que resultaría en el debilitamiento de la influencia familiar en este proceso. Solís (2009, 2010) llegó a conclusiones similares en sus estudios sociodemográficos de elección de parejas. Se verán ahora los hallazgos hechos en torno a los procesos y conflictos que vivieron las y los entrevistados al tomar la decisión de continuar con sus estudios ya unidos.

Como se mencionó en la introducción de este capítulo, el análisis de los datos consideró de manera transversal las diferencias de género y generación, lo que en el caso particular de la cercanía educativa permitió hacer hallazgos muy importantes en torno a las relaciones de poder y desigualdad de género. Los datos revelan que las relaciones sexo-genéricas, en particular las relativas al cuidado de los hijos y la división del trabajo, fueron muy tradicionales, permearon de manera profunda su identidad de género y tuvieron un impacto negativo y profundo en las mujeres al momento de continuar con su educación formal.

Lo anterior es clave en el análisis de los datos de esta sección desde la perspectiva de género para entender y hacer visible cómo la cultura opera en el comportamiento diferenciado de hombres y mujeres frente a la decisión de sus parejas de continuar su educación ya unidos. Como se verá más adelante, esto enfrentó a las mujeres a distintos tipos de violencia entre las que se encontraron la material, la económica, la psicológica e incluso la física. Ellas enfrentan la exigencia de sus parejas de cumplir con su papel de esposas y madres al momento de estudiar, y pocas veces recibieron el apoyo económico, moral e intelectual de parte de ellos en sus años de estudio. En el caso de las mujeres que tuvieron empleo remunerado, la carga de trabajo fue triple.

Por su parte, los entrevistados no enfrentaron estas tensiones ni violencia por parte de sus parejas. Sin importar si el motivo por el que decidieron continuar su educación, el desarrollo de su formación se tradujo en ascensos laborales. En todos los casos registrados en esta investigación los hombres contaron con el apoyo de su pareja.

El caso de Olivia, con un doctorado, ilustra de manera elocuente el costo que pagó por continuar con su formación en su primer matrimonio. Tanto ella como su esposo contaron con una licenciatura al momento de unirse y la decisión de continuar sus estudios buscó mejorar sus ingresos en caso de separarse, situación que temía, debido a la creciente violencia física que su marido ejercía contra ella y sus hijos:

Cuando íbamos a un evento social mi esposo presumía mis logros académicos y laborales, pero en la casa me reprochaba y echaba en cara que gracias a mi trabajo no les prestaba la atención necesaria a mis hijos y que por eso necesitaba contratar a cinco personas de servicio [...] Pues realmente le pedía que entendiera mi postura y por más que procuraba que estuviera todo perfecto en la casa y que a los chicos no les faltara algo, siempre se quejaba mi esposo de que yo trabajaba. Eso sucedía... Fue un matrimonio como los que había en esa época, con un hombre que lo hubiera venido bien que yo lo adulara para mantenerlo tranquilo, pero como no puedo adular a alguien que está mostrando ser tan agresivo con seres que yo tuve y conmigo misma, no lo hice y decidí seguir estudiando y trabajando para sacar adelante a mi familia. (Olivia, 76a, NMA)

Para otras entrevistadas la violencia fue psicológica y económica. Este fue el caso de Jimena, con un doctorado, cuya relación conyugal se tensó aún más cuando ella decidió estudiar. La presión económica buscó que abandonara sus estudios:

Nuestras idas a la Ciudad de México eran [de] un día. Es decir, viajábamos en autobús de noche para llegar allá en la mañana, buscábamos donde cambiarnos. Me acuerdo [que] los Sanborns eran así, como nuestra salvación: lavarnos la cara, los dientes, este... cambiarnos, llegar al Centro y, a la noche, ese mismo día, también, retornar. Entonces, ¿sí? No eran periodos prolongados... Incluso, también, cuando llego al doctorado, era pues como el mismo ritmo, porque regreso a la universidad a hacer el doctorado, pero era lo mismo: me iba a la noche en el autobús y, a la noche siguiente, regresaba [...] Yo pienso que le costó mucho. Que le costó mucho, también. Que él no estaba realmente preparado como para todo ese cambio, como para toda esa transformación, porque, por un lado, en el discurso era sí, pero, en los hechos, no. Por ejemplo, hubo algún periodo de tiempo en que, bueno, yo iba a hacer las compras en el súper y todo esto... [Risas] *Pero, en dos ocasiones, me tocó que me rechazaron ya la tarjeta porque no había fondo. Entonces, empiezo a ver que también era el control por ahí, ¿no? Es decir, no tenía fondo la tarjeta, pero no me había dicho nada hasta que, ya la segunda vez que me pasa eso,*

me dice "Es tu tarjeta, encárgate tú de ir a hacer las compras". Yo [risas] no toco las tarjetas, únicamente, para cuando se necesite. Tú ve a hacer las compras", ¿no? Y así, detallitos. (Jimena, 65a, NM)

En otras ocasiones el hombre simpatiza y respalda la decisión de su pareja de continuar sus estudios, pero se mantiene al margen de todos los arreglos que el trabajo reproductivo le demanda. Esto lleva a las mujeres al límite del uso de sus recursos y las obliga a usar sus redes de apoyo más cercanas e inmediatas, casi en su totalidad femeninas y familiares, ayuda clave para las entrevistadas que tuvieron hijos pequeños.

La sobrecarga de trabajo y responsabilidades de las mujeres con pareja de esta investigación coincide con lo encontrado por Gómez y Parker (2000) en México en torno al número de horas trabajadas por jefas y jefes de hogar. Esto sugiere que, ya sea que las mujeres ocupen o no la jefatura económica del hogar, se espera que cumplan con el trabajo reproductivo, lo cual se convierte en una enorme carga física y psicológica y refleja la profunda desigualdad de género en las relaciones conyugales de estas mujeres. Por su parte, los recursos masculinos —tiempo y dinero en particular—, y los roles domésticos que él desempeño permanecieron intactos. Cobo (2009) también señaló que la desigualdad de género y la violencia hacia las mujeres tiene como marco la explotación de sus recursos a favor del hombre.

Este fue el caso de Mónica, con una maestría, quien al momento de casarse tenía una licenciatura, al igual que su esposo. Al iniciar su formación de posgrado delegó el trabajo doméstico que ella realizaba en una empleada, a quien, de manera muy significativa, le platicó que quería continuar sus estudios. Otra ayuda importante para que pudiera estudiar vino de su mamá, quien cuidó a sus hijos durante esos años. Para optimizar tiempos y recursos, se cambió de casa para vivir más cerca de su madre. Todas las decisiones las compartió con su esposo, quien dio el visto bueno a las decisiones y se mantuvo al margen del cuidado de los hijos y todo tipo de tareas domésticas:

Pude estudiar la maestría y estudiar cosas porque tenía a mi mamá. Entonces yo vivía cerca de con mi mamá, lo primero que hice fue irme a vivir cerca de con mi mamá, ¿verdad? Entonces, y tener quién me ayudara. O sea, yo, por ejemplo, cuando estudié la maestría tuve una muy buena persona que me ayudaba en casa. Me ayudaba y le dije yo, ¿sabes qué? Yo quiero entrara la maestría, le dije. Yo te voy a pagar, pero me vas a hacer todo. Entonces ella era muy hábil y quería dinero, pues entonces hicimos el trato y bien. Dije: ¡por fin puedo dedicarme a estudiar, perfecto! [...] Entonces fue cuando estudié yo la maestría. Si no, ¡yo no había podido! (Mónica, 69a, NMA)

En otros casos, la elección de la pareja, como sugieren los estudios de Bozon y Heran (1989), Bozon (1990), Solís et al. (2007) y Mier (2009), es resultado de la valoración detenida del origen socioeconómico y cultural de la pareja. Benito, con estudios secundarios, cuenta por qué eligió a su primera esposa:

Yo nunca he estado de acuerdo que, si el marido gana lo suficiente para mantener el hogar, pues la mujer tiene que estar en el hogar. Si tiene alguna profesión, ahí sí se justifica, ¿que ya es profesionista y no tiene las tareas del hogar? Siempre supuse que ella ayudaría a las tareas, pero hay ama de casa y hay profesionista, nomás existen esas dos categorías: ama de casa y profesionista. (Benito, 58a, NB)

Un caso similar se dio con Octavio, con educación primaria, quien en su primer matrimonio eligió a una mujer con atributos idénticos a los suyos. Esta elección le daría, en sus propias palabras, no solo el control sobre ella sino también la tranquilidad de proveer de acuerdo con sus posibilidades y sin ser exigido:

Porque decemos mucho “porque la dejó trabajar”, ¿edá? Es que también así es todo, quien gana bien, se siente superior a la otra persona. Yo nunca fue mi forma de pensar esa, de agarrar una persona o de encontrarme a una mujer que tuviera una profesión, que ganara más que yo, ni tampoco que estuviera lo

económico por herencia. *Yo siempre procuraba una mujer humilde, una mujer que se adaptara a lo mejor a mis posibilidades pues, de vida.* (Octavio, 62a, NB)

La elección de pareja de Tobías, con un doctorado, fue similar a la de Octavio: eligió a una pareja con escolaridad y origen social semejante que le ayudara a mantener el estilo de vida imaginado y también a reducir su presión como proveedor. En su relato se puede ver que a la par de la exigencia de cumplir con los roles de esposa y madre, esperaba que fuera coprovedora. Esto muestra con claridad la falacia de la supuesta igualdad de sexos que la modernidad brindaría a las mujeres a través de la educación y su incorporación al mercado de trabajo, como bien ha señalado la economía feminista al no modificarse la división sexual del trabajo:

Sí esperaba que trabajáramos, que los dos lográramos producir dinero [...] No hubiese sido capaz de tener una pareja que no trabajara, no por el hecho de no trabajar, yo hubiese sentido mucha presión, todo hubiera caído sobre mis hombros y esa presión no sé hasta qué punto me hubiera martirizado, atormentado. Entonces quería que los dos sintiéramos la presión de llevar dinero a la casa. (Tobías, 38a, NM)

En otros casos, la pobreza en la infancia y un contexto familiar tenso y lleno de conflictos, aunado a la llegada temprana de la maternidad como falsa salida a una vida independiente (Riquer, 1996), así como a responsabilidades domésticas, interrumpieron los estudios. No obstante, en algunos casos, cuando estas responsabilidades disminuyeron y las condiciones mejoraron, se regresó a la escuela. Este fue el caso de Eunice, quien estudió *“ya vieja, ya entré a la secundaria abierta... hice primaria y secundaria”*. de Oliveira (1995) y mi propia evidencia (Cuevas, 2013a) muestran que la pobreza y un contexto familiar altamente conflictivo alientan uniones más tempranas y desventajosas para las mujeres.

Las entrevistas dejan ver que los hombres que continuaron con sus estudios no enfrentaron violencia o desacuerdos graves con la pareja

al decidir continuar su formación ya casados. El relato de Lorena, con una maestría al igual que su marido, ilustra este caso. Ambos se casaron cuando estudiaban la preparatoria y suspendieron sus estudios para trabajar debido a las carencias económicas que enfrentaron. En medio de estos años su esposo decidió regresar a la universidad mientras ella continuó trabajando, acuerdo que aceptó. La educación fue para ambos un punto de encuentro intelectual y la posibilidad de un ascenso social:

Yo comencé a trabajar hasta el 71, yo ya estaba en la prepa y entonces mi marido dice: “pues yo quiero estudiar porque nomás con lo que llevo estudiado, pues no, ¿verdad?”. Entonces él ingresa a estudiar licenciatura con todos sus ascendentes de estudios y lecturas anteriores que ya traía. Y yo me acuerdo de que llegaba a la casa y me platicaba lo que estaba leyendo, las discusiones con los maestros, todo, todo...pero allí el estudio de la licenciatura fue así como un abrir los ojos, a todos los pensadores, no, no, no, ¡se acabó esto! Y hasta la fecha. (Lorena, 72a, NM)

Otro hallazgo significativo se observó al analizar el capital cultural por nivel socioeconómico. La clase media fue la que más invirtió en educación y tuvo el mayor capital cultural, como se mostró antes. En el nivel medio alto 5 de 26 entrevistados estudiaron un posgrado, en el medio 11 de 26 y en el bajo, ninguno. La literatura sociodemográfica en torno a la homogamia educativa ha hecho hallazgos similares (Solís, et al. 2007; Esteve y McCaa, 2007) lo que explica las posibilidades de movilidad social ascendente mediante la educación para todos los niveles, en particular los medios que invierten parte significativa de su capital económico en su formación.

La literatura sobre la homogamia educativa apunta a que la dura competencia en el mercado de las parejas alienta a los individuos a moderar su habilidad para elegirla en función de su escolaridad y ocupación más que por el origen socioeconómico. Las mujeres entienden bien las ventajas de esta inversión y están dispuestas a enfrentar el costo emocional, físico y psicológico que esta decisión implica, aunque a menudo esto se traduzca en separaciones y divorcios.

Este hallazgo es preocupante ya que muestra que los distintos tipos de violencia —psicológica, económica y física en particular— que enfrentan las mujeres se fincan en la exigencia de sus parejas de cumplir con su papel de madre y esposa una vez unidos. Asimismo, los hallazgos muestran que ellas echan mano de todos los recursos y redes sociales a la mano —en particular los apoyos femeninos— para continuar su educación.

El análisis también deja claro que la homogamia cultural tiene gran peso y mérito en la elección de pareja, aún más que el origen social. Solís et al. (2007) hicieron un hallazgo similar en Monterrey, en donde las parejas se formaron en un doble porcentaje guiadas por la escolaridad que por cualquier otro factor. El análisis del emparejamiento a partir de la escolaridad desde la mirada subjetiva y la perspectiva de género deja ver las tensiones que genera cuando el hombre se resiste a ese proyecto, pero también sus beneficios cuando apoya a su pareja.

La cercanía laboral y el emparejamiento

El análisis de la cercanía laboral de la población entrevistada se realizó mediante la comparación de la ocupación de hombres y mujeres al momento de la unión. Además de las diferencias de género y de generación, se analizó la relación entre el nivel socioeconómico y la ocupación, dada la estrecha relación. El enfoque permitió ver que las ocupaciones de las y los entrevistados de las tres generaciones y de los tres niveles socioeconómicos y sus parejas dependieron de su nivel de escolaridad. Asimismo, esto permitió mostrar, desde la subjetividad de la población entrevistada, cómo se da la elección de pareja desde la cercanía laboral y con ello contribuir a la discusión sociológica de este proceso. De manera concreta se aporta a la reflexión de los nexos entre la ocupación, el valor simbólico o estatus de la ocupación y el nivel de escolaridad, hallazgo hecho desde la socio demografía en México por Solís (2009, 2010). La Tabla 8 inferior muestra las ocupaciones de hombres y mujeres por nivel socioeconómico.

Tabla 8. Ocupaciones al momento de la unión por nivel socioeconómico

Nivel socioeconómico	Ocupaciones de hombres y mujeres al momento de la unión
Medio alto	Empleados administrativos de rango alto
Medio	Empleados administrativos de rango medio Profesores e investigadores Programadores
Bajo	Servicios de limpieza Empleadas domésticas Huaracheros Jornaleros Empleadas de mostrador Obreros

Fuente: elaborado a partir de los datos de la investigación.

La tabla deja ver de manera clara la estrecha relación entre la escolaridad y la ocupación de lo que se desprende que, a un mayor capital cultural, mayor es la probabilidad de ascender socioeconómicamente.

En cuanto a la relación entre ocupación y la edad al momento de la unión, se encontró que la edad media al momento de la unión entre las parejas que se conocieron en el trabajo fue de 25,8 años, es decir, fue ligeramente más alta que la edad media del nivel socioeconómico medio alto al momento de unirse (24,5 años). No obstante, al observar el comportamiento por nivel socioeconómico, surgen diferencias importantes.

El primer matrimonio de Octavio se dio a los 20 años con una mujer de su misma edad, escolaridad y nivel socioeconómico. Los dos tuvieron empleos precarios y poco calificados, él como personal de servicios de limpieza general y ella como trabajadora doméstica, los dos laboraron en la misma ma empresa: “yo trabajaba allí en X, sus patrones de ella, porque ella trabajaba, sus patrones de ella allí trabajaban en X”. También fue el caso de Teresa, quien se casó a los 20 años con un hombre de 21. Ella completó la educación primaria y él la dejó inconclusa, ambos se cono-

cieron por medio de los hermanos de Teresa, quienes al igual que su papá: *“se dedicaron...a hacer huaraches y eso...allí trabajaban mis hermanos y un tiempo se metió Ramón a trabajar allí, de muchacho, joven. Ya allí nos empezamos a conocer, nos hicimos novios”*.

El caso de Benito es un ejemplo claro de cómo la escolaridad determina la ocupación y el estatus laboral aun cuando el mercado laboral de las ciudades es más amplio y especializado. Solís et al. (2007) encontraron evidencia similar en su estudio sobre la homogamia educativa y estatus migratorio en Monterrey y Solís (2010) también encontró resultados similares en su investigación sobre la selección de parejas en la ciudad de México. Benito tenía 19 años y era jornalero cuando se unió a su primera esposa, quien tenía 18 y era empleada de mostrador, ella tenía dos hijos de una relación previa. Ambos habían asistido a la primaria y eran de clase baja:

Ella era empleada allí, ella cambiaba el dinero por fichas para que uno le metiera a las máquinas y yo llegué, pasé por allí y quise jugar una maquinita y obviamente no sabía jugar y ya le pedí que, si me decía cómo, ya me dijo cómo; y así llegué varias veces. Durante varias semanas llegaba a jugar y platicar y ya este, preguntándole que si tenía pareja o novio.(Benito, 58a, NB)

Aurora, Fernanda, Citlali, Fátima, Saúl, Héctor y Ariel, de nivel socioeconómico medio, fueron mayores que sus parejas, como se verá a continuación, y las conocieron en áreas laborales afines, además de tener empleos con un estatus similar. Sus empleos se localizaron en mercados laborales más diversificados y especializados. Solís (2010, p. 68 y 69) encontró en su estudio sobre la elección de pareja en la ciudad de México que la homogamia ocupacional pasó de 26,9% al 32,8% en el 2009 y que se encontraron mayores diferencias ocupacionales entre hombres y mujeres.

Aurora y su pareja tenían una licenciatura, eran de clase media, ella tenía 24 años y él 27 cuando se conocieron. Ambos trabajaban para la misma empresa, era: *“un despacho contable, él era el contador, bueno, estaba estudiando, pero era el contador de ahí, como uno de los auxiliares”*. Fernanda

tenía una licenciatura y era clase media como su tercera pareja, a quien conoció cuando ella tenía 55 años y él 40, ambos trabajaban en el mismo medio: *“él también es artista, y también me encontré con una persona sumamente talentosa en el arte”*. Y también fue el caso de Citlali, de 24 años cuya pareja tenía 26 años cuando se unieron. Los dos asistieron a la universidad y se conocieron: *“en la empresa en donde trabajábamos, este, ahí nos conocimos”*.

Viviana, Carolina, Berenice, Mirna, Gilberto y Juan, del nivel socioeconómico medio alto, se distinguen de la clase media por el estatus laboral que ocuparon en las empresas para las que trabajaron y por ser los propietarios de sus propios negocios; no obstante, también es visible la gran cercanía de ocupaciones entre ellos y sus parejas.

Viviana tenía 23 años y su pareja 30 cuando se unieron, ella tenía una carrera técnica y él una licenciatura. Al momento de conocerse ella *“era secretaria del área de exhibición de autos nuevos y mi esposo era contador en el área administrativa”*, tras casarse ella dejó su trabajo y él ascendió a la gerencia de la empresa, puesto que mantuvo hasta el momento de la entrevista. Otro caso es el de Juan, de 31 y cuya pareja tenía 30 al momento de unirse, ambos con una maestría, quienes trabajaron en distintas áreas, pero en el mismo edificio de oficinas en donde ella era la administradora y él trabajaba como abogado: *“ella trabaja aquí en el edificio...cuando yo no me tengo que quedar más tarde nos venimos y nos regresamos juntos. Comemos juntos por lo mismo de que ella está en el mismo edificio”*.

Gilberto, de 26 años y empleado, se casó por primera vez con una mujer de 24 años. Ambos estudiaron una licenciatura, eran analistas para diferentes instituciones y se conocieron debido a la relación de ambas empresas. Esta similitud de posiciones en el campo laboral muestra que la distancia espacial fue irrelevante ya que laboraban en el mismo ámbito y su capital social y cultural eran idénticos. Bourdieu (2007) destacó, en su reflexión sobre el espacio social y la génesis de las clases, que el acceso de los agentes a campos especializados se da a partir de los recursos de cada uno de ellos, lo que en este caso fue similar y posibilitó un encuentro exitoso:

Ella trabajaba en un banco y yo en el banco, antes había mucha relación esos dos bancos porque todos los créditos refaccionarios, los estudios que hacíamos nosotros nos los tenía que autorizar personal de Y... Entonces había mucha relación y en esas idas así pues la conocí. (Gilberto, 67a, NMA)

Como permiten ver los relatos de la población entrevistada de las clases medias y medias altas, la mayor parte de ellos se conocieron por medio de sus ocupaciones y debido a la afinidad del sector o cercanía espacial de sus empleos. En el nivel medio, los empleos fueron de medio rango y tuvieron jefes inmediatos tanto de área como generales. En el nivel medio alto, los empleos fueron más especializados y se concentraron en direcciones de áreas.

Las uniones entre personas con ocupaciones de distintas áreas y estatus laboral son también frecuentes. Dentro de este escenario es más común que los hombres se unan a mujeres con menor estatus laboral, lo que refleja una gran desigualdad de género y, a la vez, una mayor igualdad social al hacer posible el ascenso social a las mujeres por medio de la ocupación de sus parejas. Estos mismos hallazgos han sido encontrado por Solís et al. (2007) y Mier (2009) en México y Esteve y McCaa (2007) en México y Brasil.

Saúl, de nivel socioeconómico medio, tenía 35 años y era académico cuando conoció a su segunda esposa. Ella tenía 25 años al momento de la unión y un grado universitario, la relación dio inicio: *“cuando salió de la universidad ella, que aquí estudió, cuando salió de la universidad”*. También fue el caso de Ariel, de 27 años y una maestría. Su pareja tenía 24 años y estudiaba en la preparatoria, ambos se conocieron dada la cercanía de las actividades que realizaban *“Ella, ella, está en la parte de tecnología también, ella es programa[dora], se dedica mucho a la parte de programación y demás”*.

Un caso más es el de Mirna, funcionaria pública de clase media y con una licenciatura, quien a los 44 años se casó por segunda vez con un hombre de 59 años, también con una licenciatura, de clase media alta quien era el dueño de la empresa para la que ella trabajaba:

Entré a trabajar precisamente a la empresa de él. Pero yo nunca lo veía, era un señor que vivía en su mundo del dueño y el director y tra... mientr... ahora le hago burla y le digo "mientras Nerón tocaba la lira, Roma ardía. Nosotros abajo agarrándonos de la greña y tú arriba ni te enterabas". "¿Para qué si yo era el dueño? Había quién se enterara. Yo tenía quien los cuidara"." (Mirna, 61a, NMA).

La unión de mujeres con mayor estatus laboral que sus parejas es menos frecuente y es difícil saber, con los datos a la mano, el efecto que tiene en la movilidad social de ambos. Bertaux y Bertaux-Wiame (1994), en sus estudios sobre movilidad social en Francia a lo largo del siglo XX, y Thompson (1994), en Inglaterra en ese mismo periodo, encontraron que este tipo de uniones tuvieron un efecto negativo en las mujeres y sus hijos.

Thompson (1994) afirmó que el matrimonio fue un lastre difícil de superar para las mujeres y ellas ascendieron socialmente tras la ruptura. A pesar de lo limitado de los datos empíricos de esta investigación en este respecto, las mujeres unidas a hombres con ocupaciones de menor rango y escolaridad, en especial los hombres del nivel socioeconómico bajo, abandonaron sus empleos debido a la presión de sus parejas. No se encontró evidencia similar entre los hombres de niveles medios y altos. No obstante, como vimos en la sección de la cercanía educativa, quienes continuaron con su formación ya unidas enfrentaron distintos tipos de violencia y realizaron una doble jornada. La mayor parte de estas mujeres, se separaron y divorciaron.

Octavio, trabajador manual de 20 años con educación primaria incompleta y de clase baja, se casó por primera vez con una mujer de su misma edad, nivel de escolaridad y ocupación. Su relato deja ver la gran relevancia que tenía para él unirse a una mujer que no trabajara o tuviera un empleo superior al suyo, condiciones que pensó que le darían mayor control sobre ella y reducirían sus posibilidades de ser abandonado por otro hombre:

Llegué a tener novias que eran maestras, que tenían una buena profesión o un buen trabajo y mejor yo las dejaba porque decía ¿cómo va a ser posible que ellas ganen más dinero que yo? Está muy bien, en lo económico y en muchas formas de pensar está muy bien, pero yo siempre decía: “ésta con cualquier rato me va a querer mandar a mí porque como ganas más que yo, ¡claro se va a sentir superior que yo! ... Yo he visto que hay muchas parejas que trabajan ellas, ganan muy bien, a lo mejor ganan más que ellos, ¡y en el menos rato pensando, se hacen de otra persona, se conocen otra persona y se separa la pareja! (Octavio, 62a, NB)

Otro caso más fue el de Eunice, de 17 años y con educación secundaria. Ella se casó con un hombre de 29 años con educación primaria que trabajó como empleado manual. Él la obligó a dejar el trabajo porque sintió que su papel como proveedor podría ser cuestionado por sus conocidos:

Yo estaba trabajando... Patrones muy buenos. Este, no había problema, el detalle es que yo creo que él se sentía solo porque ya empezó “¿Te vas a salir de trabajar?”. Eso sí fue lo que sentí feo... “¿Y por qué?”. “No”, dice, “es que aquí solo y luego la gente que me conoce”, que era muy conocido, “a la mejor dicen que estoy de mantenido. Y no quiero esas chingaderas”. “No, Toño, pero mira...”. No lo convencí, hasta que me dijo: “Tu decisión. Tu familia o tu trabajo”. Pues ya renuncié. (Eunice, 82a, NB)

Es difícil afirmar si las mujeres descendieron socialmente al unirse a hombres de menor rango laboral y escolar. No obstante, no es difícil imaginar el efecto que un ingreso adicional pudo haber tenido en sus familias en el mediano y largo plazo. Esto es particularmente cierto si se considera que los estudios sobre trabajo femenino y el manejo del dinero en la pareja indican que las mujeres priorizan el uso de sus recursos en la alimentación y la educación de los hijos. La evidencia sobre el uso del dinero en la pareja en distintos tipos de familias permite sostenerlo. Estrada (2015) y Ripoll y Martínez (2012) encontraron evidencia sugente en este sentido en familias combinadas, Dema (2005) en parejas de

doble ingreso, Ibáñez (2008) en familias nucleares y Campos Rodríguez y Rodríguez (2015) en parejas de altos ingresos.

De manera general, el análisis revela que los encuentros en espacios educativos son más homogéneos en términos socioeconómicos y geográficos, así como que las parejas que se conocen en el trabajo se unen a una mayor edad, mientras que los emparejamientos que se dan en espacios laborales son más heterogéneos y tienden a implicar hogares de doble ingreso.

La cercanía geográfica y el emparejamiento

En el análisis de la formación de parejas por cercanía geográfica se mostró que la categoría analítica *generación* arrojó resultados importantes. Los datos muestran que en los tres grupos etarios los encuentros en las ciudades, los pueblos y las colonias que habitaron fueron centrales al momento de conocerse. Mier (2009) consideró que los lugares del encuentro son el resultado de la probabilidad de coincidir y de la percepción subjetiva que estructura la elección de pareja. Asimismo, consideró que en los lugares pequeños y rurales, las diferencias sociales son menores y que esto hace más probable el encuentro con vecinos, conocidos y amigos. Bozon, et al. (2012) encontraron en Francia que las personas de origen campesino o con un padre campesino tendieron a ser del mismo pueblo o barrio. Los datos de ambos autores coinciden con los propios y son particularmente visibles en la generación de adultos mayores y adultos medios de origen rural.

Por su parte, la discusión de Bourdieu (2004b) en torno a la estructuración del espacio social permite entender que la posibilidad de dos agentes de moverse y encontrarse en un mismo espacio social es más amplia cuando se comparten prácticas y estilos de vida similares que potencian los encuentros, de ahí que, si el espacio es muy amplio en un sentido tácito y en él se mueven otros conocidos comunes, el encuentro mediado por un tercero es cuestión de tiempo, como se verá a continuación.

Para la población entrevistada, los encuentros con la pareja se dieron en las colonias y barrios de las ciudades medias y grandes que habitaron. En su mayor parte se conocieron por medio de las redes sociales más inmediatas compuestas por familiares y amigos íntimos, quienes jugaron un papel clave en el emparejamiento.

En el caso de las parejas que migraron de sus lugares de origen a ciudades más grandes, se encontró que las personas se conocieron por medio de una red de amigos de la misma ciudad de la que se emigró y tuvieron noviazgos más modernos caracterizados por uniones libres y la participación de mujeres en el mercado laboral. En el caso de las parejas que se conocieron en el mismo pueblo o ranchería, el tamaño del lugar favoreció la endogamia y noviazgos más tradicionales en los que los hombres pidieron permiso para cortejar y noviar. Este tipo de encuentros abarcó tanto a hombres como a mujeres de niveles socioeconómicos bajos y medios, así como de las generaciones de adultos mayores y adultos medios.

Las parejas que se conocieron en la misma colonia o barrio se distinguieron por ser de origen urbano, por conocerse desde la infancia o adolescencia y por encontrarse a través de redes de amigos y familiares que habitaron en la misma colonia. Los estudios Bozon y Heran (1989) mostraron que la cercanía espacial fue clave en los encuentros en su estudio sobre cómo se conocieron las parejas en Francia y Mier (2009) encontró en su estudio de formación de parejas en México en tres cohortes generacionales, que el sector económico determinó los espacios del encuentro y que hubo un comportamiento diferenciado por grupo etario. Para las generaciones de más edad los encuentros se dieron principalmente en el barrio o para la generación intermedia y la más joven en la escuela, el trabajo, las fiestas y eventos no familiares. Esta evidencia coincide con la de este estudio, como se verá más adelante.

El estudio de Solís et al. (2009) sobre movilidad social en Monterrey encontró que las personas oriundas de la misma región tendieron a casarse o unirse entre ellas mismas en mayor medida que con la población

local lo que sugiere la existencia de redes sociales cerradas a la circulación de personas externas.

La población entrevistada que se conoció en la ciudad tuvo como rasgo característico haber migrado de sus lugares de origen a ciudades más grande por motivos familiares y laborales. Fue el caso de Leonor, de origen rural, quien conoció a su segunda pareja *“después de que dejé al papá de mis dos niñas, nos venimos aquí a Colima a vivir, ey... este [marido] ya fue de aquí de Colima”*. Al igual que el caso de Otilia, de 65 años y originaria de un pueblo de Colima, quien migró a los 22 años a la ciudad de México en donde conoció a su esposo, quien también era de Colima, ella con preparatoria y él con una licenciatura, ambos de clase media *“allá coincidimos ¿no? coincidimos, nos reconocimos por amigos comunes aquí en Colima”*. Lo mismo sucedió con Fátima, de 65 años y originaria de la ciudad de México, quien conoció a su marido, también oriundo de Colima, *“allá en México, eh... nos pusimos a vivir juntos y a los años nos casamos”*. En el caso de Lilia, de 80 años, casada y artista, la muerte de su padre llevó a la familia a mudarse de Mérida a Guadalajara, lo que facilitó que conociera a su futuro esposo:

Se vienen a vivir acá, a Guadalajara y a mí, al poquito tiempo, me traen de vacaciones y empiezo, yo, a venir... y mi mamá enviuda. Entonces, quedamos... O sea, yo quedé... Me hice novia de José. Entonces, la familia dejó Yucatán. (Lilia, 80a, NMA).

Las parejas de origen rural que se conocieron en el mismo pueblo se caracterizaron por el desarrollo de noviazgos tradicionales y encuentros mediados por festividades populares, lo que coincide con lo encontrado por Mier (2009) y por Bozon y Heran (1989) en Francia. El primer esposo de Leonor, de 74 años y origen rural, con educación primaria y de clase baja, era del mismo pueblo que ella, lo conoció porque *“él también vivía ahí en el rancho, en un rancho que cuidaban ellos”*. También fue el caso de Julián, de 73 años, casado, con educación secundaria y jubilado de clase baja quien emigró a una ranchería de Colima cuando tenía *“un año por*

ahí o menos a X; entonces yo soy criado en X y ella es nacida ahí en X". El relato de Octavio, de 62 años, de origen rural, casado, con educación secundaria y jubilado de clase baja, deja ver el mismo caso *"allí en el pueblo [nos conocimos], después pedí permiso en su casa y ya iba yo pues a verla a su casa".*

Los noviazgos de personas que habitaron la misma colonia o barrio de la ciudad se destacaron por la cercanía social y espacial de ambas partes además de que eran parte del mismo círculo social desde la infancia o adolescencia al ser vecinos o compañeros de escuela. Mier (2009) encontró evidencia similar además de señalar que esta población tuvo escasa movilidad geográfica. Los presentes datos coinciden con su hallazgo, ya que estos entrevistados no migraron debido a que la oferta laboral y educativa de las ciudades en las que vivieron al momento de conocerse fue amplia. Esto inhibió su movilidad geográfica, como veremos a continuación.

Paula, de 53 años, con educación primaria y de nivel bajo conoció a su esposo porque *"él, sus abuelitos de él vivían ahí enfrente de con mi mamá y así fue como nos conocimos".* Jeremías, también conoció a su esposa por ser vecinos del mismo barrio

Nos conocimos desde muy niños, yo aquí donde estamos viviendo y ella en la esquina, somos de aquí de este barrio los dos. Entonces nos conocimos niños este, fuimos a la escuela prácticamente juntos, hasta la secundaria y nos apartamos, ya cada quien este... ella a estudiar contabilidad y yo a estudiar agricultura, pero aquí, aquí vivimos y nos conocimos aquí en el barrio (Jeremías, 50a, NMA)

Lucía creció en una colonia en Guadalajara y también conocía a su esposo desde la infancia. A diferencia de los dos casos anteriores, la relación se perdió cuando él se mudó a otra colonia de la ciudad. Años más tarde volvieron a coincidir por medio de amigos comunes y la amistad de la infancia dio paso a su matrimonio:

Éramos vecinos de ahí de la colonia, este, crecimos juntos y me caía mal, me caía gordo porque, pues ya de adolescentes y todo, este, [titubeo] se peleó con

uno que era mi novio y pues me caía mal. *Ya después se cambió de casa y ya no nos vimos mucho. Cuando lo volví a ver, ya fue cuando yo tenía 18 años y, este, y ya, empezamos a convivir, a conocernos otra vez [carraspeo] y ahí empezó la relación de, de mi matrimonio.* (Lucía, 46a, NB)

Un segundo rasgo de los encuentros de parejas que habitaron en la misma colonia fue conocerse por medio de familiares o amigos que habitaron en ese mismo espacio y los presentaron. Mier (2009) encontró en su estudio de formación de parejas que quienes se conocieron por medio de vecinos fueron en su mayoría jóvenes rurales con escasa movilidad geográfica o que salieron de la comunidad, pero prefirieron una pareja local. Los que se emparejaron fuera de su localidad fueron jóvenes que emigraron y estuvieron dispuestos a unirse con personas fuera de sus redes sociales inmediatas.

Esto es visible en el comportamiento de la población entrevistada. Pedro, de 36 años y nivel socioeconómico bajo, conoció a su pareja porque se *“la presentó un amigo mío, ya falleció... Este, me la presentó, estuvimos, este [titubeo], pues de novios [titubeo] los próximos cuatro años y medio”*. También sucedió con Félix, de 74 años y de clase baja que conoció a su esposa en la colonia en la que ambos vivían: *“en un baile y entonces, pues nomás se terminó el baile y ya nos, me dijo mi camarada: “vamos a llevarlas”*.

Estas redes supraindividuales, como las clasificó Sluzki (1996), pusieron en contacto a miembros que no se conocían entre sí. De acuerdo con este mismo autor, este tipo de redes corresponden *“al nicho interpersonal de la persona, y contribuyen sustancialmente a su propio reconocimiento como individuo y a su imagen de sí”* (p. 42). Esto favorece que, al compartir amigos comunes, gustarse y valorar de manera positiva sus cualidades y afinidades, el cortejo es aceptado y un potencial noviazgo está en puerta.

Una tercera vía para conocerse, y la menos frecuente, fue la calle al trasladarse de su casa al trabajo. Bozon y Heran (1989) encontraron en su estudio que a partir de 1960 en Francia la calle ganó peso en los encuentros de las parejas. Esto se debe, en el caso mexicano, al acelerado

proceso de industrialización y urbanización de las ciudades que causó una migración masiva y constante de los pueblos a las ciudades a partir de 1950 lo que fue acompañado de una creciente diversificación de los mercados laborales. A la par de este fenómeno, se dio el ingreso masivo de mujeres tanto solteras como casadas con hijos pequeños al mercado de trabajo en la segunda mitad del siglo XX debido al cambio de modelo económico (García, 2001). Esto explica, en la región sociocultural de estudio, la presencia de entrevistados de origen campesino y rural en las ciudades de estudio y de prácticas de cortejo, ocupaciones y niveles de escolaridad propios de este contexto.

Los encuentros geográficos estuvieron mediados, en un primer momento, por la valoración del atractivo físico de la pareja, que fue la principal motivación para conocerse en la mayor parte de la población entrevistada, como ya se discutió en los capítulos anteriores. Los hombres y mujeres que coincidieron en el espacio físico y social y no compartieron ningún tipo de red social que les ayudara a valorar la cercanía socioeconómica y atributos morales, la tarea recayó en ellos mismos.

El caso de Delia, de 65 años y de clase media alta da cuenta de este proceso *"coincidimos en la calle... y nos atrajo, y nos volvíamos a coincidir y después nos buscamos"*. También se muestra esto con Leonor, de 74 años y de clase baja, quien conoció a su primer esposo de igual manera porque *"trabajaba a la vuelta de donde nosotros vivíamos"*. El caso de Magdalena, de 76 años y nivel socioeconómico medio alto, deja claro que el desconocimiento de la persona y la diferencia de edades la hicieron rechazar de manera inicial a su futuro esposo, lo que muestra el enorme peso de los encuentros mediados por redes sociales inmediatas: *"yo decía "no conozco a ese señor", ¡para nada!"*.

Los encuentros mediados por familiares y amigos facilitan la valoración de todo tipo de información clave de la pareja, como su nivel socioeconómico, estado civil y atributos morales. A estos elementos se suma la posterior valoración de la escolaridad y la ocupación, atributos adquiridos que se conjugan con los de origen para dar como resultado

la formación de una nueva pareja cuando estas cualidades fueron valoradas de forma positiva.

En los casos en donde las parejas se conocieron de manera circunstancial en la calle, la ausencia de una red social común fue reemplazada por el atractivo físico y la valoración del espacio y circunstancias en que se conocieron. Una vez aprobada esta fase, al igual que en las relaciones mediadas por terceras personas, se valoraron los atributos adquiridos, lo que es visible en expresiones resumidas pero cargadas de significado como *"coincidimos... y nos atrajo, y nos volvíamos a coincidir y después nos buscamos"*, *"trabajaba a la vuelta de donde nosotros vivíamos"* o *"se presentó y ya"*. Una vez evaluado el aspecto físico y la personalidad a partir de esos breves encuentros, la relación dio paso a una fase de conocimiento mutuo en la que la cercanía educativa y laboral jugaron un papel central en la formación de la pareja, como ya se vio.

Capítulo 5. Las diferencias de edad en la pareja

La literatura revisada (Cuevas, 2019b; Cortina, 2007; Cabré et al., 2007; Esteve y McCaa, 2007; Bozon et al., 2012 y Solís et al., 2007) mostró que, tanto en México como en América Latina la homogamia educativa, ocupacional y social son las más investigadas. No obstante, son pocos los estudios que se enfocan en el análisis de la diferencia de edades en la pareja y abordan esta diferencia desde marcos explicativos que van más allá de la reproducción automática de las normas sociales y morales (Bozon, 1990). Es justo en esta coyuntura la que interesa conocer y para lograrlo se realiza una aproximación desde la subjetividad e intimidad de la población heterosexual entrevistada. Es de particular interés conocer el significado de la brecha de edad tanto en las relaciones en las que el hombre es mayor que la mujer y viceversa. Lo anterior permitirá aportar conocimiento útil a las razones subjetivas por las que se elige pareja desde la mirada del género, el número de unión y las diferencias generacionales.

Se considerará el papel de la escolaridad y el origen social en las relaciones de género para ver cómo, de serlo, estos factores subordinan a las mujeres. Al igual que en los capítulos anteriores, la literatura demográfica y sociodemográfica aporta un marco rico para el debate de los resultados y hallazgos hechos en esta investigación en torno al significado de la diferencia de edad en la pareja.

De manera general, se puede sostener que los principales hallazgos de este capítulo son el conocimiento de que mientras la brecha de edad o heterogamia entre hombres y mujeres crece a partir de las segundas uniones, la de las mujeres unidas a hombres menores se reduce en la medida que se pasa de una primera a una posterior unión. Otro hallazgo importante es conocer los procesos de estigma y control social y moral que hombres y mujeres enfrentan en la medida en que cruzan las fronteras de la diferencia de edad socialmente permitidas. Asimismo, se encontró que en las tres generaciones de estudio hay evidencias de cambios en la significación de la brecha de edad, en particular entre las de mujeres de clase media y media alta.

Otro hallazgo de gran valor permite ver que en segundas y posteriores uniones los hombres tienden a buscar mujeres en edad fértil y a fungir como proveedores mientras que las mujeres y hombres de clases medias y medias altas, así como de alta escolaridad, entablan relaciones de pareja más equitativas. En este escenario, los relatos de las mujeres más maduras mostraron que ganaron autonomía mediante el conocimiento de sí mismas y de su sexualidad.

Un último hallazgo muestra que, a la par de claros signos de cambio cultural, hay una amplia persistencia de uniones de hombres añosos con mujeres jóvenes tanto en primeras como en posteriores uniones. Esto, más que ser una contradicción, muestra la complejidad del mercado de las parejas y los procesos estructurales que lo cruzan.

Cortina (2007) afirmó que la diferencia de edades positiva para los hombres es uno de los rasgos más comunes en el emparejamiento y que quizá por eso esta cercanía no ha recibido tanta atención. Por su parte, Mier (2009) afirmó que la diferencia de edades entre los cónyuges puede variar mucho entre culturas, lo que sería el resultado de las normas que cada sociedad sigue, mientras que Gayet (2002) sostuvo que sabemos poco de los cambios en la vida social de la vida conyugal.

Para analizar cómo vivieron estas diferencias de edad los hombres y las mujeres heterosexuales entrevistados, la discusión está dividida en cuatro partes. La primera da un panorama general de la homogamia

etaria en la población entrevistada y se revisa la literatura especializada que ayuda a contextualizar los debates más relevantes en torno a ella.

En la segunda parte se analizan las diferencias de género encontradas en los relatos de hombres y mujeres para mostrar cómo las brechas de edad se anclan a las diferencias de clase social y de escolaridad de la pareja. La evidencia sugiere que, sin importar la diferencia de edades, la mujer tiende a quedar subordinada al hombre por el mero hecho de ser mujer. En esta sección se enfatiza que el apego a la norma social reproducida al momento del emparejamiento genera desigualdad de género mientras que la ruptura de la norma abre posibilidades de entablar relaciones de pareja más equitativas. Los datos de esta sección y las dos subsecuentes consideran la información de las y los entrevistados y de sus parejas con lo cual se amplía la cantidad de casos analizados.

La tercera parte del capítulo analiza la diferencia de edades en segundas, terceras y cuartas uniones.¹⁰ Los datos dejan ver la alta persistencia de uniones de hombres añosos con mujeres más jóvenes en primeras y únicas uniones, la creciente brecha de edad entre el hombre y la mujer a partir de las segundas uniones y un comportamiento inverso en las mujeres unidas a hombres más jóvenes.

La cuarta y última parte de la discusión aborda las diferencias de edad por generación y comprende dos apartados que tienen estrecha relación con los resultados de las secciones dos y tres. El primero analiza la persistencia de uniones de hombres y mujeres más jóvenes con diferencias de hasta diez años con amplia aceptación de las propias parejas, sus familias de origen y la sociedad en general, lo cual legitima relaciones desiguales de género. El segundo apartado aborda los conflictos y estigmas que las parejas enfrentaron por la diferencia de edad tanto biológica como social.

A lo largo de las secciones se podrá ver que hay una gran homogeneidad del mercado de las parejas y de sus reglas en el que prevalece la

10 Se identificó un solo caso de cuatro uniones conyugales que correspondió a una mujer de la generación de adultos mayores.

diferencia de edad positiva para el hombre, lo que coincide con lo encontrado por varios autores (Gayet, 2002; Mier, 2009; Solís, 2009; Bozon, 1990 y Quilodrán y Arrieta, 2022). No obstante, también hay trazos de cambios en el significado de la brecha de edad en todas las generaciones que sugiere que la percepción está en proceso de cambio tanto en hombres como en mujeres; en particular entre la población de mayor escolaridad y de clases medias y medias altas de las dos áreas de estudio.

Bozon (1990) sostuvo que si bien hay estándares o normas sociales que organizan el emparejamiento, es inadecuado verlos solo desde este enfoque ya que: “éstas no son iguales para todos” (p. 598) y que “todo en la experiencia social y familiar de las mujeres jóvenes las conduce hacia un realismo y hacia la madurez temprana” (p. 601). Como veremos, hay una frecuente alusión de las y los entrevistados a la supuesta mayor madurez de las mujeres en relación de pareja sin importar su edad, su origen social o nivel de escolaridad.

Los hallazgos son discutidos a partir de los resultados de otras investigaciones similares que han privilegiado el estudio de las primeras uniones y su tiempo de vida, los nexos del emparejamiento con el origen socioeconómico de la pareja, la edad media de hombres y mujeres al momento de la unión, las diferencias de género en la formación de parejas, los cambios en la situación conyugal y la fecundidad. Algunos de estos estudios (Solís, 2009, 2010; Mier, 2009; Rodríguez, 2016; Kalmijn, 1998, 2010; Parrado y Zenteno, 2002; Mazzeo et al., 2015) han reparado en la preferencia de las mujeres por hombres de una edad cercana a la suya y la de hombres por mujeres mucho más jóvenes.

La información en torno a cómo se dan los procesos de emparejamiento en segundas y posteriores en México es casi inexistente (Gayet, 2002; Mier, 2009 y Quilodrán y Arrieta, 2022). Es aún menos lo que conocemos sobre la manera en que reaccionan los hombres y las mujeres en relaciones con diferencias de edad pronunciadas o hipergamia y la manera en que la vigilancia y la presión social los lleva a autorregularse o enfrentar esa presión para legitimar sus relaciones de pareja. En este sentido, el análisis busca conocer —desde la perspectiva de género,

el número de unión y la generación— cómo enfrentaron la vigilancia familiar y los controles sociales al momento de emparejarse.¹¹

Las diferencias de edad serán analizadas desde el enfoque de la desigualdad de género. Esta se entiende como la supremacía del hombre en las relaciones conyugales en las que lo femenino y lo masculino tienen un valor social diferenciado producto de la cultura machista que define la posición y actividades de la mujer como inferiores a la del hombre. Los estudios de Rojas (2002), Amuchástegui y Szasz (2007), Szasz et al. (2008), Figueroa et al. (2006) y García y de Oliveira (1994, 2006) dan cuenta de cómo opera la desigualdad en distintos ámbitos de la vida conyugal y cómo las relaciones de género de ambos están profundamente marcadas por esta cultura. Por su parte, Gayet (2002) y Bozon (1990) alentaron a abordar el análisis de la brecha de edad en particular desde la desigualdad de género para entender no sólo cómo funciona la norma sino también cómo es percibida y significada la diferencia generacional. Se argumenta que la brecha de edad es insuficiente para explicar la subordinación de la mujer al hombre ya que la escolaridad y el origen social de ambos tienden a ser muy cercanos lo que sugiere que la desigualdad de género opera bajo otras condiciones.

En el análisis se usarán los conceptos de intercambio matrimonial, edad biológica y edad social de Bozon (1990). El primero de ellos postula que al momento del emparejamiento ambos miembros de la pareja poseen recursos concretos —edad, clase social, escolaridad, ocupación, etc.— que determinan la posición de uno frente al otro y el intercambio que pueden establecer en su relación conyugal. Cuando los recursos son similares habría una mayor igualdad social, económica y cultural y, por ende, relaciones de género más equitativas que serían desiguales en la medida en que los atributos fueran más diferenciados.

11 Como se mencionó en la introducción del libro, se registraron un máximo de tres relaciones de parejas por cada persona entrevistada lo que resultó en 54 entrevistados con una pareja, 20 con 2, 6 con tres y uno con cuatro.

En la opinión de Bozon, la desigualdad de género en las relaciones conyugales es favorecida por la educación que las mujeres han recibido y la presión familiar que hay en ellas para emparejarse, lo cual las alienta a buscar hombres de mayor edad. En torno a la edad biológica, Bozon (1990) distinguió entre la edad biológica y la edad social. La primera refiere a la edad cronológica mientras que la segunda remite a la percepción y valoración social de la mejor edad para unirse independientemente de la edad biológica.

Otros elementos analíticos útiles fueron el género, el número de unión o de pareja, las diferencias generacionales, el nivel socioeconómico de la población entrevistada, la escolaridad y la ocupación de la pareja para ver cómo estos elementos subordinan a la mujer e inciden en el significado de la brecha de edad entre la población entrevistada.

La diferencia de edad al momento del emparejamiento

La diferencia de edad entre cónyuges al momento de la unión ha recibido poca atención como señalaron Cabré et al. (2007). Esto se debe, desde su perspectiva, a la gran proximidad de edades entre ambos miembros de la pareja en la mayor parte de las sociedades. Esto también ha favorecido el análisis de otros aspectos más contrastantes y visibles como la homogamia educativa y ocupacional (Solís et al., 2007; Solís, 2007; Esteve y McCaa, 2007), la espacial (Mier, 2009; Bozon y Heran, 1989 y Bozon et al., 2012), la religiosa (Kalmijn et al., 2005) y la socioeconómica (Solís, 2007 y Kalmijn, 1998, 2012).

Son pocos los estudios que se enfocan en el análisis de la diferencia de edades al momento del emparejamiento (Cortina, 2007; Cabré, 1993; Cabré et al., 2007; Bozon, 1990; Gayet, 2002; Mier, 2009; Quilodrán y Arrieta, 2022).¹²

12 La literatura referida fue seleccionada en función de su relevancia para la región de estudio más que por ser una revisión exhaustiva de la producción científica sobre la temática.

En diversas investigaciones se aborda la brecha de edad al discutir otros aspectos de la formación de parejas y casi todas ellas se enfocan en el estudio de las primeras uniones. Poco sabemos sobre el por qué hombres y mujeres heterosexuales eligen a una pareja cercana a su edad o, por el contrario, con una marcada diferencia, aspectos analizados en este capítulo.

La literatura sobre la diferencia etaria entre cónyuges al momento de la unión, sea matrimonio o unión libre, muestra que en la mayoría de las uniones el hombre es mayor. A esto se le conoce como diferencia positiva a favor del hombre o hipergamia femenina y puede ser considerado como homogamia o cercanía etaria. Las diferencias de edad entre ambos dependen de varios elementos como el número de la unión, la escolaridad, el nivel socioeconómico, la ocupación y el lugar en donde se conocen. Solís (2007), en su estudio de movilidad social, y Mier (2009), en el de formación de parejas, relacionaron la edad de los cónyuges al momento de la unión con la ocupación de la madre y el padre y encontraron una gran relación entre ambos elementos. Bozon y Heran (1989) y Bozon et al. (2012) también estudiaron esta relación en Francia a lo largo del siglo XX y encontraron evidencia similar a la de México.

Mier (2009) y Quilodrán y Arrieta (2022) sostuvieron que el estudio de la diferencia de edades entre los cónyuges ha dado pie a posturas teóricas específicas que, basadas en la evidencia empírica, postularon que las diferencias de edad entre ambos cónyuges aumentan en segundas y posteriores nupcias. ¿Qué dicen los datos encontrados en las entrevistas al respecto? El análisis revisará este aspecto para ver las diferencias de edades en las tres generaciones de hombres y mujeres en primeras, segundas, terceras y cuartas uniones. Si bien el análisis de los principales resultados se concentra en el apartado de las generaciones, se discuten aspectos relevantes del número de unión en las otras secciones.

Como regla general, en las sociedades occidentales contemporáneas se observa que hay una clara tendencia en las parejas conyugales de hombres con mujeres de menor edad. En la opinión de Cabré (1993), esto se explica por la mayor mortalidad masculina en todos los gru-

pos de edad lo que se traduce en una población femenina de menor edad al momento del emparejamiento. Esta explicación demográfica deja poco espacio para pensar cómo esta situación se convierte en una norma social de tal magnitud y, también, cómo estas uniones producen desigualdad de género, así como la manera en que hombres y mujeres la confrontan para hacer espacio a otros arreglos conyugales.

Van Poppel et al. (2001) estimaron que la diferencia de edad en las parejas que tienden a unirse es muy próxima y la media pocas veces supera los tres años. Si bien la estimación es para Holanda y corresponde a los últimos años de la década de los noventa, en México la tendencia es la misma (Quilodrán, 1993; Gayet, 2002; Mier, 2009). De acuerdo con las estadísticas de matrimonios del 2020 del Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática (INEGI) (2021, p. 2),¹³ la media de años de diferencia en las parejas conyugales en México es de tres años. Los datos de ambas fuentes permiten afirmar que las diferencias de edad entre los sexos muestran que entre mayor es la diferencia de edades, menor es el número de parejas conyugales y, por tanto, que las uniones con edades más cercanas son mejores vistas que aquellas en las que hay una diferencia muy amplia.

Con base en los hallazgos de ambas fuentes se puede considerar como homogamia la diferencia positiva masculina de aproximadamente tres años. La diferencia de edades es considerada por demógrafos y socio demógrafos que utilizan la perspectiva de género (Solís y Ferraris, 2014; Solís, 2013; Solís et al., 2007; Esteve y McCaa, 2007 y Gayet, 2002) como un indicador de desigualdad. De acuerdo con esta postura, la menor diferencia de edades y la mayor cercanía educativa se traduciría en una menor dependencia femenina del ingreso masculino y una menor subordinación a su autoridad.

Cabré (1993) argumentó que:

13 El anuario 2020 de estadística de matrimonios en México no había sido publicado por el INEGI al momento de elaborar el presente capítulo.

La gran mayoría de las parejas legalmente constituidas corresponden a modelos sociales predominantes, reuniendo a un hombre y a una mujer que, por sus características de edad, nivel de instrucción, extracción social, características socioeconómicas y otras variables, constituyen opciones recíprocas que podrían considerarse, desde una óptica racional, próximas al óptimo. (p. 3)

¿Qué datos arrojan las entrevistas en torno a estos hallazgos?

Las diferencias de edad desde la perspectiva género

Las principales diferencias de género en las relaciones de pareja en las que los hombres son mayores a las mujeres son dos. La primera es que ellas tienden a elaborar relatos más detallados al hablar de la edad de su pareja, en particular cuando las diferencias se acrecientan. Estos relatos abarcan tanto relaciones conflictivas como satisfactorias. La segunda diferencia es que los hombres elaboraron relatos más largos y detallados justo en la situación contraria, es decir, cuando la edad es más próxima. Cuando la distancia crece, las respuestas son lacónicas. No se ha encontrado literatura que permita discutir estos hallazgos cualitativos para ampliarlos o refutarlos. No obstante, es posible sostener, a partir de los datos encontrados, que ajustarse a la norma social o romperla es algo relevante para las y los entrevistados, ya que esto legitima su relación y abre posibilidades de reconocimiento de relaciones que se alejan de la norma.

El precio a pagar por la ruptura es el estigma (Goffman, 2006) de ser distinto, cuestión que no muchos están dispuestos a enfrentar. Los datos muestran que las sanciones sociales provienen sobre todo de las propias familias de las y los entrevistados, así como de sus círculos sociales más inmediatos. Se encontró que en algunos casos la presión social fue tan grande que prefirieron negar la relación y, en otros casos, les causó conflictos que los llevaron a la ruptura.

En cuanto a las relaciones de pareja en donde la mujer fue mayor que el hombre, se encontraron tres rasgos. El primero de ellos sugie-

re que estas uniones se establecieron a partir de roles de pareja muy tradicionales que marcaron la dinámica desde el inicio del cortejo y también en aspectos centrales de su vida conyugal; es decir, el hecho de que la mujer sea más grande no implica que tenga mayor autoridad que el hombre ya que se subordina a su figura y autoridad sin importar la diferencia de edad entre ambos. El segundo rasgo es que tanto hombres como mujeres enfatizaron cómo se sintieron en la relación, aspecto no identificado en las relaciones de pareja en las que el hombre fue mayor a la mujer. El tercer rasgo se relaciona con la satisfacción y gusto que las mujeres sintieron por estar con un hombre menor que ellas lo que contravino la norma social y moral imperante. Esto contrasta con los relatos de hombres unidos a mujeres menores que ellos quienes no expresaron, de manera explícita, placer o gusto por estar en una relación con mujeres más jóvenes que ellos. Esto se puede deber a que fue una mujer quien realizó la entrevista e inhibir una más libre expresión.

Diferencia de edad favorable para el hombre

Veamos primero los casos de hombres unidos a mujeres menores que ellos. Laura tenía 19 años cuando inició su primera relación conyugal con un hombre divorciado de 38 años con quien vivió en unión libre:

Después conocí al que es, que después fue mi marido, y él tenía tiendas, pero yo trabajaba con un competidor de él, y él pos, pues siempre le gusté, pero era una persona ya, pues ya más grande que yo, 19 años más grande, con un pasado. (Laura, 74a, NB)

Es muy interesante ver que se refiere a él como “al que es, que después fue mi marido” y que en su respuesta enfatizara, además de la brecha de edad, las profundas diferencias sociales y económicas entre ambos. Estos elementos permiten ver un desequilibrado intercambio de recursos que jugaron a favor de su pareja desde el inicio de la relación. Bozon (1990) consideró que la brecha de edad es aceptada por las mujeres porque buscan:

[...] consolidar su posición social, resolvieron tener cierta dependencia [...], ellas aceptan la existencia de una relativa superioridad masculina y de cierto modo una dominación por la edad lo que es en cierto modo una garantía paradójica de su independencia. Del hombre esperan que explícitamente les proporcione estatus social.¹⁴ (p. 573)

La subordinación de la mujer al hombre se da por las diferencias de atributos entre ellos, tales como la escolaridad, la ocupación y el origen social, como se vio en el caso de Laura.

Otro relato que permite ver la combinación de las diferencias de capital y en el intercambio de recursos es el de Leonor, quien tenía 18 años, contaba solo con educación primaria y trabajaba como empleada manual cuando inició su segunda relación conyugal con un hombre casado y de ocupación similar a la suya que tenía hijos y era casi 40 años mayor que ella. Ella decidió vivir con él por el temor de decirle a su padre que éste la había violado dadas las amenazas paternas de matar a sus diferentes parejas. Su bajo nivel de escolaridad, la enorme diferencia de edades, el bajo nivel socioeconómico, tanto de ella como de su familia, además del machismo rampante de su padre, la orillaron a entablar una relación desequilibrada, llena de violencia y de carencias que sus padres notaron:

Pues, yo este, qué tendría como unos 18, 19 años [...] Ey, y este, él tenía, ya se veía grande, tendría unos cuarenta y tantos, o cincuenta años, por ahí...mi mamá me decía "déjalo", dice, "al paso que vas", dice: "...vas a llenarte de familia, dice de, de él y sino, pues ya ves", dice, "está casado y [no] se ha divorciado, ¿no?", dice, "Y luego, ¡los años que te lleva! Y ya también mi padre también me dice, "sí, déjalo, ¿qué esperanzas, te mantiene?". Y que quién sabe qué y pues ya, lo dejé. (Leonor, 74a, NB)

En su relato se puede ver que esta diferencia de edad se ligó a experiencias positivas que reflejan el por qué decidió iniciar una relación

14 Traducción propia.

con el. Bozon (1990) afirmó que las mujeres de niveles socioeconómicos bajos unidas a hombres mayores usan estas relaciones para salir de su medio familiar y acelerar su transición a la vida adulta. Riquer (1996) llegó a conclusiones similares al estudiar el papel de la maternidad en mujeres pobres, de baja escolaridad y jóvenes. Leonor no eligió la maternidad como vía de escape a la pobreza y violencia, sino que temió la reacción de su padre ante el embarazo causado por la violación, lo que recrudeció la violencia emocional y material que vivía.

La situación de Mica fue distinta a la de Leonor debido a que ella creció en un ambiente familiar más estable, tuvo una mayor escolaridad e ingreso que le permitieron la independencia. Esto explica por qué aun cuando se unió a un hombre 20 años mayor que ella, la edad no fue motivo de preocupación para ella. En su relato se puede ver que esta diferencia de edad se ligó a experiencias positivas que reflejan el porqué decidió iniciar una relación con él. Se conocieron después de la muerte de su madre, ambos tenían estudios universitarios y eran de clase media, él viudo y con hijos de su primer matrimonio, ella madre soltera de una niña. Ella encontró en esta relación el equilibrio y la satisfacción que necesitaba en ese momento de su vida:

Después de que mi mamá se muere, conocí a un señor. Al revés del papá de mi hija, éste me lleva... me llevaba; ya murió. Me llevaba 20 años, y, con él, tuve una relación bonita [...] Sí, sí. Con él, duré mucho rato [...] ¿Como cuánto tiempo duré con él? Pues mucho. Y él se convirtió en figura... Él, ya casado, con nietos... Viudo. Nos encontramos por un amigo común; él, hablando de que se acababa de morir su esposa; yo, mi mamá. Y empezamos a ir al cine, a invitarlo a comer a mi casa, y yo me enamoré muchísimo, ¿eh? Él, no. Él, no tanto. Yo, más. (Mica, 60a, NB)

Bozon (1990) señaló que las mujeres prefieren hombres de mayor edad porque consideran que ellos son más maduros, estables y pueden darles apoyo, cualidades que valoran mucho. En el caso de Mica esta reflexión se vuelve pertinente porque su decisión de unirse a un hombre mucho mayor

le proveyó compañía e incluso amor. Esto fue posible por la similitud de atributos. Condiciones que ni Leonor ni Laura tuvieron, lo cual muestra la relevancia de estos factores en las relaciones de poder en la pareja.

Los relatos analizados dejan ver que cuando la diferencia de edades entre mujeres y hombres fue muy marcada, las mujeres produjeron relatos detallados sobre esta diferencia. La mayor disposición de las mujeres a hablar de su vida privada se explica por la mayor tolerancia y estímulo para que hablen de sí mismas. Thompson (1978) y Yow (2005) han discutido cómo el género incide en los estudios cualitativos. Esta misma tendencia se observa en los estudios cuantitativos, que establecen a las mujeres como unidad central de análisis al estar más dispuestas a dar información sobre ellas, sus parejas y sus familias. Esto, como ya dije antes, no implica una menor capacidad de los hombres para elaborar narrativas en torno a su experiencia personal, sino más bien a los retos metodológicos que implica trabajar con ellos.

En cuanto a la extensión de los relatos masculinos en torno a la diferencia de edades, como se señaló, tendieron a ser más amplios entre más cercana fue la edad, contrario a las mujeres. El relato de Joel deja claro este caso. Él tenía una licenciatura y era de nivel socioeconómico al momento de conocer a su novia, una adolescente de clase baja y con educación secundaria quien fue su *“primera novia, yo tenía veinte años, cuando ella, cuando nos casamos ella cumplió diecisiete”*. También fue el caso de Benito, con estudios secundarios y de nivel socioeconómico bajo quien se unió a una mujer con estudios primarios, empleada manual y de clase baja, como él: *“yo tenía 19 años y ella 18... Ella ya había estado, ella ya tenía dos niños, a los 18 años tenía dos niñas. Una de un año y otra de dos años”*.

La historia de Ariel da cuenta con insistencia de la cercanía de edad entre él y su pareja al momento de conocerse. Ambos eran estudiantes y compartían el mismo origen social:

Más o menos nos llevamos alrededor de un año, entonces este, cuando empezamos a andar estábamos en la prepa, yo la conocí en la preparatoria... Imagínate, yo tengo ahorita cuarenta y un años y cuando empezamos en la preparatoria yo tenía

diecisiete años, ajá, diecisiete años para cumplir dieciocho y ella dieciséis para cumplir diecisiete [...]. Más o menos nos llevamos alrededor de un año, entonces este, cuando empezamos a andar estábamos en la prepa, yo la conocí en la preparatoria. (Ariel, 41a, NM)

Mier (2009), Solís et al. (2007) y Esteve y McCaa (2007) en México y Brasil, así como Bozon y Heran (1989) en Francia documentaron que la edad entre personas que se conocen en la escuela es más próxima que en otros grupos de edad al reunir cohortes de la misma edad, como también dan cuenta los datos de la presente investigación.

En los tres casos analizados hubo homogamia educativa y social, lo que en opinión tanto de Gayet (2002) como de Locoh (como se citó en Gayet, 2002) implicaría que las mujeres enfrentarían una mayor igualdad de género, pero los relatos de Joel y Benito sugieren que no fue así. Esta desigualdad e inconformidad de sus parejas no fue relatada, pero podría deducirse que causó tensiones porque ambos se divorciaron. La esposa del primero era de un nivel socioeconómico bajo y él era de un nivel medio, él tenía educación universitaria y ella preparatoria y ambos trabajaban. En el caso de Benito, ella era empleada y él trabajador manual con educación secundaria. En ambos casos, las mujeres tenían una escolaridad cercana, trabajaban y eran jóvenes al momento del divorcio y la separación.

En el lado opuesto de estos relatos están las respuestas parcas y comparativas de los hombres cuando la diferencia de edades con su pareja fue muy marcada. Este nerviosismo al hablar en muchos de ellos refleja la persistencia y alcance de la crítica social pero también la autorregulación a la que lleva a quienes rompen normas. Gilberto, de 67 años, divorciado y con licenciatura, contó que su tercera esposa tenía: “22 o 23 años tenía, yo le llevo 14, yo andaba 38 años casi”; Sixto, de 80 años, quien cursó una carrera técnica y es divorciado, recordó que su esposa: “iba a cumplir casi 15 años y yo a los 30”; y Saúl, de 59 años, dijo que su tercera pareja fue: “30 años más chica que yo”. Esta evidencia coincide con lo encontrado por diversos estudios en torno a la creciente diferencia de

edades entre hombres y mujeres en segundas y posteriores nupcias (Gayet, 2002; Mier, 2009; Quilodrán y Arrieta, 2022; Bozon y Herán, 1989).

Los anteriores fragmentos dan cuenta de aspectos pocas veces explorados en la formación de parejas. Estos indican, de manera elocuente, que el emparejamiento está regulado por normas que permiten andar el camino, pero también vías alternas que abren otras posibilidades de cambio social y que el nivel socioeconómico y la escolaridad juegan un papel importante en esas decisiones.

En la medida en que la diferencia de edades es más marcada entre hombres y mujeres, los relatos adquieren cualidades distintas. Estas diferencias en la percepción y vivencia de este aspecto de su intimidad dejan ver la manera de ser socializados y entablar relaciones de pareja en condiciones desiguales, realidad profundamente mediada por el lenguaje. El peso de las reglas morales y sociales del mercado de las parejas tiene distintos efectos en ellos y también varía de acuerdo con la edad de la persona, su estado civil, su nivel de escolaridad, su origen social, si se tienen hijos o no y el número de unión en cuestión. Si bien hay reglas no habladas que regulan el proceso, éstas operan diferente en función de esos atributos, como se verá más adelante.

Diferencia de edad favorable para la mujer

Se identificaron 16 relaciones en las que las mujeres fueron mayores que sus parejas y el análisis sugiere tres rasgos importantes. El primero indica que en estas uniones hubo roles de pareja muy tradicionales desde el momento en que se conocieron y también en el desarrollo de aspectos centrales de la vida conyugal. Al momento de preguntarles sobre la diferencia de edad entre ambos, sus relatos mostraron este aspecto además de proveer amplios detalles sobre cómo se conocieron, contrario a los relatos de las mujeres en relaciones con hombres mayores quienes elaboraron relatos más detallados solo cuando sintieron que la diferencia de edades era muy marcada. El segundo rasgo es que tanto hombres como mujeres enfatizaron cómo se sintieron en la relación, aspecto no identificado en las relaciones de pareja en las que el hombre fue mayor

que la mujer. El tercero, que las mujeres en relaciones con hombres más chicos que ellas dijeron que la diferencia les “gustaba mucho”. Esto contrasta con los relatos de los hombres que fueron mucho mayores que las mujeres cuyos relatos no subrayaron esta preferencia, quizá incluso cuando lo pensaron.

En los relatos de Marina, Sofía y Saidi queda claro que las relaciones de poder entre ambos se fincaron en una estructura desigual desde que se conocieron. El hecho de ser mayor que sus parejas no modificó la relación de poder entre ambos ya que la dinámica conyugal se rigió por acuerdos tradicionales.

Marina tenía 24 años cuando conoció a su esposo, quien en ese entonces tenía 21. Ambos estudiaron una licenciatura, eran de clase media y eran estudiantes al momento de conocerse. Su relato muestra cómo ella esperó a que su marido la invitara a bailar, a pedirle que se apartaran para platicar y a acompañarla a su auto cuando la fiesta terminó. Esta lógica continuó cuando él la buscó días después tras conseguir su número de teléfono por medio de una tercera persona, para preguntarle si podía visitarla. Todos estos elementos muestran un papel tradicional de ambas partes, él tomando la iniciativa, ella esperando a que él la cortejara. Está claro que su relación se estructuró a partir de los roles de género asignados socialmente a cada uno y que ella, aunque se sintiera muy atraída por él, esperó a que él iniciara el cortejo porque consideró que así debía ser:

Yo iba con una prima al gimnasio y, este... y, en una posada del gimnasio, me invitó mi prima. “Vamos” y “vamos”, y yo le decía: “No. ¿Yo a qué voy?” Y, luego, me decía “Ándale, vamos”. Y le dije: “Bueno, vamos un ratito”. Y ya, fuimos un ratito y, este... y llegó Gerardo, mi esposo, y siempre se me hizo muy creído, porque se me hacía muy... Bueno, a mí se me hacía muy guapo, y yo decía: “Ay, es bien creído...” Y ya, *voltea y me dice “¿Bailamos?”* Le digo: “Ah, sí”. Y nos paramos a bailar. Se fue la música, seguimos bailando y, luego, ya nos íbamos a sentar y me dijo “Ay, ¿te parece si nos sentamos acá?”. Y yo “Ah, sí”. Y ya, de ahí. No me pidió el teléfono. Le dije “Bueno, ya nos vamos”, y dijo

“Ah, yo también. ¿Traen carro?”. Le digo “Sí”. Ya me acompañó al carro y todo, y él ya se fue. Pero no teléfono, nada... [y ya consiguió mi número de teléfono]... Ya, me habló, me dijo “Hola. ¿Cómo estás?” Y yo, así “Ay, ¿quién habla?”, “Gerardo”. Y yo “¿Gerardo? ¡Ah, Gerardo! Haciéndome” [risas], “sí, Gerardo”. Yo lo traía aquí [señala su cabeza]. Y ya, me dijo “Oye, ¿puedo ir a visitarte?” Sí. Y ya llegó. (Marina, 52a, NM)

Un caso similar es el de Sofía, quien tenía 23 años e iniciaba su segunda carrera cuando conoció a Leandro, entonces de 19 y quien era su compañero de clases en la universidad. Ambos eran de clase media. Ella rechazó el cortejo de manera inicial por varias razones, la principal fue por ser mayor que él, cuestión que no solo tenía que ver con su edad biológica sino con lo que Bozon (1990) llamó *edad social*. Esta, como se explicó antes, es la percepción social de la edad física. El autor sostuvo que la edad social hace que “los hombres disponibles [sean] percibidos, clasificados y juzgados según su edad social que no depende de su edad biológica real” (p. 58).

La edad social permite asignarle a una persona un estatus y autonomía social. En el relato se puede ver que Sofía no pensó en Leandro como pareja porque su percepción inicial fue negativa porque era menor que ella, además de que lo encontraba feo. No obstante, la insistencia de Leandro, su determinación e inteligencia modificaron la postura de Sofía:

O sea, para empezar, era más chico que yo. Él logró conmigo, como un reto, ¿eh? De hecho, cuando me habló para novia, yo solté la carcajada. Que me dijo “Oye, Sofía”, y yo “Jajajaja. Pues, ¿qué no sabes qué edad tienes? ¿Qué no sabes qué edad tengo yo? ¡O sea! [...] Yo tenía 23 y él tenía 19. Cuatro años. Y acabábamos de empezar la licenciatura, o sea... Y, claro, yo ya traía enfermería, y yo lo veía escuincle, escuincle, escuincle, lo que le sigue [...] Físicamente, pues era un muchacho. Un muchacho y, aparte, feo. Se me hacía bien feo. Yo le decía a tu mamá: “es que está bien feo, porque decía “Sofía, es que Leandro quiere contigo”, y yo “Ay, está bien feo. [Risas] Yo no quiero con él, nada” [...] Si yo te enseñara... Por

ahí, tengo, guardadas, cartas. Si yo te enseñara todos los recaditos que me dejaba y todos los detalles que tenía conmigo, decías “Pues no hay otra más que hacerle caso a este cabrón”. (Sofía, 61a, NM)

Bozon (1990) afirmó que “las mujeres valoran la brecha de edad social, al menos al momento de formarse la pareja” (p. 583). El relato de Sofía da cuenta de cómo su propia edad social la previno de iniciar una relación con Leandro debido a la brecha de edad y sus implicaciones sociales. No obstante, también se puede ver que su disposición cambió al conocerlo más y sentirse atraída por sus atenciones y muestras de afecto.

Otro caso que deja ver cómo los mandatos de género están presentes en los relatos de las mujeres mayores que los hombres es el de Saidi. Ella tenía 17 años cuando se unió a Celso, quien tenía 16. Ambos tenían estudios secundarios, eran de nivel socioeconómico bajo y trabajadores manuales. Era una relación con atributos muy cercanos. Para Saidi el matrimonio y la maternidad eran fundamentales, lo que la alentó a embarazarse durante el noviazgo. En este punto, ella enfrentó la disyuntiva de su elección: tener una vida segura con un hombre maduro y responsable a pesar de su corta edad o seguir buscando una relación en la que tuviera emociones más intensas, como ella deseaba. Eligió el matrimonio como vía de entrada a una vida más autónoma de la de sus padres en donde la maternidad, como postuló Riquer (1996), se volvió el principal proyecto de vida dado el origen social de ambos y su escolaridad, con los costos que esto implicó en su relación de pareja en el largo plazo:

O sea, yo le tenía miedo a estar sola. Entonces, decía “Bueno, si no agarro a este novio, pues no voy a agarrar otro más”. Yo anduve aquí y allá y nada me gustó. Pues deja lo intento, a lo mejor con algo más estable [...] Nos llevamos por nueve meses. Yo soy más grande que él por nueve meses. Yo soy de marzo y él es de diciembre [...] él es más tranquilo, más centrado en las cosas, y yo, no. O sea, a mí me gusta como que haya algo, y él, no. Entonces, él dijo “No, si

vamos a hacer las cosas, las tenemos que hacer bien”, y yo decía: Bueno... [...] *No quería, yo, casarme. No quería, yo casarme. Yo decía: ¡Róbame! ¡Vámonos! Y no. Él dijo “No”, y yo decía... Mi vida va a ser, a lo mejor, aburrida, pero pues ya estoy aquí.* (Saidi, 38a, NB)

El segundo rasgo encontrado en los relatos de hombres y mujeres fue su sentir en la relación de pareja, lo que implicó tanto situaciones que fortalecieron la relación como otras que los apartaron. Estos relatos dejan ver que para ambos las emociones en el noviazgo fueron un aspecto importante al momento de emparejarse. Este aspecto no ocupó un lugar central en los relatos de hombres y mujeres en los que él fue mayor que ella.

Veamos el caso de Arturo y Marina, quienes se sintieron muy atraídos y convencidos de que tenían una relación sólida y armoniosa con sus parejas. Arturo se casó a los 21 años con una mujer de 30, ambos fueron a la universidad, eran de clase baja y trabajaron para la misma institución. En su relato se puede ver que la diferencia de edades fue valorada de manera positiva y que en su relación el afecto y el compañerismo los alentaron a casarse tras un noviazgo corto:

Yo tenía veintiún años de edad y ella, ella, treinta, es más grande que yo, nueve años, ella tenía treinta si no me equivoco, yo veintiuno y ella treinta [...] En [trabajaba en] una universidad, ella trabajaba ahí, yo entré a trabajar muy chico, de diecisiete años y ahí nos conocimos. Este, ella también trabajaba en una oficina de la universidad, ahí fue que nos conocimos [...] Este, perdón, perdón, estaba recapitulando hacía dónde íbamos. Sí, fíjate que fue una relación de aproximadamente ocho, ocho nueve meses de noviazgo, todo fue super intenso, y pues un día simplemente decidimos, “oye, ¿y si ya vivimos juntos?”. Y así fue todo muy rápido, a los nueve meses ya nos estábamos casando y ya tenemos quince años juntos. Eh no, digo, no estaba, no había nada que nos obligara, por así decirlo, fue un mero gusto pues ¿no? Quisimos hacerlo en ese momento, no sabíamos si era la mejor decisión o no, pero bueno, lo llevamos a cabo y la verdad es que han sido quince años buenos, buenos años. (Arturo, 36a, NB)

Otro ejemplo del bienestar emocional que le produjo el matrimonio es el de Marina, a quien ya se hizo referencia páginas arriba. Ella tenía 24 años al momento de casarse y su esposo 21, ambos fueron a la universidad y eran de clase media, ella se dedicó al cuidar de sus hijos y de la casa y él a proveer. El relato deja claro que la atracción física que sintió por él fue determinante para el emparejamiento, situación que se afianzó por las muestras de apoyo y madurez que él le mostró durante el noviazgo.

Bozon (1990) encontró en su encuesta sobre formación de parejas que “particularmente buscadas por ciertas mujeres son los valores ligados a la madurez social como la experiencia del hombre, sus conocimientos, su apoyo” (p. 583). Estos elementos están claros en la relación de Marina, quien a medida que conoció su pareja, se sintió reconfortada por su actitud:

A mí se me hacía muy guapo, pues. A mí se me hacía, de hecho, en su escuela... Estudió...ingeniería, y le dieron el “Micrófono al más guapo de su salón” [risas]. Ahorita, ya lo ves y ya, dices “Ay, ¿a poco éste es el guapo?”, porque ya está pelón y nada que ver con [...] *A mí, todo me gusta; pelón, así, y más por... pues todo lo que vivimos. Lo que hemos vivido* [...] Sí, y ese día, pues mi hermana, la que es doctora, la que es anestesióloga, traía un novio alemán. Y, en eso, habla... Llega él y, a los diez minutos, habla y me dice “Marina...” No había celulares; marca a la casa y dice “Marina, acabo de chocar, y pues sí me siento mal. ¡Vénganse!”. Y ya, le dije al novio: “Ay, acaba de chocar Silvia”, y este payaso, el novio, me caía bien gordo, “¡Oh, no! Mi amada acaba de chocar”. ¡Vamos, muy exagerado. Le digo a Gerardo: “¿Sabes qué? Acaba de chocar mi hermana”. “Ah, no, no, no. Vamos, yo los llevo”, y él nos llevó en su carro y todo. (Marina, 52a, NM)

Los conflictos también fueron centrales en el noviazgo de mujeres en relaciones de pareja con hombres menores que ellas. En estos casos, la valoración de la edad biológica fue positiva y clave para alentarlas a iniciar la relación, no obstante, la edad social fue un problema que llevó a la ruptura de la relación porque la juventud estuvo acompaña-

da de inmadurez e inestabilidad. Berenice, divorciada, de clase media alta con estudios de licenciatura y propietaria de un negocio, tenía 32 años cuando inició una relación con un hombre 11 años menor que ella, un joven sin estudios y de clase media con ingresos irregulares. Si bien hubo una atracción física y sexual muy fuerte entre ambos, los conflictos marcaron su relación desde el inicio debido a las diferencias sociales, económicas y de madurez emocional:

[Suspiro] complicado, la brecha generacional [...]. Le llevaba once años, entonces, al final ya era como tener un hijito [...]. Duré dos años, pero, pues le llevaba once años. Como que tengo ciertos, cómo se dice, que te gusta el mismo tipo de gente. Porque también era bipolar [risa]. Pero él sí era más. Tampoco nunca me hizo nada, pero sí nos gritábamos [...]. Él, yo en ese entonces me iba mejor en la chamba que ahorita y él casi no ganaba nada y siempre fue su ego, de que la mujer ganaba más [...] Decía que presumía, que, que te, que mi, que mi dinero se notaba que yo tenía más que él [...] Pero, pues, pues sí. Él no tenía ni siquiera carrera [...]. Y él se metió a vivir conmigo. Entonces, se sentía incómodo, pero, pues. Estuvimos como dos años [...]. Eso sí fue una pésima decisión [risas]. (Berenice, 42a, NMA)

El caso de Berenice ilustra bien otro aspecto de cómo la diferencia de edades, de origen social y de escolaridad, se traduce en una desigualdad para las mujeres; diferencias difíciles de superar una vez que surgen debido a la desigualdad del intercambio conyugal. Si bien la diferencia biológica fue vista de manera positiva por ella, su mayor estabilidad económica sustentada en un negocio propio, estable y productivo causaron recelo en su pareja, quien tenía un ingreso precario y un empleo de bajo estatus.

Bozon (1990) señaló que:

[...] al momento que se forman las primeras parejas la edad de las mujeres les importa poco a los hombres, en contraparte, la edad social del hombre más su edad psíquica sí le importan de manera explícita a las mujeres que generalmente quieren que sea superior. (p. 598)

Se puede ver consistencia parcial de este argumento en el caso de Berenice. Para ella tuvo poca relevancia que su pareja fuera 11 años menor y también su edad psíquica. No obstante, ambos elementos se convirtieron en una brecha difícil de salvar en la relación por la independencia que ella tuvo y la desventaja en la que se encontró su pareja en este terreno. Esto contrasta con la lógica y dinámica de la mayor parte de las relaciones de mujeres con hombres mayores que ellas en donde estas disparidades educativas, de ingresos y de ocupación consolidaron la relación a partir de esta desigualdad.

Un caso más que ilustra los conflictos por las diferencias de edad es el de Mica, quien como ya se ha visto, fue una mujer de mente abierta y reacia al matrimonio. Ella creó un fuerte vínculo con su segunda pareja, un hombre diez años menor que ella, basada en una intensa vida sexual. Tuvieron una hija a quien él veía de manera intermitente debido a que la relación no funcionaba en otros planos:

Y, todavía... *De hecho, él [mi expareja le dice] a mi hija, cada que puede, le dice "No estamos juntos por tu mamá, y yo no te vi crecer porque fue decisión de tu mamá. Ella lo decidió así y reclámale a ella. Yo las busqué, yo quise vivir..."*. Porque estuvimos mucho tiempo [juntos], pero esas relaciones feas, que dije "no era bonito". [...] Esas de que estás segura de que, si no lo ves, es mejor. Que, cuando lo ves, es maravilloso, pero, cuando no lo ves, es más padre, porque, si lo ves, está horrible. [...] Tan pronto como nos parábamos, era pleito, celos... ¡Feo! Creo que él sacaba lo peor que puedo tener yo, y viceversa. (Mica, 60a, NB)

El tercer rasgo de los relatos de mujeres en relaciones con hombres más chicos que ellas fue el énfasis que hicieron de su gusto por la diferencia de edad biológica. Esto contrasta con los relatos de los hombres que fueron mucho mayores que las mujeres quienes no hicieron explícita esta preferencia.

El caso de Mica ilustra bien este punto. Ella tenía 29 años y él 19 y era su maestra de prepatratoria. La brecha de edad fue un aspecto muy

difícil de asimilar para ella al inicio de la relación, pero esta resistencia fue pasajera cuando vio correspondido su interés. Sin embargo, la vida pública como pareja fue difícil para ella por lo que decidió ponerle fin:

Era mi estudiante. Ahorita, estaría en la cárcel, yo, si dijera esto, ¿verdad? [Risas] [...]. Como mi alumno, y de secundaria [...]. Sí. Él tenía 19, y yo, 29, y a mí me gustaba el cuate [...]. Sí. Y él también quería casarse y él también quería... Y te voy a decir una frase muy vulgar que siempre me repetía. Siempre me decía "Es que cómo te gusta coger a lo pendejo. O sea, ¿por qué no vamos a hacer algo a futuro?", y yo le decía: "¡Es que claro que no! O sea, imagínate cuando tú tengas 30 y yo, 40. No, no, no". (Mica, 60a, NB).

En el caso de Berenice también se puede ver cómo la juventud de su pareja fue uno de los principales estímulos para que la relación iniciara a sabiendas de las diferencias económicas y psicosociales que ella encontró en él, como ya discutí párrafos arriba "Sí, él tenía, ¿qué tenía? 21 años [...]. Y yo 32. No, pues bien, bien jovial el muchacho [risa] [...]. ¡Me gustaba mucho que fuera así".

Los hallazgos hechos en torno a la diferencia de edades en hombres mayores que sus parejas y viceversa muestra que los primeros, sean más jóvenes o más viejos que las mujeres, ejercen un papel dominante en la relación por el hecho mismos de ser hombres. Esto muestra que no es la edad lo único que determina que las mujeres ocupen una posición desigual en la relación sino los roles de género que cada uno asume al entrar en la relación, lo cual abona a la desigualdad entre ambos. La mayor parte de las mujeres en sus relaciones de pareja, como se vio, se subordinaron al hombre por el mero hecho de ser mujeres.

Vimos también que, sin importar la brecha de edad, los hombres trataron de desempeñar un papel dominante en la relación y cuando esto no fue aceptado por las mujeres, la relación entró en conflicto. Asimismo, que cuando las mujeres no pudieron asimilar la diferencia de edades, este rechazo también condujo a la ruptura.

Las diferencias de edad por número de unión

El análisis de las diferencias de edad por número de unión muestra que en la medida en que se forman uniones posteriores la diferencia positiva a favor de los hombres incrementa —hallazgo documentado de manera amplia en la literatura ya referida— y que, por el contrario, la edad se acerca en las relaciones en las que las mujeres son mayores que sus parejas. Sobre este último comportamiento, la investigación en México es muy escasa por lo cual se aporta un conocimiento rico a la formación de parejas de mujeres con hombres más jóvenes en primeras, segundas, terceras y cuartas uniones.

Otro hallazgo relevante en el análisis del número de unión es la alta presencia de primeras uniones, estables y duraderas, entre hombres añosos y mujeres jóvenes. Esto refleja la persistencia de lógicas de emparejamiento tradicionales en el mercado de las parejas en las dos zonas de estudio. La Tabla 9 inferior resume las diferencias de edad por número de unión entre los hombres entrevistados unidos a mujeres menores que ellos y de las mujeres entrevistadas unidas a hombres mayores y menores que ellas.

Tabla 9. Diferencias de edad por número de unión

Número de unión	Entrevistado unido a mujer menor que él	Pareja de la mujer entrevistada mayor que ella	Entrevistada unida a hombre menor que ella
Primera	1 a 12	0 a 19	1 a 11
Segunda	7 a 20	5 a 40	2 a 3
Tercera	14 a 30	-	5 a 8
Cuarta	-	3	-

Fuente: elaborado a partir de los datos de la investigación.

La tabla indica que las mujeres fueron mayores que sus parejas en una minoría de casos y que los entrevistados y las parejas de las mujeres entrevistadas fueron mayores que ellas en la mayor parte de los casos.

De manera concreta, la brecha entre los hombres entrevistados y sus parejas fue entre 1 y 12 años y de 0 a 19 años entre las mujeres entrevistadas y sus parejas. La diferencia favorable al hombre en primeras uniones ha sido documentada (Gayet, 2002, Mier, 2009; Quilodrán y Arrieta, 2022; Bozon y Heran, 1989; Bozon, 1990 y Bozon et al., 2012). El trabajo de Mier (2009) permitió matizar mejor esta situación. En su investigación sobre la formación de parejas registró que, para la década de los noventa, periodo muy cercano al de esta investigación¹⁵:

El 45% de las parejas mexicanas entre 30 a 84 años estuvieron conformadas por hombres que fueron tres años mayores que las mujeres, en un 25% de los casos la diferencia fue de 4 a 7 años y en otro 17% la diferencia fue de 8 años o más. (p. 225)

En cuanto a las primeras uniones de mujeres mayores que sus parejas, los datos muestran que la diferencia fue entre 1 y 11 años versus 1 y 12 para los hombres en este mismo número de unión, es decir, la brecha de edad fue la misma. Este hallazgo es muy importante ya que deja ver que ambos valoraron de manera similar la edad social de sus parejas. De acuerdo con los datos de este trabajo, el 90% de las relaciones de pareja estudiadas fueron de hombres unidos a mujeres menores que ellos y tan solo en un 10% fueron relaciones de mujeres unidas a hombres menores que ellas. Mier (2009) encontró evidencia similar y afirmó que “en tan solo 13% de los casos las mujeres son mayores a los hombres” (p. 225).

Las diferencias de edad en las segundas uniones indican que los hombres fueron entre 7 y 20 años mayores que sus esposas versus 1 y 12

15 Los trabajos de Quilodrán (1970, 1980 1988 7 1989) muestran que la edad al momento de la primera unión se ha movido muy poco en México y es de las más bajas en América Latina.

en la primera unión, con la excepción de Octavio cuya pareja fue un año mayor que él. En el caso de las mujeres unidas a hombres mayores que ellas las diferencias fueron entre 5 y 40 años versus 0 y 19 para la primera unión, es decir, la diferencia a favor del hombre creció de manera significativa en las segundas uniones, como también encontraron Quilodrán y Arrieta (2022) en México y Bozon (1989) en Francia. En cuanto a las segundas uniones de mujeres con hombres menores que ellas, la diferencia disminuyó a 2 y 3 años versus 1 y 11 años en la primera unión, lo que demuestra que, contrario a los hombres, las edades se acercaron cada vez más en lugar de alejarse.

En cuanto a las diferencias de edad en la pareja en terceras uniones, en las relaciones en las que el hombre entrevistado fue mayor que la mujer, la distancia fue entre 14 y 30 años versus 7 y 20 en la segunda unión; es decir, la edad del hombre creció de manera muy marcada en estas uniones. La excepción a este caso fue de nuevo Octavio, cuya tercera pareja fue cinco años mayor que él versus un año de diferencia en su relación anterior. Entre las mujeres entrevistadas no se identificaron terceras uniones con hombres mayores que ellas. En lo relativo a las diferencias de edad en mujeres unidas a hombres menores se identificaron cuatro casos y las diferencias fueron entre 5 y 8 años versus 2 y 3 años en la segunda unión, lo que demuestra que la distancia creció.

No se registraron cuartas uniones entre los hombres y solo una entre las mujeres y en este caso la distancia fue de 3 años a favor del hombre. Esto muestra que la diferencia de edad entre ambos se redujo, contrario al caso de los hombres cuya pareja fue menor que ellos en las segundas y terceras uniones. Se hará ahora un acercamiento cualitativo a casos relevantes por número de unión.

Las primeras uniones

Como se adelantó en la introducción a esta sección, la diferencia de edad entre los hombres entrevistados y sus parejas en las primeras uniones fue entre 1 y 12 años, mientras que entre las mujeres entrevistadas que fueron mayores a sus parejas en la primera unión la distancia fue casi

idéntica, entre 1 y 11 años. Este hallazgo es importante ya que deja claro que la valoración social de la diferencia de edad en las primeras uniones es muy cercana. No obstante, las relaciones de género en ambos tipos de relaciones son asimétricas y favorecen al hombre sin importar la brecha de edad. Bozon (1990) afirmó que la desigualdad de poder en la relación de pareja está:

construida sobre la estructura desigual de las relaciones sociales entre los sexos, experimentado tanto en la vida familiar como en la vida profesional, la persistencia de distintos sistemas de representaciones sexuales, que asignan diferentes lugares y cualidades para hombres y mujeres, contribuye a mantener la asimetría de expectativas en cuanto a la edad de los miembros de cada sexo. (p. 598)

En un 90 por ciento de los casos, los hombres fueron mayores que las mujeres en su primera relación. Dada la abundante evidencia en este aspecto, se limitará el análisis a unos pocos casos en los que la escolaridad y la ocupación fueron similares, pero no la edad, para mostrar cómo esto último no es el único elemento que subordina a las mujeres sino más bien uno de ellos.

Paula se casó a los 17 años con un hombre de 21, ambos asistieron a la preparatoria, eran de clase baja y trabajadores manuales. Su educación y ocupaciones fueron cercanas, lo que en principio habría generado una dinámica de mayor equidad entre ellos. No obstante, la edad no fue el único factor por el que ella se subordinó a su autoridad sino el hecho mismo de que esa era la posición que se esperaba que ella tuviera en la relación; subordinación para la que había sido preparada toda la vida tanto en su familia de origen como en la mayor parte de los espacios en los que creció. Ella valoró de manera positiva la diferencia biológica, pero con el tiempo, la inmadurez de su pareja, su falta de apoyo moral, emocional y el poco compromiso hacia ella y su hija, terminaron por desgastar la relación. Bozon (1990) documentó que este tipo de apoyos son muy buscados por las mujeres en una relación de pareja y favorecen

uniones con diferencias de edad muy marcadas. El relato de Paula da cuenta de esta valoración:

Pues es que se va perdiendo todo, el respeto, el amor, la convivencia, que porque decía él [decía] “es que yo tengo que trabajar”, en ese tiempo él nomás trabajaba, “yo tengo que trabajar”. Entonces como él tiene un problema de alcohol, o sea, que no controla su alcoholismo. O sea, ya va más allá porque él ya se pierde mucho en el alcoholismo y entonces ya se perdía mucho en el alcoholismo, ya no había diálogo, ya, o sea, no podíamos tener, y yo bien neurótica, imagínate, no pues fuego, ¿verdad? Ni una convivencia, ni una plática, no podíamos tener nada porque empezábamos bien, y a lo mejor luego terminábamos mal, ¿por qué? Por lo mismo, porque yo con mi neurosis y él con su alcoholismo. (Paula, 53a, NB)

Un caso similar es el de Andrés. Él se casó con una mujer siete años menor que él de su misma escolaridad y clase social. Lograron establecer una relación de pareja estable, e incluso satisfactoria, así como consolidar un negocio familiar administrado y trabajado por ambos, con el cual crecieron su patrimonio. No obstante, Andrés tuvo una relación extramarital que su esposa descubrió lo que la llevó a pedirle que se fuera de la casa. Él se negó ya que el negocio familiar estaba en la propiedad que ambos habitaban, por lo que ella decidió dejarlo y llevarse a sus hijos a otra casa que habían comprado años atrás. En su relato se puede ver resistencia a separarse e intentos por convencerla de que esta situación era una deficiencia de su carácter que podía ser superada:

Fíjate que actualmente dentro del problema que se suscitó se fueron dando detalles, claro que hubo errores, sobre todo pues sí, de parte mía, igual una infidelidad, que, ah, no le culpo ni le echo o yo me. Son cosas, fue una experiencia que se fue dando, no sé si por tener yo otro tipo de experiencia. Nunca fue ni, y de hecho nunca engañé a esa equis persona que, nunca le engañé ni nada, yo siempre le dije que quería estar con mi matrimonio [...]. Pero sí, este, a través de eso se dio cuenta [el teléfono celular] y pues a través de nuestro trato [...]. Aquí lo más

importante yo creo es aprender a vivir con nuestras deficiencias y acoplarse pues, pero en este caso, ahorita por lo que tú me preguntas de que cómo está la relación, ahorita actualmente, has de cuenta, ella fue la que se fue del, de la casa, se fue a otra, a otra casa que tenemos, porque ella me pidió que yo me saliera y en un, de momento no me quería salir porque como tú ves en la parte de arriba yo trabajo y se me complicaba más. Y bueno, la otra parte donde ella está radicando ahorita tenemos un negocio, y ahí se acopló para que a lo mejor ella se, bueno, ella decidió irse para allá, entonces, este, en ese sentido yo, yo estoy en la disposición de, de no separarnos [...]. Ella es la que me comentó que se quería separar, “Ah bueno” [exclama él]. Y en ese sentido pues en esas andamos, este, yo le dejé bien claro que eso sí, que si ella lo quiere hacer pues bueno, a fuerzas también pues nada. (Andrés, 55a, NB)

Otro caso más que demuestra la desigualdad de género, cuando ambos tienen capitales culturales y económicos similares, es el de Celia. Ella obtuvo un grado técnico en educación preescolar y emigró a una comunidad rural por motivos laborales. Ahí conoció a su futuro esposo, un hombre seis años mayor que ella, dedicado al campo y con estudios de preparatoria. El mayor estatus laboral e ingreso de Celia se subordinaron a la autoridad de su pareja poco después de iniciado su noviazgo cuando, de acuerdo con las costumbres locales, empezó a lavar su ropa para mostrar a la comunidad la formalidad de su relación:

[Pensativa] Pues yo después de que salí de la secundaria me metí a C, ya ve que ahí para dar clases de preescolar, los niños de rancho y eso. Tuve dos meses de capacitación y me mandaron a P y pues a la maestra la mandaban con el comisario del rancho [tose] y ahí lo conocí, justamente ahí estaba su hermana y el comisario. Pues él vivía con ellos y pues ahí nos empezamos a conocer y tratamos y así [...]. Ajá, porque en el noviazgo pues ya lo atendía, le lavaba su ropa y eso. Digamos ya tenía una responsabilidad con él y como vivíamos en la misma casa y eso, pues ya [se dio la relación]. (Celia, 35a, NB)

El relato permite ver, como ya se discutió antes, que cuando una mujer con escolaridad y posición socioeconómica superior a la de su pareja se une a él, desciende socioeconómicamente, como también registraron Thompson (1994) en Inglaterra y Locoh (1996, como se citó en Gayet, 2002) en Francia. Esto habla de una situación transversal a las relaciones de género de los hombres y las mujeres en muchas sociedades en las que un hombre de atributos similares a los de una mujer e incluso inferiores subordina a su pareja por el mero hecho de ser varón. Bozon (1990) afirmó que las mujeres prefieren la superioridad masculina en la relación, situación que se considera que no es necesariamente una cuestión de preferencia individual sino de códigos culturales. Dominar al hombre trae sanciones morales y sociales, transgredir el orden social no es fácil, pero es posible, como se verá más adelante.

Los datos sugieren que en las primeras uniones de mujeres unidas a hombres de menor edad que ellas los roles de pareja son muy similares a las relaciones de hombres unidos a mujeres menores que ellos. Esto llevaría a cuestionarnos si en verdad es la edad el único factor que interviene en la desigualdad de género o son la educación y las normas sociales las que favorecen esta condición.

Arturo es un hombre de 36 años y trabajador independiente de clase baja unido a una mujer nueve años mayor que él. Ambos son empleados de la misma institución. Años después de casarse y con la llegada de los hijos, Adela, su esposa, dejó su empleo para dedicarse de tiempo completo a la atención de los hijos y las tareas domésticas. Esto implicó la pérdida de un ingreso para la familia y para Adela, la pérdida de la autonomía económica y la sobrecarga de trabajo doméstico y de cuidado infantil. La decisión de abandonar su empleo no causó conflicto ya que ambos consideraron natural que se dedicara de tiempo completo a la atención de la casa y la familia.

El relato de Arturo apela a la comprensión y madurez emocional de Adela ante su falta de participación en las tareas de la casa y el cuidado de los hijos. Como se puede ver, el hecho de que fuera nueve años mayor que su esposo, tuviera un empleo similar al de él y el mismo nivel de

escolaridad, no tuvo peso alguno en el arreglo doméstico y económico que hicieron. Bozon (1990) enfatizó que se espera que las mujeres acepten estas condiciones de desigualdad de género porque a cambio ellas reciben el apoyo económico y estatus de sus parejas. El relato de Arturo ilustra muy bien este punto:

También mi trabajo, tengo que salir de viaje, en mi anterior trabajo era más estable, era de lunes a viernes en la ciudad, con un horario relativamente estable. Y con este trabajo que tengo aproximadamente siete años, necesito viajar mucho, de repente me pueden llamar, no sé, ahorita, y decirme “oye, brincó algo, te tienes que venir en chinga porque tenemos reunión en una hora”, y tengo que meterme a reunión y no sé si va a ser de media hora, de dos horas, y a la mejor “ve por tu maleta porque te vas ahorita”, y me tengo que mover tres, cuatro, cinco días. Y eso también creo que ha vuelto complejo la situación [entre nosotros], digo, Adela es bastante consciente de, de mi trabajo, me ha apoyado mucho, pero también a ella se le carga muchísimo la, la tarea del, de la familia, las labores del hogar como del cuidado de nuestra hija, y eso, creo que también, eh, puede llegar a ser un poco pesado para ella. (Arturo, 36a, NB)

El caso de Jeremías, un empresario casado de 50 años de nivel socioeconómico medio alto y con educación universitaria, deja ver que la diferencia de edades nunca fue un factor determinante para que él se subordinara a su esposa, sino que ser varón fue motivo suficiente para quedar como la cabeza de la familia. Su relación se fincó desde el inicio en una división sexual del trabajo y en roles tradicionales que subordinaron a su pareja. Lidia, su esposa, estudió hasta la preparatoria y se dedicó a la atención de los hijos y del hogar una vez casados. Años más tarde, enfrentaron una crisis debido a sus aventuras sexuales y escándalos políticos, momento en el que él buscó que ella lo apoyara apelando a madurez ante sus *malas decisiones y comportamiento*:

Yo creo que como te comentaba... pasábamos mucho tiempo juntos y lo pasábamos desde muy jóvenes, desde niños y este... y creo yo que en un

principio nos juntamos más por costumbre de estar juntos ¿edá? este... y como que fuimos este... fuimos madurando los dos este... en que era... que había sido buena la decisión que tomamos este, pues tú eres mujer, una mujer madura más rápido que un hombre [...]. Este, pero yo iba y... iba empezando y creo que a porque cuando trabajé en procuraduría este... joven, con dinero y con poder este... haces este... demasiadas cosas indebidas y yo aterricé en ese tiempo bien, y este pues no creo, no creo haberme equivocado ¿edá? Me he equivocado ya después, pero en la decisión de que tomé de vivir con Lidia, no creo que me haya equivocado. (Jeremías, 50a, NMA)

Las segundas uniones

Se verá ahora cómo se dan las relaciones de desigualdad de género en las segundas uniones. El mercado de las parejas y la familia en México ha experimentado cambios significativos en todos los niveles socioeconómicos en las últimas décadas como dan cuenta distintas investigaciones (Cuevas, 2013a; Esteinou, 2004, 2008; Solís, 2009, 2010; Mindek, 2018; Estrada, 1995, 2012; de Oliveira, 1995; de Oliveira y García, 2005). Las uniones son ahora más intensas, pero menos duraderas. Esto se debe a factores estructurales y culturales. Esto se debe tanto a factores estructurales como culturales que han transformado de manera profunda la dinámica y expectativas de las parejas de la vida conyugal a partir de la segunda mitad del siglo veinte. Entre esos factores se encuentran el aumento de la expectativa de vida al nacer, el acceso masivo de las mujeres a la educación y al mercado de trabajo, el uso de los anticonceptivos, el derecho al divorcio y la agenda feminista. Esto ha transformado, a su vez, las expectativas y deseos de ambos miembros de la pareja al permitirles pensar su vida conyugal como un escenario de individualidades en el que cada uno tiene derecho a la libertad sexual, al placer propio y a la satisfacción de sus necesidades emocionales y sexuales. Esto ha minado la otrora certidumbre y compromiso que el amor romántico de largo plazo y estable le ofrecieron al matrimonio e incluso a la cohabitación en México y el Caribe (Ariza y de Oliveira, 1999 y 2005; Castro, 2001; Castro, Martín y Puga, 2008; Catasús, 1992 y 2013; Cienfuegos, 2014 y 2017; Cosse, 2008 y 2010; Covre-Sussai, 2014; Covre-Sussai, Meuleman,

Botterman y Matthijs, 2015 y de León, Jasso-Martínez y Lamy, 2016). Asimismo, esto también explica la presencia de más de una pareja por voluntad propia y no por viudez en poco menos de la cuarta parte de las y los entrevistados.

La posibilidad de romper con una relación desventajosa o insatisfactoria lleva al divorcio o la separación a muchos hombres y mujeres. El creciente número de personas divorciadas y separadas, así como la disminución de la viudez como principal causa del retorno a la soltería, implica que la mayor parte de ellos tendrán hijos de relaciones previas y que sus relaciones de pareja pueden tener tanto dinámicas como significados diferentes a los de la primera unión. Asimismo, que las condiciones en las que reingresan al mercado de parejas unos y otras están marcadas por los roles tradicionales de género y la maternidad para el caso de las mujeres.

Los datos de esta investigación muestran que la posibilidad de formar una segunda unión estuvo determinada por la presencia o no de hijos de la relación previa, por el estado civil de ambos miembros de la pareja, por su edad y también por sus niveles de escolaridad (Rivas, 2008; Solorio, 2013 y Martínez, 2018).

Quilodrán y Arrieta (2022) afirmaron que las mujeres están en desventaja en las segundas uniones porque es más difícil para ellas encontrar una pareja, contrario al escenario de los hombres, para quienes ni los hijos ni la edad son factores que los devalúen en el mercado de las parejas. De acuerdo con los datos de la presente investigación, el número de entrevistadas y entrevistados en segundas uniones fue significativamente menor que el de las primeras, pasó de 52 a 21.

Las diferencias de edad en las segundas uniones de los hombres fueron entre 7 y 20 años mientras que en la primera fue entre 1 y 12 años, es decir, casi se duplicaron. La excepción a este caso fue Octavio, cuya pareja fue un año mayor que él. En el caso de las mujeres unidas a hombres mayores que ellas las diferencias fueron entre 5 y 40 años en las segundas uniones por 1 y 19 años en las primeras. Es decir, la brecha casi se duplicó en las segundas uniones, como también encontraron

Quilodrán y Arrieta (2022) en México y Bozon y Heran (1989) y Bozon (1990) en Francia. En cuanto a las segundas uniones de mujeres unidas a hombres menores que ellas, ésta fue entre 2 y 3 años en la segunda unión versus 1 y 11 años en la primera unión. Esto indica que, contrario a los hombres, las edades de las mujeres y los hombres se redujeron en dos terceras partes.

Con la finalidad de ver cuáles fueron las dinámicas de las segundas uniones, el análisis se organiza en torno a las diferencias de edad, la escolaridad y la ocupación, así como otros elementos como el estado civil y la presencia o ausencia de hijos de una relación previa. En el análisis muestra la desigualdad en las relaciones de género de la pareja. Primero se analizarán los casos en los que los hombres fueron mayores a las mujeres —que fueron la mayoría—, y posteriormente los casos de las mujeres unidas a hombres menores que ellas. Los hallazgos muestran gran coincidencia con lo reportado por Quilodrán y Arrieta (2022), cuyo texto sobre segundas uniones fue de mucha utilidad para el análisis.

Carolina conoció a su segunda pareja en la universidad cuando ambos tenían 19 años. Eran compañeros de carrera y pertenecían al mismo nivel socioeconómico. Su relación inició años más tarde, cuando ambos trabajaban en la misma empresa y ella acababa de terminar su primera relación conyugal con un hombre 16 años mayor que ella. Su matrimonio fue posible gracias a que ambos eran solteros, no tenían hijos y tenían un estilo de vida y aspiraciones similares. Su relación, de manera inicial, se fincó en la carrera profesional de ambos, los viajes y la diversión. No obstante, a la vuelta de los años las prioridades cambiaron y decidieron tener hijos, situación que llevó a Carolina a dejar su trabajo y a su esposo a asumir el papel de proveedor:

Bueno, ahorita estamos trabajando en lo de tener un hijo porque pues ya los dos estamos grandes, o sea, nos dedicamos de recién que nos casamos a andar paseándonos y viajando; y yo trabajaba y estaba enfocada 100% en mi trabajo, pero llegó un punto que dijimos: “Ok, ya estamos grandes, ¿y el hijo para cuándo?” ¿no? Entonces con el estrés de mi trabajo pues no se podía y por eso es

que me salí de trabajar. Y ahorita estamos en ese largo [alarga y acentúa la a de “largo”] proceso de buscar un hijo. (Carolina, 35a, NM)

Otro escenario de segundas uniones se da entre dos personas divorciadas, las cuales, como encontraron Quilodrán y Arrieta (2022), tienen mayores posibilidades de volverse a casar que personas que vivieron en unión libre en su relación anterior. Es el caso de Gamaliel, de 52 años, de clase media alta, con educación universitaria y dos hijos adultos de una relación previa. Él se casó por segunda vez con una mujer de clase media y también divorciada, siete años menor que él, quien era trabajadora del sector educativo público y tenía dos hijos adolescentes de su primer matrimonio. Su matrimonio fue posible porque los dos habían concluido legalmente la relación con sus parejas anteriores, deseaban casarse y los hijos de ambos aceptaron la relación. El relato de Gamaliel da cuenta de la depresión que vivió tras divorciarse y lo satisfecho que está al haberse casado de nuevo, éxito que atribuye a su experiencia conyugal previa:

Pues mira, después del divorcio es un proceso muy cabrón, o sea, muy muy difícil. Realmente te empiezas a echar a volar tu cabeza, tu imaginación, un panorama tristísimo, un sentimiento de pérdida, de fracaso, fracaso, sobre todo. ¿Por qué? Porque perdiste a tu familia, la familia que tenías y el enfoque que tenías de las cosas se va al suelo, jamás en mi vida me había yo visto como un hombre divorciado. Entonces te sientes que estás atorado en el fango y aparte 20 metros abajo de la superficie. Pero eso va cambiando, ha sido una forma casi magia o misteriosa y llega después un momento de recuperación muy padre. Donde empiezas a ver las cosas en perspectiva y donde dices ¿Sabes qué? Qué chingón que esto se terminó, porque era una relación que no estaba funcionando, ni para ella ni para mí, entonces es una cosa que se agradece, te llega realmente un segundo aire, pero muy chingón [...]. Porque hay confianza. Hay entendimiento, hay respeto. Hay sueños compartidos. Hay, o sea, *no es lo mismo, que a los 20 y tantos años puedas escoger una mujer con la que vas a estar toda tu vida y donde ella va a ir, pues hay que*

estar juntos, pero que no sabes si a ella no va a ser la misma persona en 10 años, en 15 en 20. A que esa persona la selecciones tú cuando tienes pues ya un nivel, en primer lugar una vida vivida, y experiencias y muchas cosas que te han cambiado la perspectiva a los 47 años que en ese tiempo entonces como que tienes muchos más elementos para escoger y para identificarte con alguien, como que ya sabes qué sí y qué no. (Gamaliel, 52a, NMA)

Quilodrán y Arrieta (2022) encontraron que en las segundas uniones se pueden dar las condiciones para que la persona supere “los aspectos negativos de la separación, como los miedos, las dudas y malas experiencias anteriores” (p. 6). En el relato de Gamaliel es evidente que él apeló a la experiencia conyugal de su primer matrimonio en la adecuada elección de su segunda pareja.

Un caso similar fue el de Benito, quien en su segunda relación encontró la vida en pareja que no tuvo en su primer matrimonio. Tenía 31 años, había cursado la secundaria y era trabajador manual cuando se casó por segunda vez con una mujer de 23 años, soltera y sin hijos quien tenía educación primaria y también era empleada manual. El hecho de ser un hombre divorciado fue percibido por él como una posible desventaja en el mercado de las parejas por lo que en el breve encuentro que tuvo con su futura esposa al conocerse, le dijo que era divorciado y tenía hijos fuera de matrimonio. Ella aceptó la situación y su noviazgo se asentó sobre una división del trabajo tradicional en la que ella dejó su trabajo, por petición de él, antes de su matrimonio:

[...] y le dije, “quisiera, me gustaría que aceptaras ser mi novia, pero, antes de que me digas que sí o antes de que me digas cuándo nos vemos otra vez, este, quiero decirte”, saqué el acta de divorcio y le dije: “soy divorciado, aquí está mi acta de divorcio, este, en el divorcio va una niña y tengo otros dos fuera del casamiento, eh, si me aceptas así, tendrás tiempo para pensar- lo, te lo digo porque debo de ser claro, no vivo con nadie, estoy divorciado, soltero” [...]. En el transcurso de noviazgo decidí si casarme bien y también uno lanza la imaginación adelante y al futuro y también me imaginé con hijos, me imaginé viviendo feliz y también

eso me completó la ilusión de casarme y ya nos casamos bien al civil y a la iglesia, como toda su familia, ya tenía varias hermanas casadas y no quería ser la que no se casará. (Benito, 58a, NB))

Quilodrán y Arrieta (2022) afirmaron, basados en los datos de Spanier y Furstenberg (1982), que “comparadas a quienes no contraen una segunda unión, las mujeres que lo hacen no obtienen más bienestar” (p. 6). Los datos de esta investigación coinciden con este hallazgo. Teresa, de 39 años, con educación primaria y de clase baja, vivió en unión libre con un hombre 21 años mayor que ella, quien pertenecía a ese mismo nivel socioeconómico y no tenía educación. Ella cuenta los conflictos que enfrentaron debido a que él trató de impedir que trabajara a pesar de que el dinero que él proveía era insuficiente. Los trabajos de Solorio (2013), Medina (2020) y Ramírez (2020), entre otros, dieron cuenta clara de que para los hombres de baja escolaridad y clases bajas es central fungir como proveedor y ser padres; lo que queda claro en el relato de Teresa. Ella decidió continuar con su empleo, lo que causó un gran conflicto entre ambos pues: *“él se enojaba, [quería] que ya no fuera a trabajar, pero no me ajustaba lo que me daba y allí empezaron los pleitos y pues nos dejamos también”*. La ruptura de la relación fue la única manera de evitar una mayor pobreza y deshacerse de la desigualdad que vivía.

Quilodrán y Arrieta (2022) también encontraron que entre las mujeres con menores recursos económicos la segunda unión pudo resultar favorable, lo cual coincide con lo encontrado en esta investigación. Fue el caso de Leonor, una mujer soltera y pobre quien se unió a un hombre dos años mayor que ella, también soltero, de clase baja y con educación primaria incompleta, igual que ella. Nunca vivieron juntos y tuvieron tres hijos. Su relación fue relativamente estable y en ella encontró afecto: *“él era muy cariñoso, muy amoroso, nomás que como era huérfano de madre, vivía con una tía, y la tía nunca me quiso”*. La relación de ambos terminó por el rechazo de la tía materna hacia Leonor por ser madre soltera.

Quilodrán y Arrieta (2022) afirmaron que “para aquellas [mujeres] que cuentan con recursos culturales y económicos y más independencia

la segunda unión puede ser menos atractiva” (p. 6). Este fue el caso de Fernanda, divorciada de 75 años con educación universitaria y artista. A los 55 años conoció a su segunda pareja, un hombre de 75 años jubilado, viudo y con cuatro hijas adultas. Vivieron juntos un tiempo pero la relación se estancó por dos razones. La principal fue el rechazo abierto de sus hijastras a la relación; entre ellas y Fernanda existió respeto, pero no un vínculo más profundo y afectivo. El segundo, la insatisfacción de Fernanda en torno a su vida sexual. Estos elementos deterioraron la relación:

[...] un tiempo vivimos juntos porque un tiempo, porque la persona mayor fue co-barde para... era viudo, como que esto también era un común denominador en esa época, que el respeto a los hijos les hace que no decidan. Este, “que ¿qué van a decir mis hijos?”, “se van a enojar mis hijos”, y ya se quedó ahí la relación, ya no funciona [...] hablando de sexualidad, pues tampoco, yo no había tenido buena sexualidad con el rechazo de mi marido [en mi primer matrimonio]; y yo era una muchacha pues muy bonita, y ni sabía que estaba bonita, de tanto rechazo [yo creía que era un sapo! Y este, y ya vez el príncipe y el sapo. Y entonces ahora, este, con una persona ya muy grande pues también la sexualidad era muy precaria. (Fernanda, 75a, NM)

En el anterior relato se puede ver que, en efecto, la alta escolaridad y clase social de las mujeres se relaciona con su nivel de satisfacción en las segundas uniones. Esto marca un gran contraste con la experiencia de los hombres en segundas uniones cuyos relatos reflejan relaciones más satisfactorias.

¿Cuál es la percepción y la experiencia de las mujeres mayores que los hombres en segundas uniones? Se identificaron cuatro relaciones, la de Berenice, Laura y Minerva y el caso de Octavio, cuya esposas fueron un año mayor que ellos. En términos generales se encontró que las mujeres en segundas uniones con hombres menores que ellas enfrentaron los mismos miedos y obstáculos de las mujeres unidas a hombres mayores que sus parejas: el temor por la reacción de los hijos de la pareja a la

relación y una enorme influencia de ellos en el desarrollo y estabilidad de la pareja, como sugieren los relatos anteriores. Asimismo, cuando las mujeres fueron aún fértiles, sus parejas esperaron tener más hijos con ellas, situación que fue tomada con recelo por algunas mujeres ya que esto modificaba por completo sus planes de vida. Esto no se encontró en el relato de Octavio. Esto muestra, como se verá, que las segundas uniones de hombres y mujeres son diferenciadas y desiguales.

En torno al primer punto, en los relatos de Laura y Minerva queda claro que sus hijos fueron un punto importante en el desarrollo de su segunda relación conyugal. Esto fue un motivo de gran conflicto para ambas ya que sus relaciones de pareja eran satisfactorias. Laura tenía 33 años y era una mujer separada de unión libre, tenía dos hijos de su relación previa, era empleada y tenía estudios secundarios. Ella mantuvo una relación con un hombre casado seis años menor que ella por varios años, él tenía estudios universitarios, era administrador de la tienda para la cual ambos trabajaban y tenía hijos pequeños de su relación anterior. Él le planteó tener un hijo, pero esto, más que alegrarla, la llevó a reflexionar sobre el futuro de su relación porque pondría en riesgo la estabilidad económica y el bienestar alcanzado en su vida tras la ruptura con su primera pareja. Ante este panorama, decidió terminar la relación:

Él decía que él quería que yo le tuviera un hijo, y yo no, yo le dije: “¿sabes qué? Estás más joven, te aprecio”, y sí, sí lo llegué a querer mucho, y le decía: “Mira, soy más grande que tú, tú tienes tu familia...”; él era contador de ahí donde trabajaba [...], “... tú tienes tu familia y yo tengo un paquete muy pesado, que es sacar adelante [a mis hijos]. Si yo me involucro y tengo otro hijo, se va a ir al traste todo mi plan de vida que yo tengo con mis hijos”. (Laura, 74a, NB)

El caso de Minerva es similar al de Laura en lo relativo al peso de los hijos en el desarrollo y estabilidad de la relación de pareja. Ella tenía 55 años cuando inició su segunda relación con un hombre soltero dos años menor que ella, con estudios preparatorios y empleado de una dependencia pública. Ella venía de una relación de pareja violenta y conflictiva

con el padre de su única hija, de quien se divorció. Su expareja mantuvo un contacto cercano con la niña, razón por la cual tenía gran influencia en ella y le aconsejó que rechazara a las parejas que su mamá pudiera tener. Este caso muestra cómo la postura de la niña estuvo influida por su expareja al momento en que Minerva conoció a su segunda pareja:

Él me apoyó muchísimo cuando yo, con todo lo de, de lo del accidente desde cuidarme en el seguro, desde llevarme a las terapias, hacerme, pues ayudarme mucho mucho en todo eso y este... [...] casi casi los fines de semana que nos vemos así y hasta ahí pero no, por pues, ¡por muchos problemas no se puede vivir juntos! Más que nada por Lucy [mi hija] [...], ella cuando su papá se fue le dijo que no dejara que nadie se me acercara, que porque él se iba a trabajar y yo lo había corrido de la casa. Entonces nadie tiene derecho a acercarse conmigo este, para nada, ni para hablarme, ni para saludarme y eso se le quedó a ella muy grabado por su problema que tiene en su retraso y este por eso ella nadie, no puede ver que nadie se acerque a donde yo estoy. (Minerva, 58a, NB)

Bozon (1990) afirmó que la subordinación de la mujer se explica por su deseo de ser dominada. No coincido con su argumento ya que no es la voluntad de ser dominadas lo que llevó a Minerva, a subordinarse a su pareja. Las mujeres ocupan esta posición por temor, por la educación que reciben, por la falta de recursos o el poco control que tienen sobre ellos y por los bajos niveles de escolaridad o limitado uso de este capital frente a sus parejas. Muchas de ellas han sido educadas para temer el ejercicio de su poder y ceder la administración de sus recursos a sus parejas lo que va en detrimento de su bienestar y el de sus hijos.

En el siguiente caso se podrá ver la dinámica del segundo emparejamiento de Octavio, unido a una mujer mayor que él, lo que refuerza la interpretación sobre el hecho de que la edad en sí misma no subordina a la mujer al hombre. Él era un hombre viudo de 29 años con dos niñas muy pequeñas cuando conoció a segunda esposa, un año mayor que él y madre soltera de una niña de casi un año. Ambos tenían educación primaria, eran trabajadores manuales y pobres. Se conocieron al traba-

jar en la misma empresa. Se puede ver en su relato que él buscó rápidamente una mujer con quien rehacer su vida porque necesitaba una madre para sus hijas, papel que su segunda esposa aceptó. Tan pronto se casaron, ella dejó su empleo y se dedicó a cuidar a los hijos de ambos y los que tuvieron en común:

Nomás dejé pasar un año, cuando ya este, pues busqué otra, de hacer mi vida. En ese tiempo como mis criaturas quedaron chiquitas yo me recogí con mis padres, todavía los tenía yo y pos yo ya no me sentía igual sentía que estaba de arrimado porque yo, siempre nunca estuve en mi casa, desde que me casé, yo siempre estuve aparte, hice la lucha de comprar casita acá sencillita, pero siempre procuré vivir aparte de mis padres. Cuando quedé solo la primera vez pues me refugié con ellos, pues, porque mis criaturas estaban chiquitas y la mayor, puras mujeres. Para un hombre solo y unas niñitas chiquitas y para trabajar pues se pone trabajoso. Ya cuando me casé con ella pues ya ama de casa, ¿edá? Pero cuando yo la conocí estaba trabajando de sirvienta [...]. Ella tenía la hija de ella, tenía un año de edad cuando nos conocimos nosotros y pues ella se acostumbró a verme como papá. (Octavio, 62a, NB)

Como se puede ver en el relato de Octavio, su decisión de reingresar al mercado de las parejas le dejó pocas oportunidades de establecer una relación menos formal. Si bien era pobre, asumió la manutención de la hija de su esposa, de sus dos hijas y de los hijos que tuvieron poco después. Este sacrificio le aseguró el acceso al cuidado de sus hijas y, por su parte, a su esposa le aseguró un proveedor a cambio de cuidar de todos los hijos. Un acuerdo muy común no solo en los niveles socioeconómicos bajos sino también en los medios, como ya se vio en otros casos. Octavio, contrario a Laura —que mantenía a sus hijos—, vio en la manutención y en la llegada de hijos en común la posibilidad de afianzar la relación con su segunda esposa. Esto muestra lo diferenciado que es el mercado de las parejas para hombres y mujeres. Los hombres no se devalúan mientras funjan como proveedores y engendren hijos. Para las mujeres de baja escolaridad y origen socioeconómico en segundas uniones, extender la

maternidad implicó más compromisos y cuidados hacia los hijos, situación que las hizo depender de sus parejas y las vulneró aún más cuando la relación no funcionó y ellas no tuvieron ingresos propios.

Las terceras uniones

En cuanto a las diferencias de edad en la pareja en terceras uniones, como se adelantó en la introducción, entre los hombres que fueron mayores que las mujeres la distancia fue de entre 14 y 30 años versus 7 y 20 en la segunda unión; es decir, casi se duplicó. En cuanto a su distribución por sexo, tres de esas relaciones comprendieron a hombres —entre los que se encuentra de nuevo Octavio, quien enviudó por segunda vez y se casó de nuevo con una mujer mayor que él— y tres mujeres unidas a hombres menores que ellas. Las diferencias de edad entre las mujeres mayores que sus parejas fueron entre 5 y 8 años versus 2 y 3 años en la segunda unión, es decir, la distancia creció. De acuerdo con los datos de nuestra investigación el número de personas con tres parejas fue de 8 por 21 casos de segundas uniones. Es decir, la probabilidad de tener más de tres parejas a lo largo del ciclo vital se redujo a más de la mitad para el universo estudiado.

En los relatos de las terceras uniones se observaron dos rasgos. El primero de ellos es que la desventaja observada entre las mujeres en el mercado de las parejas al unirse a hombres mayores o menores que ellas se revierte debido a que tienen más madurez, son económicamente independientes y tienen mucha claridad sobre lo que buscan en una relación de pareja. Este fue el caso de Jimena y Fernanda. Sus relatos dan clara cuenta de la importancia de la actividad sexual y el amor en esta etapa de su vida, actividad y arena que no estuvo exenta de relaciones de poder.

El segundo rasgo es que los hombres que fueron mayores a las mujeres —Gilberto y Saúl—, y a diferencia de ellas, estuvieron aún inmiscuidos en los procesos de crianza por la llegada de nuevos hijos de las uniones anteriores. Esto es resultado de su decisión de fungir como proveedores y extender la paternidad con las nuevas parejas como una

estrategia de afianzamiento de su posición como proveedores en la relación. Si bien Octavio estuvo unido a una mujer cinco años menor que él, su caso permite ver que la brecha de edad no fue lo que determinó la relación de poder entre ambos sino la posición y los roles sobre los que se estableció la relación.

Jimena es una mujer de 65 años, de alta escolaridad y de clase media dedicada a la educación. Su relato deja ver cómo operaron los mandatos de género en una relación de pareja entre dos adultos muy cercanos en aspectos cruciales: escolaridad, origen social y ocupación. Ella tenía alrededor de 50 años cuando conoció a Carlos, 15 años menor que ella. Ambos tenían un doctorado, trabajaban en el mismo sector y mantuvieron una relación a distancia. Ella relató cómo su deseo de una sexualidad más intensa desapareció porque su pareja privilegió la actividad científica a la sexual cuando estuvieron juntos. Esto la desilusionó porque consideraba que al ser más joven que ella, sería más activo. Ella pudo comparar con claridad la intensidad de su vida sexual debido a que, en su segunda relación de pareja con un hombre un hombre ocho años mayor que ella, este aspecto de su vida fue mucho más activo y satisfactorio:

Ahora con menos intensidad con Carlos. No sé por qué. Es más joven que yo, ¿no? Pero es un súper intelectual pero que se volcó tanto, ¿sí? Que... Todavía, en Antonio era mucho más activo, sexualmente. [...]. Tal vez. Tal vez, este... Pero, también, Carlos no es... Yo pienso que, en cierta forma, [risas] como que él ha venido supliendo, también, el deseo sexual por la realización intelectual, porque tiene una producción de locos, ¿no? Realmente, también, este... También por eso, yo procuraba, también, este... cada oportunidad que había, ¿por qué no hay esto?; y ahora digo: no. Cuando él quiera, pues que él venga y nos instalamos. Pero, de todas formas, esa parte afectiva, este... se mantiene, ¿no? [...]. A distancia, y no cambia, porque es así, como las grandes amigas, ¿no? Que puedes dejar de verlas, no sé, un año, cosas así, y hablas o la encuentras. (Jimena, 65a, NM)

El caso de Fernanda es muy similar al de Jimena en lo relativo a la centralidad de la sexualidad y el amor en su tercera relación de pareja. A los 55 años "*se permitió enamorarse*" de un hombre 15 años más chico con quien ella experimentó por primera vez una sexualidad plena. Ambos compartieron la misma profesión, nivel de escolaridad y clase social. No obstante, fue difícil avanzar en la relación a pesar de la cercanía de atributos debido a la diferencia de personalidades:

Obviamente me permití enamorarme de alguien más joven [dice riendo]. Entonces está bueno, mi caso es bueno porque... Sí, este, le agradeceré toda mi vida porque es la persona con la que, pues yo sentí lo que puede ser una hermosa relación del cuerpo, con una hermosa relación espiritual. Porque era una persona que tenía los dos requisitos, pero como es la vida, pues será que los buscadores... Hay una burla detrás de la búsqueda [dice riendo]. No vas a encontrar nada [dice riendo], es la burla detrás de la búsqueda. Él era muy cambiante, entonces, este, era una persona sumamente inestable. A lo mejor su misma magia es esa, mercurio, no puedes hacer una vida con alguien tan cambiante; pero sí hubo una conexión, sobre todo una, una reconciliación con mi cuerpo muy importante. [...] yo tenía cincuenta y tantos, pues como 55 años. (Fernanda, 75a, NM)

Los dos casos anteriores sugieren que la escolaridad y clase social le permiten a las mujeres un mayor control de su vida. Asimismo, los relatos sugieren la centralidad que tuvo para ellas el amor y la sexualidad lo que habla de la influencia de la libertad sexual y emocional en el plano personal. En el caso de Jimena, la sexualidad con su segunda pareja fue aún más satisfactoria que con la tercera. ¿Habría sido distinto si vivieran juntos? Es difícil saberlo, pero es indudable que la gran afinidad intelectual entre ambos ha sido un punto de encuentro, lo que ha suplido de alguna manera su deseo por una sexualidad más activa.

En el caso de Fernanda, su sexualidad y relación afectiva fueron precarias con las dos primeras parejas, relaciones en las que ella aceptó la dinámica impuesta por ellos en detrimento de su estabilidad emocional y satisfacción sexual. Esas experiencias y su anhelo de vivir una sexua-

lidad plena la llevaron, a los 55 años y en una tercera relación, a enamorarse y disfrutar de su cuerpo.

Un caso distinto es el de Leonor, quien a los 23 años y con cuatro hijos a cuestas inició su tercera relación conyugal con un hombre 40 años mayor que ella. Él era un trabajador manual de baja escolaridad, al igual que ella, a quien se subordinó y dejó por completo la iniciativa de formalizar la relación. Su relación con él fue idéntica a las anteriores, una cohabitación sin techo en común, hijos de por medio y una relación de pareja sujeta a las opiniones de las mujeres cercanas a ellos. La maternidad, la pobreza y la falta de educación se combinaron para emparejarse con un hombre que le aportaba poco a la relación:

No, ya cuando se decidió él de que dijo que si me quería, que si me quería ir con él, dice, pero con permiso de tus papás, para hablar, para ver si nos permiten casarnos al civil. Yo le dije que sí, pero él también habló allá con la tía, y pos no, no quiso. Se le puso a que nos juntáramos, que me llevara para allá, ey, no le caí bien [ríe] [...] Y este seguido venía y visitaba a, a ver la niña y todo ¿edá? Pero pues ya tenía de agarrar la borrachera y super que, según él bien borrachito, hasta que murió. Estaba chica mi hija cuando murió él. (Leonor, 74a, NB)

¿Cómo se dio la dinámica de pareja en las relaciones de hombres que fueron mayores a su pareja? Los datos muestran que en los dos casos encontrados —el caso de Gilberto y Saúl—, la dinámica conyugal se articuló en torno a los procesos de crianza y la presencia de los hijos propios o de sus parejas, al igual que los hombres unidos a mujeres menores que ellos. Octavio se casó por tercera vez con una mujer cinco años mayor que él, y al igual que en las otras dos relaciones, su dinámica conyugal y familiar se estableció a partir de roles tradicionales: él como proveedor y su esposa dedicada a la casa y a la crianza. Esto contrasta con los arreglos hechos por mujeres con mayor escolaridad y de clases medias unidas por tercera vez que se negaron a extender la maternidad.

Veamos primero el relato de Gilberto, un empresario divorciado de clase alta y con licenciatura que a los 37 años conoció a su tercera pa-

reja, una estudiante universitaria soltera 14 años menor que él y de clase media. Dos veces divorciado y con 16 hijos de sus dos matrimonios anteriores y relaciones ocasionales con varias mujeres, su dinámica de pareja y vida familiar estuvo siempre cruzada por la presencia de los hijos de sus relaciones anteriores y los hijos que tuvo con la tercera pareja. Ella aceptó esta convivencia y mantuvo una relación cordial con ellos, además de educar a dos de ellos como hijos propios. La dinámica de pareja de Gilberto durante los primeros años de unión fue totalmente convencional: él como proveedor y ella como ama de casa y cuidadora:

Lo que pasa que yo también tuve muchos hijos, tengo muchos, ahí tuve tres y con la actual, mi esposa que tengo 30 años viviendo, tengo cuatro, son siete, pero tengo 16 hijos [...] *Ella [mi hija] actualmente lleva buena amistad con mi mujer, ella, porque mi hija cuando yo ya me había separado de ella, con tiempo, cuando mi hija tenía once años yo ya tenía mi mujer que tengo actualmente y se fue a vivir con nosotros, mi hija.* Ella vivió con mi mujer, la primaria y la secundaria y la prepa. Bueno, primaria un año, pero ya la secundaria y la prepa, siete años vivió con mi mujer y la ve como su segunda mamá y la verdad que hasta eso tengo que reconocerle que ellas, mi ex, siempre le reconoció a mi mujer actual el hecho de que le haya educado bien a su hija, porque son los años difíciles de la, ¿cómo se llama? (Gilberto, 67a, NMA)

El cuidado y la atención que la esposa de Gilberto prodigó hacia sus hijos hizo que él cambiara su actitud hacia ella y la involucrara tanto en sus decisiones personales como en sus negocios. Este hombre utilizó su experiencia marital de las relaciones anteriores para evaluar los valores y comportamiento de su tercera pareja, tal como hizo Gamaliel en su segundo matrimonio. Esto lo llevó a delegar en ella, de manera paulatina, la administración de los negocios además de darle la libertad de proponer nuevos giros que resultaron muy exitosos para ambos. La apertura de Gilberto a la participación de su tercera esposa en los negocios afianzó la relación entre ambos y lo llevó a poner a nombre de ella

la mayor parte de su patrimonio. Esta apertura y confianza equilibraron la desigualdad de poder entre ambos que marcó el inicio de su relación:

Pues tiene, administra local, un local de fiestas y tiene varios negocios, unos terrenos con unas antenas. Yo fui, soy o fui, más bien fui, buen generador de dinero, pero soy un pésimo administrador. Entonces cuando yo veía que mi mujer esta con la que actual vivo andaba fuera yo, como si hubiera un evento por decir en Guerrero o Morelos que no venía y me buscaba alguno de mis hijos, me hablaban, la buscaban a la casa y pues “no, no está, pero ¿qué se te ofrece?” [les decía su actual pareja a sus hijos] “No, es que lo ocupo pa’esto”, [decían sus hijos], “ah, ok, ven yo te voy a dar porque tu papá va a tardar días y ven pa’ darte” [decía su pareja]. Y así, y así la verdad se ganó el cariño y respeto de todos mis hijos que no son hijos de ella y, pues la verdad, yo analizaba las otras y pues las otras nunca hubieran aceptado una actitud de esas, ¡nunca! Y ella sí. Entonces opté, porque cuando ya tenía cuatro hijos con ella, yo vendí el centro [de] espectáculos y compré terrenos, hice edificios, rentas y todo está a nombre de ella casi. (Gilberto, 67a, NMA)

Octavio reingresó al mercado de las parejas tras enviudar por segunda vez a los 55 años. A diferencia de la segunda unión, para este momento sus hijos eran adultos y él ya se había pensionado. No obstante, decidió que no quería estar soltero y buscó una pareja, esta vez una mujer separada cinco años mayor que él, madre de un hijo adolescente que estaba por ingresar a la universidad. Ella compartió con Octavio el nivel de escolaridad, la clase social y la responsabilidad de la crianza de su hijo. Tras casarse, ella dejó su trabajo a petición de él con la intención de que pudieran pasar más tiempo juntos. No obstante, Octavio se dio cuenta que mantener a su hijastro con la pensión sería complicado porque los gastos de su educación y traslado eran altos. Por esta razón él les propuso irse a vivir a Colima a una casa que había comprado años atrás:

También como al año o al año y medio me volví a casar con esta, con esa sí, cómo le diré, me casé al civil y viví un tiempo así. Hasta hace poco, ora en el 2017

me casé por la iglesia, pero también, pero sí viví como unos 2 años con ella nada más casados al civil y con esta sí. Ya que dios me dio licencia de llegar a pensionarme pues decidimos venirnos para acá porque *ella tenía un hijo que entró a estudiar a X, está en la facultad y pues pa' que le agarrara más cerquita porque de allá de Y es madrugar más. Aparte que también implica más gasto, ¿edá? pues por transporte.* (Octavio, 62a, NMA)

La historia de Octavio es similar a la de Gilberto en el sentido de las dinámicas familiares centradas en la crianza de los hijos. La vida familiar de ambos a sus más de 50 años giró en torno a las necesidades de los hijos. Asimismo, también se puede ver que tanto ellos como sus esposas estuvieron en contacto cercano con los hijos en común o los hijastros. En los dos casos fungieron como la cabeza de la familia y proveedores. Esto contrasta con las dinámicas de las mujeres de alta escolaridad y clase media en terceras uniones, cuyos relatos se centraron en el disfrute de la sexualidad y el afecto que sintieron por sus parejas. Ellas fueron mujeres independientes que habían concluido la etapa de la crianza. Esto muestra que la desventaja de las mujeres al ingresar por segunda ocasión al mercado de parejas se revirtió en la tercera unión debido a su edad, independencia económica y escolaridad, situación distinta a la de mujeres de clase baja y baja escolaridad, quienes continuaron en relaciones de gran subordinación y ligadas a procesos de crianza.

El caso de Saúl, un hombre dos veces divorciado, con un doctorado, de clase media y con tres hijos de sus dos matrimonios anteriores, es muy similar al de Fernanda y Jimena. Su relato de su tercera relación de pareja está centrado en el afecto que sintió por ella y su intensa vida sexual. Ella fue 33 años menor que él, tuvo una educación universitaria y se dedicó al arte. Saúl dijo haber encontrado la felicidad y libertad que no tuvo en sus relaciones anteriores. Con ella compartió también su amor por los animales:

No, tengo una pareja ahora, no vivimos juntos, no, pero no, pareja que muy joven, sus padres más jóvenes que yo, pero me aceptan de alguna manera

y saben, ¿no? [...] Yo se lo digo a veces [a mi novia], “¿qué haces conmigo, un hombre viejo ya?” “¡Te amo!” [responde su pareja]. Entonces eso me hace sentir muy bien, y sobre todo lo que me hace sentir muy bien es el lugar que me da en su vida y en mi vida. Ese sentir realmente querido, pocas veces me he sentido querido entonces... Sí. Y lo que siento de mi pareja es que también [se ríe] [Dudoso] puede parecer presuntuoso, pero, hígole, hacemos el amor casi todos los días, y a veces dos, tres veces al día, a esta edad... ¿En lo sexual? Sinceramente creo que es más de lo que yo esperaba. Incluso de mí. Y también mucho más de lo que yo esperaba de una mujer. Yo pensé que una mujer fogosa y así como con la que estoy ahora, yo pensé que solo se veía en películas. Digo, a veces me preguntaba ¿habrá una mujer así realmente? Y me la encuentro, y sí. Es una mujer que me hace sentir que se siente en plenitud conmigo, y yo me siento plenamente con ella y no solamente lo veo en el acto sexual, sino en todo lo que, en relación con ello, ella cierto, [aclara] porque le gusta jugar, porque le gusta inventar. (Saúl, 59a, NM)

Los casos de Jimena, Fernando y Saúl muestran de manera clara que la alta escolaridad y el origen social favorecieron la introspección sobre su vida sexual y amorosa además de abrir las posibilidades de relaciones mucho más satisfactorias que las anteriores, lo que coincide con los estudios de Szasz et al. (2008) y de Graaf y Kalmijn (2003). En los casos de Gilberto y Octavio se puede ver estabilidad y compromiso con los hijos y su pareja a una edad madura en la que el proyecto de pareja estuvo centrado en la familia más que en la intimidad sexual y emocional. Asimismo, se puede ver que en los tres casos mencionados las relaciones fueron mucho más equitativas y alejadas de roles sexuales que limitaron la exploración de la sexualidad y el afecto.

Las cuartas uniones

La información sobre las cuartas uniones se limita a un caso, el de Leonor, y se analizará a detalle para mostrar cómo la pobreza, el bajo nivel de escolaridad, sus tempranas uniones y embarazos y el contexto fa-

miliar en el que creció, determinaron, desde el inicio, su accidentada trayectoria conyugal.

Ella es una mujer de 74 años con educación primaria y de clase baja que trabajó siempre en empleos manuales de baja remuneración para mantener a seis hijos procreados con cuatro diferentes parejas. Quilodrán y Arrieta (2022) encontraron en su estudio sobre segundas uniones que las mujeres que disolvieron su relación de pareja a una edad temprana tuvieron una mayor probabilidad de una segunda unión. Si bien aquí analizo la cuarta relación de Leonor, su corta edad al momento de todas sus uniones y el hecho de nunca haberse casado con ninguno incidió en el número de parejas que tuvo. Estos elementos permiten pensar que la lógica de formación de parejas posteriores a la segunda unión produce relaciones menos estables y más complejas debido a que el mercado de las parejas no solo se reduce, sino que se complejiza por la edad de los miembros de la pareja, su estado civil y la presencia de hijos de las relaciones. Todo lo anterior incide de algún modo en la estabilidad de la relación. Quilodrán y Arrieta (2022) también afirmaron que la presencia de terceras y posteriores nupcias hablaría de la desinstitucionalización del matrimonio, lo que es visible en el caso de Leonor.

Ella tuvo a su primera pareja a los 14 años con un hombre de su misma edad y la relación pronto condujo a un embarazo no planeado. Los padres de ambos decidieron casarlos, pero su papá no dejó que vivieran juntos porque consideró que no tenía edad para vivir en pareja y se opuso de manera violenta a la relación:

Mi padre me decía tantas cosas que pues que nomás iba a tener el gusto de casarme pero que no me iba a dejar este que me fuera con él, con él, entonces este pues prácticamente nos casó, nos, ellos pues este. Permitieron pues tanto los papás de él como mis padres de que nos casáramos, a fin de cuentas, pues más bien mi papá no me dejó que me fuera, que preferiría verme muerta que casada. [...] O sea yo con el papá, pues supuestamente querían los papás de él pos asegurar de que estuviéramos casados, pero pos a últimamente se puso mi padre sus moños y no me dejó irme a vivir con él [...]. Yo después también le dije “si no me dejaste o si

no tenías intenciones de dejarme ir a vivir con él, ¿para qué permitiste que me casara con él al civil?!” (Leonor, 74a, NB)

El dominio y oposición de su padre, un hombre violento y machista, desalentó a su joven marido, quien pocos meses después se olvidó de la relación y de su hijo. Riquer (1996) discutió ampliamente el sentido de la maternidad entre mujeres de baja escolaridad, jóvenes y pobres que entraron a la vida adulta mediante la maternidad. La autora también encontró que a través de ella obtienen el estatus de madres que les permite ser incluidas en una mejor posición social. Ésta fue la situación de Leonor que, al quedar al frente de su hijo, adquirió un estatus mayor frente a sus padres y círculos cercanos; estatus que la empujó al mercado de trabajo para poder mantenerlo.

A los 18 años, Leonor conoció a su segunda pareja, un hombre separado y con hijos 33 años mayor que ella. Él era un conocido de sus padres y estaba interesado pero lo rechazó debido a que no le interesaba porque era mucho mayor que ella y estaba casado. Ante su negativa él la violó, lo que resultó en un embarazo. Ella decidió vivir con él ante su falta de oportunidades y recursos para enfrentar la situación y el temor de que su padre lo matara: *“muy estricto mi padre, me sentí obligada a vivir con él. Y ya de ahí, este ya fue cuando pues, cuando nos dejamos es porque ya yo tenía a la otra niña, porque son dos hermanas, ey, así es”*. La relación duró 4 años y terminó cuando sus papás le aconsejaron que lo dejara porque seguía casado, era mucho más grande que ella y tenía ya dos hijos con él. Ella siguió su consejo y regresó al hogar paterno.

A los 23 años Leonor conoció a su tercera pareja, un hombre soltero de 40 años que trabajaba en una carnicería, era alcoholico y *“le daba pena decir su edad”*. Mantuvieron una relación que resultó en un hijo y, si bien su pareja tenía intenciones de casarse, la oposición de su tía materna hizo que él la dejara porque *“era una madre soltera”*.

En el caso de Leonor se puede ver que en todas sus relaciones los hijos llegaron como parte de la vida en pareja. A pesar de tener ya varios hijos de las distintas relaciones, ella no usó ningún método para preve-

nir los embarazos. Esto contrasta con los casos de Fernanda y Jimena, de clase media y alta escolaridad, quienes solo tuvieron hijos con sus primeras parejas. En el caso de Leonor también destacó que sus relaciones fueron cortas y aun cuando hubo intenciones de formalizarlas por parte de dos de ellos, la intervención de terceras partes, todas ellas mujeres, impidieron que esto se diera. En medio de todo esto y a la distancia, ella consideró que su destino habría sido distinto si su padre la hubiese dejado vivir con quien se casó. Esto refleja que la maternidad para ella fue inherente a la vida conyugal aun cuando el intercambio de atributos con sus parejas fue desigual. Ella también reconoció que su falta de conocimiento sobre lo que debía hacer y el poco margen de decisión que tuvo para elegir con quién quería estar, definieron su vida:

Pues si me hubieran dejado yo pienso que sí, no tenía intenciones así depues tener más hijos acá por otro lado, ¿verdad? Pues iba a tener yo ya mi pareja, pero no, no. [...] *Estaba tumbada del burro [ríe]. No sabía, no sabía si este, era importante vivir con él o seguir con este acá con mi familia pues. No sé, ey.* (Leonor, 74a, NB)

Leonor inició su cuarta relación a los 30 años con un hombre tres años mayor que ella con quien tuvo dos hijos más, al estar aún en edad fértil. Vivía sola con sus hijos y éste la visitaba hasta que ella se dio cuenta que él era casado y decidió terminar la relación. Esta decisión refleja un crecimiento y empoderamiento no visto en las tres relaciones anteriores en las que la presión de sus padres o el machismo de sus parejas fueron las razones por las que la relación terminó. Ella tomó control de su vida sexual y emocional cuando decidió dejarlo. Su relato deja ver la añoranza de una vida en pareja, así como las ventajas y desventajas de tenerla:

A veces sí pues venía y pues se quedaba, a veces se iba y así [...]. Nomás simplemente ya no quisimos [seguir la relación] también porque pues *yo también ya después [no se le entiende] tantos muchachos que tenía ya de uno y de otro, porque si no me voy a llenar más de casa, ey [...]. Y pues a vece sí decía, no sé, digo, "¡qué suerte me tocó que no me casé!". Y a veces digo ¡Ay, ¡qué bueno, más*

a gusto! Va uno pa' donde quiera o algo así de salir [...]. Este me decía este que me fuera a vivir juntos, y no pos ya no quise tampoco, ya mejor, ahora sí, digo, nunca quise yo y mejor nos separamos cada quien por su lado [...]. También resultó casado, y él me decía que no y que no, y al último resultó casado. Ey, por eso también este más bien este pues me animé también a dejarlo, pero pues ya demasiado tarde también [...]. No, dije "yo ya". Y ahí fue cuando decidí, dije yo, este, ya mejor cada quién por su lado y digo yo, ya después digo, "si no me tocó ser casada, dije, ¡pos ni modo! ¿qué voy a hacer?". Decía yo... No, ya después este, bueno, ya después sí, a veces este, yo yo me preguntaba, era de pues siquiera me encontrara alguno yo, pero que fuera soltero, y pos como estaba yo todavía joven, a veces este sí deseaba encontrarme a alguno. Pero no, nunca salió dijeran por ahí [ríe]. Y ya, ahí se acabó todo. (Leonor, 74a, NB)

Ella no volvió a tener una pareja ni más hijos luego de la cuarta unión. La soltería fue el único camino para ganar control de sus decisiones y evitar mayores precariedades. Su caso permite reflexionar sobre dos elementos claves en su accidentada vida conyugal. El primero de ellos es el peso del origen social, la baja escolaridad y la edad fértil en la que inició todas sus uniones. Entre los 14 y los 30 años tuvo cuatro parejas y seis hijos, lo que habla de un pobre control sobre su cuerpo y su sexualidad, además de la presencia de relaciones de género totalmente subordinadas, contrario a lo encontrado en los casos de mujeres de alta escolaridad y clases media. La juventud, inexperiencia, pobreza y falta de oportunidades consolidaron la maternidad como único proyecto de vida, lo que contribuyó a la dependencia y subordinación que vivió en todas sus relaciones de pareja. Riquer (1996) llamó fatilidad a esta disposición de tener hijos entre las mujeres pobres, jóvenes y con un limitado capital cultural.

El segundo elemento de análisis es la disposición de algunos hombres adultos, pobres y de baja escolaridad a tener hijos con parejas de un origen y escolaridad semejantes con lo cual reafirman su masculinidad (Mena y Rojas; 2010; Mena, 2015; y Medina, 2020). La paternidad para ellos es parte de la vida conyugal, contrario a la manera en que signi-

fican y ejercen la paternidad los hombres de alta escolaridad y clases medias y medias altas en segundas y terceras uniones. Con la excepción de Gilberto, el resto de los hombres en terceras uniones ya no tuvieron hijos con sus parejas, esto en parte porque la edad de las mujeres ya no era fértil, pero también porque decidieron ya no tenerlos.

Las primeras uniones entre hombres añosos y mujeres jóvenes

El último punto que interesa analizar en torno al número de unión son las primeras uniones entre hombres añosos y mujeres jóvenes. Estas relaciones fueron estables y duraderas. Asimismo, fueron relaciones ampliamente aceptadas tanto por las parejas como por los círculos familiares y sociales más cercanos. Esto refleja que en el mercado de las parejas el envejecimiento de los hombres es valorado de manera muy diferente al de la mujer en detrimento de esta última. Esto, como vimos en el apartado anterior, es más visible entre las mujeres a partir de las segundas uniones.

En torno a la diferencia de edad en relaciones en únicas nupcias y en las que el hombre fue mayor que la mujer, las diferencias de edad fueron entre los 4 años y los 12 años. Como ya se dijo antes, dado que se considera que una diferencia entre 0 y 3 años es homogamia, se analizarán las diferencias a partir de los cuatro años.

Los datos señalan que en diez casos la diferencia de edades fue entre 4 y 7 años y correspondió a las situaciones de Paula, Alejandra, Isadora y Olivia quienes fueron cuatro años menores que sus parejas; a Fabián quien fue cinco años mayor que su esposa; a Celia, Ana, Lorena y Andrea quienes fueron seis años menores que sus parejas; y a Andrés, quien fue siete años mayor que su esposa. El relato de Isadora, cuatro años menor que su esposo, da muestra de cómo operaban los mecanismos de regulación propios y de las familias ante la aceptación de la potencial relación con un hombre cuya edad estaba dentro de la norma:

Hubo un evento, una fiesta de su familia de mi cuñado y, y en los 15 años de mi cuñada, pues ahí lo conocí a Pedro, me sacó a bailar... A diferencia de ahorita, se pedía permiso con los ojos porque mis papás estaban enfrente de mí entonces él se paró a un lado y me dijo que, si quería bailar, así muy amable, muy caballero. Y mi mamá, y yo volteé a ver a mis papás, entonces hasta que mis papás me dieron el consentimiento, pude bailar. Y ya de ahí, pues ya, pues está bien. (Isadora 47a, NMA)

Otro caso muy claro que muestra el papel central de las redes sociales y familiares en el emparejamiento es el de Andrés. Él es 7 años mayor que su esposa, a quien conoció por medio de su hermano, quien a su vez sabía de antemano la diferencia de edad entre ambos y la posición de ambas familias ante esta situación:

Yo, veintiocho, [mi esposa] veintiuno [...]. Sí, porque pues nos queríamos [risas]. [Nos casamos] sí, por bienes mancomunados, [nos conocimos] ah, bueno, a través de un hermano, que ese hermano también está casado también con una hermana de mi esposa, somos concuños y él fue el que, por medio de él, la conocí. (Andrés, 55a, NB)

Asimismo, las parejas cuyas diferencias de edad fueron de ocho o más años agruparon a Luisa y Romina que fueron diez años menores que sus parejas, así como a Daniel y Héctor quienes también fueron diez años mayores que sus esposas; a Raquel, quien fue 11 años menor que su esposo; a Eunice, casada con un hombre doce años mayor que ella; y a Braulio, unido a una mujer doce años menor que él. Si bien la valoración social de una relación de pareja en donde el hombre es mayor que ella pocos años es muy distinta a una con una brecha de edad significativa, es revelador ver la amplia aceptación de tales diferencias por parte de la propia pareja y de sus familias, lo que da cuenta de la gran aceptación de estos desiguales arreglos. El relato de Romina, de 53 años, da cuenta de ello. Él cortejó y fue su novio de su tía materna, quien fue 10 años mayor que ella:

Ernesto fue, fue novio de mi tía. Sí, cuando, cuando ellos eran jovencitos, pues. Ernesto me lleva diez años, entonces cuando mi tía vivía en mi casa porque había mucha diferencia entre mi mamá y ella, había 16 años, entonces mi mamá ya casada, hijas y todo, y mi tía vivía en mi casa. No sé, ha deber sido menos de un año, por ahí un año, y Ernesto iba a visitar a mi tía a mi casa y mi abuela y la mamá de mi marido, este, eran, habían sido compañeras de escuela, entonces para ambas era así como algo muy, muy, muy bueno que pudieran conocer de dónde venía la pareja del otro, ¿no? O sea, así como que “¡ay, qué padre!, es el hijo de Esther, ¡qué maravilla!”, decían en mi casa. Y entonces, pues yo tenía nueve años, Ernesto tenía 19 y fue un momento, de veras, de que yo lo que escuchaba era que “qué padre, qué padre”. Y luego cuando yo tenía 19 y él 29, nos volvimos a ver en la Expo. Él era organizador de la primera Expo y entonces ahí nos volvimos a ver y me dijeron “ese es Ernesto” y yo: ah, pues Ernesto, yo lo conozco perfectamente. ¡Lo conozco perfectamente su nombre, pues! [Risas]. (Romina, 52ª, NMA)

También es el caso de Daniel, diez años mayor que su esposa, quien la conoció siendo su alumna en la universidad y la empezó a cortejar cuando ella egresó de la carrera:

Nos conocimos en el ámbito académico, en la universidad, este, así [...]. Fuimos un tiempo, un tiempo yo le di clase, un semestre y luego después ya no, terminó la carrera y empezamos a salir y como al año empezamos a andar ya juntos y desde entonces hasta ahorita. Salimos de paseo en una ocasión y fuimos a Guadalajara y empezamos a convivir en una fuente que está allá afuera de catedral, nos comimos una nieve y empezamos a platicar y no hemos dejado de platicar hasta ahorita. (Daniel, 45a, NM)

La aceptación de la diferencia de edad por parte de la pareja y sus familias refleja la vitalidad de esta norma en el mercado conyugal.

Las diferencias de edad por generación

El análisis de esta sección se realizó en función de los datos encontrados en las tres generaciones de hombres y mujeres entrevistados. Los hallazgos muestran que en la medida en que la brecha de edad creció, mayor fue el estigma e incomodidad al hablar de la diferencia de edad. Asimismo, que las brechas de edad en las relaciones de mujeres unidas a hombres menores que ellas son más sancionadas que las de los hombres unidos a mujeres menores que ellos. Estas últimas son más aceptadas y enfrentan menos sanciones morales y sociales, como ya vimos en la sección anterior. En ambos tipos de relaciones, sin importar si la mujer fue mayor o menor que el hombre, las relaciones de poder entre ambos fueron desiguales.

En términos generales, se puede decir que hay, como adelantaba en la introducción a este capítulo, tanto una gran aceptación en los miembros de la pareja como en sus familias de origen a relaciones de pareja en las que el hombre es mayor o mucho mayor que la mujer. Esto produce relaciones de gran desigualdad entre ambos que subordinan a las mujeres a la figura y autoridad masculina, aun cuando cuentan con el mismo capital cultural y su clase social sea cercana o idéntica. A la par de esto, se encuentran también casos de mujeres que valoran de manera negativa la diferencia de edades en todas las generaciones lo que sugiere cambios culturales en ciernes en las dos ciudades de estudio en torno al significado de la brecha de edad en las mujeres.

Lo anterior, más que ser una contradicción, refleja la persistencia de normas sociales y morales que reproducen la desigualdad en la pareja a la par de otras que buscan condiciones de mayor equidad. Asimismo, se puede ver que, entre las mujeres que fueron mayores a los hombres, también se establecieron relaciones de género desiguales. Esto sugiere que, sin importar la edad biológica del hombre, la mujer tiende a subordinarse a su autoridad debido a que se espera que ella ocupe una posición inferior en la relación de pareja, lo que contradice el argumento de Bozon (1990) quien dice que la edad juega un papel clave en esta desigualdad de género.

En la generación de adultos mayores, se encontró que en las relaciones de pareja en las que el hombre fue mayor que la mujer se ubicaron las brechas de edad más grandes de toda la población entrevistada, fueron de hasta 40 años y entre las mujeres unidas a hombres menores la distancia fue de tres años. Asimismo, que cuando las mujeres eran muy jóvenes y los hombres añosos, las familias se resistieron al cortejo y la relación. A la par de esto, que entre las mujeres de más escolaridad y de clase media hay una resignificación de la brecha de edad que sugiere cambios culturales importantes en proceso que conviven con la vigente y muy extendida costumbre de emparejamientos entre mujeres jóvenes y hombres añosos.

En cuanto a las relaciones en las que las mujeres fueron mayores que los hombres, las mujeres de clase media y alta escolaridad enfatizaron el papel de la sexualidad y el afecto en sus relaciones de pareja, pero esto no necesariamente modificó por completo las relaciones de poder entre ellos, como se discutió en la sección anterior.

Teresa es una mujer con educación primaria que inició su segunda relación de pareja con un hombre 21 años mayor que ella, él tenía empleos eventuales en el sector de los servicios. Ambos eran de clase baja y decidieron vivir en unión libre. Desde un inicio la relación de poder entre ellos fue muy desigual, la brecha de edad muy marcada y ella enfrentó de manera recurrente violencia verbal y psicológica ante la negativa de él a que ella trabajara aun cuando el ingreso que proveía era insuficiente. En el relato se puede ver no solo el machismo de su pareja, sino también que la brecha de edad, como se ha venido discutiendo, por sí misma no explica la subordinación de la mujer al hombre en la relación conyugal:

Pues ha de haber tenido como unos 40 porque estaba, como unos 39 por ahí porque Alida ya va a ajustar 46, como unos 38 o 39 años [...]. *Él ya estaba señor, hasta la gente me decía que si era mi papá [risas], ya estaba señor [...]. Él nunca me decía porque creo le daba pena vergüenza, pero ha de haber tenido como unos 60 años, como unos 60 [...].* Él se enojaba que ya no fuera a trabajar, pero no

me ajustaba lo que me daba y allí empezaron los pleitos y pues nos dejamos también. El problema es el dinero, es que uno con familia pues lo ocupa, ocupa uno el dinero. (Teresa, 78a, NB)

En el caso de Laura, su decisión de irse a vivir con un hombre 16 años más grande ella escandalizó a su familia. Ella tenía 19 años, educación secundaria, era soltera y trabajaba cuando conoció a su primera pareja y éste la invitó a laborar para él. Él era un hombre divorciado de clase media y con tres hijos de su primer matrimonio, tenía educación universitaria y era propietario de un negocio. La decisión puede explicarse por situación de pobreza, su voluntad por ayudar a su familia y una decepción amorosa. Asimismo, se puede ver cómo ella se resistió a la unión hasta que su necesidad de dinero, la posibilidad de tener un empleo seguro y ganar cierta independencia de sus padres, la alentaron a iniciar la relación:

Y fue, y pues no, el grito en el cielo en mi familia: “¡No!, ¡¿Cómo te vas a casar con él, un viejo?!”. Hubo mucha oposición de parte de mi familia, de mi mamá y de su pareja, porque él [mi padrastro] me veía como hija. Pues mi papá estaba en México, él ni sabía, mi padre genético. Y pues, has de cuenta que para mí un caos, o sea, ahora sí las cosas no salieron bien, pues seguir insistiendo. Él quería todo, ponerme todo a mis pies, mi marido [...]. Yo me defendía, yo no quería andar con él, yo quería casarme con mi novio, pero bueno no me tocó y tuve esa ruptura cruel para mí, y él seguía y pues bueno. Dicen que, por ahí dice un dicho que “al que porfía mata venado”, y siguió y siguió, y luego me dijo: “me quiero casar contigo”, “voy a pedirte matrimonio”. Y yo pues como que estaba decepcionada de la otra persona, y dije: “ay, pues qué me va a andar pidiendo”. Yo lo veía como un señor mayor, yo pues una chica, imagínate, 19 años de diferencia. Pues como dicen, me tentó el diablo y dije: “bueno, si me pides matrimonio si me caso”, y le dije: “todo bien, en orden”. (Laura, 74a, NB)

La manera en que las mujeres son educadas explica en buena medida el papel que asumen en las relaciones de pareja. Esto se recrudece aún

más cuando hay pobreza y la imposibilidad de formalizar la relación con el hombre que ellas querían, lo que las alentó a aceptar relaciones con marcadas diferencias de edad. Esto se traduce en una enorme desigualdad de poder e ingresos para ellas debido a lo dispar del intercambio conyugal. Riquer (1996) consideró que la maternidad es una:

[...] de las primeras puertas falsas que abren [las mujeres] en el intento de negar su negación; esto es, en el intento de afirmarse como personas, toda vez que el ejercicio de la sexualidad parece determinado más por un mandato social que por deseo y la voluntad individual. (p. 210)

Otro hallazgo muy rico presente en las tres generaciones, pero particularmente recurrente entre las mujeres de alta escolaridad y clase media y media alta, fue la resignificación social de la diferencia de edad biológica. Los relatos dejan claro que la brecha de edad favorable para el hombre causó incomodidad en varias mujeres de esta generación cuando se valoró la decisión de casarse en retrospectiva. No obstante, en sus relatos también está claro que el matrimonio y la maternidad eran centrales para su feminidad y el enamoramiento alentó las uniones. Estas mujeres, contrario a las mujeres pobres y de baja escolaridad, tuvieron mejores condiciones para ejercer su reflexividad debido a su escolaridad y origen social. También destaca que la mayor parte de estas uniones fueron de mujeres en primeras uniones y todas ellas se subordinaron a la autoridad de su marido.

Lorena era una mujer de clase media que a los 18 años que decidió casarse con un hombre de su misma clase social seis años mayor que ella. Su familia se opuso al matrimonio por su corta edad y la brecha de edades. Su relato, elaborado en retrospectiva, deja ver cómo se vio a sí misma en ese momento y cómo esta significación se mantuvo en el presente al valorar que pasó de la infancia al matrimonio y que no tuvo juventud:

Cumplí años, los 18 y nos casamos poco después, pero la mayoría de edad era hasta los 21, entonces permiso de la mamá y oposición de la familia, porque mi esposo es mayor que yo, y yo era, ahora lo veo y yo era una chiquilla, verdad, pero entonces no había juventud, o sea se pasaba... Él me lleva seis, no son muchos, pero él tenía, había tenido una vida un poco complicada, de manera que ya tenía muchas más experiencia y vivencias de otro tipo y yo era muy niña entonces este, pero igual nos enamoramos y nos casamos así como sin absolutamente nada [...] fue toda una aventura de un matrimonio de esa manera y bueno, muy difícil al principio porque llegaron 3 hijos de sopetón... (Lorena, 65a, NM)

Un caso similar es el de Raquel, una mujer viuda jubilada que, en su juventud y también en retrospectiva, también valoró que la brecha de edad entre ella y su marido fue amplia. Se casó a los 20 años con un hombre 11 años mayor que ella, con educación universitaria y de su misma clase social. Ella tenía en ese momento una carrera comercial. En su relato se puede ver que reflexionó el por qué su marido calculó que ella era mayor pero no reflexionó el por qué ella calculó que él era menor. Asimismo, se puede ver que ella pospuso el matrimonio un par de años porque consideró que era aún una “niña”. No obstante, al igual que en todos los casos anteriores de esta generación, la maternidad y el matrimonio se impusieron como los proyectos centrales de vida:

Él me llevaba 11 años y yo le calculé que me llevaba como 4, y ya después supe la edad y él también, como iba de baile y maquillada y tacones y chongo, porque traía el cabello largo, pues me aumenta la edad bastante. Así es que él me calculó como 20 cuando tenía 16 y yo le calculé como unos 23 cuando él andaba en 27 [...]. Cuando yo cumplí 17 años y medio por ahí, y recuerdo que cuando cumplí 18 me pidió que nos casáramos y le dije que no, no, no estoy muy niña, le dije, todavía no, en los 19 ya tomé la decisión de casarme [...]. Yo lo vi como parte del proceso, ¿no? Como un gusto, como un deseo mío, porque si estaba enamorada, sí deseaba vivir con él, sí deseaba que tuviéramos una vida juntos, aun sabiendo que, por la diabetes juvenil, mi vida no estaba garantizada... (Raquel, 80a, NMA)

Jimena vivió una situación similar. Se casó a los 19 años con un hombre cinco años mayor que ella, ambos eran de clase media, él ya había concluido la licenciatura y ella estudiaba la preparatoria. Al igual que Lorena y Raquel, se puede ver que a la distancia la decisión de casarse fue considerada una locura. Esto refleja un cambio importante en la significación de la brecha de edad consistente con los relatos de las dos mujeres anteriores, todas de clase media y escolaridad alta:

Ay, a los 19 años [...]. Sí [...]. Pues sí, sí. [Risas] Y loca [...]. Él ya tenía 24. Y fue uno de mis primeros modelos, también de enamoramiento y de hombre y de... En ese momento, yo consideraba que era, también, como pues un chavo de avanzada y todo esto, sus antecedentes que había tenido: fue representante cuando... Él también estudió en la escuela, pero él estudió ingeniería en comunicaciones y, esto... cuando estuvo en la Vocacional, le tocó participar como representante estudiantil en el movimiento del 68. (Jimena, 65a, NM)

Los hallazgos sobre las relaciones de mujeres unidas a hombres menores dejan ver que la clase social y la escolaridad son centrales para entender el significado de la unión. De manera concreta, se encontró que la sexualidad y el afecto en sus relaciones fueron los elementos articuladores de sus relatos. Éstos muestran que para ellas el mercado de las parejas, si bien continuó siendo más reducido que el de los hombres al envejecer y dejar de ser fértiles, en la medida que envejecieron ganaron control de sí mismas y de su cuerpo, lo que posibilitó que sus relaciones de pareja fueran más equitativas. Esto habla de un estándar en la valoración de la brecha de edad, como Cowan (1984) afirmó.

Héritier (2007) reflexionó en torno a la capacidad femenina de disponer de sí mismas y de su cuerpo. Su reflexión es útil para ver cómo se dio este proceso entre aquellas que se unieron más de una vez. Al priorizar el pensar en sí mismas y sus necesidades ganaron control sobre su sexualidad y, por tanto, sobre su cuerpo, además de mayor control en su vida. Jimena, a quien se citó párrafos arriba, relató que: “*procuraba, tam-*

bién, este... cada oportunidad que había, ¿por qué no hay esto? [Sexo]; y ahora digo: "no". Cuando él quiera, pues que él venga y nos instalamos. Pero, de todas formas, esa parte afectiva, este... se mantiene, ¿no?". Su relato de cuenta que la mayor acertividad y control de su cuerpo y sexualidad en su tercera relación estuvo acompañada de afecto y que en el plano sexual el ritmo fue determinado por las necesidades de su pareja.

En el caso de Fernanda se puede ver también cómo el pensar en sí misma como alguien autónoma le generó bienestar corporal y emocional. Ella experimentó este proceso a los 55 años al iniciar su tercera relación de pareja con un hombre de 40 años. En la exploración de la sexualidad y aspectos intelectuales en su relación, ella pudo llenar ese vacío sexual que vivió en las dos primeras relaciones:

Le agradeceré toda mi vida porque es la persona con la que, pues yo sentí lo que puede ser una hermosa relación del cuerpo, con una hermosa relación espiritual. Porque era una persona que tenía los dos requisitos, pero como es la vida, pues será que los buscadores [...] pero sí hubo una conexión, sobre todo una, una reconciliación con mi cuerpo muy importante. (Fernanda, 75a, NM)

Para Laura las cosas fueron distintas. A la edad de 33 años inició una relación con un hombre menor que ella y con hijos. Ella era empleada de la tienda que él administraba. Él le pidió tener un hijo, situación que la llevó a terminar la relación porque no se entendían bien, ella no deseaba tener más hijos y tenía como prioridad sacar adelante a sus propios hijos. Al negarse a extender la maternidad y enfocarse en los proyectos que ella había vislumbrado tuvo por primera vez control de sus decisiones y vida, condiciones que no tuvo en su primera relación:

Pues fijate que había un compañero que siempre andaba tras de mí, pero era una persona más chica que yo; la controversia de lo que había tenido [en mi primera relación]. Y pues, anduve con él un tiempo, pero no funcionaba [...]. Si yo me involucre y tengo otro hijo, se va a ir al traste todo mi plan de vida que yo tengo con mis hijos", "¿Por qué?", "Pues porque, porque no había ese embone". (Laura, 74a, NB)

En la generación de adultos medios en las que el hombre fue mayor que la mujer se encontró que, al igual que en la generación de adultos mayores, aun cuando las brechas de edad fueron amplias, ni los hombres ni las mujeres cuestionaron esas diferencias. No obstante, en la medida en que la brecha creció se encontró que en las relaciones de pareja en las que hubo doce o más años de diferencia surgieron preocupaciones por la diferencia de edad biológica, particularmente entre los hombres.

En cuanto a las relaciones en las que las mujeres fueron mayores que los hombres, se identificaron dos casos, el de Octavio y Jeremías. Sus relatos muestran que la diferencia de edad no fue un problema ya que eran mujeres de edad muy cercana a la suya dispuestas a cuidar los hijos de sus anteriores relaciones y en edad fértil. Ellas asumieron ambos papeles a cambio de tener un proyecto con el hombre como pilar moral y económico, con quienes extendieron la maternidad. En esta generación, la brecha de edad máxima fue de 24 años por 40 de la de adultos mayores. Se puede ver también cómo la brecha disminuyó en la medida que crecieron los niveles de escolaridad y la clase social aumentó.

En torno al comportamiento de las dinámicas conyugales en relaciones en las que el hombre fue mayor que la mujer, se mencionó el temor a la muerte y disfunciones sexuales. Los casos de Braulio y Saúl también sugieren que cuando la pareja deseó la relación, la diferencia biológica no representó un problema entre ambos, ya que fue posible establecer un intercambio mutuo de cuidados y atenciones que fortalecieron la relación. Esto habla de una mayor igualdad de género entre ambos en donde las necesidades de las dos partes fueron satisfechas de mucho mejor manera.

A los 29 años, Braulio se unió a una adolescente de 16 años, él era un hombre de clase media, académico y con una maestría al momento de iniciar la unión libre. Ella estudiaba una carrera técnica y era de su misma clase social. Ambos continuaron sus estudios hasta lograr un doctorado. Su relación fue sólida y muy cuidada por ambos en lo relativo a las atenciones y gustos individuales. El arreglo de las tareas domésticas y cuidado de los hijos evidenció una distribución mucho más equitativa

del trabajo al igual que en lo relativo a la manutención de la casa. Su relación enfrentó la brecha de edades en el terreno sexual, al entrar él a la andropausia y afectar su libido. Esto llevó a ambos al diálogo y a la búsqueda de una solución:

Muy pocas veces he considerado que ella pudiera morir primero que yo... Un poco parecida la relación, yo soy más grande que ella 13 años y su papá era más grande que su mamá como unos 16 años. [...] y ella es muy joven, entonces tenemos que llegar a acuerdos como de, como de actividades sexuales que no tengan que ver necesariamente con la penetración porque buena parte de la libido en mi persona, pues ha bajado, entonces hemos recurrido a las pastillas. (Braulio, 56a, NM)

La situación de Saúl es similar a la de Braulio en torno a la mayor igualdad en la vida en pareja y la flexibilidad para aprender en el terreno sexual, apertura que también los fortaleció en otros aspectos de su relación. A la par de este esfuerzo por mantener una relación de pareja satisfactoria en el plano sexual, el relato de Saúl muestra que entre ellos también hubo fuertes mandatos de género en torno a la paternidad. Él era un académico de clase media y con 54 años al momento de unirse por tercera vez a una mujer de 33 años menor que él, de su misma clase social y apasionada por el arte como él. En su relato es muy interesante ver que, al igual que otros entrevistados varones, alude a la madurez social de su mujer a pesar de su corta edad en momentos en los que la brecha de edad biológica los enfrentó a disyuntivas:

Ahorita me siento plenamente feliz, la verdad que sí. Y sí, a veces le doy gracias a la vida, ah, qué maravilla que me llegó esta mujer, me hace sentir a gusto y me hace sentir. *¡Es tan joven, pero es tan comprensiva, es tan...! Lo que lamento no haber tenido esta mujer [antes] para haberme llenado de hijos con ella!* Entonces, no sé, y yo a veces le digo ¿tú crees que si nos casamos o nos organizamos seguiríamos igual? Digo, “yo lo que no toleraría de ti es que no te gusta lavar trastes” [le dice él] y [contesta ella] “¿entonces vas a cocinar y a comer y yo voy a lavar tus trastes?”, “No, yo lavo los míos, tú lavas los tuyos y mis hijos

lavan cada uno los de ellos” [sonríe], “no lavo trastes”, como ese tipo de cosas. Me dice, “pero te cambio la lavada de trastes, hay un pago, ¿no?”, “Dime qué hay que lavar [responde Saúl], las ollas lavo también”. Entonces como eso, siempre hay ese incentivo, el [corrige] *yo creo que en estos años el incentivo sexual ha sido el más importante en la relación. Porque en torno a ello, no en torno a ello, sino en torno al gusto que hemos sentido los dos en la vida sexual se detonan muchas cosas más entre los dos.* (Saúl, 59a, NM)

En el caso de las mujeres que fueron mayores que los hombres, las prioridades se enfocaron en encontrar con quién compartir la crianza de los hijos, extender la paternidad y mantener el matrimonio a flote. Octavio era un hombre pobre y de baja escolaridad que tuvo un empleo como trabajador manual. Enviudó a los 28 años y quedó al frente de dos hijas pequeñas, razón por la cual se dio a la tarea de encontrar otra pareja que le ayudara con la crianza de sus hijas y con quien tener más hijos. Se casó con una mujer un año mayor que él, madre de un niño pequeño, quien como él también era pobre y de baja escolaridad. Tras casarse, asumió la manutención de todos y ella dejó su trabajo para atender a los hijos de ambos más los que llegaron como producto de esa unión. Como él contó: *“mis criaturas estaban chiquitas y la mayor, puras mujeres. Para un hombre solo y unas niñitas chiquitas y para trabajar pues se pone trabajoso”*.

En el caso de Jeremías, casado en únicas nupcias a los 25 con una mujer dos años mayor que él y dedicada al hogar, se puede ver su complacencia y alivio cuando ella lo apoyó y mostró una gran madurez ante *las demasiadas cosas indebidas* que él hizo. Esto, a todas luces deja ver la desequilibrada relación de poder entre ambos y la manera en que la doble moral que da sustento a la estructura desigual en las relaciones de pareja fue la norma durante su matrimonio. Jeremías, al igual que Saúl, consideró que la positiva valoración de su matrimonio se ancló en buena medida la madurez que le atribuyó a su pareja para comprender su comportamiento. En torno a este aspecto relató que:

Fuimos madurando los dos este... en que era... que había sido buena la decisión que tomamos este, pues *tú eres mujer, una mujer madura más rápido que un hombre [...]. Este, pero yo iba y... iba empezando y creo que a porque cuando trabajé en procuraduría este... joven, con dinero y con poder este... haces este... demasiadas cosas indebidas.* (Jeremías, 50a, NMA)

En la generación de adultos jóvenes, en las relaciones en las que el hombre fue mayor que la mujer se encontró que la diferencia de edades en varias de ellas causó asombro e incomodidad; asimismo, que en los relatos de los hombres la brecha causó estigma y los llevó a negar la relación, lo que a su vez les causó problemas con su pareja. En cuanto a los principales hallazgos en las relaciones de mujeres unidas a hombres menores que ellas, se identificó una mayor agresión verbal y moral hacia la mujer, situación no identificada en las relaciones entre hombres añosos y mujeres jóvenes. En esta generación la brecha de edad máxima fue de 16 años por 24 de la generación de adultos medios y 40 de la de adultos mayores. Se puede ver, tal como en la generación anterior, que la brecha de edad se reduce entre mayor es el nivel de escolaridad y la clase social.

Alejandra es una mujer de clase media alta dedicada a la abogacía y con un negocio propio, se casó a los 24 años con un hombre tres años mayor que ella, ambos de la misma clase social y escolaridad. Su relato muestra una valoración negativa de la diferencia de edades entre ambos. Esto puede explicarse tanto por su nivel de escolaridad como su clase social. Ella conoció a su esposo por medio de unos amigos de la universidad cuando él tenía ya un título académico y tenía la edad social para ingresar al mercado de las parejas con los mejores recursos a cuestas. En la valoración de la brecha de edad entre ambos es claro el asombro de Alejandra por la diferencia de edad, lo que refleja un imaginario social de mayor igualdad de género, resultado en parte de la convivencia de ambos con otras formas de pensar y actuar a lo largo de su formación educativa. Así se expresó Alejandra de la diferencia de

edad con su esposo: *“Tenía 19 [...] y él 23 [...]. Tres y medio, ¡pero yo ya lo sentía que era ruquisimo! ¡O sea, yo andaba con un ruco!”*

Una situación similar es la de Carolina, una mujer que a los 25 años se casó con un hombre cinco años mayor que ella. Ambos tenían la misma escolaridad y eran de clase media alta. En su relato podemos ver que, aunque es más grande que ella, su valoración es que *“no es mucha”* y que *“él es aún muy jovial”*. Es interesante ver el énfasis de su valoración social de la edad biológica de su marido. Esto contrasta con la situación de varias mujeres de la generación de adultos mayores entre quienes la brecha de edad fue mucho más amplia y no la significaron de manera negativa sino como parte de la dinámica del mercado de parejas. Esto, como ya vimos, produjo desigualdad a partir de las diferencias de clase y culturales que se tradujeron en una pérdida de autonomía femenina entre las clases bajas y de poca escolaridad, como ya se discutió antes:

Lo veía muy grande, ¿no? Será también por el carácter de mi esposo que es como, aunque es más grande que yo, no muchos, cinco años más grande, pero él es todavía como muy niño, muy jovial; entonces, ¿no? Pues siempre es como divertido, siempre tenemos de que platicar. (Carolina, 35a, NM)

Esta misma mujer tuvo su primera relación conyugal a los 19 años con un hombre 16 años mayor que ella, ella estaba en la universidad y él tenía ya un empleo formal y establecido. Ambos eran de clase media alta. La relación entre ambos fue conflictiva por el estigma (Goffman, 2006) que él sintió al convivir públicamente como pareja, situación que lo orillaba a negar la relación y le causaba una gran molestia a Carolina, quien quería entablar una relación más formal con él:

A los 19 [...]. Pues trabajábamos donde mismo, nada más que él me llevaba 16 años [Duramos] como 6 años, sí [Me sentía] incómoda porque pues obviamente la diferencia de edades, o sea, de repente no eres como la novia, sino que te presentan como “Ah, Carolina” [tono amargo] ¿no? “¡Ay, no! ¿cómo crees que voy a andar con ella si pudiera ser mi hija”, y sí andan contigo. Entonces, pues cuando estás

chiquito como que aguantas mucho, y ya, pues empecé a crecer y dije pues hasta aquí. O sea, me estoy haciendo grande, no veo para dónde va esto y lo dejé. (Carolina, 35a, NM)

Los hallazgos en torno a las relaciones de mujeres unidas a hombres más jóvenes muestran dos aspectos. El primero es que la valoración de la edad biológica de las parejas quedó en segundo plano ya que se valoró su edad social, lo que de acuerdo con Bozon (1990) se debe a que esta última depende de la juventud social, que tiene una baja disponibilidad, y la madurez social, que contraria a la juventud social tiene una alta demanda.

El autor también sostuvo que la dicotomía juventud/madurez es un juego de gran valor tanto para quienes entran al mercado de las parejas y que todo esto forma parte del lenguaje común del emparejamiento. Sus ideas son muy relevantes para pensar por qué ellas sí valoraron la edad social como una gran cualidad, pero en la vida diaria estas relaciones fueron rechazadas por las mujeres, como se vio en la sección de diferencias de género, debido a que esa juventud no se ajustó a la edad social estimada o se volvió motivo de estigma. Esto contrasta de manera significativa con los relatos de hombres unidos a mujeres de mucha menor edad que valoraron de manera muy positiva ambas edades y sus relaciones de pareja sobrellevaron de mejor manera las diferencias más amplias de edad en las que se admira, una y otra vez, su madurez y comprensión, como ya se ha visto.

Berenice valoró de manera muy positiva la edad social de su pareja, un hombre 11 años menores que ella:

Hasta como dos años y medio, tres, después que empecé a andar con el chavito [...] Eso sí fue una pésima decisión [risas] [...]. Duré dos años, pero, pues le llevaba once años [...]. Le llevaba once años, entonces, al final ya era como tener un hijito [...]. Sí. Él tenía, ¿qué tenía? 21 años [...]. Y yo 32. No, pues bien, bien jovial el muchacho [risa]. (Berenice, 42a, NMA)

La percepción de la edad social de la mujer tiende a ser positiva en la mayor parte de los casos en los que el hombre es mayor que ella, como se ha visto, lo que llevó a sus parejas a admirar y reconocer su madurez y apoyo. No obstante, cuando es a la inversa, esta percepción tiende a ser negativa y causa en algunas ocasiones el rechazo inicial de las familias de sus parejas quienes las etiquetan con expresiones como “lagartonas”, para referirse a la desigualdad de experiencias sociales y biológicas. Asimismo, en el relato se puede ver la sanción moral hacia las horas tardías en las que su pareja estaba en casa, lo que fue considerado como un abuso de su parte por ser menor que ella:

Yo le gano a mi esposo con tres años [...]. De hecho, al principio, la mamá no me quería mucho. Decía “No, ¿qué estás haciendo con esa?”. Decía que era una lagartona [...]. Sí. Tres años [nos llevamos] pero no por eso, porque la señora ni sabía mi edad, porque yo le dije [a su novio] “Pero ¿sabía mi edad? ¿Sabía que yo te ganaba por tres? “No, no, no. ¡Lagartona!”, lo decía porque pues, ¿cómo, a su bebé, lo dejaba ir a las 12:00, 1:00 de la mañana?” (Marina, 52a, NM)

Los cambios de significados de la brecha de edad entre hombres y mujeres con alta escolaridad y de contextos urbanos habla de cómo estos dos elementos modifican la percepción social que tienen unos de otros al momento de emparejarse. Es probable que este cambio tome mayor fuerza en la medida en que la población tenga más acceso a la educación formal ya que esto favorece uniones entre personas con edades y niveles de escolaridad cercanos. Asimismo, también es muy significativo ver que la positiva valoración de los hombres de la mayor madurez social de sus parejas - sin importar si son mayores o menores que ellos - surge en momentos de crisis conyugales que ponen en riesgo el matrimonio o cohabitación.

Conclusiones

Los resultados de la investigación sobre la formación de parejas en la Zona Metropolitana de Colima (ZMC) y el Área Metropolitana de Guadalajara (AMG) muestran un panorama rico y sugerente sobre este fenómeno social más apegado a una cultura tradicional que a relaciones líquidas y efímeras, como las llama Bauman (2003). El libro buscó aportar un análisis sociológico cualitativo novedoso sobre el emparejamiento de personas heterosexuales desde un enfoque intergeneracional, la incorporación de dos zonas de estudio, la inclusión de hasta cuatro uniones de una misma persona y la incorporación del cortejo. La finalidad fue contar con un panorama sólido y amplio que permitiera ampliar la discusión al respecto y debatir con estudios cercanos. En este esfuerzo los estudios demográficos y sociodemográficos del matrimonio, la cohabitación y las primeras uniones fueron muy importantes y permitieron delimitar los aportes y discusión de los distintos hallazgos hechos.

El interés por estudiar la formación de parejas heterosexuales adultas tiene que ver con la necesidad de conocer qué pasa con ellas luego de que la pareja se establece. Es poco lo que se sabe al respecto sobre las motivaciones subjetivas y condiciones estructurales que permiten que se mantengan unidas en el largo plazo y sobre el por qué rompen. Las disciplinas que mejor han documentado ambos procesos son la psicología y la psiquiatría en un intento por ofrecerle a las parejas elementos para mantenerse unida. En este sentido, el libro hizo un análisis deta-

llado de los elementos subjetivos que llevaron a las parejas a romper y a unirse de nueva cuenta tras una separación, divorcio o enviudar. En publicaciones venideras se dará una respuesta amplia desde enfoques mixtos a los motivos de la unión y de la ruptura.

Los distintos capítulos que conforman el libro mostraron que si bien hay diferencias en las generaciones, la región de estudio es muy homogénea en términos del proceso y dinámica de la formación de parejas. En esta región de estudio la elección de una pareja para casarse y cohabitar está regulada por normas y patrones culturales articulados por roles y mandatos de género predominantemente tradicionales. No obstante, también es posible ver que en medio de todo esto hay procesos de cambio social en ciernes, sobre todo en los sectores socioeconómicos medios, con altos niveles de escolaridad y de origen urbano. A pesar de ello, los datos muestran que las tres generaciones y ambas zonas de estudio comparten una cultura emocional de emparejamiento.

Las relaciones de pareja son un objeto de estudio difícil de asir porque implican aspectos del mundo privado como la subjetividad y las emociones, y del público, como la moral y las normas sociales. En cuanto a lo primero, la decisión de estar con alguien involucra motivaciones individuales. En cuanto a lo segundo, implica la valoración tanto propia como social de la cercanía de edad, la escolaridad, la ocupación, el nivel socioeconómico y el estado civil. El análisis de estos aspectos nos deja claro que las relaciones de pareja están cruzadas por elementos biográficos y estructurales que alcanzan todas las dimensiones de la vida social. Esto hace que sea inútil trabajarlas desde una sola perspectiva y todo un reto incorporar todas estas dimensiones analíticas al estudio.

En este sentido se trató de atender todos estos aspectos para dar respuestas amplias y sólidas al por qué y cómo la gente inicia una relación de pareja cuando le interesa casarse y cohabitar. Esto explica mi énfasis intencional en los aspectos subjetivos, sociales y culturales de la formación de parejas. Así pues, más que analizar el emparejamiento a partir de una tipología –solteros, hijos previos, sin hijos, etc.– se buscó ver cómo los deseos individuales de emparejarse se tejieron con las normas

socioculturales y los atributos como el nivel socioeconómico, la escolaridad, la edad, la ocupación, el estado civil y el lugar de origen.

Por otro lado, los hallazgos en torno a la formación de parejas desde las emociones, el vocabulario emocional y las prácticas que acompañaron al cortejo y el noviazgo reflejan la presencia de una cultura emocional compartida que abarca las tres generaciones y poco más de 60 años que abarcó el estudio. Los datos señalan que en medio de atisbos de cambio social, hay también mucha continuidad y homogeneidad en los procesos de elección de pareja. Esto es importante en términos sociológicos porque deja ver que ese lenguaje, y las emociones que detonaron la formación de una nueva pareja, es producto de normas sociales y sentidos culturales más que estados emocionales subjetivos e individuales.

La posibilidad de identificar un lenguaje emocional compartido y amplio en torno a la formación de parejas permitió entender el papel clave que tiene la comprensión de las normas sociales y la cultura en este fenómeno social. Al comprender la dimensión subjetiva o interna en el cortejo y el noviazgo fue posible ver cómo este sentir personal fue moldeado por el contexto histórico, político y cultural específico en donde se situaron dichas emociones. Al observar cómo los sujetos se vieron y se sintieron en este proceso es posible entender que emparejarse fue más que un estado emocional individual en tanto que fue un sentir aprendido y validado socioculturalmente.

Asimismo, al estudiar las emociones desde una visión intergeneracional y en dos zonas de estudio de la misma región cultural se tuvo una base amplia y sólida para explicar la formación de parejas como un fenómeno social. Bateson (citado en Bericat, 2016) afirma que las emociones son vínculos que ligan al yo con los otros, es decir, con el mundo social. Y en el mundo social estudiado, engancharse, tener química, hacer clic, flecharse, enamorarse, sentir pasión y sentir algo permitieron la unión de dos personas en las tres generaciones. Estas emociones fueron acompañadas por prácticas marcadas por los mandatos y roles de género. Esto muestra que las emociones son relacionales y permiten entender el comportamiento social.

Las emociones y las expectativas de lo que será la vida en pareja son clave para entender cómo la gente enfrenta los retos y dificultades de mantener una relación de largo plazo. En este horizonte la experiencia conyugal y el peso de la cultura e ideales del amor romántico son claves en las expectativas y dinámica de la relación de pareja. Asimismo, las relaciones previas sientan el precedente de lo que se quiere en una nueva, como también encontraron Quilodrán y Arrieta (2022). La población entrevistada buscó relaciones de largo aliento y que su pareja satisficiera sus necesidades sexuales y emocionales, es decir, buscaron intimidad y exclusividad sexual y emocional. Esta matriz cultural del amor romántico (Illouz, 2020a) choca con otras ideas y valores de corte individualista alentados por el capitalismo. No obstante, dicha matriz sirve como marco para valorar la calidad y el rumbo de la relación en la cultura occidental.

Los datos encontrados por esta investigación también muestran que el cortejo en las tres generaciones y ambas zonas de estudio fue una práctica vigente y ampliamente usada a pesar de las diferencias encontradas. Este hallazgo debe ser considerado teniendo en cuenta que se trató de hombres y mujeres de entre 32 y 90 años de edad y con hijos que crecieron entre 1930 y 1990. Este contexto y marco fue mucho más homogéneo en términos socioeconómicos, culturales y políticos que el de generaciones posteriores en el que se vivieron rápidos y profundos cambios sociales, tecnológicos y culturales acelerados por la globalización y el uso extensivo en todas las áreas de vida de las tecnologías de información y comunicación. Esto explica que a pesar de los cambios encontrados en torno a las prácticas, duración y mecanismos de control del cortejo y noviazgo en la población entrevistada por lugar de origen y nivel socioeconómico y de escolaridad, el cortejo siguiera vigente.

El análisis de la formación de parejas desde la fase del cortejo y el noviazgo revela cómo los aspectos subjetivos, culturales y estructurales se ligán al género. La mayor parte de los casos indican que los hombres fueron quienes mostraron su interés sexual y emocional por las mujeres mediante regalos, atenciones y muestras de afecto físicas y sexuales.

Levi-Strauss (1965) discutió que los regalos expresan formas de deseo. Por su parte, Goffman (1977) considera, desde la perspectiva de género, que las formas de expresión del interés sexual y emocional masculino por las mujeres las cosifican y colocan desde el inicio de la relación en una posición subordinada. Los distintos relatos analizados a lo largo del libro coinciden con ambos autores. Los regalos, atenciones y muestras de afecto desplegados desde la etapa del cortejo fueron claves para mostrar el deseo e interés masculino por la otra persona y lograron incluso persuadir a las mujeres que rechazaron de manera inicial sus intenciones. La insistencia dio frutos y facilitó el cortejo, condujo al noviazgo y concluyó en todos los casos analizados en matrimonios y cohabitaciones.

La matriz del amor romántico fue el horizonte que moldeó el cortejo sin importar las motivaciones reales de la unión. Jamieson (2005) afirma que las relaciones de pareja que son percibidas como amorosas involucran intimidad y que las expresiones de amor como un sentimiento llevado a la práctica y como práctica crean la intimidad. Esta dualidad del amor como una experiencia emocional que genera intimidad y como una práctica que puede detonar el amor marcó las prácticas del cortejo y los noviazgos de la población entrevistada. Sus narrativas oscilaron entre el anhelo de una relación monógama y estable y el deseo de una relación íntima en la que se pudiera experimentar el placer y la libertad. Esta búsqueda de intereses contrapuestos fue difícil de mantener en la práctica, como se pudo ver.

Estas normas les sirvieron como marco de referencia para buscar pareja pero también les impusieron límites rígidos que confrontaron y que dieron paso al cambio social. Las mujeres también cortejaron a los hombres aunque sus prácticas fueron más veladas: llamadas por teléfono, correos electrónicos, cocinar algo especial, y en menor medida, regalos materiales. Estas prácticas les permitieron mostrar con éxito su deseo e interés por los hombres cortejados. No obstante, dejaron en manos de ellos la formalización de la relación por temor a que la relación no fuera considerada seria. Cheal (1987) afirma que las mujeres tienden a dar más regalos que los hombres cuando tienen un interés sexual en

ellos pero se requiere más investigación al respecto para discutir esta afirmación. Sin embargo, los datos sí permiten decir que los regalos, cuidados y atenciones que ellas les dieron tuvieron un efecto positivo. En un sentido estrictamente sociológico, la práctica del cortejo mediada por regalos entre ambos sexos fue idéntica: persuadieron al otro de su interés y les permitió crear vínculos con personas con atributos sociales, educativos y ocupacionales muy similares.

Los hombres y las mujeres de las generaciones de adultos mayores y medios que crecieron en entornos rurales y colonias populares tuvieron mercados de parejas y prácticas de cortejo tradicionales y bien definidas que mandaron señales claras de la intención del acercamiento. Estos cortejos también se caracterizaron por tener mecanismos de control paterno y social muy celosos que se flexibilizaron en las generación de adultos medios y jóvenes, sobre todo entre las clases medias y de mayor escolaridad de las ciudades. Por su parte, la población entrevistada que creció en entornos urbanos y perteneció a la clase media, en particular la población con altos niveles de escolaridad, cortejó en espacios más variados como la escuela, el trabajo y las fiestas de amigos en donde hubo menos control paterno y social además de que el mercado y las prácticas de cortejo fueron más laxas.

Este escenario contrasta con los estudios de Beck y Beck-Gernsheim (1995), Giddens (1998), Bauman (2005), Gabb y Fink (2018) e Illouz (2020a y 2020b) quienes encontraron que en Alemania, Estados Unidos e Inglaterra el cortejo se ha transformado de manera profunda y prácticamente ha desaparecido. En este sentido, mis hallazgos coinciden más con los Cosse (2008 y 2010) y Lenher (2011) en Argentina en la segunda mitad del siglo XX; un periodo semejante al de mi investigación. Los estudios de estas dos últimas autoras indican un comportamiento muy similar del cortejo encontrado en nuestra investigación que también fungió como la antesala del noviazgo y matrimonio a pesar de sus evidentes cambios. Los datos de mi investigación muestran que tan solo en unos pocos casos no hubo cortejo y se pasó directo al matrimonio o la cohabitación. En todos ellos se trató de violaciones, robos de la novia y

de relaciones de pareja violentas en las que las mujeres tuvieron poca autonomía y sus parejas o padres decidieron sobre sus vidas.

Lo anterior es importante ya que trabajos como el de Arévalo y Cuevas (2022), de Santiago y Rodríguez (2022) y Cervantes y Rodríguez (2022) indican que la formación de parejas en la misma zona de estudio y generaciones más jóvenes es distinta. Lo es porque se trata de poblaciones solteras y adultos muy jóvenes que utilizan de manera predominante las redes sociodigitales para encontrar una pareja y comunicarse entre sí. Sin embargo, los datos de estas investigaciones también sugieren que a pesar de que el mercado de las parejas y las prácticas del cortejo son muy distintas, el cortejo como rito de paso a la formalización de relación sigue presente¹⁶.

Illouz (2020b, p. 59) sostiene en torno al cortejo que este tenía como fin “demostrar la aptitud para el matrimonio” y los datos de nuestra investigación muestran justo esto, que las parejas se formaron porque querían casarse o cohabitar. La presencia del cortejo en las tres generaciones y región de estudio refleja una lógica de formación de familias tradicional en la que se mostró gran consistencia en el respeto por las normas sociales.

No obstante, estas investigaciones también dejan ver que en los jóvenes conviven los ideales del amor romántico –muy difíciles de desechar al estar presentes en todas las formas de la cultura popular– y los valores de una vida íntima libre de compromisos, centrada en el placer y

16 Los estudiantes de lingüística del octavo semestre de la Universidad de Colima realizaron proyectos sobre los motivos de la ruptura en tres grupos de edad de la ciudad de Colima para la materia de Cultura y Globalización durante el ciclo febrero-julio de 2023. Sus resultados coinciden con los de los estudios comentados en lo relativo al debilitamiento del cortejo entre las generaciones más jóvenes. Hay poca claridad de las prácticas e incertidumbre en la intención del acercamiento, son más breves y la interacción no busca el matrimonio sino más bien establecer relaciones sexoemocionales. No obstante, las expectativas de dicha población se asociaron de manera estrecha a elementos del amor romántico: exclusividad emocional y sexual y una relación duradera.

deseos personales. Es lo que Bauman (2005) llama relaciones líquidas, mismas que muestran atisbos en las dinámicas de pareja de la población más joven, escolarizada y crecida en ciudades de nuestra investigación.

Otro aspecto importante que la investigación permitió abordar sobre la formación de parejas se relaciona con la pertinencia del concepto mercado del amor y mercado matrimonial al hablar del emparejamiento. Ambos asumen que las parejas se forman porque el amor es el fundamento y el matrimonio la finalidad de la relación. No obstante, hay amplia evidencia de que las parejas tienen diversos motivos para unirse y pueden elegir la cohabitación por encima del matrimonio. Solís (2009, 2010, 2013), Solís y Ferraris (2014) y Quilodrán (1974, 1980, 1989, 1993 y 2000) han estudiado de manera detallada la formación de parejas en México. Sus primeros trabajos usaron el término nupcialidad, estrechamente ligado al matrimonio, y posteriormente emplearon el de formación de parejas o conyugalidad (ver Cuevas, 2019). Si bien los autores no discuten el por qué del paso de un término a otro, es evidente la pertinencia del cambio pues da mejor cuenta de los tipos de arreglos conyugales.

Como ya indicé en este libro, utilicé el concepto de mercado de parejas de van Bavel (2021) y evité el de mercado matrimonial (Cabré, 1993 y 1997) o romántico (2001) debido a que este refleja de mucho mejor manera las diversas razones por las cuales la gente forma una pareja además de que abarca tanto al matrimonio como la cohabitación. Es muy común leer y escuchar, tanto en el discurso científico como en el lego, que al hablar de la formación de parejas se piense que el amor es el fundamento y el matrimonio la finalidad de la relación. Lo mismo aplica cuando se habla de la actividad sexual, es recurrente escuchar que se asocie al amor. Sin embargo, los datos de esta y otras investigaciones (Cuevas, 2013b y 2014b) muestran que el amor es una de las razones, entre tantas, por las cuales la gente se casa, cohabita y tiene relaciones sexuales.

El amor es considerado en el mundo occidental la forma más significativa de entablar una relación social cuando se elige pareja. Esta matriz cultural permea la valoración del emparejamiento como un acto de amor en la cultura occidental en la que se ha representado hasta el

cansancio cómo esta emoción surge en la vida individual y se representa como un estado de perfección y de la persona amada (Illouz, 2020a). Dentro de esta matriz los sentimientos y las normas sociales que acompañan las formas de expresión de ese afecto son considerados el fundamento y origen de las relaciones de pareja. Este imaginario romántico ha permeado por décadas el imaginario social de la elección de pareja y asume que además de ser el cimiento de la relación, es una emoción permanente.

Lo anterior me permite colocar en un mejor escenario la discusión del hallazgo hecho por esta investigación en torno al amor como una de las varias razones por las que se forman las parejas. Nuestra investigación no tuvo un interés ni teórico ni empírico en el amor ya que no se le preguntó a la población entrevistada si estaba enamorada al momento de la unión. Las referencias al enamoramiento y amor surgieron de manera espontánea al preguntar cómo conocieron a sus parejas. Este hallazgo coincide con el de otro estudio que realicé en la misma región (Cuevas, 2014a) sobre los cambios percibidos por las mujeres jefas de familia tras separarse, divorciarse, enviudar o elegir la maternidad fuera del matrimonio. Los resultados de ambos estudios permitieron identificar los motivos del matrimonio y cohabitación en la encuesta Intimidad y relaciones de pareja en la región centro-occidente de México realizada de finales de 2020 a mediados del 2021 para nuestra investigación. Los resultados serán publicados los próximos meses. Estos datos serán clave para debatir de manera amplia y sólida la presencia del amor como fundamento de la formación de parejas. Por el momento los resultados cualitativos de nuestro estudio indican que el amor ocupa un lugar tan importante como el de los embarazos no planeados, no tener otro proyecto de vida, la atracción física y los problemas familiares.

Si bien no se preguntó específicamente si el amor estuvo presente en el inicio de la relación, es significativo que una parte importante de la población entrevistada dijera que lo estuvo y que por eso inició el noviazgo. El análisis de los relatos mostró que el camino al amor y enamoramiento se puede detonar en segundos, horas o semanas y que el

primer elemento presente es la atracción física tanto para mujeres como para hombres. Asimismo, que en ellos hay un deseo de intimidad expresado como buena comunicación, afinidad de intereses y cercanía emocional además de elementos estructurales como la cercanía de atributos de origen y adquiridos. En su conjunto, todos estos elementos propiciaron el enamoramiento, lo que muestra que este surge tras combinarse aspectos subjetivos y estructurales.

En lo relativo a la homogamia o cercanía de atributos educativos, laborales, etarios y geográficos, los hallazgos coinciden con los de la mayor literatura demográfica y sociodemográfica y también acotan algunos de ellos. En torno a la educativa, se encontró que la valoración del nivel de escolaridad fue crucial para hombres y mujeres en los primeros encuentros y determinante en la formación de la pareja. Este hallazgo coincide con lo encontrado por Solís et al. (2007). En esta fase del emparejamiento se identificó que la escolaridad de ambos miembros de la pareja fue muy semejante, es decir, que hubo homogamia educativa. No obstante, y contrario a lo que encontraron Esteve y McCaa (2007), esto no necesariamente reflejó una mayor equidad de género.

El enfoque de los datos muestra que la categoría analítica de género fue clave para entender el costo diferenciado que hombres y mujeres enfrentaron al continuar con su educación ya unidos. La mayor parte de los hombres casados o en cohabitación se resistieron a que sus parejas continuaran con su educación e hicieron todo lo posible por interrumpirla ejerciendo distintos tipos de violencia hacia ellas. En una minoría de casos, los hombres apoyaron a sus parejas en sus proyectos de formación, pero se mantuvieron al margen de los reacomodos domésticos, económicos y familiares que implicó el estudio para ellas. En un grupo aún más reducido de casos, las parejas - hombre y mujer- que continuaron su formación académica ya unidos tuvieron relaciones de género más equitativas. Esto muestra el enorme peso de la escolaridad en las relaciones de pareja y sus nexos con la desigualdad y la violencia de género.

En cuanto a la relevancia de la cercanía laboral en la formación de parejas, el aporte de dicha discusión desde la subjetividad e intimidad

es entender, desde la visión de la población entrevistada, cómo el estatus laboral y el nivel de escolaridad posibilitaron el emparejamiento. Los hallazgos hechos desde esta perspectiva coinciden con los encontrados en Francia (Bozon y Heran, 1989 y Bozon et al., 2012) y México (Mier, 2009) en lo relativo a la gran proximidad de ambos atributos de ambas partes el momento de la unión.

En torno a los resultados de la cercanía geográfica, se pudo ver que el espacio en el que se conocen es clave para entender cómo se dieron los encuentros. Los hallazgos se dividieron en dos tipos y tuvieron estrecha relación con el tamaño de la población en la que crecieron las y los entrevistados. En el primer grupo se agruparon las parejas que migraron de sus lugares de origen a ciudades más grandes. Estas parejas se conocieron por medio de una red de amigos de la misma ciudad de la que se migró y tuvieron noviazgos más modernos caracterizados por uniones libres y la participación de mujeres en el mercado laboral. En el segundo grupo estuvieron las parejas que se conocieron en el mismo pueblo o ranchería ya que el tamaño del lugar favoreció la endogamia y noviazgos más tradicionales en donde los hombres pidieron permiso para pretender y noviar con la pareja, así como encuentros mediados por bailes populares. Este tipo de encuentros abarcó tanto a hombres como mujeres de niveles socioeconómicos bajos y medios entre quienes persistieron formas de cortejo y noviazgo más convencionales, o premodernos, como los llama Illouz (2020b).

En su conjunto, los hallazgos encontrados sobre la homogamia socioeconómica, educativa, laboral y geográfica dejan ver cómo son valorados los atributos de origen y adquiridos por ambos miembros al momento de la unión. Asimismo, que la clase social, el género, la escolaridad y el tamaño de la población se combinan en mayor o menor medida y determinan las decisiones que la gente toma al momento de emparejarse.

En lo relativo a los hallazgos sobre las diferencias de edad entre hombres añosos y mujeres jóvenes se encontró que estas relaciones están acompañadas de cambios culturales importantes en la valoración de la diferencia de edad tanto en los hombres como en las mujeres. Asimis-

mo, que estas relaciones de pareja estuvieron cruzadas por profundas desigualdades de género que invariablemente colocaron a las mujeres, por el mero hecho de ser mujeres, en una posición subordinada.

La edad entonces no fue el único factor que las sometió a una relación de poder desigual ya que la diferencia de edad fue solo un elemento del conjunto de condiciones estructurales, como la escolaridad, el origen social y la cultura misma, que las obligó a asumir una posición desventajosa frente a sus parejas. Para las mujeres en relaciones de fuerte desigualdad, el retorno a la soltería, permanecer solteras o romper con la relación, así como incrementar sus niveles de escolaridad y permanecer en sus empleos, permitió relaciones de poder más equilibradas y tener mejor control de su vida.

La desigualdad en relaciones de pareja con brechas de edad fue visible desde el análisis del género, el número de unión y la generación. En torno al género se vio que las mujeres elaboraron relatos más detallados cuando las diferencias de edad se acrecentaron y que, entre mayor fue la diferencia de edad, mayor fue el conflicto para aceptar la brecha y sostener una vida en pareja armoniosa. Los hombres, por su parte, elaboraron relatos más largos y detallados cuando la edad con su pareja fue más cercana y fueron lacónicos cuando la edad se acrecentó. Las dinámicas de estas relaciones estuvieron marcadas por profundas desigualdades que, sin importar la brecha de edad, colocaron a las mujeres en una posición desventajosa frente a los hombres.

La edad de la pareja al momento del emparejamiento importó y estuvo cruzada por la escolaridad y el nivel socioeconómico y todos estos elementos definieron el emparejamiento y si la norma se cumplió o se rompió para dar paso a nuevos arreglos conyugales. Alejarse de la norma implicó el estigma de ser distinto (Goffman, 2006), situación que muchos no estuvieron dispuestos a enfrentar y los llevó a ocultar o terminar sus relaciones de pareja. El rompimiento de la regla permitió transitar por caminos distintos a quienes experimentaron arreglos diferentes o sus ideas se alejaron de la norma. Esta experiencia es la base del cambio cultural e histórico, como argumentó Koselleck (2001), y explicó

la presencia de otras posibilidades que conviven con cierta armonía con las normas que permiten tomar decisiones y predecir el futuro.

Los cambios culturales también son visibles en relaciones de mujeres unidas a hombres menores. En todas las generaciones hubo este tipo de arreglos, lo que sugiere que estas uniones serán cada vez más frecuentes en el futuro ya que sientan precedentes a otras mujeres. No obstante, también es importante decir que esas relaciones no fueron necesariamente más equitativas ya que se fincaron sobre roles de pareja tradicionales y dinámicas conyugales dirigidas por el hombre. La mayor edad de la mujer en este tipo de relación de pareja no implicó mayor equidad, respeto o autoridad frente al hombre.

De igual manera, también se identificaron cambios en ambos sexos que sugieren que en segundas y posteriores uniones, los hombres y las mujeres quieren y piensan mucho más en las condiciones en las que se entabla su relación. Este elemento no surgió con la misma fuerza en las primeras uniones. Otro hallazgo de gran riqueza fue el gusto que sintieron las mujeres al emparejarse con hombres menores. Se requiere de mayor investigación para ahondar en los hallazgos hechos en este respecto.

En cuanto al análisis de las diferencias de género sobre la diferencia de edad se encontró que, sin importar la edad de la mujer al momento de la unión, el hombre subordinó a la mujer por el mero hecho de ser hombre. El machismo tiene aún una base amplia y sólida que opera no sólo a través de las relaciones de poder en la pareja sino también a través de instituciones como el matrimonio y la familia desde donde se exige que ellos controlen a sus parejas y ellas se sometan a esa relación desigual de poder.

Asimismo, el uso de los conceptos de edad biológica y edad social de Bozon (1990) fue de gran utilidad para el análisis de las diferencias de edad y su significación. En este respecto, los datos mostraron que la percepción social de la madurez de la pareja, sin importar la edad biológica, fue clave para entender la asimetría y sometimiento de las mujeres a la autoridad masculina. En todos los casos analizados los hombres

tendieron a enfatizar la comprensión de sus parejas y la mayor madurez en aspectos clave de su relación: la brecha de edad, la infidelidad masculina, los conflictos en su vida sexual, la infidelidad o la violencia.

En torno a los resultados de las brechas de edad por número de unión, en las segundas uniones se encontró que los hombres de escolaridad alta y clase media y media alta se percibieron más satisfechos que las mujeres con esos mismos capitales. Otra diferencia clave entre ambos fue que las mujeres con este perfil tuvieron una mayor autonomía y control sexual y emocional de su vida, a diferencia de las mujeres de menor escolaridad y menor nivel socioeconómico.

Para los hombres, el reingreso al mercado de parejas se vinculó a su capacidad y deseo de proveer y continuar la paternidad, aspectos claves en su identidad de género, como señaló Illouz (2020). Para las mujeres de menor escolaridad y clases bajas, las segundas uniones representaron la extensión de la maternidad y el sometimiento a la autoridad masculina además de uniones con hombres de mucha mayor edad que ellas. Para las mujeres de mayor escolaridad y clases media y altas, las segundas uniones también representaron desigualdad y pudieron revertirla cuando la relación se terminó. En las terceras uniones, la edad de los hombres creció de manera significativa con relación a las segundas uniones además de que el mercado de las parejas fue más pequeño que en las uniones anteriores.

Asimismo, mientras la distancia de edades creció en estas uniones, la brecha de edad en las relaciones de mujeres unidas a hombres menores disminuyó. De igual forma, los hombres reingresaron al mercado en una dinámica muy distinta a la de las mujeres al estar aún en la etapa de crianza de los hijos propios o de la pareja debido a su elección de extender la paternidad y la manutención en una fase avanzada de su adultez. Por el contrario, se pudo ver que en las terceras uniones de mujeres y hombres con alta escolaridad y de clases medias, la vida sexual y el afecto por la pareja se resignificaron de manera sustantiva y ocuparon un lugar central en su vida.

En el análisis de la cuarta y única relación de pareja, se reveló que el machismo, la pobreza, la falta de escolaridad y el sometimiento para el que fue educada la mujer la condujeron a una trayectoria conyugal compleja y poco satisfactoria en la que ocupó siempre una posición subordinada frente a sus parejas. En su caso es visible una desinstitucionalización del matrimonio como lo llamaron Quilodrán y Arrieta (2022).

Los hallazgos en torno a las relaciones de mujeres unidas a hombres más jóvenes mostraron que la valoración de la edad biológica de las parejas quedó en segundo plano al momento de la unión ya que se dio prioridad a la valoración social de la edad. Bozon (1990) encontró evidencia similar en Francia y afirmó que hay una gran demanda por la juventud social pero que ésta es escasa, lo cual no solo es importante para los hombres sino también para las mujeres, como ya se vio. Los errores en la valoración de la madurez social de la pareja son muy costosos, en particular para las mujeres, al acentuar su dependencia económica y emocional. El uso de estos conceptos permitió ver que hay una fuerte tendencia a valorar la madurez femenina como algo innato a su condición de género, lo que las orilla a una adultez temprana en sus relaciones de pareja.

Las anteriores reflexiones permiten ver que la formación de nuevas parejas tiene dinámicas diferenciadas para hombres y mujeres ya que su valor y posición en el mercado de parejas es distinto. Asimismo, que en la medida en que se forman segundas y posteriores uniones las normas sociales se flexibilizan y que estos cambios están presentes tanto en segundas como en posteriores uniones. Cualquiera que sea el origen del cambio cultural, éste se experimenta en un primer momento en el plano personal y subjetivo y es visible en las tres generaciones de estudio. Esto sugiere que las dos zonas de estudio tienen una gran homogeneidad cultural y experimentan procesos de formación de parejas similares, contrario a la evidencia de otros estudios en Estados Unidos, Alemania e Inglaterra.

Los hallazgos hechos por esta investigación en torno a las segundas y posteriores uniones dejan ver una mayor flexibilidad de arreglos a

la par de la persistencia de arreglos tradicionales. La investigación sobre las segundas y posteriores uniones y sus dinámicas y arreglos debe ampliarse en las ciencias humanas y sociales ya que el aumento en la expectativa de vida al nacer y la mayor fragilidad del matrimonio y cohabitación favorecen un número cada vez mayor de matrimonios y trayectorias de cohabitación recurrentes.

Otra línea de investigación en el futuro por demás interesante es abarcar las causas de la formación de pareja y también de su ruptura, aspecto abordado por la investigación que dio vida a este libro.

Bibliografía

- Adler, L. (1994). *Redes sociales, cultura y poder: ensayos de antropología latinoamericana*. Flacso México.
- Amuchástegui, A. y Szasz, I. (Coords.) (2007). *Sucede que me canso de ser hombre... Relatos y reflexiones sobre hombres y masculinidades en México*. Programa Salud Reproductiva y Sociedad y El Colegio de México.
- Arévalo, C. y Cuevas, A. (2022). Motivaciones de uso de Tinder en dos generaciones de adultos heterosexuales, en Z. Rodríguez y T. Rodríguez (coords.), *Parejas contemporáneas. De los arreglos tradicionales a las relaciones abiertas, la responsabilidad afectiva, el tinder y el sugar dating* (pp. 299-233). Universidad de Guadalajara.
- Ariza, M. y D'Aubeterre Buznego, M. (2009). Contigo en la distancia... Dimensiones de la conyugalidad en migrantes mexicanos internos e internacionales. En C. Rabell (Coord.), *Tramas familiares en el México contemporáneo, una perspectiva sociodemográfica* (pp. 225-266). Universidad Nacional Autónoma de México.
- Ariza, M. y de Oliveira, O. (1999). Escenarios contrastantes: patrones de formación familiar en el Caribe y Europa Occidental. *Estudios Sociológicos*, 17(51), 815-836. <https://estudiossociologicos.colmex.mx/index.php/es/article/view/613>
- (2005). Unión conyugal e interrupción de la trayectoria laboral de las trabajadoras urbanas en México. En M. Coubés, M. Zavala y R. Zenteno (Coords.), *Cambio demográfico y social en el México del siglo XX: una perspectiva de historias de vida* (pp. 429-452). El Colegio de la Frontera Norte.

- Bauman, Z. (2005). *Amor líquido: Acerca de la fragilidad de los vínculos humanos*. Fondo de Cultura Económica.
- Beck, U. y Beck-Gernsheim, E. (1995). *The Normal Chaos of Love*. Cambridge Polity Press.
- Bericat, E. (2016). The sociology of emotions: Four decades of progress, *Current Sociology*, 64(3), 491-513.
- Bertaux, D. y Bertaux-Wiame, I. (1994). El patrimonio y su linaje: transmisiones y movilidad social en cinco generaciones. *Estudios sobre las Culturas Contemporáneas*, 6(18), 27-56. <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=31661803>
- Bourdieu, P. (2004a). *El baile de los solteros. La crisis de la sociedad campesina en el Bearne*. Anagrama.
- (2004b). *Razones prácticas*. Anagrama.
- Botero, J. (2012). El matrimonio nace... el matrimonio muere... dos posiciones de cara al fracaso conyugal. *Theologica Xaveriana*, 62(173), 31-60. <https://revistas.javeriana.edu.co/index.php/teoxaveriana/article/view/9334>
- Bozon, M. (1990). Les femmes et l'écart d'âge entre conjoints : une domination consentie. I. Types d'union et attentes en matière d'écart d'âge. *Population*, 45(2), 327-360. https://www.persee.fr/doc/pop_0032-4663_1990_num_45_2_3548
- Bozon, M. y Heran, F. (1989). Finding a Spouse: A Survey of how French Couples Meet. *Population: An English Selection*, 44(1), 91-121. <https://www.jstor.org/stable/2949076>
- Bozon, M., Rault, W. y Dutreuilhm, C. (2012). From sexual debut to first union. Where do young people in France meet their first partners? *Population*, 67(3), 377-410. <https://www.jstor.org/stable/23358672>
- Brugeilles, C. y Samuel, O. (2005). Formación de pareja y vida fecunda en México. En M. L. Coubés, M. E. Zavala y R. Zenteno (Coords.), *Cambio demográfico y social en el México del siglo XX: una perspectiva de historias de vida* (pp. 453-477). El Colegio de la Frontera Norte.
- Bruner, J. (1990). *Actos de significado. Más allá de la revolución cognitiva*. Alianza Editorial.

- Cabella, W. (1998). *La cohabitación prenupcial en Montevideo Unidad Multidisciplinaria*. Programa de Población Facultad de Ciencias Sociales.
- (1993). *Tensions inminentes en els mercats matrimoniales*. Centro de Estudios Demográficos.
- Cabré, A. (1997). Volverán tórtolos y cigüeñas. En L. J. Garrido Medina y E. Gil Calvo (Ed.), *Estrategias familiares* (pp. 113-131). Alianza Universidad.
- Cabré A., Cortina, C. y Esteve, A. (2007). Un siglo de ajustes por edad en los mercados matrimoniales: España 1922-2004. *Paper de demografia*, 317, 1-20. <https://ddd.uab.cat/record/220825>
- Cadenas, H. (2015). La familia como sistema social: Conyugalidad y parentalidad. *Revista Mad. Revista del Magíster en Análisis Sistemático Aplicado a la Sociedad*, (33), 29-41. <https://www.redalyc.org/pdf/3112/311241654004.pdf>
- Campos, L. y Rodríguez, M. (2015). Toma de decisiones en las relaciones de pareja de las mujeres con poder adquisitivo elevado. *Investigación y Ciencia*, 23(66), 56-63. <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=67446014008>
- Casterline, J., Williams, L. y McDonald, P. (1986). The Age Difference Between Spouses: Variations among Developing Countries. *Population Studies*, 40(3), 353-374. <https://www.jstor.org/stable/2174580>
- Castro, T. (2001). Matrimonios sin papeles en Centroamérica: persistencia de un sistema dual de nupcialidad. En L. Rosero (Ed.), *Población del Istmo 2000: familia, migración, violencia y medio ambiente* (pp. 41-65). Centro Centroamericano de Población.
- (2002), Consensual Unions in Latin America: Persistence of a Dual Nuptiality System. *Journal of Comparative Family Studies*, 33(1), 35-55. <https://www.jstor.org/stable/41603790>
- Castro, T., Martín, T. y Puga, D. (2008). *Matrimonio vs. unión consensual en Latinoamérica: contrastes desde una perspectiva de género*. III Congreso de la Asociación Latinoamericana de Población, ALAP, Córdoba, Argentina. https://www.academia.edu/en/73344725/Matrimonio_

- vs_unión_consensual_en_Latinoamérica_contrastes_desde_una_perspectiva_de_género_
- Catasús, S. (1992). La nupcialidad durante la década de los ochenta en Cuba. *Estudios Demográficos y Urbanos*, 7(2), 465-477. <https://doi.org/10.24201/edu.v7i2.851>
- (2013). La nupcialidad en el Caribe desde una perspectiva de género. Estudio de casos. *Revista Brasileira do Caribe*, 14(27), 209-226. <https://www.redalyc.org/pdf/1591/159130118010.pdf>
- Centro Legal para Derechos Reproductivos y Políticas Públicas. (1997). *Derechos reproductivos de la mujer en México: un reporte sombra*. <https://reproductiverights.org/sites/default/files/documents/Mexico%20CEDAW%201997%20Spa.pdf>
- Cervantes, F. y Rodríguez, T. (2022). El discurso psicológico en narrativas autobiográficas de jóvenes y adultos sobre relaciones amorosas, en Z. Rodríguez y T. Rodríguez (coords.), *Parejas contemporáneas. De los arreglos tradicionales a las relaciones abiertas, la responsabilidad afectiva, el tinder y el sugar dating* (pp. 167-204). Universidad de Guadalajara.
- Cheal, D. (1987). Showing Them You Love Them: Gift Giving and the Dialectic of Intimacy. *Sociological Review*, 35(1), 150-169. <https://onlinelibrary.wiley.com/doi/epdf/10.1111/j.1467-954X.1987.tb00007.x>
- Cienfuegos, J. (2011). Desafíos y continuidades en la conyugalidad a distancia. *Revista Latinoamericana de Estudios de la Familia*, 3, 146-173. http://revlatinofamilia.ucaldas.edu.co/downloads/Rlef3_9.pdf
- (2014). Conyugalidad a distancia y cambio social: la vida cotidiana desterritorializada. En S. Fleischmann, J. A. Moreno y C. Tossounian (Eds.), *América Latina entre espacios: redes, flujos e imaginarios globales* (pp. 161-177). Edition Tranvía y Verlag Walter Frey.
- (2017). *Conyugalidad a distancia. Resignificaciones en la intimidad de familias transnacionales*. CISOC y Ril Editores.
- Cobo, R. (2009). Otro recorrido por las ciencias sociales: género y teoría crítica. En M. Aparicio García, B. Leyra Fatou y R. Orteha Serrado (Eds.), *Políticas y acciones de género. Materiales de formación* (pp. 11-52). Universidad Complutense de Madrid.

- Cortina, C. (2007). *¿Quién se empareja con quien? Mercados matrimoniales y afinidades electivas en la formación de la pareja en España* (Tesis doctoral). Universidad de Catalunya.
- Coontz, S. (2006). *Historia del matrimonio. Cómo el amor conquistó el matrimonio*. Gedisa.
- Cosse, I. (2008). Del matrimonio a la pareja: continuidades y rupturas en el modelo conyugal en Buenos Aires (1960-1975). *Anuario IEHS*, 23, 431-458. [http://anuarioiehs.unicen.edu.ar/Files/2008/Y%20Cosse%20Del%20matrimonio%20a%20la%20pareja%20continuidades%20y%20rupturas%20en%20el%20modelo%20conyugal%20en%20Buenos%20Aires%20\(1960-1975\).pdf](http://anuarioiehs.unicen.edu.ar/Files/2008/Y%20Cosse%20Del%20matrimonio%20a%20la%20pareja%20continuidades%20y%20rupturas%20en%20el%20modelo%20conyugal%20en%20Buenos%20Aires%20(1960-1975).pdf)
- (2010). *Pareja, sexualidad y familia en los años sesenta. Una revolución discreta en Buenos Aires*. Siglo XXI.
- Covre-Sussai, M. (2014). Cohabitation and human development in Latin America and developed countries. *International Journal of Sociology of the Family*, 40(2), 153-173. <https://www.jstor.org/stable/43488422>
- Covre-Sussai, M., Meuleman, B., Botterman, S. y Matthijs, K. (2015). Traditional and modern cohabitation in Latin America: A comparative typology. *Demographic Research*, 32, 873-914. <https://www.demographic-research.org/volumes/vol32/32/32-32.pdf>
- Cowan, G. (1984). The double standard in age-discrepant relationships. *Sex Roles*, 11(1/2), 17-23. <https://doi.org/10.1007/BF00287436>
- Cuevas, A. (2010). Jefas de familia sin pareja: estigma social y autopercepción. *Estudios Sociológicos*, 28(84), 753-789. <https://estudiossociologicos.colmex.mx/index.php/es/article/view/200/200>
- (2013a). Contexto familiar y elección de pareja: una aproximación a través de madres solas. *Estudios Sociológicos*, 31(92), 471-509. <https://estudiossociologicos.colmex.mx/index.php/es/article/view/68>
- (2013b). Imaginarios del amor: una aproximación a su construcción desde el contexto familiar y la ruptura con la pareja. *GénEros*, (13), 43-76. http://bvirtual.ucol.mx/descargables/363_imaginarios_del_amor_43-76.pdf

- (2014a). Estoy sola, pero estoy más fuerte: imaginarios sociales y agencia en madres sin pareja. En A. Ceballos y C. Ramírez (Coords.), *Imaginarios y representaciones sociales y culturales en transición* (pp. 13-39). Praxis.
- (2014b). Mujeres solas: imaginarios sociales y continuum. En K. Kral y F. Preciado (Coords.), *Interpretaciones feministas y multidisciplinarias de género* (pp. 63-94). Universidad de Colima.
- (Coord). (2019a) *Intimidad y relaciones de pareja: exploraciones de un campo de investigación*. Juan Pablos Editor.
- (2019b). Conyugalidad e intimidad en América Latina: un panorama regional. En A. Cuevas (Coord.), *Intimidad y relaciones de pareja: exploraciones de un campo de investigación* (pp. 66-109). Juan Pablos Editores.
- (2023). Age-homogamy and age-heterogamy in three generations of heterosexual women and men in Mexico. En A. Cuevas y S. Blair (Eds.), *Conjugal Trajectories: Relationship Beginnings, Change, and Dissolutions* (pp. 59-80). Emerald Publishing
- Dema, S. (2005). Entre la tradición y la modernidad: las parejas españolas de doble ingreso. *Papers. Revista de sociología*, 77, 135-155. <https://doi.org/10.5565/rev/papers/v77n0.934>
- De León, M., Jasso-Martínez, I., y Lamy, B. (2016). Las esposas de migrantes: conyugalidad a distancia en una región de migración histórica. *Papeles de Población*, 22(88), 77-111. <https://www.scielo.org.mx/pdf/pp/v22n88/1405-7425-pp-22-88-00077.pdf>
- De Vos, S. (1999). Comment of Coding Marital Status in Latin America. *Journal of Comparative Family y Studies*, 30(1), 79-93. <https://www.jstor.org/stable/41603610>
- Elster, J. (2001). *Sobre las pasiones: emoción, adicción y conducta humana*. Paidós.
- Enríquez, R. (2009). *El crisol de la pobreza. Mujeres, subjetividades, emociones y redes sociales*. ITESO.

- Esteinou, R. (1999). Fragilidad y recomposición de las relaciones familiares. A manera de introducción. *Desacatos*, (2), 1-16. <https://desacatos.ciesas.edu.mx/index.php/Desacatos/article/view/1258/1106>
- (2004). La parentalidad en la familia: cambios y continuidades. En M. Ariza y O. de Oliveira (Coord.), *Imágenes de la familia en el cambio de siglo* (pp. 251-282). Universidad Nacional Autónoma de México e Instituto de Investigaciones Sociales.
- (2008). *La familia nuclear en México: lecturas de su modernidad. Siglos XVI al XX*. CIESAS y Miguel Angel Porrúa.
- (2017). Intimidad y amor romántico entre 1900 y 1950 en México: discursos y normas. *Cuicuilco. Revista de Ciencias Antropológicas*, 24(68), 35-67. <http://www.scielo.org.mx/pdf/crca/v24n68/2448-8488-crca-24-68-35.pdf>
- Esteve, A. y McCaa, R. (2007). Homogamia educacional en México y Brasil, 1970-2000: pautas y tendencias. *Latin American Research Review*, 42(2), 56-85. https://ddd.uab.cat/pub/worpaper/2005/220568/papersdemografia_a2005n264.pdf
- Estrada, M. (1995). Grupos domésticos extensos: un viejo recurso para enfrentar la crisis, *Nueva Antropología*, 14(48), 95-106. <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=15904807>
- (2012). Residencia y convivencia en familias combinadas de la Ciudad de México. *Revista de Estudios de Género. La Ventana*, 4(36), 225-256. <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=88426896008>
- (2015). Dinero tuyo, dinero mío, dinero nuestro. La organización de la economía familiar en las familias combinadas. En M. Estrada y A. Molinar (Ed.), *Matrimonio, intereses, afectos y conflictos* (pp. 277-321). Publicaciones de la Casa Chata.
- Fernández, M. (2010). Estudios sobre las trayectorias conyugales de las mujeres del Gran Montevideo. *Revista Latinoamericana de Población*, 4(7), 79-104. <https://www.redalyc.org/journal/3238/323827303005/html/>
- (2018). Trayectorias conyugales y reproductivas después de disolverse la primera unión: un estudio sobre las mujeres de Montevideo.

- Notas de Población*, (107), 131-165. <https://repositorio.cepal.org/handle/11362/44381>
- Figueroa, J. G., Jiménez, L. y Tena, O. (Coords.) (2006). *Ser padres, esposos e hijos: prácticas y valoraciones de varones mexicanos*. El Colegio de México y la Universidad Nacional Autónoma de México.
- Gabb, J. y Fink, J. (2018). *Couple relationships in the 21st Century*. Palgrave MacMillan.
- (2018). *Couple relationship in the 21st century*. Palgrave MacMillan.
- García, B. (2001). Reestructuración económica y feminización del mercado de trabajo en México. *Papeles de Población*, 7(27), 45-61. <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=11202703>
- García, B. y Oliveira, O. (1994). *Trabajo femenino y vida familiar en México*. El Colegio de México.
- (2006). *Las familias en el México metropolitano: visiones femeninas y masculinas*. El Colegio de México.
- García, B. y Rojas, O. (2002a). Cambios en la formación y disolución de las uniones en América Latina. *Papeles de Población*, 8(32). https://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1405-74252002000200002
- García, B. y Rojas, O. (2002b). *Las uniones conyugales en América Latina: transformaciones en un marco de desigualdad social y de género*. CEPAL y Celade.
- García, M. y Romero, A. (2012). Mantenimiento en la relación de pareja: construcción y validación de dos escalas. *Revista Iberoamericana de Diagnóstico y Evaluación-e Avaliação Psicológica*, 2(34), 133-155. <https://www.redalyc.org/pdf/4596/459645438007.pdf>
- Gayet, C. I. (2002). Los matrimonios de los hombres de más de 35 años: ¿la búsqueda del rejuvenecimiento? Una perspectiva a partir de las diferencias de edades entre cónyuges. *Estudios Demográficos y Urbanos*, 17(1), 217-234. <https://estudiosdemograficosyurbanos.colmex.mx/index.php/edu/article/view/1138/1131>
- Giddens, A. (1998). *La transformación de la intimidad. Sexualidad, amor y erotismo en las sociedades modernas*. Cátedra y Teorema.

- Giménez, G. (1996). Territorio y cultura. *Estudios sobre las Culturas Contemporáneas*, 2(4), 9-30. <https://www.redalyc.org/pdf/316/31600402.pdf>
- Goffman, E. (1977). The arrangement between the sexes. *Theory and Society*, 4(3), 301-331. <https://web.stanford.edu/~eckert/Courses/11562018/Readings/Goffman1977>
- (2006). *Estigma. La identidad deteriorada*. Amorrortu.
- Gómez, J. y Parker, S. (2000). Bienestar y jefatura femenina en los hogares mexicanos, en M. de la P. López y V. Salles (Eds.), *Familia, género y pobreza* (pp. 11-45). Porrúa Grupo Editorial.
- Gordon, S. (1990). Social structural effects on emotions, en T. Kemper (Ed.), *Research agendas in the sociology of emotion* (pp. 145-179). State University of New York Press.
- Guevara, E. (2005). Intimidad y modernidad: precisiones conceptuales y su pertinencia para el caso de México. *Estudios Sociológicos*, 23(69), 857-877. <https://estudiossociologicos.colmex.mx/index.php/es/article/view/398/0>
- Harré, R. (1986). An Outline of the Social Constructionist Viewpoint. En R. Harré (Ed.), *The Social Construction of Emotions* (pp. 2-14). Basil Blackwell.
- Héritier, F. (2007). *Masculina/Femenino II. Disolver la jerarquía*. Fondo de Cultura Económica.
- Hochschild, A. (1990). Ideology and the emotion management: A perspective and path for future research. En T. Kemper (Ed.), *Research agendas in the sociology of emotions* (pp. 117-142). State University of New York Press.
- Ibáñez, M. (2008). La «bolsa común» en las parejas: algunos significados y algunas trampas. *Papers. Revista de sociología*, 87, 161-185. <https://papers.uab.cat/article/view/v87-ibanez/pdf-es>
- Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática. (2021). *Comunicado de prensa núm. 549/21, 30 de septiembre de 2021. Estadística de matrimonios*. <https://www.inegi.org.mx/contenidos/saladeprensa/boletines/2021/EstSociodemo/Matrimonios2021.pdf>

- Illouz, E. (2009). *El consumo de la utopía romántica. El amor y las contradicciones culturales del capitalismo*. Katz Editores.
- (2012). *Why love hurts. A sociological explanation*. Polity Press.
- (2020). *El fin del amor. Una sociología de las relaciones negativas*. Katz Editores.
- (2020a). Desamor, Introducción a una sociología de las elecciones negativas, en *El fin del amor* (pp. 11-36). España, Katz Editores.
- (2020b). El cortejo premoderno, la certidumbre social y el advenimiento de las relaciones negativas, en *El fin del amor* (pp. 45-92). España, Katz Editores.
- Jamieson, L. (2005). Boundaries of Intimacy. En L. McKie & S. Cunningham-Burley (eds), *Families in society. Boundaries and relationships* (pp. 189-206). Bristol: The Policy Press.
- Jelín, E. (1991). *Family, Household and Gender Relations in Latin America*. Kegan Paul International y UNESCO.
- Kalmijn, M. (1994). Assortative Mating by Cultural and Economic Occupational Status. *American Journal of Sociology*, 100(2), 422-452. <https://www.jstor.org/stable/2782075>
- (1998). Intermarriage and Homogamy: Causes, Patterns, Trends. *Annual Review of Sociology*, 24, 395-421. <https://www.jstor.org/stable/223487>
- (2010). Educational Inequality, Homogamy, and Status Exchange in Black- White Intermarriage: A Comment on Rosenfeld. *American Journal of Sociology*, 115(4), 1252-1263. <https://www.jstor.org/stable/10.1086/649050>
- Kalmijn, M., de Graaf, P. M. y Janssen, J. (2005). Intermarriage and the Risk of Divorce in the Netherlands: The Effects of Differences in Religion and in Nationality, 1974-94. *Population Studies*, 59(1), 71-85. <https://www.jstor.org/stable/30040437>
- Koselleck, R. (1993). *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*. Paidós.
- (2001). *Los estratos del tiempo: estudios sobre la historia*. Paidós/ICE.

- Küffer, C. y Colantonio, S. (2018). Preferencias conyugales en Tulumba (Córdoba). Comienzos de los siglos XIX y XX. *Revista Argentina de Antropología Biológica*, 20(1). http://www.scielo.org.ar/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1514-79912018000100003
- Lacub, R. (2009). Nuevas parejas en la vejez. *Revista de Psicología da IMED*, 1(1) 137-146. <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=5154999>
- Lamas, M. (1986). La antropología feminista y la categoría “género”. *Nueva Antropología*, 8(30),173-198. <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=15903009>
- Lehner, M. P. (2011). Noviazgos en Buenos Aires, 1930-1960. *Población de Buenos Aires*, 8(14), 31-43. <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=74022072002>
- Levi-Strauss, C. (1965). The Principle of Reciprocity, en A. Lewis y B. Rosenberg (eds.), *Sociological Theory*. MacMillan.
- López, L., Esteve, A. y Cabré, A. (2008). Distancia social y uniones conyugales en América Latina. *Revista Latinoamericana de Población*, 1(2), 47-71. <https://revistarelap.org/index.php/relap/article/view/189>
- Martínez, M. (2018). *Emociones y representaciones sociales en familias re-compuestas: Una aproximación narrativo-etnográfica a la construcción de vínculos en seis familias de Colima* (Tesis de doctorado). Universidad de Colima.
- Mazzeo, V., Martínez, R., Gil, A. y Lascano, V. (2015). Análisis de los cambios en la situación conyugal. Una aplicación de la metodología de panel. *Población de Buenos Aires*, 12(22), 85-96. <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=74042520008>
- Medina, J. (2020). *Prácticas y significados de la paternidad y relaciones conyugales en hombres heterosexuales de tres generaciones de Colima en el Siglo XXI* (Tesis de doctorado). Universidad de Colima.
- Mena, P. (2015). Cuando los varones se quedan con sus hijos: Familias de padres solteros en Querétaro. *Revista Interdisciplinaria de Estudios de Género de El Colegio De México*, 1(2), 111-144. <https://estudiosdegenero.colmex.mx/index.php/eg/article/view/32/32>

- Mena, P. y Rojas, O. (2010). Padres solteros de la Ciudad de México. Un estudio de género. *Papeles de Población*, 16(66), 41-74. <https://www.scielo.org.mx/pdf/pp/v16n66/v16n66a3.pdf>
- Mier, M. (2009). El proceso de formación de parejas en México. En C. Rabell (Coord.), *Tramas familiares en el México contemporáneo* (pp. 199-256). Una perspectiva sociodemográfica. El Colegio de México.
- Mindek, D. (2018). Individualización y transformación de la intimidad en el medio rural mexicano. Un estudio de caso enfocado en parejas conyugales. *Revista Cultura y representaciones sociales*, 12(24), 247-272. <https://www.scielo.org.mx/pdf/crs/v12n24/2007-8110-crs-12-24-247.pdf>
- Nehring, D. (2011). Negotiated familism: intimate life and individualization among young female professionals from Mexico City. *Journal of Latin American and Caribbean Studies*, 36(71), 165-196. <https://www.jstor.org/stable/26505393>
- Ojeda, N. (1991). Tendencias de la formación y la disolución marital frente a la crisis económica de México. CEPAL y UNESCO. <https://repositorio.cepal.org/handle/11362/21131>
- Oliveira, O. (1995). Experiencias matrimoniales en el México urbano: la importancia de la familia de origen. *Estudios Sociológicos*, 13(38), 283-308. <https://repositorio.colmex.mx/concern/articles/m900nt93g?locale=en>
- Oliveira, O. y García, B. (2005). Mujeres jefas de hogar y su dinámica familiar. *Papeles de Población*, 11(43), 29-51. <http://www.scielo.org.mx/pdf/pp/v11n43/v11n43a2.pdf>
- Oltramari, L. C. (2009). Amor e conjugalidade na contemporaneidade; uma revisão de literatura Amor y conyugalidad en la contemporaneidad. *Psicologia em estudo*, 14(4), 669-677. <https://www.scielo.br/j/pe/a/Xbht7HRKYCC3JZCdzZDfvrj/?format=pdf&lang=pt>
- Organización de las Naciones Unidas (2020). *World Contraceptive Use 2020 (POP/DB/CP/Rev2020)*. <https://www.un.org/development/desa/pd/data/world-contraceptive-use>

- Parrado, E. y Zenteno, R. (2002). Gender Differences in Union Formation in Mexico: Evidence from Marital Search Models. *Journal of marriage and family*, 64(3), 756-773. <https://www.jstor.org/stable/3599940>
- Parsons, T. (1966). *El sistema social*. <https://teoriasuno.files.wordpress.com/2013/08/el-sistema-social-talcott-parsons.pdf>
- Pebbley, A. y Goldman, N. (1986). Legalización de las uniones consensuales en México. *Estudios Demográficos y Urbanos*, 1(2), 267-290. <https://estudiosdemograficosyurbanos.colmex.mx/index.php/edu/article/view/589/582>
- Pérez, J. (2016). Continuity and change of cohabitation in Mexico: Same as before or different anew. *Demographic Research*, 35, 1245-1258. <https://www.demographic-research.org/volumes/vol35/42/default.htm>
- (2008). Análisis multiestado multivariado de la formación y disolución de las parejas conyugales en México. *Estudios Demográficos y Urbanos*, 23(3), 481-511. <https://doi.org/10.24201/edu.v23i3.1319>
- Pérez, J. y Esteve, A. (2012). Explosión y expansión de las uniones libres en México. *Coyuntura Demográfica*, (2), 41-44. http://coyunturademografica.somede.org/wp-content/plugins/coyuntura_demografica/DEMOGRAFICA/ARTICULOS/PUB-2012-02-023.pdf
- Perinbanayagam, R. (1989). Signifying emotions. En D. Franks y E. Doyle (Ed.), *The sociology of emotions: original essays and research papers* (pp. 73-92). Jai Press.
- Quilodrán, J. (1974). Evolución de la nupcialidad en México: 1900-1970. *Estudios Demográficos*, 8(1), 34-49. <https://estudiosdemograficosyurbanos.colmex.mx/index.php/edu/article/view/277/270>
- (1980). Tablas de nupcialidad para México. *Demografía y Economía*, 14(1), 27-67. <https://estudiosdemograficosyurbanos.colmex.mx/index.php/edu/article/view/488/481>
- (1988). Algunas implicaciones demográficas y sociales de la dinámica de uniones. En O. de Oliveira, M. Lehalleur y V. Salles (Eds.), *Grupos domésticos y reproducción cotidiana* (pp. 81-104). El Colegio de México.

- (1989). México, diferencias de nupcialidad por regiones y tamaños. *Estudios Demográficos y Urbanos*, 4(3), 595-613. <https://estudiosdemograficosyurbanos.colmex.mx/index.php/edu/article/view/741/734>
- (1993). La dinámica de la población y la formación de las parejas. En P. Bedolla Miranda, O. Bustos Romero, G. Delgado Ballesteros, B. García y García, L. Parada Ampudia (Comps.), *Estudios de género y feminismo II* (pp. 303-315). Fontamara y UNAM.
- (2000). Atisbos de cambios en la formación de las parejas conyugales a fines del milenio. *Papeles de Población*, 6(25), 9-33. <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=11202502>
- (2011). Los cambios en la familia vistos desde la demografía. En J. Quilodrán (Coord.), *Parejas conyugales en transformación* (pp. 33-50). El Colegio de México.
- Quilodrán, J. y Arrieta, A. (2022). Segundas Uniones Conyugales: rematrimonios y reemparejamientos en México. *Revista Latinoamericana de Población*, 16, 1-30. <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=8454090>
- Quilodrán, J. y Sosa, V. (2004), El emparejamiento conyugal: una dimensión poco estudiada de la formación de las parejas. En Ariza M. y de Oliveira O. (Coord.) *Imágenes de la familia en el cambio de siglo* (pp. 217-251). UNAM.
- Quintín, P. (2008). Vida conyugal y desigualdades de género en Cali. *Sociedad y economía*, (14), 31-59. <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=99616725002>
- Ramírez, J. (2014). Los hombres y las emociones: atisbos a partir de las relaciones de poder en la pareja. En A. Cuevas (Ed.), *Familia, género y emociones. Aproximaciones interdisciplinarias* (pp. 103-130). Universidad de Colima y Juan Pablos Editores.
- (2020). *Mandatos de la masculinidad y emociones. Hombres (des)empleados*. Universidad de Guadalajara y Conacyt.
- Ripoll-Núñez, K. y Martínez, K. (2012). Cuentas conjuntas o separadas: administración del dinero en familias de primera unión y reconsti-

- tuidas. *Summa psicológica*, 9(2), 43-55. <http://pepsic.bvsalud.org/pdf/summa/v9n2/a04.pdf>
- Riquer, F. (1996). La maternidad como fatalidad. En T. Lartigue y H. Ávila (Comp.), *Sexualidad y reproducción humana en México* (pp. 195-218). Plaza y Valdéz y Universidad Iberoamericana.
- Rivas, A. (2008). Las nuevas formas de vivir en familia: el caso de las recomposiciones familiares. *Cuadernos de Relaciones Laborales*, 26(1), 179-202. <https://revistas.ucm.es/index.php/CRLA/article/view/33417>
- Rodríguez, J. (2005). *Unión y cohabitación en América Latina: ¿modernidad, exclusión, diversidad?* CEPAL, CELADE y Fondo de Población de las Naciones Unidas.
- Rodríguez, S. (2016a). Selección de parejas y estratificación social: hacia una agenda de investigación, *Estudios sociológicos*, 34(100), 169-190. <http://www.scielo.org.mx/pdf/es/v34n100/2448-6442-es-34-100-00169.pdf>
- (2016b). *Conformación de parejas y desigualdad social. Un análisis comparativo del Área Metropolitana de Buenos Aires y la Ciudad de México* (Tesis de doctorado). El Colegio de México.
- Rodríguez, T. (2001). *Las razones del matrimonio. Representaciones, relatos de vida y sociedad*. Universidad de Guadalajara.
- Rodríguez, T., Rodríguez, Z., Enríquez, R., Cuevas, A. y Castillo, A. (2019). La intimidad en las relaciones de pareja: reflexiones conceptuales a partir de su multidimensionalidad. En A. Cuevas (Coord.), *La conyugalidad en América Latina* (pp. 37-95). Juan Pablos Editor.
- Rojas, O. y García, B. (2004). Las uniones conyugales en América Latina: transformaciones en un marco de desigualdad social y de género. *Notas de Población*, 31(78), 65-96. https://repositorio.cepal.org/bitstream/handle/11362/12761/np78065096_es.pdf?sequence=1&isAllowed=y
- Rojas, O. (2002). La participación de los varones en los procesos reproductivos: un estudio cualitativo en dos sectores sociales y dos generaciones en la Ciudad de México. *Papeles de Población*, (31), 189-217. <http://www.scielo.org.mx/pdf/pp/v8n31/v8n31a09.pdf>

- Rubin, G. (1986). El tráfico de mujeres. Notas sobre la “economía política del sexo, *Nueva Antropología*, 8(30), 95-145. <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=15903007>
- Saavedra, A., Esteve, A. y López, J. (2015). El perfil social y territorial de la cohabitación en Colombia un análisis multinivel, *Notas de población*, (100), 145-169. <https://repositorio.cepal.org/handle/11362/38526>
- Saavedra, A. (2016). *Cohabitación y familia en Colombia, 1973-2005* (Tesis doctoral). Universitat Autònoma de Barcelona.
- Salles, V. y de la Paz, M. (2000). *La población de México: situación actual y desafíos futuros*. Conapo.
- Santiago de, X. y Rodríguez, Z. (2022). La responsabilidad afectiva: ¿una alternativa posible a la crisis del amor romántico?, en Z. Rodríguez y T. Rodríguez (coords.), *Parejas contemporáneas. De los arreglos tradicionales a las relaciones abiertas, la responsabilidad afectiva, el tinder y el sugar dating* (pp. 251-298). Universidad de Guadalajara
- Scribano, A. y Cena, R. (2017). Body signals: “body speech acts”, torn sensibilities and interstitial practices. *Revista Latinoamericana de Estudios sobre Cuerpos, Emociones y Sociedad*, 9(24), 4-11. <http://www.relaces.com.ar/index.php/relaces/article/view/159>
- Sluzki, C. (1996). *La red social: frontera de la práctica sistémica*. Gedisa.
- Solís, P. (2007). *Inequidad y movilidad social en Monterrey*. El Colegio de México.
- (2009). Los nuevos senderos de la nupcialidad: cambios en los patrones de formación y disolución de las primeras uniones en México. En C. Rabell (Coord.), *Tramas familiares en el México contemporáneo. Una perspectiva sociodemográfica* (pp. 179-199). El Colegio de México.
- (2010). Entre un ‘buen partido’ y un ‘peor es nada’: selección de parejas en la Ciudad de México. *Revista Latinoamericana de Población*, 4(7), 57-78. <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=5349660>
- (2013). Las nuevas uniones libres en México: más tempranas e inestables, pero tan fecundas como los matrimonios. *Coyuntura Demográfica*, (4), 31-36. <http://coyunturademografica.somede.org/wp-content/>

plugins/coyuntura_demografica/DEMOGRAFICA/ARTICULOS/
PUB-2013-04-050.pdf

- Solís, P. y Ferraris, S. (2014). Nuevo siglo: ¿nuevas pautas de formación y disolución de uniones? En C. Rabell (Coord.), *Los mexicanos. Un balance del cambio demográfico: México* (pp. 269-305). Fondo de Cultura Económica.
- Solís, P., Pullum, T. y Bratter, J. (2007). Homogamy by education and migration status in Monterrey, Mexico: changes and continuities over time. *Population Research and Policy Review*, 26(3), 279-298. https://www.researchgate.net/publication/5153734_Homogamy_by_education_and_migration_status_in_Monterrey_Mexico_Changes_and_continuities_over_time
- Solorio, C. (2013). *Transformación y transmisiones intergeneracionales de educación y género en familias de contextos rurales y urbanos de Colima* (Tesis de doctorado). Universidad de Colima.
- Sosa, M. (2014). Patrones regionales de emparejamiento conyugal en México en el año 2000. *Papeles de Población*, 20(82), 233-265. <https://www.scielo.org.mx/pdf/pp/v20n82/v20n82a11.pdf>
- Szasz, I., Rojas, O. y Castrejón, J. (2008). Desigualdad de género en las relaciones conyugales y prácticas sexuales de los hombres mexicanos. *Estudios Demográficos y Urbanos*, 23(2), 205-232. <https://www.scielo.org.mx/pdf/educm/v23n2/2448-6515-educm-23-02-205.pdf>
- Thompson, P. (1994). La familia como factor de movilidad social. *Estudios sobre las Culturas Contemporáneas*, 6(18), 57-81. <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=31661804>
- (1978). *The voice of the past*. Oxford University Press.
- Torrado, S. (2001). Nuevas parejas. La cohabitación en la Argentina (1960-2000). *Ciencia Hoy*, 11(61), 46-53. <https://cienciahoy.org.ar/nuevas-parejas-la-cohabitacion-en-la-argentina-1960-2000/>
- Turner, J. y Stets, J. (2009). *The sociology of emotions*. Cambridge University Press.
- Valdés, X., Caro, P., Saavedra, R., Godoy, G., Rioja, T. y Raymond, É. (2005). Entre la reinención y la tradición selectiva: familia, con-

- yugalidad, parentalidad y sujeto en Santiago de Chile. En *Familia y vida privada. ¿Transformaciones, tensiones, resistencias o nuevos sentidos?* (pp. 161-213). <https://docplayer.es/56861915-Entre-la-re-invencion-y-la-tradicion-selectiva-familia-conyugalldad-parentall-dad-y-sujeto-en-santiago-de-chile.html>
- Van Bavel, J. (2021). Partner choice and partner markets. En N. Schneider y M. Kreyenfeld (Eds.), *Research Handbook on the Sociology of the Family* (pp. 219-231). <https://www.elgaronline.com/view/edcoll/9781788975537/9781788975537.00023.xml>
- Van Poppel, F. Liefbroer, A., Vermunt, J. y Smeenk, W. (2001). Love, necessity and opportunity: Changing patterns of marital age homogeneity in the Netherlands. *Population Studies*, 1, 1-13. <https://www.jstor.org/stable/3092920>
- Villalpando, A. (2012). Modelando el cortejo humano: negociación e intercambio en las relaciones de pareja desde la perspectiva de la sociología económica. *Sociológica*, 27(76), 53-87. http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0187-01732012000200002
- Wainerman, C. (2007). Conyugalidad y paternidad. ¿Una revolución estancada? Géneros, familias y trabajo: rupturas y continuidades. Desafíos para la investigación política. CLACSO. <http://biblioteca.clacso.edu.ar/gsd/collect/clacso/index/assoc/D2743.dir/09Wainerman.pdf>
- Wood, L. (1986). Loneliness. En T. Harré (Ed.), *The Social Construction of Emotions* (pp. 186-208). Basil Blackwell.
- Wright-Mills, C. (1940). Situated actions and vocabularies of motive. *American Sociological Review*, 5(6), 904-913. <https://culturalapparatus.wordpress.com/intellectual-craftsmanship/c-wright-mills-1940-situated-actions-and-vocabularies-of-motive/>
- Yow, V. (2005). *Recording oral history: a guide for humanities and social sciences*. Altamira Press.
- Zelizer, V. (2009). *La negociación de la intimidad*. Fondo de Cultura Económica.

La formación de parejas.

Emociones, cercanía de atributos y brechas de edad

se terminó de digitalizar en diciembre de 2022 en los
Talleres Gráficos de Prometeo Editores, S.A. de C.V.
Libertad 1457, Col. Americana, C.P. 44160, Guadalajara, Jalisco

Tiro: 1 ejemplar.

Diagramación: Andrés Cisneros y Daniel Bautista

Corrección: Edgar Leandro Jiménez

El libro analiza la formación de parejas desde la intimidad de tres generaciones de mujeres y hombres heterosexuales de una micro región del occidente de México desde un enfoque cualitativo. La discusión abona al conocimiento sociológico de la conyugalidad desde las emociones que despierta en la pareja el tránsito del cortejo al noviazgo, la relevancia de la clase social, la escolaridad, la ocupación y el lugar del encuentro en la elección de pareja y el significado de la diferencia de edad en la pareja. El análisis se realiza desde una diversidad de posturas teóricas que van del género a las emociones, los motivos del lenguaje, el discurso y sus prácticas, los capitales y las redes sociales. Estos enfoques dialogan de manera crítica con literatura mexicana y latinoamericana especializada en el tema abordado provenientes de las ciencias sociales y humanas. El libro contribuye al conocimiento de la formación de parejas en segundas, terceras y cuartas uniones, el comportamiento de las parejas durante el cortejo, las relaciones de pareja en las que la mujer es mayor que el hombre y los cambios en la valoración subjetiva de la brecha de edad.